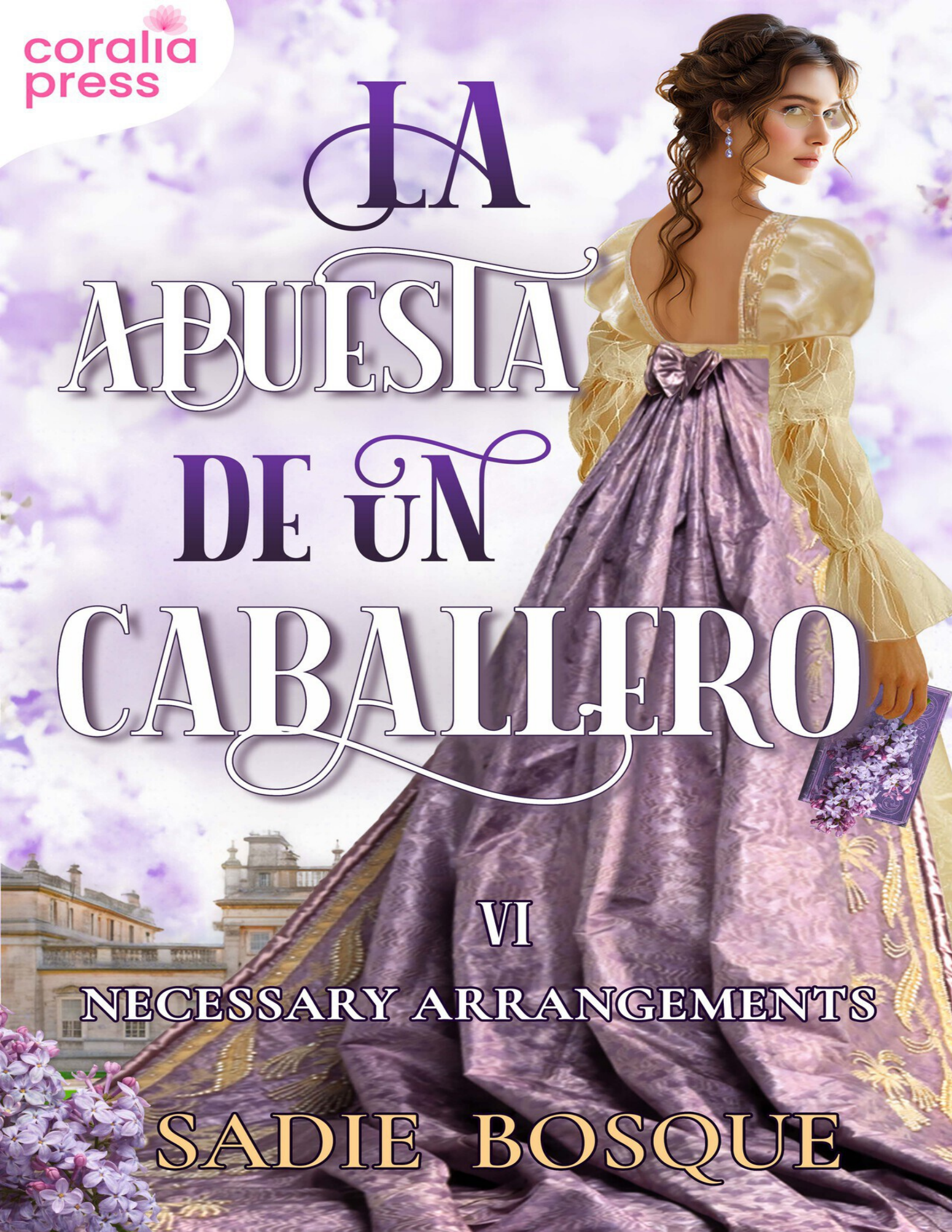
coralia press

# LA APUESTA DE UN CABALLERO



VI

NECESSARY ARRANGEMENTS

SADIE BOSQUE

# La apuesta de un caballero

Serie *Necessary Arrangements*
Vol. 6

Sadie Bosque



# Capítulo 1

«Esto no puede estar pasando».

Adam Lewis cerró los ojos con fuerza un momento, para asegurarse de que no estaba imaginando cosas.

No.

Ella realmente estaba allí.

Adam observó con impotencia cómo una joven inocente —una dama a la que él conocía, con quien había bailado hacía apenas unas semanas, la señorita Beatrice Fowley— entraba sola por las puertas del Hades' Hell[1]. ¡Sola!

Para empezar, este no era un lugar donde una dama decente debería estar. ¡Jamás! Pero aquella noche era la velada de máscaras más escandalosa y depravada del año. Y si ella iba a estar allí —lo cual no debería—, al menos debería haber traído un acompañante adecuado. ¡O al menos una carabina!

Adam se giró de forma intencionada. «No era su problema. Ella no era su problema».

Por fin, todo se había calmado para la familia Lewis.

Sus hermanas estaban casadas, incluso su libertino hermano, el vizconde Gage, había encontrado el amor, y su hermano menor, Alan, había vuelto a Londres desde el continente.

Y, por primera vez en mucho tiempo, Adam al fin se pertenecía a sí mismo.

De ahí que él estuviera en el baile de máscaras más escandaloso del año, en el Hades' Hell, dispuesto a disfrutar de la noche con sus amigos. No iba a permitir que una joven temeraria y desatinada le arruinara la velada. Ella no era su responsabilidad. Era responsabilidad de su hermano.

Fue Gage quien la había desdeñado y luego la instaló en una casa en Londres, como si eso no fuera a desatar una serie de rumores. Pero no, al engreído vizconde no le importaba. Al fin y al cabo, él se había casado con una actriz de dudosa reputación. ¿Qué era un escándalo más?

Sin embargo, algo impulsó a Adam a mirar de nuevo a la dama en cuestión. Ya fuera por una lealtad mal entendida hacia su hermano o por haber sido educado como un caballero, él no podía dejar a una dama en peligro. Y estaba claro que ella se encontraba en peligro.

Adam la observó mientras la joven avanzaba de forma lenta y cuidadosa por el salón, con su cabello castaño dorado y brillante a la luz de las velas y atrayendo a su paso las miradas de todos los caballeros.

«Y ahora se está quitando la máscara».

Adam abrió la boca de par en par. «¿Qué estaba haciendo esa muchacha?».

«¿No se daba cuenta de dónde está? ¿Y del riesgo que implicaba para su reputación el simple hecho de estar aquí?».

«No solo para su reputación, también para propia seguridad».

Ella se deslizó entre dos hombres, a quienes sonrió a modo de disculpa, y luego se detuvo en seco. Intentó avanzar de nuevo, pero algo se lo impedía. Adam entrecerró los ojos, tratando de entender la razón de su extraño comportamiento. La señorita Fowley se volvió hacia los caballeros, dijo algo y se estiró las faldas. Entonces Adam notó lo que ocurría. Uno de los hombres le había agarrado el vestido.

La señorita Fowley, con la máscara en la mano, empujó el pecho del desconocido, que ahora la sostenía por la cintura, tratando de liberarse.

«¡Qué insensata! Esto era exactamente lo que ella debía haber previsto antes de poner un pie en un lugar tan depravado como este. ¿No sabía que aquí abundaban los hombres ebrios y lascivos? Sobre todo, esta noche».

Adam se abrió paso entre la multitud. Su agitación crecía cada vez más. ¿Es que los hombres estaban demasiado borrachos para reconocer a una dama educada? Y aunque ella no lo fuera, era obvio que no quería su atención. Ella los estaba rechazando, ¡y aun así se negaban a dejarla marchar!

«¿Qué clase de caballeros necesitaban usar la fuerza para retener a una mujer?».

«Borrachos. Estúpidos. Irrespetuosos».

A Adam le hervía la sangre y tuvo que apretar los puños para no golpear a quienes se interponían en su camino.

Justo cuando Adam llegó frente a la señorita Fowley, ella dio un tirón de su vestido y se cayó hacia atrás, directamente sobre Adam.

Este la atrapó con facilidad y la sujetó con firmeza. Ella forcejeó y gimió, y él intensificó su agarre.

—No se mueva —le susurró Adam al oído antes de alzar la cabeza y clavar la mirada en los hombres que se habían atrevido a importunarla—. ¿Hay algún problema, caballeros?

—Ningún problema, siempre que nos devuelva a nuestra ramera —dijo uno de los hombres, con voz pastosa por la borrachera.

—¡No soy una ramera! —exclamó la señorita Fowley, con las mejillas sonrojadas de vergüenza y temblando en los brazos de Adam.

Él la apartó con suavidad y dio un paso adelante, colocándose entre ella y los borrachos.

—¿Les importaría repetir eso?

Los hombres retrocedieron y alzaron las manos en señal de defensa.

—Puedes quedártela —dijo uno de ellos. El otro murmuró algo ininteligible y ambos se esfumaron, perdiéndose con rapidez en el gentío.

Adam se volvió hacia la señorita Fowley, todavía con los dientes apretados y las manos cerradas en puños a los costados. Ella estaba tratando de ponerse la máscara, que resbalaba de sus dedos temblorosos.

—¿Ahora va a ponérsela? —refunfuñó Adam—. «¿No podía haberlo hecho antes?», pensó.

Ella le lanzó una mirada confundida.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—He dicho que este es un lugar peligroso para una dama decente —respondió él con sequedad.

—Sí, gracias —dijo ella, sin abandonar su empeño en ajustarse la máscara.

—¿Acaso se ha perdido? ¿Quiere que la acompañe hasta la salida? —dijo Adam, obligándose a emplear un tono suave.

Ella hizo un sonido de frustración y pausó su inútil intento de atarse la máscara.

—No, pero gracias por ofrecerse. Estoy exactamente donde quiero estar. Buenas noches. —Acto seguido, le dio la espalda a Adam y comenzó a caminar con dificultad en dirección contraria.

Él soltó un suspiro y elevó una silenciosa oración para pedir paciencia antes de seguirla.

—Si está buscando la salida, lleva el camino equivocado. Puedo guiarla, si me lo permite.

Ella se sobresaltó antes de girarse hacia él.

—Gracias, milord, por su generosidad —dijo con frialdad—, pero preferiría quedarme aquí antes que salir acompañada de cualquier caballero.

Adam frunció el ceño.

—Me temo que no tiene muchas opciones. A menos que le guste que los hombres la acosen, este no es lugar para una dama decente.

—¿Y cómo sabe que soy una dama decente? —replicó ella, echando la cabeza hacia atrás con gesto de desafío.

Él parpadeó, incrédulo.

—Si usted quisiera permanecer en el anonimato, quizá le beneficiaría llevar una máscara. Además, cualquiera reconocería a la hija de un caballero por su forma de hablar. Y eso sin mencionar el hecho de que, además de que hemos sido presentados, usted estuvo comprometida con mi hermano durante un breve espacio de tiempo.

La señorita Fowley dio un paso hacia él y lo observó.

—¿Señor Lewis?

Adam trató de no ofenderse por no ser reconocido. Al menos, ahora estaba claro que la única razón por la que ella había rechazado su ayuda era porque pensaba que él era un extraño, y le dedicó una reverencia.

—Adam Lewis, a su servicio.

—Mis disculpas por mi comportamiento desdeñoso —dijo la señorita Fowley—, pero este sitio es bastante... —Echó un vistazo alrededor del salón, mordiéndose el labio inferior—. No es lo que esperaba. ¿Podría sostener esto un momento? —Le tendió su máscara, y Adam no tuvo más remedio que aceptarla. Ella empezó a rebuscar en su ridículo[2], sacó unas gafas y se las puso. Con una sonrisa triunfante, se volvió hacia él.

—No veo bien sin mis lentes. Y no podía ponerme la máscara encima, aunque tampoco logré colocármela, de todos modos.

Adam le extendió el brazo para devolverle la máscara, pero antes de que ella pudiera notar el gesto, se giró de nuevo. Adam dejó escapar un bufido exasperado y la siguió una vez más.

—Señorita Fowley, ahora que reconoce que no tengo intención de hacerle daño, quizá me conceda el honor de acompañarla a la salida.

Ella sonrió, algo avergonzada.

—Lo siento. Le estoy muy agradecida por su ayuda, pero necesito estar aquí.

—¿Necesita? —Adam alzó una ceja—. ¿Está buscando a alguien?

Ella negó con la cabeza.

—No exactamente.

—No exactamente… —repitió Adam entre dientes—. ¿Se da cuenta del riesgo que está corriendo al permanecer aquí? Y no me refiero solo a su reputación, sino a su seguridad.

—Le agradezco que me haya rescatado de esos molestos caballeros…

—¿Molestos?

—Pero le aseguro que puedo cuidarme sola —continuó ella—. Y en cuanto a mi reputación, pronto me casaré.

Adam apretó los labios. En torno a ellos, los asistentes, ocultos bajo sus elaboradas máscaras y disfraces, giraban al compás de la música, entre risas y comentarios jocosos. Adam tuvo que acercarse a la obstinada dama para asegurarse de que pudiera oírle entre el caos.

—Señorita Fowley —dijo con cautela—, no puedo imaginar la razón por la que se arriesgaría de esta forma, comprometiendo su buen nombre. Pero considero mi deber sacarla de este lugar. Sana y salva.

—Le aseguro que mi buen nombre no se verá afectado —insistió ella—. Y a mi prometido no le importan esas cosas tan insignificantes como la reputación. Además, ya está arruinada, ¿o acaso lo ha olvidado?

Adam reprimió una mueca.

—Mi hermano es el motivo de su ruina, y por eso no puedo dejarla aquí sin intentar disuadirla de hundirse aún más en el escándalo.

—Señor Lewis —dijo ella en tono decidido—, soy mayor de edad y estoy comprometida. Usted no tiene ninguna obligación para conmigo.

—No es apropiado para una dama ser tan testaruda —le espetó Adam, aunque casi se atragantó con sus propias palabras. «¿Que no es apropiado?». Él mismo tenía dos hermanas que saldrían vencedoras en una competición de testarudez. Y ambas se burlarían de él gustosamente si alguna vez les dijera eso.

Pero eso era irrelevante en estos momentos. Necesitaba convencer a esta dama en particular de que abandonara el baile de máscaras.

—¿Testaruda? ¿O desobediente por no cumplir de inmediato su sugerencia? —replicó ella—. ¿No soy una mujer con libre albedrío? ¿Por qué debería negárseme el acceso a un baile al que usted sí puede asistir? En menos de dos meses, me casaré con lord Lansdowne, un hombre tres veces mayor que yo, cuya única intención es conseguir un heredero y después todos los hijos que pueda. Pronto, mi vida no será más que obediencia. Y he leído numerosos volúmenes de biología y otros textos menos académicos sobre el arte de engendrar herederos, y debo decirle que no me parece nada atractivo. Que a alguien se lo parezca me resulta incomprensible, pero esa no es la cuestión.

—¿Es que hay alguna cuestión? —preguntó Adam, en tono aburrido, intentando no involucrarse en una charla más profunda, aunque una chispa de diversión curvó sus labios.

—¡Sí, hay una cuestión! —exclamó ella, gesticulando con las manos para enfatizar sus palabras—. Y es que en poco tiempo mi vida y mi juventud terminará, y me convertiré en una anciana con doce hijos, atrapada en la finca más apartada, y con la única función de servir el té a invitados tan viejos como mi esposo.

Un borracho la empujó al pasar, y Adam la sostuvo por el codo para estabilizarla. Beatrice se soltó, molesta, y continuó su discurso.

—Ya he hecho las paces con mi destino. Soy yo quien lo ha elegido. Pero tengo dos meses antes de quedar encadenada, y estoy decidida a vivir esos dos meses al máximo.

—La situación no es tan grave como la pinta —dijo Adam alzando una ceja.

—Ah, ¿no? —La señorita Fowley cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Es usted quien va a casarse con lord Lansdowne?

Adam se tensó.

—Claro que no.

—Entonces, ¿cómo puede juzgarme? —preguntó ella, levantando la barbilla.

Adam respiró hondo, consciente de la depravación a su alrededor. No iba a explicar las miserias de la alta sociedad a esta joven ingenua, ni a decirle que muchas mujeres casadas con viejos lores practicaban la infidelidad y pasaban la mayor parte de su tiempo en Londres, asistiendo a bailes como este sin levantar sospechas.

Sin embargo, a la señorita Fowley no le faltaba razón. Ella tendría que convivir con un hombre mayor, soportar sus atenciones en el lecho y llevar a sus hijos en su vientre, lo cual no parecía algo agradable para ninguna joven. Él podía entender su ardiente determinación y su anhelo de libertad.

—Quizá no pueda juzgarla —dijo Adam con calma—. Pero no la dejaré aquí. Puesto que estuvo comprometida con mi hermano y luego fue abandonada por él, es mi deber velar por usted.

—Entonces, ambos nos quedaremos aquí —dijo ella, con un aplomo que no admitía discusión.

Adam suspiró, sacó su reloj de plata de su bolsillo y abrió la tapa. Sin fijarse siquiera en la hora, lo guardó de nuevo. Luego miró a sus amigos, que bebían y reían alegremente. Uno de ellos coqueteaba con una dama de porte distinguido, con una peluca alta y una bella máscara.

Todo era como debía ser. Así era como Adam esperaba pasar la noche. Pero, una vez más, estaba atrapado ayudando a su hermano, aunque el muy sinvergüenza ni siquiera lo supiera.

—De acuerdo —aceptó él al fin—. Usted gana. ¿Qué es exactamente lo que quiere?

—¿Qué quiero? —preguntó ella con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué está aquí? —dijo Adam, irritado. Los gritos estruendosos de los hombres borrachos se mezclaban con las discordantes notas de la orquesta. Adam tuvo que inclinarse hacia ella para poder oírla.

—Estoy aquí para experimentar un baile de máscaras —dijo la señorita Fowley, aclarándose la garganta—. Creo que resulta obvio.

Obvio. Adam levantó la mirada hacia el techo.

—¿Y qué considera usted experimentar de forma adecuada un baile de máscaras?

Ella ladeó la cabeza.

—Si se lo digo, ¿me dejará quedarme?

—No —dijo él con dureza, esquivando por poco una pluma que adornaba la máscara de una mujer al pasar—. La ayudaré a obtener lo que busca y, luego, la acompañaré a la salida.

El rostro de la señorita Fowley se ensombreció.

—Solo quiere acelerar mi partida.

—¿Lo ha notado? —preguntó él con sarcasmo.

—Muy bien. Si insiste en quedarse mientras exploro el baile de máscaras, que así sea.

Adam levantó una mano.

—No he dicho eso. He dicho que la ayudaría a conseguir lo que quiere, pero lo haremos a mi manera. Yo decidiré adónde vamos, cuándo y cómo.

La señorita Fowley arrugó la nariz y observó a los bailarines que los rodeaban. Como si tuviera otra opción. Era eso, o Adam la sacaría de allí a rastras. Él no iba a claudicar para dejarla sola.

—De acuerdo —concedió ella—. Solo quiero ver este lugar, tener la experiencia de estar en un baile de máscaras, absorber toda la diversión a mi alrededor. —Giró lentamente mientras hablaba, con los ojos brillantes y los brazos extendidos como si estuviera en un templo mágico y

no en el palacio de los depravados—. He leído tanto sobre este lugar… Es simplemente glorioso.

Adam soltó otro bufido, y ella volvió su rostro hacia él con gesto molesto.

—¿Glorioso? —dijo Adam—. Un lugar lleno de ladrones, rameras y libertinos, ¿es glorioso?

Ella lo miró con altivez.

—¿Eso lo convierte a usted en un libertino, o en un ladrón?

Adam se tragó una réplica mordaz. Ella tenía razón. Él estaba allí. Aunque no pensaba que el lugar fuera glorioso.

—De acuerdo —concedió Adam—. La llevaré a dar un paseo por la sala, y luego nos iremos.

—¿Un paseo? ¿Eso es todo? —Ella arrugó la frente con expresión ofendida y, en parte, también bastante adorable.

Adam se contuvo para no soltar una carcajada. Reconoció que estaba disfrutando de este tira y afloja con esta testaruda ratona de biblioteca. Pero no iba a demostrarlo. De lo contrario, la astuta jovencita se aprovecharía y conseguiría que él la escoltara por el salón toda la noche.

—Sí —dijo él—. Un paseo por el salón principal.

—Y un baile —añadió ella con rapidez.

Adam exhaló un suspiro profundo, siguiendo con la mirada a sus amigos, que ya se dirigían a la sala de juegos con un whisky en la mano y una mujer del brazo. Adiós a su noche libre.

—De acuerdo. Un baile. Un paseo por el salón. Y después se irá.

—Perfecto. —La muchacha tuvo la osadía de sonreírle de oreja a oreja.

—Y deberá llevar su máscara en todo momento —añadió Adam.

El semblante de la señorita Fowley se oscureció de inmediato.

—Pero no veo nada sin mis gafas.

Adam sostuvo la máscara ante la nariz de ella con un gesto divertido.

—¿Cuál es su respuesta final? —preguntó.

Ella murmuró algo ininteligible y le arrebató la máscara de los dedos.

Adam soltó el aire que contenía en sus pulmones.

«Por fin».

Un baile, y se libraría de esta cabezota.

Beatrice colocó su mano en el brazo del señor Lewis mientras él la conducía por el salón principal. En su interior bullía de expectación, y tuvo que controlar sus pasos para que fueran elegantes y pausados, aunque en realidad deseaba saltar como una niña.

¡Estaba en el baile de máscaras del Hades' Hell! El más infame de los bailes de máscaras que jamás había conocido Londres. Tal y como siempre había soñado. Y estaba caminando del brazo de un caballero apuesto, aunque un tanto malhumorado.

Caminaron en silencio por el salón, pero el murmullo de las conversaciones, las risas y la música hicieron que Beatrice vibrara de felicidad. Esto era lo que había deseado experimentar durante mucho tiempo.

Era cierto que no veía mucho. Durante el breve momento en que había llevado puestas las gafas, había notado las paredes pintadas del salón, que representaban las escenas más atroces. Ella había imaginado que encontraría algún toque erótico en la decoración, pero en cambio, estaba llena de escenas horripilantes del infierno de Dante.

Ahora apenas distinguía una maceta de una persona. Pero las velas parpadeantes, los coloridos disfraces y la excitación que flotaba en el aire eran suficientes para hacerla disfrutar de la experiencia.

Había una atmósfera innegable de elegancia y belleza y, sí, también depravación, ¡pero eso era lo que hacía a este baile de máscaras tan famoso!

En contraste con el ambiente festivo, el señor Lewis estaba tan sombrío como una nube en un día de lluvia. Como Beatrice no podía ver mucho más, concentró su mirada en el hombre que tenía al lado.

Él vestía de forma sencilla, pero elegante, todo de negro, excepto por una camisa blanca impecable y un severo pañuelo de cuello. Una media máscara con diseño de ajedrez, del mismo negro azabache, le cubría la parte superior del rostro, confiriéndole un halo misterioso.

La sobria paleta de colores acentuaba su imponente altura y su complexión atlética. Aun así, el efecto se suavizaba con las ondas rebeldes de su cabello castaño que escapaban de su coleta. Beatrice recorrió con la mirada los ángulos de su rostro: la marcada línea de la mandíbula, el perfil aristocrático de su nariz…

El señor Lewis se movía entre la multitud con una confianza discreta, asintiendo en señal de reconocimiento a los asistentes, pero ajeno a la frivolidad que le rodeaba. Mientras los demás llevaban sedas llamativas y plumas, su atuendo era sencillo. A pesar de ello, atraía todas las miradas, como si existiera en un plano distinto al de los superficiales enmascarados. Como si, aunque hubiese descendido a aquel lugar para unirse a la diversión, él no perteneciera realmente allí.

Justo cuando llegaron a la pista de baile, la orquesta comenzó a tocar los primeros acordes de un vals. El señor Lewis se acercó y tomó su mano, mientras su otro brazo se deslizaba alrededor de la cintura de Beatrice.

Ella contuvo la respiración, sintiendo cómo el vello se le erizaba.

El señor Lewis dio un paso adelante, y Beatrice retrocedió con torpeza. Él se detuvo antes de intentarlo de nuevo, y ella se quedó paralizada en sus brazos.

—Pensé que quería bailar —dijo él en un tono de aburrimiento o decepción, o quizá de ambas cosas.

Beatrice hizo una mueca.

—No veo nada… —Él estaba muy cerca, a solo unos centímetros, de modo que el rostro del señor Lewis era lo único que ella podía ver. Las parejas que giraban a su alrededor eran solo sombras borrosas, y las luces de las velas oscilaban como puntos danzantes, una distracción. Ella había insistido en estar en este baile, y ahora era ella quien no podía bailar.

Él frunció el ceño.

—¿No puede ver nada?

—Puedo verle a usted. Pero no distingo nada a nuestro alrededor. Ni siquiera a los bailarines. No puedo saber si están cerca o lejos de nosotros. Esto ha sido un error... —Relajó el brazo y se giró, intentando zafarse de los brazos de Adam.

En lugar de dejarla ir, él la atrajo hacia sí por la cintura.

—Entonces, míreme a mí —dijo Adam en voz baja—. Míreme a los ojos y siga mis movimientos.

Beatrice miró la imagen borrosa que la rodeaba. Luego volvió la vista hacia él y asintió levemente. El señor Lewis relajó la mano en su cintura y dio un paso adelante, guiando sus pasos con confianza.

Beatrice respiró hondo, intentando recuperar la compostura. El corazón le latía con rapidez y las manos le sudaban dentro de los guantes, pero mantuvo el ritmo, girando por el salón de baile.

Después de unos tensos pasos, Beatrice se relajó al fin en los brazos del señor Lewis. Se dio

cuenta de que él era un bailarín excelente. Se sentía cómoda mientras él giraba con ella por la pista sin titubear.

Beatrice recordó de pronto que no era la primera vez que bailaban juntos. Tan solo unas semanas atrás, en el último baile de la fiesta en casa de los Gage, justo después de anunciarse el compromiso de ella con el vizconde. Todos esperaban que los prometidos compartieran su primer baile. Pero, de repente y de forma inexplicable, el vizconde abandonó la sala, dejando a Beatrice con el señor Lewis como su acompañante.

Aquella noche, ella había estado demasiado angustiada para disfrutar del baile con Adam Lewis. Ahora, se sentía cómoda en sus brazos y se dejaba llevar por un hombre fuerte y elegante.

El hecho de que no viera nada más allá de su rostro era en realidad una ventaja, en lugar de un obstáculo. Lo único en lo que ella necesitaba concentrarse era en los sutiles movimientos de Adam entre el resto de las parejas de baile. Las luces parpadeaban y se difuminaban en el fondo, y Beatrice sentía como si fueran las únicas personas en la sala.

Bailando.

En su mente, pintó su propia imagen del entorno. Imaginó las románticas luces de las velas y la lujosa decoración, mientras una suave música lo impregnaba todo.

Y la imagen era casi tan perfecta como lo había sido en sus ingenuos sueños.

Quizá no estaba bailando con su caballero ideal, el que habría de enamorarse de ella y que luego la salvaría de su inevitable y espantoso matrimonio. Pero él era un caballero. Uno bastante joven y atractivo, además. Era amable, fuerte y…

Beatrice tropezó con sus propios pies, y el señor Lewis la sostuvo contra su pecho. Beatrice notó el aroma de su colonia: una mezcla de sándalo, tabaco y almizcle masculino. Inspiró profundamente, paralizada, mientras lo miraba a los ojos. Toda la situación —él sujetándola contra su cuerpo, mirándose el uno al otro— debía de haberle nublado el juicio. Porque de pronto fue intensamente consciente de cómo su rostro se acercaba al de él con los labios entreabiertos… Hasta que el señor Lewis la soltó de golpe, y ella retrocedió tambaleándose. Solo entonces se dio cuenta de que la música había cesado y que el baile había terminado. Beatrice parpadeó, intentando recobrar la compostura mientras sus mejillas ardían de vergüenza.

¿En qué estaba pensando? ¿De veras había estado a punto de besar a un caballero cualquiera en un baile de máscaras? Beatrice se mordió el labio inferior tan fuerte que saboreó el sabor metálico de la sangre.

La figura empañada del señor Lewis se inclinó ante ella antes de ofrecerle el brazo.

—He cumplido mi parte del trato —dijo él—. Es hora de que abandone el baile.

# Capítulo 2

Beatrice fue arrancada con brusquedad de su mundo de fantasía con esas pocas y tajantes palabras.

Para ella, la noche había terminado.

Apoyó su mano enguantada en el codo del señor Lewis y le permitió escoltarla fuera de aquel infierno hasta su carruaje. Él la ayudó a subir, y cuando ella se giró para despedirse, se sorprendió al advertir que el señor Lewis no tenía ninguna intención de dejarla. Él se acomodó en el asiento frente a ella y golpeó el techo del carruaje con su bastón.

—¿Es que piensa venir conmigo? —preguntó Beatrice mientras se quitaba la máscara ornamentada.

El carruaje arrancó con un brusco movimiento, y ella se inclinó hacia adelante, con los brazos estirados. Terminó apoyando las manos en las piernas del señor Lewis, sintiendo cómo sus dedos se clavaban en sus músculos. Todo su cuerpo se estremeció al instante. Nunca había tenido el placer… No, mejor dicho, nunca había tenido la oportunidad de tocar a un hombre por debajo de la cintura. La sensación era bastante… confusa. El señor Lewis la sujetó por los brazos con rapidez y la ayudó a incorporarse.

—Por supuesto que voy con usted —respondió él en tono ofendido—. ¿Pensó que iba a confiar en que usted se fuera a casa sin intentar volver al baile de máscaras?

La tenue iluminación del interior del carruaje le impedía a Beatrice ver su rostro, pero reconoció en su voz una nota de irritación. No era precisamente la noche romántica que ella había imaginado. Frustrada, le tendió la máscara.

—¿Le importaría sostener esto un momento? —le preguntó ella—. Necesito buscar mis gafas. —Beatrice abrió su bolsito y rebuscó hasta encontrar la montura de metal. Se colocó las lentes y suspiró. Mucho mejor.

Miró al hombre sentado frente a ella y casi se arrepintió de poder verlo de nuevo con claridad. Él la observaba con los ojos estaban entrecerrados, con las fosas nasales dilatadas y la mandíbula tensa.

—No necesito una niñera —declaró Beatrice—. Soy muy capaz de regresar sola a casa. No tenía por qué molestarse.

Hubo una pausa mientras él tamborileaba con los dedos en su rodilla y la observaba con gesto calculador.

—¿No tiene usted una dama de compañía, una carabina?

—Por supuesto que sí. Mi tía Agnes. —Beatrice alzó el mentón y apartó la vista de forma intencionada.

Luego la dirigió hacia la ventanilla del carruaje. Apenas podía ver algo en la oscuridad, pero prefería eso a mirar el rostro irritado del señor Lewis.

—¿Y dónde está su tía Agnes ahora, si puede saberse?

Beatrice se encogió de hombros.

—En casa. Durmiendo.

—Entonces, usted la ha engañado para venir aquí —replicó Adam en tono acusatorio.

Beatrice se giró hacia él y enarcó una ceja.

—¿Se suponía que debía llevarla conmigo?

—Se suponía que usted debía quedarse en casa —respondió él de inmediato.

Beatrice soltó una risa cristalina.

—¿Y quién es usted para darme órdenes?

Adam exhaló un suspiro y se removió en su asiento.

—No le estoy dando órdenes. Solo señalo que, como la joven dama que es, debería estar en casa durmiendo y no asistiendo a escandalosos bailes de máscaras.

—Gracias, señor Lewis —dijo ella exagerando un tono sumiso, a la vez que batía las pestañas—. La única razón por la que he venido a este baile de máscaras es porque nadie me había traído antes —concluyó con un toque mordaz.

—No hay necesidad de ser sarcástica.

—No lo soy —respondió Beatrice con una sonrisa educada y adoptando una perfecta expresión de dócil inocencia.

El señor Lewis soltó una risa breve y, por primera vez en aquella noche, sus rasgos faciales parecieron relajarse.

—Entonces, dígame la verdad —le pidió él—. ¿De qué iba todo eso? ¿Por qué tanto empeño en ver el baile de máscaras?

—Ya se lo dije —respondió ella con desdén.

—No. —Adam negó con la cabeza y se echó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas, quedando peligrosamente cerca del rostro de Beatrice—. Lo que me ha dicho son unas excusas bastante malas. No esperará que crea que oyó hablar del infame baile y después decidió que era lo único que quería hacer antes de casarse. Debe de haber algo más.

Beatrice bajó la mirada, jugueteando con las puntas de sus guantes.

—Va a pensar que soy una tonta.

Adam soltó un gruñido.

—No pretendo ser grosero —dijo él mientras se reclinaba de nuevo en su asiento, con un brazo apoyado de forma despreocupada en el respaldo—, pero ya pienso que lo es.

Beatrice abrió la boca para darle una respuesta apropiada, pero otro pensamiento cruzó su mente.

Era cierto que el señor Lewis era brusco y altanero. Pero, en ese momento, él era su único aliado.

Había sido una ingenua al creer que podría llevar a cabo sus planes sola. Había leído mucho sobre Londres, y sus historias favoritas incluían a jóvenes valientes y decididas que lograban muchas cosas por sí mismas, así que nunca pensó que podría necesitar la ayuda de nadie.

El señor Lewis ya la había ayudado esta noche en el baile, aunque a regañadientes. ¿Sería muy descabellado esperar más ayuda de su parte?

A juzgar por su actitud extremadamente hosca, por supuesto que era una esperanza bastante descabellada. Pero si no lo preguntaba, nunca sabría la respuesta, y esta podía ser favorable.

Beatrice lo miró fijamente.

—Muy bien. Supongo que tiene razón —dijo ella después de una pausa—. No pierdo nada si le cuento la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —dijo Adam con desidia.

Beatrice tomó aire.

—La verdad es que estoy aquí a causa de un libro al que adoro.

El señor Lewis soltó otro bufido, y Beatrice entrecerró los ojos hacia él.

—Si quiere escuchar la verdad —dijo ella—, le agradecería que no me interrumpiera.

Él hizo un gesto con la mano.

—Por favor, continúe.

Beatrice se irguió en su asiento.

—Pues bien, en este libro, la autora, una mujer, cuenta una historia sobre el Hades' Hell. Está basada en hechos reales, pero escrita como ficción. No creo que sea autobiográfica. En cualquier caso, es una hermosa historia de amor entre el dueño del establecimiento y una dama respetable.

Adam alzó una ceja.

—¿Y?

Beatrice se encogió de hombros.

—Es mi libro favorito. Quería ver el lugar con mis propios ojos.

El señor Lewis le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué no después de su matrimonio? Quizá sería más seguro, y definitivamente más apropiado, que fuera allí una vez casada.

—No sé si me permitirán regresar a Londres después de casarme. ¿Y si mi esposo me encierra en su finca hasta que le dé uno o dos hijos? O tal vez para siempre. O puede que el Hades' Hell cierre antes de que yo sea libre, o que muera en el parto. Nunca se puede prever todo.

—¿Y qué más? —Adam la instó a continuar.

Beatrice pensó que parecía tan relajado, el muy odioso, mientras que sus nervios estaban a punto de estallar. Ella tragó saliva

—Pensé en vivir mi fantasía. Conocer al propietario, bailar con él, sentir alguna chispa y, aunque solo fuera por un momento, escapar del verdadero infierno que me espera.

Él rio con ganas.

Beatrice entrecerró los ojos hacia él. No le estaba diciendo toda la verdad, claro. Pero era lo más cercano a la verdad que podía revelarle sin mostrar lo que realmente era. Patética.

Así que lo único que ella podía hacer era esconderse con la excusa de su libro y adoptar una actitud despreocupada.

—Es libre de reírse de mí cuanto quiera —dijo Beatrice—. Su desprecio por mis sueños no me ofende. Me cree ingenua y tonta, mientras que usted es un hombre cínico sin sueños propios.

Podría haber sido su imaginación, pero le pareció que una sombra cruzó por el rostro del señor Lewis, y que sus ojos se apagaron por un instante.

—Quizá también me río de usted —añadió Beatrice—. Pero lo cierto es que no tengo nada que perder. En menos de dos meses, me casaré con un hombre tres veces mayor que yo. Y sí, sé que es poco probable que encuentre pasión en un baile de máscaras escandaloso, pero existe una posibilidad. Y si puedo aprovechar esta oportunidad, es ahora. Antes de casarme. Hice un trato con el hermano de usted para pasar un mes en Londres, y si cree que voy a desperdiciar este mes bordando tapices y tomando el té con unas matronas más secas que un cardo, se equivoca. Esta es mi oportunidad, y no pienso desperdiciarla.

El señor Lewis se aclaró la garganta, conteniendo otra carcajada.

—¿La oportunidad de conocer al dueño del Hades' Hell y enamorarse?

Beatrice empujó sus gafas por el puente de su nariz, fingiendo que el tono desdeñoso y la mirada perspicaz de él no le afectaban.

—No veo por qué no. Este año, el dueño actual cederá el negocio a un nuevo propietario, ¿no es así? Lo cual significa que este es joven, apuesto tal vez y, sin duda, rico.

—Sin duda —dijo el señor Lewis, conteniendo los últimos restos de risa. Se inclinó hacia ella, apoyando los codos en las rodillas nuevamente, con una expresión de completo aburrimiento—. En primer lugar, el nuevo dueño del Hades' Hell es una mujer. Supongo que no está fuera del ámbito de lo posible que ustedes dos logren hacer saltar alguna «chispa», pero dudo mucho que ella la salve de su inevitable matrimonio. En segundo lugar, si ni siquiera sabe cosas tan triviales como quién es el dueño de su amado Hades's Hell, ¿cómo esperaba que él, o en este caso, ella, bailara con usted o hiciera algo más? Y, en tercer lugar, ¿qué libro estúpido es ese, que la ha convencido de que estaría mejor con el propietario del antro más infame de Londres, antes que con un noble?

Beatrice cruzó los brazos.

—El libro se llama *El libertino*. Le vendría bien leerlo para ablandar su frío e insensible corazón. Y no es el único libro sobre Londres que he leído. —Hizo una pausa—. Hay unos cuantos más.

Él volvió a observarla con recelo.

—¿No me dirá que tiene en mente realizar más escapadas escandalosas?

Ella lo fulminó con la mirada.

—No se lo diré.

Una sonrisa de satisfacción iluminó las facciones de Adam, pero no duró mucho.

—No me lo dirá, pero lo está planeando, ¿no es así?

Beatrice apartó la vista.

—¿No es así? —gruñó él.

—Le repito que no voy a decírselo.

—Señorita Fowley…

—¿Sí, señor Lewis? —Ella le sonrió. Había descubierto que disfrutaba bastante poniéndolo de mal humor.

—¿Qué es lo que ha planeado?

Beatrice se mordió el labio, y por un momento, le pareció que la mirada de él descendió hasta su boca. Contuvo el aliento y tuvo que sacudirse antes de responder.

—Tengo una lista.

¿Fue su imaginación, o él murmuró una plegaria?

El señor Lewis sacó su reloj de bolsillo, una pieza hermosa y ornamentada que captó la atención de ella incluso en la oscuridad, y le echó un rápido vistazo antes de guardarlo. Con un suspiro cansado, él extendió la mano, con la palma hacia arriba.

—Enséñemela —dijo.

Ella miró su mano con desconfianza.

—¿Y por qué habría de hacer tal cosa?

Adam cerró el puño y lo retiró, reanudando el tamborileo rítmico contra su rodilla, observándola como un león que se prepara para lanzarse sobre su presa. De pronto, dejó de tamborilear y golpeó su rodilla con la palma.

—Porque si me la muestra, podría ayudarla a cumplirla.

¿De verdad? Beatrice estaba a punto de saltar de emoción. ¡Había conseguido justo lo que

quería! Pero su entusiasmo se tornó lentamente en sospecha al ver la expresión inocente de él. No había tenido esa expresión en todo el tiempo que se conocían. Ciertamente, no esa noche. ¿Estaba tramando algo?

—¿Me ayudará a completar mi lista? —preguntó despacio.

Él se encogió de hombros.

—Si eso hace que me deje en paz. Además, prefiero que haga lo que sea que tenga planeado conmigo a su lado en lugar de escabullirse sola por la noche. ¿Tenemos un trato?

—¿Y me ayudará a cumplir todos los puntos de la lista? —insistió Beatrice, buscando aclarar los detalles. No confiaba en él lo suficiente como para evitar que la engañara.

Y tenía razón, porque él respondió:

—No. No todos los puntos. No sé qué cosas extravagantes tiene en mente. Yo decidiré si son apropiadas o no.

—Entonces no se la voy a mostrar —replicó, cruzando los brazos y girándose hacia la ventana, aunque no podía ver nada en la oscuridad.

El señor Lewis dejó escapar un largo y profundo suspiro. En ese momento, el carruaje se detuvo. Beatrice echó un vistazo por la ventana, reconociendo la fachada de la casa oscura pero familiar. Habían llegado a casa, su hogar temporal en Londres. Tragó saliva, sintiéndose reacia a dejar el cálido carruaje.

Desde cuándo lo consideraba cálido era un misterio, pero la realidad era que se resistía a salir.

La puerta se abrió, y el señor Lewis extendió la mano.

—Cierre la puerta.

El lacayo dudó, mirando del señor Lewis al rostro confuso de Beatrice, y, con desgana, cerró la puerta.

—¿Qué hará falta? —preguntó el señor Lewis, con un destello serio en los ojos.

Beatrice parpadeó, impactada un momento por sus palabras.

No esperaba que él siguiera negociando con ella. Hasta donde sabía, la dejaría en su casa y luego le pediría a su hermano que la vigilara más de cerca. Incluso podría pedirle al vizconde que rompiera su promesa y la enviara a Lansdowne de inmediato. Después de todo, había actuado de forma irresponsable mientras estaba bajo su cuidado.

Pero ahí estaba él, negociando con ella. Aquella pequeña realización le dio a Beatrice una nueva sensación de poder.

—Le enseñaré la lista solo si promete ayudarme a cumplirla o, al menos, no interponerse en mi camino.

El señor Lewis volvió a tamborilear los dedos sobre su rodilla, pensativo.

—¿Cuántos puntos tiene en esa lista?

Beatrice levantó el mentón, desafiante.

—Los suficientes.

—¿Media docena? ¿Una docena?

Beatrice dudó.

—Más cerca de media docena. —La verdad era que no sabía el número exacto. Simplemente no lo recordaba. Pero no quería sacar la lista para revisarla por temor a que el caballero frente a ella se la arrebatara de las manos.

Él la observó con los ojos entrecerrados, haciendo que Beatrice se removiera de forma incómoda bajo su mirada penetrante.

—¿Qué le parece si hacemos una apuesta?

—¿Una apuesta?

—Sí. Usted me muestra la lista, y yo escogeré… digamos tres puntos de esa lista que le ayudaré a cumplir.

Beatrice abrió la boca para protestar, pero él alzó una mano para detenerla.

—Pero lo hacemos a mi manera. Yo determinaré el momento, el lugar y cómo lograremos esos objetivos. Si cumplimos esos tres puntos y usted aún quiere continuar, la ayudaré con el resto. Pero si en algún momento decide dejarlo, no está de acuerdo conmigo o se niega a seguir mi guía, perderá la apuesta y tendrá que abandonar la idea de esa lista y volver a casa.

—Solo para aclarar —dijo Beatrice—, usted elige tres puntos y decide cómo logramos tacharlos.

Él asintió.

—Sí.

—Y una vez que completemos esas tres tareas, me ayudará con el resto de la lista.

—Si completamos esas tres tareas —corrigió él.

Beatrice lo observó con atención, como si, mirándolo de cerca, pudiera leer su mente. Tres puntos de su lista. Superficialmente, la apuesta parecía bastante simple y muy tentadora. No había nada objetable en la lista. Nada que pudiera hacerla replantearse sus deseos.

«Si completamos esas tres tareas».

Un destello calculador brilló en los ojos del señor Lewis. Había una trampa, lo presentía.

Aun así, estaba decidida a hacer que ese mes fuera memorable. A convertirlo en un mes que recordaría el resto de sus días, mientras viviera en una lejana propiedad junto a un lord cincuenta años mayor. Entonces, ¿qué podría hacer este caballero para hacerla reconsiderar su lista?

Nada. Estaba convencida de que no podría hacer nada.

Extendió el brazo.

—Acepto los términos de su apuesta.

Las comisuras de la boca del señor Lewis se curvaron en una sonrisa satisfecha. Envolvió su mano en torno a la de ella y la apretó.

—Bien. Ahora, la lista, por favor.

Beatrice retiró su mano, sintiendo el pulso acelerado en sus oídos. Las manos le temblaban mientras rebuscaba en su bolso. Sacó su pequeño diario de cuero y lo sostuvo cerca del pecho.

El señor Lewis extendió la mano y alzó una ceja.

—Tiene otras cosas allí —aclaró ella.

El señor Lewis volvió a colocar la mano sobre su regazo, con su ya habitual expresión de aburrimiento.

—Tómese su tiempo.

Beatrice acercó el diario a la lámpara del interior, justo encima de la puerta. Pasó las páginas hasta que encontró su lista. Tenía nueve puntos, uno de los cuales no tenía intención alguna de mostrarle al señor Lewis bajo ninguna circunstancia. Ya se habían burlado bastante de ella esa noche, y prefería evitar una humillación mayor. De cualquier forma, estaba segura de que él no escogería ese punto. Así que sostuvo el diario bajo la luz y cuidadosamente arrancó la página, dejando el último punto en su cuaderno.

El señor Lewis tomó la hoja rasgada y escaneó la lista, frunciendo el ceño de forma pronunciada. Beatrice cerró el diario y alisó su superficie de cuero. Era un diario antiguo que había pertenecido a su madre. Sintió remordimiento por haber destrozado un objeto tan preciado,

pero en su nerviosismo, no lo había pensado antes de arrancar la página. Solo esperaba que no fuera en vano.

Contrario a sus temores, el señor Lewis no se rio de su lista. Su expresión apenas cambió mientras alzaba la hoja en su mano.

—¿Eso es todo?

Beatrice carraspeó.

—Sí, eso es todo.

—La hoja está rasgada —observó él.

—Qué perspicaz.

—No sea insolente —advirtió él—. Solo voy a ayudarla con los puntos en esta hoja rasgada. Cualquier otra cosa que haya dejado ahí no se considerará, aunque gane la apuesta.

—No esperaba nada menos. Ahora, ¿ha elegido los puntos? —Beatrice se humedeció los labios, que de repente se habían secado.

—No —gruñó él—. No puedo ver un carajo aquí. ¿Le importa si me la quedo?

Beatrice tragó saliva.

—Preferiría que no lo hiciera.

—Solo por una noche. Necesito tiempo para elegir los tres puntos.

Beatrice pasó la lengua por su labio inferior, lamentando cada vez más, con cada segundo que pasaba, haber confiado en el señor Lewis. Toda la noche había sido un tanto una pesadilla… pero, al mismo tiempo, también había sido un poco un sueño.

—Está bien —concedió finalmente—. Espero que mañana me lo devuelva y me diga qué tres puntos me ayudará a cumplir.

—Desde luego. La visitaré durante las horas de recibo —dijo él sin dudarlo. Luego abrió la puerta y bajó del carruaje de un salto. Se volvió hacia ella y le ofreció la mano—. Pero recuerde, señorita Fowley, mientras dure nuestra apuesta, no podrá intentar tachar otros puntos de la lista por su cuenta.

Beatrice tomó su mano y le permitió ayudarla a bajar del carruaje. Lo miró brevemente cuando sus pies tocaron el suelo.

—Mi destino está en sus manos —dijo con una sonrisa traviesa, medio en broma.

Creyó ver una sonrisa en los profundos ojos azules del señor Lewis mientras le acariciaba los nudillos con el pulgar. Beatrice sintió cómo el calor le subía al rostro y un escalofrío le recorría la piel. El viento revolvía su oscuro cabello castaño, desordenando su apariencia pulida y haciéndolo lucir, de alguna manera, aún más endemoniadamente atractivo que antes.

«¿Qué estoy pensando?»

Beatrice necesitaba darse la vuelta e irse.

«Mi destino está en sus manos». Era la frase perfecta para terminar una escena. Habiendo leído muchas novelas románticas, Beatrice lo sabía. Sin embargo, no podía moverse.

Si no estuviera tan absorta en sus pensamientos, si su corazón no latiera con tanta fuerza en su pecho, ahogando todos los demás sonidos, quizá lo habría notado antes. Pero en ese momento, otro carruaje se detuvo justo delante de ellos. La puerta se abrió de golpe, y un hombre alto, furioso y algo desaliñado salió a la acera.

# Capítulo 3

—¿Pero qué demonios está pasando aquí?

Adam retiró rápidamente su mano al escuchar el rugido familiar. La señorita Fowley parpadeó, sus enormes ojos se veían tan sorprendidos y cómicos detrás de sus gafas que a Adam casi le dio risa; le recordaba a un búho.

Se giró hacia el intruso con un suspiro resignado.

—Buenas noches, hermano.

—Buenas no… —Gage se detuvo y dio un paso adelante—. ¿Adam? ¿Qué diablos haces aquí?

Detrás de él, un lacayo ayudaba a una mujer a salir del carruaje. Con un sencillo vestido de día, la señorita Josephine Claremont, como la conocía la mayoría, pero más exactamente lady Gage, apareció iluminada por la escasa luz del carruaje.

—Estoy segura de que no es necesario gritar, querido —dijo suavemente—. Todo puede resolverse de manera civilizada.

—¿Civilizada? —Gage rugió, con los labios apretados de furia.

—Beatrice, encantada de verte de nuevo —ronroneó la vizcondesa. Luego hizo una pequeña reverencia—. Señor Lewis.

—Sí, encantador —gruñó Gage—. Ahora, ¿puede alguien explicarme qué está pasando aquí?

La señorita Fowley pareció finalmente recuperarse del susto.

—Mi lord, qué sorpresa —dijo, devolviéndole la reverencia con un pequeño gesto.

—Oh, de eso no cabe duda. ¿Qué hace paseándose por la ciudad a estas horas de la noche? ¿Y visitando el baile de máscaras en el Hades, de todos los lugares posibles? ¿No sabe lo peligroso que es ese sitio?

—Eso es lo que le he estado diciendo la última hora, pero, ¿me escucha? —murmuró Adam por lo bajo.

La señorita Fowley frunció el ceño hacia Adam y abrió la boca para replicar, pero Gage la interrumpió y se volvió hacia Adam.

—¿Y tú qué estás haciendo aquí?

—Acompañando a la señorita Fowley a casa —contestó con calma—. Me la encontré en el baile y pensé que estaría más segura conmigo. ¿No lo crees tú también?

Adam no se sorprendió al descubrir que su hermano ya estaba al tanto de las recientes escapadas de la señorita Fowley al Hades. Le sorprendía más que no hubiera previsto ver a Adam allí. Gage tenía la costumbre de vigilar a las personas que consideraba importantes para él.

—Eso es bastante afortunado para usted, señorita Fowley —dijo Gage, dirigiéndose a ella—. Ahora dígame, ¿por qué estaba en el Hades?

Bajo la abrasadora mirada del vizconde Gage, la gente tenía tendencia a balbucear y soltar todos sus secretos. Pero, sorprendentemente, la señorita Fowley no lo hizo. En lugar de dar un

paso atrás y apartar la mirada, alzó la cabeza para encontrarse con los ojos del vizconde.

—Y, ¿cómo sabe dónde he estado esta noche? —Gage abrió la boca y luego la cerró de inmediato, sin saber qué responder. La señorita Fowley no cedió—. ¿Me ha estado siguiendo?

—Por supuesto que la he estado siguiendo —admitió Gage sin titubear—. ¿Cree que la dejaría sin protección?

—¿Protección o control? —replicó la señorita Fowley, cruzándose de brazos, mientras su pecho subía y bajaba con cada respiración.

Adam la miraba con asombro. No esperaba semejante audacia de su parte. Jo se cubrió la boca con la mano, pero sus ojos estaban llenos de risa.

—Señorita Fowley —dijo Gage con voz tensa, aparentemente impasible—. No puedo, en buena conciencia, dejar a una joven sin que alguien la vigile. Soy responsable de usted. Puede llamarlo control o como desee. Yo lo llamo sentido común.

—Con el debido respeto, mi lord —replicó la señorita Fowley, alzando el mentón—, no soy su esposa. No tiene derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer. Renunció a su derecho a controlarme cuando rompimos nuestro compromiso. Cuando le devolví su libertad.

Jo soltó una carcajada.

—No se equivoca.

Gage se volvió hacia su esposa.

—Querida, ¿te importaría no ponerte en mi contra?

Ella negó con la cabeza, aún sonriendo.

—Solo estoy señalando que no tienes voz sobre las acciones de Beatrice. Sé que estás preocupado por ella, pero no es tu esposa. Ni siquiera es tu prometida ya.

—Gracias —dijo la señorita Fowley suavemente, con un brillo de gratitud en los ojos.

—No es que mi esposa real me escuche jamás —masculló Gage—. Señorita Fowley, puede que ya no sea mi novia, pero mientras viva bajo el techo de una casa que yo pago, está bajo mi protección.

—No soy una amante ni una mujer mantenida —respondió sin perder el ritmo, con las fosas nasales dilatadas y los ojos brillantes—. Teníamos un acuerdo. Le permití romper nuestro compromiso y usted arregló mi estancia en Londres por un mes. Lo que yo haga en Londres durante ese tiempo no es asunto suyo. No fue parte del acuerdo.

—¿De verdad espera que la deje hacer lo que le venga en gana…?

—Entonces dejaré la casa que me ha dado. No acepto ser una prisionera —tartamudeó, ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz. Se mantuvo erguida y firme, sin retroceder, aunque sus labios temblaban y parecía al borde de las lágrimas.

Adam sintió que se le formaba una sonrisa amable. Siempre había definido el valor como la capacidad de luchar a pesar del miedo y consideraba que la imprudencia era simplemente la falta de miedo. Al principio, pensó que la señorita Fowley tenía un exceso de lo último. Ir a una guarida de vicio por su cuenta, sin escolta, era realmente una tontería. Sin embargo, era evidente, bajo la luz del farol del carruaje, que la señorita Fowley estaba asustada. Temía al gran y temible vizconde, acostumbrado a controlar a todos a su alrededor. Probablemente también le había asustado salir de su pequeña cabaña en Surrey para pasar un mes en Londres. Y debía haber sentido miedo al visitar el baile de máscaras.

Y, aun así, lo había hecho todo.

¿Para qué? Eso era algo que Adam aún no comprendía.

Pero veía con claridad la frustración de la señorita Fowley. Veía su angustia. Y, con mayor

claridad aún, veía la determinación de obtener lo que consideraba suyo.

Su libertad.

Aunque solo fuera por un tiempo.

¿Acaso no se lo merecía?

Ella había liberado a Gage de su compromiso. Podría haberle negado la libertad. Podría haberse quedado con él y convertirse en la esposa de un joven y acaudalado vizconde. Y habría estado en su derecho de hacerlo. Pero en lugar de eso, cambió la libertad de él por la suya.

Excepto que no sabía que esa libertad venía con condiciones.

—No es usted una prisionera —insistió Gage—, pero soy responsable de su bienestar. No es seguro que vaya a antros y bailes de máscaras sola en mitad de la noche.

—¿Por qué todo el mundo se cree con derecho a decirme cómo vivir mi vida? —exclamó ella con tal desesperación en la voz que Adam pensó que iba a dar un pisotón. Pero no lo hizo—. O deja de espiarme, o me marcharé de la casa que está pagando, y viviré en la calle si es necesario.

—No, teníamos un acuerdo, y no permitiré…

Jo colocó una mano en el brazo de Gage y le susurró algo al oído.

Adam alzó las dos cejas. Nunca había visto a Gage pasar de la ira a la calma con tanta rapidez.

Gage cubrió la mano de su joven esposa con la suya y le dedicó una pequeña sonrisa tranquilizadora. Ella realmente tenía influencia sobre él.

—Si me permite… —Adam intervino finalmente, considerando que la reprimenda había sido suficiente—. Hablé en profundidad con la señorita Fowley sobre el peligro en el que se puso esta noche, y ha prometido que, si va a algún sitio sin escolta, me llamará a mí primero para que la asista.

Gage lo miró de forma extraña.

—No puedes escoltarla a bailes y eventos sin una dama de compañía.

—No tengo ningún deseo de romper las normas, hermano. —La señorita Fowley lo miró con decepción, pero Adam fingió no notarlo—. Seré cuidadoso. Además, no puedes ser tú quien cuide a la señorita Fowley. Bastante escándalo te rodea ya.

A Adam no le sorprendió la facilidad con la que Gage accedió. Después de todo, Gage estaba acostumbrado a delegar todo tipo de tareas en su hermano menor.

—Tienes razón. Tienes tiempo para ocuparte de esto.

Adam apretó los dientes, pero no dijo nada.

Gage se volvió hacia la señorita Fowley.

—¿Y usted promete que no saldrá de la casa en mitad de la noche sin escolta, y que llamará a Adam o a cualquiera de nosotros para asistirla?

Ella asintió levemente.

—Y, a cambio, ¿me promete que dejará de espiarme? Ahora que sé que los sirvientes han estado vigilándome, buscaré la manera de ponerlos a prueba.

—¡Está bien! —gruñó Gage—. ¿Cómo llegamos a esto? No soy yo quien está rompiendo todas las normas sociales aquí.

Adam se acercó a su hermano y le dio una palmada en el hombro.

—¿Por qué no dejamos que la señorita Fowley entre antes de que su tía despierte y escuche el alboroto? Y luego hablamos de esto.

—Finalmente, una idea sensata —dijo Jo, juntando los extremos de su capa.

—Señorita Fowley. —Adam tomó su mano e hizo una reverencia—. Ha sido un placer. Y

para su sorpresa, se dio cuenta de que realmente lo sentía.

Una vez que se despidieron y la señorita Fowley entró de nuevo en la casa, Gage lanzó una mirada a Adam.

—¿Te das cuenta de que ahora el bienestar de la señorita Fowley recae completamente sobre tus hombros?

Adam se encogió de hombros.

—No te preocupes. No causará problemas. —De hecho, si todo iba según lo planeado, ella dejaría Londres antes de que terminara el mes pactado.

Con una reverencia hacia la joven esposa de Gage, Adam subió de nuevo al carruaje.

Esperó a que su hermano se fuera antes de darle instrucciones al conductor para que lo llevara a casa. Se recostó en el asiento, con las manos apretadas en puños, arrugando un papel entre los dedos.

Frunció el ceño y acercó el papel a los ojos.

Ah, claro. Aún tenía la lista de la señorita Fowley en la mano.

Sacudió la cabeza y sonrió, recordando la interacción que acababa de tener con aquella ratona de biblioteca llena de determinación. No solo se había enfrentado al vizconde, sino que Adam tuvo que admitir que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de un enfrentamiento.

Ella era distinta a sus conocidas porque era demasiado inocente, demasiado resguardada, incluso en comparación con sus queridas hermanas. Por mucho que la familia intentara protegerlas, ellas tenían una visión del mundo mucho más realista. Quizás eso se debía a que crecieron entre hermanos mayores, uno de los cuales murió en la guerra, cambiando la vida de toda la familia para siempre. O tal vez era porque la señorita Fowley nunca había tenido su debut ni experimentado realmente la vida fuera de su pequeño pueblo. De cualquier manera, su visión ingenua del mundo divertía a Adam.

Sin embargo, no se atrevía a subestimar a la joven ratona de biblioteca. Por ingenua que pareciera, no se dejaba asustar fácilmente. Se enfrentó a él en el Hades y mantuvo su postura más tarde, cuando él le ordenó que olvidara su absurda lista.

No era alguien que obedeciera órdenes con facilidad. Su padre debió haber tenido bastantes complicaciones al criar a una joven tan obstinada. Y su futuro esposo, el anciano Lansdowne, tendría que acostumbrarse también a lidiar con ella. Si buscaba una joven dócil que lo obedeciera sin cuestionar, había elegido a la equivocada.

Adam hizo una mueca, sintiendo un dolor sordo en el pecho al pensar en la señorita Fowley en los brazos del viejo. Pero así era el mundo. La señorita Fowley necesitaba casarse para salvar a su familia de la pobreza, y Lansdowne necesitaba una joven que le diera hijos.

Adam tragó saliva y apartó esos pensamientos de su mente. En su lugar, se concentró en el problema inmediato. Desdobló el papel y repasó la lista.

Su pecho volvió a doler levemente. Casi sentía lástima por la joven. Algunos puntos en su lista eran tan inocentes que sentía el impulso de ayudarla a cumplirlos todos. Por ejemplo, un punto decía: «Visitar Gunter’s y probar varios sabores de helados en un solo día». ¿Por qué algo tan simple estaba en su lista? Debería haber sido fácil de lograr. Otro decía: «Cabalgar alrededor del Serpentine antes del amanecer».

Claro, esto dañaría mucho su reputación si alguien la descubriera, pero se podría hacer sin que nadie lo notara. Y, como ella misma dijo, no le importaba su reputación ya que estaba a punto de casarse.

Quizás, si hubieran sido unos años antes, cuando él era menos cínico y menos hastiado,

habría accedido a acompañarla en sus planes. Quizá debería haber buscado a otro caballero como escolta. Pero tal como estaban las cosas, era Adam quien se había cruzado en su camino. Y no iba a dejarse guiar por los caprichos de una jovencita inocente.

Estaba profundamente cansado de vivir su vida por los demás.

No era culpa de nadie, en realidad. Pero, como tercer hijo, a menudo se encontraba sin una dirección clara en sus propios deseos.

Cuando su hermano Benedict fue a la guerra, Adam consiguió un puesto bajo el Secretario de Guerra para estar más cerca de él y actuar como enlace entre su hermano y su familia. Después de que Gage heredara el título, Adam renunció a su puesto y decidió ayudar a su hermano con las propiedades. Asumió la responsabilidad de escoltar a sus hermanas a Londres cuando Alan, su hermano menor, se fue al continente.

Todos en la familia seguían su propio camino, excepto él.

Y ahora, cuando todos sus hermanos estaban asentados y felices, Adam sentía un vacío en el estómago que le gritaba: «¡mi turno!». Desafortunadamente para él, no era tan fácil como decirlo. Quería recorrer el mundo y, al mismo tiempo, deseaba encontrar su lugar en la vida, una razón para vivir. Algo que despertara una chispa en su interior. Algo que le ayudara a dejar una huella en este mundo.

En pocas palabras, tenía suficientes problemas propios como para no dejarse arrastrar a pasar un mes correteando por Londres, plegándose a los caprichos de una joven ingenua. No tenía ninguna obligación de ayudarla. Pero tampoco podía dejarla a su suerte, arriesgando no solo su reputación, sino también su vida.

Así que haría lo que había prometido. Elegiría tres puntos de su lista. Solo que se aseguraría de que abandonara su misión mucho antes de completar siquiera uno de ellos.

Adam repasó el papel, pensando en las formas más sencillas de disuadir a la joven de continuar con su plan. La realidad era que resultaba demasiado peligroso que ella intentara esas cosas sola. Algunos puntos eran totalmente absurdos. Uno de ellos decía: «Pujar en una subasta». ¿Con qué? Adam conocía la situación de la señorita Fowley. No tenía dinero para pujar ni siquiera por un pañuelo, y mucho menos para asistir a una subasta real. ¿Y sin la ayuda de Adam? ¿Pensaba colarse en una subasta de la misma forma en que se coló en el baile de máscaras? No tenía ni idea de la realidad. Viviendo en su pequeño pueblo, leyendo todos esos libros que le llenaban la mente de ideas ridículas, estaba demasiado lejos del mundo real.

Sin embargo, lo había prometido. Así que escogería tres puntos de la lista. Y se aseguraría de que, antes de completar el primero, a ella no le quedaran ganas de continuar con los demás.

Tamborileó los dedos contra el asiento, reflexionando nervioso. Uno de sus dedos atrapó algo, y Adam entrecerró los ojos en el oscuro carruaje. Levantó la mano y examinó un pedazo de seda blanca con elegantes bordados de flores doradas. No, no era solo una tela o un pañuelo. Era una máscara. La máscara de la señorita Fowley.

Adam soltó un largo suspiro. Menuda aventurera, metiéndose en líos y perdiendo cosas tan fácilmente como respirar. Dobló la máscara y la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

«Bien, ¿dónde estaba?». Adam volvió su mirada a la lista en su mano. Pero la pobre iluminación le provocó dolor de cabeza, y empezó a sentirse mareado de tanto forzar la vista para leerla.

De una cosa estaba seguro: no iba a acompañar a la señorita Fowley a probar helados. Le iba a mostrar cómo era realmente Londres. Y luego vería cómo de entusiasta se mostraba ella por continuar con su aventura.

Adam dobló la lista y se recostó en su asiento. El cansancio comenzaba a nublarle la mente. Necesitaba descansar bien esa noche. El día siguiente prometía ser interesante.

# Capítulo 4

El reloj iba marcando el avance de un incómodo silencio en el salón. Adam ocupaba una silla pequeña y bastante rígida —¿acaso Gage no pudo alquilar una casa con muebles adecuados?— frente a una anciana de cabello plateado y mirada penetrante, como la de un dragón. Sin embargo, no había ningún aliento de fuego; apenas pronunciaba palabra. Tras un par de intercambios de cortesía, la anciana le hizo saber que Beatrice no tardaría en llegar, y luego se dedicó a observarlo sin disimulo, escudriñándolo con sus ojos entrecerrados. Adam alzó una diminuta taza de té hasta los labios y bebió con calma, aunque podría haberla vaciado de un solo trago.

—¿Qué tal le está resultando su estancia en Londres? —preguntó él, buscando romper el silencio.

—Prefiero mi pequeña cabaña junto al mar —respondió ella con tono seco—. Pero estoy aquí por mi Beatrice. Dijo que necesitaba mi ayuda, y nunca rechazaría a mi sobrina favorita.

Adam alzó las cejas, sorprendido. ¿Favorita? La mayoría de las personas no admitiría algo así, ni siquiera ante alguien de confianza. Pero esta anciana parecía tan directa como un arado.

—Ha trabajado mucho para mantener su casa en orden, para que todos coman, tengan ropa y estudien —continuó la anciana, ahora más animada con el tema—. Así que, cuando necesita algo, claro que voy a acompañarla, por mucho que deteste este sitio.

—Entonces no le gusta Londres —comentó Adam, alentándola a seguir.

—No es muy correcto decirlo, y tampoco educado —respondió ella mientras se removía en su silla—, pero en general, no me agrada la gente.

Adam estuvo a punto de atragantarse con el té. Bajó la taza lentamente y se aclaró la garganta para disimular el hecho de que una gota había ido por el camino equivocado. «¿No es correcto?». De haber sido otro quien la escuchara, aquella anciana habría sido catalogada como una excéntrica maleducada y apartada de la sociedad sin más. Quizás por eso vivía en su pequeña cabaña junto al mar. Pero parecía disfrutar de su exilio.

—Bastante sorprendente, ¿no? —dijo ella, observándolo con detenimiento—. Pero soy vieja. Puedo permitirme ser sorprendente y no preocuparme en lo más mínimo por lo que diga la gente. Es una de las ventajas de hacerse mayor. Cuando era joven, me presionaban mucho para que me importara, para que me adaptara a los caprichos de la sociedad. Justo como Beatrice sufre ahora esas presiones.

La señorita Fowley no parecía plegarse a ningún capricho. Adam no se atrevió a decirlo en voz alta; no sabía si la tía estaba al tanto de los planes de Beatrice para su estancia en Londres, y no pensaba compartir esa información de manera voluntaria. Aunque tampoco habría nada que compartir, al fin y al cabo. En un par de días, la ratona de biblioteca regresaría a casa. Si había alguna presión social sobre sus hombros, ella parecía sacudírsela con facilidad.

En ese momento, el objeto de su conversación entró en la sala e hizo una reverencia muy

adecuada antes de ajustar sus gafas en el puente de la nariz.

—Señor Lewis —lo saludó ella.

Llevaba un vestido de día abotonado, con cuello alto y mangas largas, del color del cielo al amanecer, con un estampado de flores blancas. Su cabello estaba recogido en un moño apretado, y se veía muy correcta, como si no hubiera salido de casa a hurtadillas la noche anterior para asistir al baile de máscaras más escandaloso de Londres. Adam sabía bien que las apariencias engañaban.

Él se puso de pie e hizo una reverencia.

—Señorita Fowley.

La señora Merriglow, tía de Beatrice, se levantó y le tomó las manos.

—Siéntate, querida. Voy a pedir más té —dijo ella, saliendo de la sala en lugar de llamar al servicio y dejando la puerta entreabierta. Parecía que realmente no le importaban las normas sociales. O tal vez compartía la visión de su sobrina, de que, dado que la señorita Fowley ya estaba comprometida, aunque no con el caballero que ocupaba la sala, no necesitaba una dama de compañía y podía arruinarse todo lo que quisiera.

La señorita Fowley se acomodó en la silla frente a Adam y, echando una rápida mirada a la puerta, se inclinó hacia él.

—¿Ha leído la lista?

—Sí, lo he hecho —respondió Adam, aclarando la garganta. No mentía; la había revisado en el camino, aunque fuera de pasada.

—Entonces, ¿ha elegido los puntos que completaremos? —preguntó ella.

—No exactamente —contestó él.

Ella frunció el ceño.

—Pensaba que era una pregunta de sí o no. A menos que… —se recostó, con la boca ligeramente abierta y el ceño aún más fruncido—, ¡haya cambiado de opinión!

—No he cambiado de opinión —respondió Adam con calma—. De hecho, he venido a preguntar si usted lo ha hecho.

Su rostro se relajó mientras entrelazaba las manos en el regazo.

—No lo he hecho, ni lo haré.

—¿De veras? —Adam levantó una ceja. Con una mano dentro del bolsillo interno de su chaqueta, ya estaba sacando la lista de ella—. ¿Qué tal si se la leo y me dice si tal vez quiera eliminar algún punto antes de proceder?

—No veo razón para hacerlo. Además, mi tía regresará pronto, así que será mejor que vayamos al grano —murmuró ella en el último momento.

—Leo rápido —la tranquilizó Adam, y alisó la hoja con un toque de pomposidad. Revisó la lista y decidió concentrarse en los puntos que le parecían más escandalosos—. ¿Tomar una bebida en una taberna?

—Ese no es el primer punto de la lista —dijo ella con desdén.

—Sí, pero es uno que me ha llamado la atención. ¿Tiene alguna idea de lo peligroso que es para una dama entrar a una taberna y, peor aún, pedir una bebida? ¿Sabe qué tipo de personas frecuentan esos lugares? Granujas, delincuentes.

—Y caballeros también —añadió ella sin inmutarse.

—Bueno, usted no es ni lo uno ni lo otro, y no solo destacará como un clavo oxidado, sino que atraerá una cantidad considerable de atención no deseada. ¿No recuerda a esos tipos borrachos que la molestaron en el baile de máscaras? Pues en la taberna habrá solo ese tipo de

personas, y todos estarán ebrios.

Ella dejó escapar un breve suspiro frustrado.

—Pensé que iba a leer rápidamente la lista, no que me daría una conferencia.

—Solo quiero que esté segura de que realmente quiere mantener ese punto en la lista. Al fin y al cabo, solo ha leído sobre esas cosas y, sin duda, ha fantaseado con atraer a un criminal, lo cual debo decirle, no es tan romántico en la vida real.

—¿Ha tenido usted la desgracia de vivir esa fantasía por mí? —parpadeó ella inocentemente, coqueteando con sus pestañas.

Adam apretó los labios.

—Quiero tomar una bebida en una taberna —afirmó ella—. Logró sacarme del baile de máscaras ilesa en menos de diez minutos, para mi total frustración. Estoy segura de que podrá apañárselas en una taberna también.

Él no discutió. En cambio, leyó el siguiente punto de la lista.

—¿Presenciar una pelea?

—¿Va a sermonearme otra vez? —arrugó ella levemente la cara.

—No. —Él se rascó la barbilla, frustrado—. Y, de hecho, es lo más sencillo de tachar, si logramos ir a la taberna. Porque las tabernas están llenas de bribones, granujas y rateros que suelen pelearse, y que además felizmente le dejarán sin un penique.

Ella suspiró.

—Pensé que dijo que no me sermonearía.

—No es un sermón. Solo señalo que, si viera la realidad, comprendería lo peligroso que… —Adam se interrumpió cuando le vino una idea a la mente. Ella estaba romantizando el mundo criminal porque nunca lo había visto de verdad. Un paso en una taberna real cerca de los muelles, llena de marineros borrachos y ruidosos, ¡y tal vez se replanteara toda su lista!—. Pensándolo bien, empecemos por la taberna.

Ella abrió la boca para responder, con una expresión decidida y lista para la batalla, solo para cerrarla, sorprendida. Mientras él continuaba ojeando la lista, ella habló al fin.

—¿Quiere llevarme al antro de bribones y rateros?

—Y de granujas —dijo él, levantando una ceja con arrogancia—. Y también de mujeres de vida alegre. Pero ya estuvo usted en un lugar así anoche, y sobrevivió. Quizás sea el mejor punto para comenzar.

Beatrice entrecerró los ojos, desconfiada.

—¿Qué plan retorcido tiene en mente?

Adam se encogió de hombros.

—¿No es lo que quiere? Ver una taberna.

—Sí.

—Entonces la verá —contestó él, mientras seguía repasando la lista. «Bailar todos los bailes en un evento». Demasiado sencillo. «Fumar un puro en un club de caballeros». Demasiado arriesgado. Adam alzó la vista—. ¿Tener un beso de verdad por primera vez?

Las mejillas de Beatrice se tiñeron de rojo intenso, pero ella mantuvo la mirada firme.

—¿Y qué con eso?

—¿Está segura de que quiere dejar ese punto?

Ella alzó el mentón.

—Veo que la idea le resulta intimidante, señor Lewis, pero le aseguro que no tiene que ser usted quien lo haga. Puede ayudarme a encontrar a alguien más. Tal vez un granuja... en la

taberna.

Adam abrió los brazos.

—¡Esto es absurdo!

—¡Perfecto! —Beatrice le arrebató la lista—. Si no quiere ayudarme, lo haré por mi cuenta.

—No es necesario hacer un drama —respondió él, extendiendo la mano para recuperar la lista—. Devuélvamela. Estoy seguro de que podemos encontrar otro punto para empezar.

—No, no permitiré que se burle de mí. Usted ofreció su ayuda. Yo nunca se la pedí. Puedo hacer esto sola, más rápido, mejor y tal vez...

—Arruinándose en el proceso —concluyó él, con tono sombrío. Con un esfuerzo, controló la irritación y le tendió la mano para pedirle la lista—. Vamos, le prometo que no me burlaré de su lista.

—No creo en su promesa —dijo ella mientras doblaba la hoja y la ocultaba en su mano—. Usted ya ha escogido un punto para mí. Dijo que empezaremos con la taberna, así que ahí será. Y, cuando terminemos, podrá ver la lista para seleccionar otro. Puede que sea ingenua, y que mis ideas de diversión en Londres no coincidan con las suyas. Pero no tienen que hacerlo. Quizás yo también encuentre ridículas sus actividades.

En ese momento, la señora Merriglow entró en la sala, como si la hubiera llamado la irritación de su sobrina. ¿Dónde había estado todo ese rato?

—Disculpen mi ausencia —dijo la mujer, casi como si leyera los pensamientos de Adam—, pero hubo un pequeño incidente en la cocina. Ya está todo resuelto, y en breve llegará el té.

—Gracias, tía Agnes —dijo la señorita Fowley, cariñosa.

—Gracias, señora —asintió Adam, inclinando la cabeza—. Sin embargo, debo despedirme. Ya me he quedado más de lo debido. Espero tener el placer de verla de nuevo muy pronto —dijo, mientras se levantaba y hacía una reverencia, tomando su mano.

—Sí, venga a visitarnos pronto —respondió la anciana con un eco cordial.

—Póngase esto.

Beatrice observó el vestido marrón, simple y deslucido, que él le tendía, y alzó una ceja.

—¿Quiere que me ponga esto?

Adam mostraba su expresión habitual de fastidio.

—Eso he dicho.

Él había llegado al día siguiente y se había colado en su dormitorio después de que la tía de Beatrice se fue a dormir. Aquel caballero «tan adecuado» no estaba actuando de manera particularmente apropiada, lo cual le encantaba; significaba que realmente estaba comprometido con su pacto.

—No puede presentarse en la taberna del barrio vestida como una dama —añadió él.

—¿Y usted sí puede aparecerse como un caballero? —lo cuestionó Beatrice mientras tomaba la ropa de sus manos y lo miraba de arriba abajo.

—Por supuesto. Si estuviera solo, sería conveniente que me vistiera como un caballero. Pero no es el caso, y eso atraería demasiadas miradas. Me cambiaré en el carruaje mientras usted lo hace aquí. Fingiremos ser un par de hermanos, yendo a la taberna después de un largo día en la fábrica.

—¿Hermanos? —Beatrice frunció el ceño.

Él asintió con seguridad.

—El vestido se abotona por delante, así que no necesitará ayuda. Le dejo que se vista.

Reúnase conmigo en el carruaje cuando esté lista.

Él dio media vuelta y se alejó con paso firme, sin esperar su respuesta.

Supongo que así será de ahora en adelante.

Beatrice estaría siguiendo a un lord gruñón que la dirigiría el resto de su vida libre. Y luego se casaría con un anciano lord que también la mandaría hasta el último día de su vida.

Dejó escapar un suspiro profundo.

Quizás lord Lansdowne se cansara de ella después de que le diera un par de hijos y la dejara tranquila. Aun así, ella quería crear recuerdos mientras aún fuera joven y libre. ¿Quién sabía cuántos años le quedaban hasta que Lansdowne se hartara de ella? ¿Quién sabía siquiera si sobreviviría al primer parto? Así que se puso el deslucido vestido, recogió el cabello en un moño apretado sobre la cabeza y bajó las escaleras.

Al llegar al carruaje de Adam, él la miró de arriba abajo, con un cigarro entre los dientes, y luego asintió con aprobación.

—Perfecto.

Las mejillas de Beatrice se encendieron. Sabía que no la estaba halagando, sino que aprobaba su disfraz de plebeya, pero no pudo evitar sonrojarse. Por suerte, era de noche y Adam no notaría su rubor.

Él también se veía perfecto, si era sincera consigo misma. No había pasado mucho tiempo en Londres, así que ver a esos aristócratas mimados, con sus chalecos bordados y sus inmaculados pañuelos de cuello blancos, era bastante emocionante. Pero había algo en una chaqueta sencilla sobre la camisa de un hombre trabajador que a Beatrice le resultaba atractivo.

Adam tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con el talón antes de abrir la puerta del carruaje y ayudarla a subir.

—Entonces, ¿a dónde vamos exactamente? —preguntó ella cuando él se acomodó en el asiento de enfrente.

—¿Conoce todas las tabernas de Londres?

Ella se encogió de hombros.

—No, solo era una pregunta para hacer conversación.

—No se preocupe —respondió él con su tono de fastidio habitual—. Es una de las mejores tabernas de la ciudad.

—No estaba preocupada —dijo Beatrice con una seguridad que no sentía—. Confío en usted.

Una sombra oscura cruzó su rostro. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego negó con la cabeza y desvió la mirada hacia la ventana.

Beatrice se recostó y lo observó bajo sus gafas. Parecía nervioso, movía la rodilla y golpeaba el pie contra el suelo. De vez en cuando, sacaba su viejo y ornamentado reloj, le echaba un vistazo y volvía a guardarlo en el bolsillo.

—Si quiere parecer menos caballero, creo que no debería haber traído el reloj —comentó Beatrice. Era demasiado refinado para pertenecer a nadie más que a un aristócrata.

Él se encogió de hombros.

—Nunca estoy sin él. Mi hermano me lo dio antes de irse a la guerra… Lo heredó de nuestro abuelo.

Beatrice intentó observar sus rasgos, pero con la tenue luz del coche, apenas podía ver.

—Entonces, ¿es una reliquia familiar?

Adam asintió.

—Pero, sobre todo, es un recordatorio de las personas que lo llevaron antes que yo.

Beatrice se humedeció los labios para aliviar su boca seca. Sabía que la familia Lewis había perdido a un hermano en la guerra. Había ocurrido hacía mucho tiempo, pero suponía que una herida así nunca cerraba del todo. Ella también tenía un objeto que valoraba mucho: su pequeño diario encuadernado en cuero.

—Y de que el tiempo es limitado —añadió él pensativo—. Que tenemos que aprovechar la oportunidad de vivir nuestra vida aquí y ahora.

Beatrice soltó una risita.

—Puedo entenderle perfectamente.

Un gruñido escapó de su garganta.

—Ya lo creo que puede entenderme —dijo casi como si fuera un pensamiento en voz alta, como si su mente estuviera ocupada en otra cosa. Parecía que, aunque su cuerpo estaba frente a ella, su mente estaba en otro lugar.

Por primera vez desde que hicieran su apuesta, Beatrice se dio cuenta de que ella era una carga. Adam realmente no quería estar allí. Tenía cosas mejores que hacer, y el tiempo se le escapaba.

Bueno, también el de ella.

—¿Puedo verlo? —preguntó, solo para mantener sus pensamientos errantes a raya.

—¿Qué? —Adam levantó una ceja y luego comprendió. Con calma, metió la mano en su bolsillo, pasando el pulgar por la superficie del reloj antes de entregárselo.

No llevaba guantes, y cuando su piel rozó la de ella, Beatrice sintió un chispazo de conciencia que la recorrió. Al recibir el reloj, mantuvo la respiración estable para que él no notara su reacción ante el contacto.

Estaba completamente desconcertada. Su imaginación la tentaba a ver en Adam a un posible salvador, a un hombre que podría sacarla de sus problemas. Pero al ver el reloj y su hermoso diseño, se obligó a abandonar esos sueños tontos.

Él solo estaba allí porque el honor le dictaba que no debía dejar sola a una dama en peligro. Tenía otras cosas en mente. Cosas mucho mejores.

Beatrice no cambiaría sus planes por eso. Aún lo obligaría a cumplir con la apuesta y obtendría el recorrido por Londres que deseaba, porque tenía su propio plazo y no iba a renunciar a su única oportunidad de cumplir sus sueños. Pero empezaba a aceptar, con el corazón pesado, que quizás el señor Lewis no sería su caballero de brillante armadura.

Era momento de aceptar su destino.

Beatrice abrió la tapa del reloj y frunció el ceño, sorprendida.

—El reloj no funciona.

Mientras la luz de la calle iluminaba sus facciones, él esbozó una media sonrisa juvenil.

—Lo sé —dijo, extendiendo la mano y guardando de nuevo el reloj.

El resto del camino transcurrió en silencio.

Fuera cual fuera la «mejor taberna de la ciudad», les tomó bastante llegar. El balanceo del carruaje y el completo silencio en su interior casi la adormecieron. Cuando al fin se detuvo, a Beatrice le costó salir del cálido vehículo.

—Aquí estamos —anunció Adam con entusiasmo—. Ya que posamos como hermanos de clase trabajadora, creo que es apropiado que me llame por mi nombre de pila. Y yo haré lo mismo.

Beatrice se lamió los labios, sintiéndose nerviosa de repente.

—Muy bien... Adam.

Él le dirigió una mirada extraña, pero luego dibujó una sonrisa artificial y salió del carruaje. Beatrice descendió del vehículo con el corazón palpitante, una sonrisa asomando en sus labios... solo para que desapareciera al ver lo que tenía delante.

Estaban en una esquina oscura de una calle vacía.

Las hojas secas pasaban volando a su alrededor, y el susurro de su roce era tan fuerte como tambores en el inquietante silencio. A lo lejos se escuchaban cánticos alegres, que parecían intensificar la atmósfera ominosa. Con un poco de niebla, Beatrice podría haberse creído en medio de una novela de misterio.

—¿Es… ahí? —preguntó ella, y escuchó una risa ronca en respuesta.

—No. Pero no podíamos llegar en un carruaje caro y lacado, vestidos de plebeyos. Vamos.

Adam le ofreció el brazo, y Beatrice colocó la mano sobre el suyo con cierta cautela. El frío de la noche empezó a calarle en el vestido fino.

«Debería haber traído un abrigo».

Ella se estremeció y aceleró el paso para acompasar su ritmo con el de Adam. Él, de repente, se detuvo con el ceño fruncido y se quitó la chaqueta. Beatrice lo miró sorprendida. ¿Acaso tenía calor en plena noche fría y se estaba desvistiendo?

Un instante después, él la envolvió con la prenda, y Beatrice se quedó paralizada de asombro. No era el gesto de ofrecerle su chaqueta lo que la sorprendía; al fin y al cabo, era un caballero. Lo que le asombraba era que él hubiera notado que ella tenía frío, algo tan sencillo y, a la vez, tan… importante.

Su padre siempre había estado ocupado trabajando, y como hermana mayor, era ella quien se preocupaba por los demás en casa, quien se aseguraba de que todos estuvieran abrigados, alimentados y cuidados. No recordaba la última vez que alguien se había molestado en prestarle suficiente atención como para preocuparse por sus necesidades. Y ahora, allí estaba ese hombre, prestándole atención sin que ella lo pidiera.

Adam le ofreció el brazo como si nada hubiera pasado —porque para él, probablemente, no había sido nada. Beatrice respiró profundamente, e inhaló un aroma terroso mezclado con un ligero toque de humo y… él.

Apretó el brazo de Adam y cerró los ojos unos segundos. No intentó siquiera mantenerlos abiertos. Dejó que él la guiara, que fuera sus ojos y su sensatez en este extraño pero atractivo momento.

Dieron la vuelta a la esquina, y el sonido de cánticos borrachos y maldiciones se intensificó. Luces danzantes se proyectaban sobre la calle desde las ventanas de un viejo edificio de madera. Beatrice se detuvo ante la gran puerta de roble, agrietada y gastada, escuchando los aterradores cánticos desafinados y las groserías.

—¿Está segura de que esta es una taberna respetable? —preguntó en un tono vacilante.

—Nunca dije que fuera respetable —respondió Adam con un guiño. Y antes de que ella pudiera protestar —no es que quisiera—, abrió la puerta y la empujó suavemente para que entrara.

Un par de cosas llamaron la atención de Beatrice en ese momento.

Primero, el bar quedó sospechosamente en silencio y todas las miradas se posaron sobre ella. Segundo, todos esos ojos pertenecían a hombres porque, salvo una mesera sirviendo bebidas, no había presencia femenina entre los clientes. Y, tercero, ninguno de los hombres en la taberna tenía ni un atisbo de respetabilidad. Sus largas y descuidadas barbas estaban llenas de migas y ramitas, sus ropas estaban sucias y desaliñadas, y el olor que emanaba de todos los rincones del

lugar le revolvía el estómago.

Ahora entendía la sonrisa irónica de Adam de antes. ¡El canalla la había embaucado!

No había manera de que esta fuera la mejor taberna de Londres. Ni siquiera una de las mejores. A decir verdad, nunca había estado en una taberna, ni siquiera en su pequeño pueblo, pero se imaginaba que Londres tendría establecimientos mucho más refinados a los que Adam podría haberla llevado. Y, sin embargo, la había traído aquí. Se giró hacia él, y la expresión de satisfacción aún brillaba en su rostro mientras la observaba inspeccionar el lugar.

—¿Está segura de que quiere entrar? —preguntó él, con ese tono de falsa inocencia tan suyo.

—Por supuesto —respondió Beatrice con un toque de orgullo, y se adentró decidida.

Gruesos gruñidos de aprobación y silbidos salaces acompañaron a Beatrice mientras se adentraba en la taberna. Adam la guiaba con una mano en la espalda, caminando tan cerca que podía sentir su respiración en la nuca.

Beatrice intentó no mirar mucho a su alrededor para evitar el contacto visual con los mirones de sonrisas lascivas. Sin embargo, un par de personas captaron su atención: estaban sentadas en la esquina más cercana a la puerta, y aunque también miraban a la pareja recién llegada, Beatrice habría jurado que estudiaban a Adam, no a ella.

Adam, fingiendo no notar la atención de nadie, la condujo rápidamente hacia una pequeña mesa al fondo. Le ayudó a sentarse en una silla con el respaldo hacia la esquina y se acomodó frente a ella, cubriéndole la vista con su amplio cuerpo.

Beatrice intentó girar el cuello para ver lo que ocurría en la taberna, pero él se inclinó aún más, bloqueándole eficazmente la vista.

Lo hacía a propósito, se dio cuenta ella, y su molestia hacia él creció aún más.

Él la había traído a este sitio deshonroso, y ahora ni siquiera le permitía observar sus alrededores. ¿Cómo era eso justo?

Adam pidió una jarra de cerveza para cada uno y miró alrededor con el ceño fruncido.

«Bueno, esto es toda una experiencia fascinante», pensó ella, sarcástica.

—Entonces —dijo Beatrice en voz alta, y Adam centró su atención en ella—. ¿Esta es la mejor taberna de Londres?

Adam se encogió de hombros.

—Una de ellas.

—Con razón le preocupaba que llamáramos la atención si veníamos vestidos como siempre.

Otro encogimiento de hombros.

—Sé lo que hago. Conozco Londres como la palma de mi mano.

Beatrice pasó un dedo por la jarra, jugando con las burbujas que subían a la superficie.

—Entonces, podría decirse que no podría haber encontrado un guía mejor para mi misión.

—No soy su guía —respondió él, sin mostrar ni un ápice de remordimiento.

—Lo es durante los próximos días —le replicó.

Adam desvió la mirada y murmuró algo que sonó sospechosamente a «Ya veremos».

—Entonces… —Beatrice carraspeó con fuerza para captar de nuevo la atención de su acompañante—, ¿qué suele hacer en las tabernas?

Él alzó su jarra de cerveza y la elevó en el aire.

—Beber.

Beatrice imitó el gesto hasta que ambas jarras chocaron. Luego, tomó un sorbo.

Un ataque de tos sacudió su cuerpo al probar el desagradable sabor amargo. En lugar de ayudarla o preguntarle si estaba bien, Adam soltó una carcajada y se dio una palmada en el

pecho. Beatrice tosió en su manga y luego lo fulminó con la mirada.

—¿Ha bebido cerveza antes? —preguntó él, aún con el brillo de la risa en los ojos.

—No —respondió ella con sinceridad.

Adam negó con la cabeza, sonriendo.

—Beba sorbos pequeños.

Beatrice hizo una mueca, pero siguió sus instrucciones. Ya no tosió, pero el sabor de la cerveza le resultó igual de desagradable.

—Es amarga y agria… ¿Cómo puede beber esto?

—Un sorbo a la vez —respondió él, satisfecho. Entre tanto, tomó varios tragos largos y se limpió la boca con el dorso de la manga—. Me encanta el sabor de la cerveza fría en un caluroso día de verano.

Beatrice supuso que él estaba actuando como un bárbaro para encajar con los ruidosos clientes de la taberna. No estaba segura de que lo hubiera conseguido.

—¿Y luego?

Adam ladeó la cabeza, mirándola con curiosidad.

—¿Perdón?

—Dijo que en las tabernas se bebe. Ya hemos bebido, ¿y ahora qué?

Adam se echó a reír y negó con la cabeza.

—No, no entiende. Aquí se bebe. Mucho. Hasta que la vista se nubla, la mente se embota y el cerebro deja de controlar nuestras acciones. Y lo que sucede después no es algo que se planifique; ocurre de forma natural.

Beatrice se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué cosas ocurren?

Su mirada se volvió intensa y cargada por un momento, luego tomó su jarra y bebió un poco más.

—Puede pasar cualquier cosa. Hacemos apuestas disparatadas sobre cosas triviales, discutimos de política o sobre un artículo del periódico de la mañana. A veces vamos a otro lugar, quizás a jugar, o…

Hizo una pausa y se encogió de hombros, como si diera por sentado que ella sabría a qué se refería.

—¿O qué? —insistió, arqueando una ceja.

Adam soltó un largo suspiro.

—Voy a arrepentirme de haber aceptado su plan.

—Tal vez —replicó feliz—, pero aún no ha terminado su frase. ¿O qué?

—O… —exhaló lentamente— elegimos a una chica hermosa y pasamos el resto de la noche con ella.

Beatrice sintió cómo el calor subía a sus mejillas al recibir su mirada.

—Ah…

—¿Qué sabe usted sobre eso? —Él tomó varios tragos largos de su cerveza y luego la dejó de golpe sobre la mesa, haciendo señas a la mesera para que le llenara la jarra. Beatrice miró su jarra, que apenas había tocado, y reprimió una mueca. No había forma de que fuera a terminarla esta noche, ni aunque se quedaran hasta el amanecer.

—Soy una mujer educada —respondió lentamente mientras la mesera llenaba la jarra de él —. Sé bastante.

—Por sus libros —esa molesta sonrisa de superioridad volvió a su rostro, como si solo

tuviera dos formas de mirarla: con fastidio o arrogancia.

—Sí, por mis libros —respondió Beatrice con confianza, alzando la barbilla—. Son unos útiles paquetitos de papel con letras impresas. Debería probar a leer alguno.

Estaba preparada para que él se molestara o para que le respondiera de forma cortante. En lugar de eso, soltó una carcajada sincera.

—*Touché.*

—Sé que mi falta de experiencia le parece irritante.

—No —levantó la mano para detenerla—. Eso no es lo que me irrita.

—¿No? —alzando las cejas, Beatrice lo miró expectante.

—No. Lo que me molesta es su mal criterio para juzgar las cosas que cree querer experimentar y su total desdén hacia las advertencias de personas que tienen la experiencia que a usted le falta.

Colocando las manos planas sobre la mesa, Beatrice se inclinó hacia adelante con interés.

—En vez de simplemente molestarse, ¿por qué no me cuenta más sobre ello?

—¿Sobre qué? —Él alzó las cejas con malicia—. ¿Sobre lo que hacen los hombres con una mujer toda la noche?

El calor invadió sus mejillas y se extendió hacia el resto de su cuerpo.

—No es exactamente a lo que me refería. Quiero saber más sobre Londres… esos lugares prohibidos y secretos ocultos que quizá nunca llegue a experimentar. Todo porque usted está empeñado en dejarme tras cumplir solo tres puntos de mi lista, pasando por ellos de la manera más eficiente posible.

—Cumplo mi palabra —respondió él, y dio otro trago—. Por lo tanto, si aún quiere continuar con su lista después de esos tres puntos, le ayudaré con el resto.

—No estoy tan segura de querer continuar con el resto —replicó ella, frustrada. De inmediato, la misma sonrisa engreída apareció en su rostro.

—Bueno, eso es cosa suya.

—¡No, no debería serlo! Usted se ofreció a ayudarme con mi lista y, en cambio, no satisface mi curiosidad y arruina mi entusiasmo. Ni siquiera pude disfrutar el baile de Hades como es debido.

—Eso no es culpa mía —replicó él, dándole otro sorbo a su cerveza—. No podía ver nada con la máscara puesta, y no iba a dejarla andar por ahí sin ella.

—Podría haberme dejado bailar un poco más.

Adam se encogió de hombros.

—¿Qué sentido tendría si no podía ver nada, de todos modos?

Un suspiro frustrado escapó de sus labios.

—Es usted insufrible.

Él alzó una ceja.

—Parece que ha encontrado a su pareja ideal.

# Capítulo 5

Quizá era el efecto del alcohol el que jugaba con la mente de Beatrice, pero cuanto más tiempo pasaban en la taberna, más parecía que Adam iba bajando la guardia. Sus mejillas se habían sonrojado, y sus ojos, de un azul profundo casi violáceo, brillaban con pequeñas gotas de cerveza en los labios.

Beatrice se dio cuenta por primera vez de que tenía unos labios muy atractivos. Firmes, aunque parecían suaves, con un labio inferior más lleno, formando una curva que resultaba de lo más seductora. En contraste, el superior tenía un contorno preciso que le daba un aire atrevido. Pero no eran solo sus labios; Adam estaba lleno de contradicciones.

Su cabello oscuro caía en ondas perfectas, excepto por un mechón rebelde que se escapaba en su frente, como si insinuara que, en el fondo, no era tan rígido ni tan correcto como aparentaba. Sus ojos fríos transmitían desinterés, pero su nariz recta y aristocrática tenía una ligera curvatura, señal de que probablemente se la habían roto alguna vez. Su mandíbula, firmemente marcada y con una sombra sutil de barba, le daba un toque rudo a su aspecto, por lo demás impecable.

Incluso en la forma en que hablaba, ya fuera con control o con aparente indiferencia, Beatrice sentía que escondía algo profundo. ¿Quizás pasión?

No, no por ella. Pero sí por la vida. Le habría encantado creerlo, aunque sabía que era improbable. Esto no era algo que se notara cuando llevaba su pañuelo de cuello perfectamente anudado, pero bajo la tenue luz de la taberna, con ropa sencilla y el primer botón de su camisa desabrochado, dejando entrever la sólida columna de su cuello, Adam parecía mucho más accesible y relajado.

Así que Beatrice decidió preguntar algo que llevaba un tiempo rondándole la cabeza.

—¿Y si hiciera una lista como la mía…?

Adam soltó un bufido.

—No sería nada parecida.

—Claro, usted es tan… experimentado —dijo ella, rodando los ojos—. Pero, si escribiera una lista de cosas que quisiera hacer antes de casarse, ¿qué pondría en ella?

La sonrisa burlona se desvaneció poco a poco, y su expresión se tornó sombría. La miró con tal intensidad que Beatrice tuvo el impulso de moverse incómoda en su asiento. Sin embargo, por muy penetrante que fuera su mirada, parecía como si no estuviera mirándola a ella, sino más allá.

Finalmente, Adam sacudió la cabeza.

—Voy a ser completamente honesto con usted y decirle algo que no le he dicho a nadie.

Beatrice se inclinó hacia adelante, expectante.

Los ojos de Adam destellaron bajo la luz de las velas, y una sonrisa nostálgica curvó sus labios cuando dijo:

—No lo sé.

Beatrice frunció el ceño.

—¿No lo sabe?

—No. No tengo la menor idea. Tengo treinta y tres años y no tengo sueños, ni propósito, ni dirección en la vida —dijo, con la voz algo arrastrada. Beatrice se preguntó si estaría un poco ebrio.

—Seguro que exagera.

—No, no es así. Usted tienes apenas veinte...

—Tengo veintidós —lo corrigió ella con el ceño fruncido.

—Y, aun así, ya tiene su lista, sabe lo que quiere y tiene claro con quién se casará.

—¿No querrá hacerme creer que estoy en mejor situación que usted? ¡Voy a casarme con Lansdowne!

Adam dibujó una media sonrisa.

—No, claro que no. Usted está en una posición peor. Yo tengo tiempo para descubrir lo que quiero, mientras usted solo tiene un corto plazo para hacer lo que desea. Aunque creo que subestima las ventajas de convertirse en condesa. Tendrá sus propias tierras, quizá una casa aparte. Sí, tendrá que compartir la cama con un hombre viejo y arrugado —frunció el ceño al decirlo—, pero una vez que le dé herederos, estoy seguro de que hará la vista gorda ante sus… indiscreciones.

—¿Me está sugiriendo que tome amantes después de darle un par de hijos? —preguntó Beatrice, horrorizada ante la sugerencia. Pero él lo decía con tanta naturalidad que parecía lo normal. ¿Lo sería?

—Podrá acomodarse a ese papel y hacerlo suyo sin problemas. —Adam bajó la vista hacia su cerveza, hablando como si se dirigiera a la bebida—. Lo que quiera, lo tendrá. Estoy seguro de ello. Lansdowne no tiene la menor oportunidad. No se da cuenta de que ha elegido a la ratona de biblioteca equivocada para casarse. De hecho, nunca debió haber elegido a una ratona de biblioteca. Un hombre como él debería casarse con una mujer que no lea.

—Él no me eligió. Yo lo elegí a él.

Adam la miró entonces, como si acabara de notar que estaba sentada frente a él.

—Ah, sí, cierto. Usted lo eligió. Y yo ni siquiera soy capaz de elegir una vocación.

—Quizá pueda ayudarte con eso —dijo ella alegremente. Su deseo de recorrer la taberna se había desvanecido de repente; estaba completamente absorta en el hombre que tenía enfrente. No podía creer que estuviera borracho, ya que no había bebido tanto —aunque tampoco sabía juzgar cuánto debía beber alguien para parecerlo—, pero la actitud algo más relajada de Adam la intrigaba. Por fin la trataba como si no fuera una molestia, sino una persona con la que podía hablar y en quien podía confiar.

Claro, apenas pensaba en esto cuando él se enderezó y sacudió la cabeza.

—¿Y cómo podría ayudarme?

Ella frunció los labios.

—Soy una experta en soñar despierta. Quizá pueda enseñarle.

Adam rio.

—He visto sus sueños, Beatrice, ¿o ya se le olvidó?

Ella agitó la mano con indiferencia.

—Esos no son sueños. Son pequeños objetivos que quiero cumplir antes de que termine el mes.

Él ladeó la cabeza, intrigado.

—Entonces, ¿cuáles son sus sueños?

Beatrice se humedeció los labios y se inclinó un poco más hacia él.

—Siempre he soñado con tener una librería.

Él alzó una ceja.

—¿Una librería?

—Sí, pero no en Londres. En un pueblito remoto, como en el que crecí.

Frunció el ceño.

—No suena como un negocio muy rentable.

—No tiene por qué serlo. Por eso es un sueño. Quiero que niñas como yo y mis hermanas tengan acceso a más libros. Cuando era pequeña, tenía que caminar kilómetros para encontrar librerías y bibliotecas. Tenía que suplicarle a mi tía que me mandara libros desde Londres solo para enriquecer mi educación. Así que sí, ese es mi sueño. Abrir una pequeña librería en un pueblo tranquilo. O quizá en más de un lugar.

Adam frunció los labios, pensativo.

—Debo admitir que es un sueño bastante admirable.

Beatrice sintió cómo sus mejillas se sonrojaban y mordió su labio inferior.

—Ahora le toca a usted. ¿Qué es algo que le gustaría hacer que, tal vez, no fuera rentable o tuviera poco sentido?

Adam se rascó la mandíbula, pensativo.

—De acuerdo. No diría que este sueño carece de sentido. Pero sí de posibilidades. Me habría encantado explorar el mundo. No solo viajar como hacen los jóvenes cuando recorren el continente. Me gustaría descubrir nuevos lugares. Ver tierras que aún no han sido investigadas.

Algo despertó dentro de Beatrice. Nunca antes había visto a Adam hablar con tanta emoción en sus ojos.

—¿Por qué dice que este sueño no es posible?

—Porque, para unirse a expediciones así, uno debe poseer conocimientos científicos o ser útil en la cubierta de un barco, y yo no tengo ni uno ni otro.

—Estoy segura de que encontraría la manera de ser útil en una expedición —dijo ella, encogiéndose de hombros, mientras una idea se le iluminaba en la mente—. Podría ir como secretario, anotando las observaciones.

Adam soltó una risa, pero su mirada se tornó pensativa.

—Quizá podría. —Sacó su reloj, y Beatrice, que ya sabía que no funcionaba, lo oyó decir—: Creo que ya es hora de irnos.

Beatrice suspiró decepcionada, mirando a su alrededor. Apenas empezaba a sentirse cómoda en este lugar. Y cómoda con él. Quería seguir hablando con él.

—No estoy segura de haber vivido la experiencia completa.

Adam levantó una esquina de la boca en una media sonrisa.

—¿Qué es lo que esperaba encontrar aquí? Este lugar está lleno de borrachos, gritos y maldiciones. ¿Eso es lo que desea hacer? ¿Sentarse con ellos en sus mesas y unirse a sus cantos?

Beatrice hizo una mueca.

—Lo imaginaba… diferente.

Él sonrió, con un toque burlón en la mirada.

—No me sorprende. Seguro que en sus novelas estos sitios aparecen como lugares románticos donde los forajidos son apuestos y ricos, listos para llevarse a una joven inocente y rescatarla de su cruda realidad. Pues le aseguro que varios aquí ya le han echado el ojo, pero créame cuando le digo que Lansdowne es el menor de los males.

Beatrice frunció la nariz con disgusto y decepción al escuchar la mención de su futuro esposo.

—Muy bien, vámonos.

Adam la ayudó a levantarse de la silla y, finalmente, Beatrice pudo observar bien el pub. Había algunas mesas, pero la mayoría de los hombres estaban de pie, sujetando sus jarras y apoyados unos sobre otros. El olor a cuerpos sin lavar la golpeó con fuerza, y el bullicio la desorientó. De repente, comprendió lo insensato de haber deseado entrar a un lugar así. Tal vez no tenía idea de lo que realmente pedía; quizás debería olvidarse de su lista y regresar a su pequeño pueblo.

Estaba perdida en estos pensamientos cuando una mano grande se posó sobre su trasero, y Beatrice se quedó petrificada.

Lejos de apartarse, la mano le dio un apretón descarado, palpando sus curvas. Beatrice ahogó un grito y se giró, llena de indignación, decidida a enfrentarse al insolente que se había atrevido a semejante atrevimiento.

Lo primero que vio fue una camisa sucia, medio desabrochada —o quizá mal abotonada—, que dejaba ver un pecho cubierto de vello oscuro y espeso. Tragó saliva y, lentamente, alzó la vista. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás porque el hombre era tan alto y estaba tan cerca que le resultaba imposible mirarlo a los ojos sin forzar el cuello.

Un hedor nauseabundo invadió sus sentidos, haciéndola arrugar la nariz. Sus anchos hombros y su figura imponente bloqueaban su visión. Llevaba una barba larga y descuidada, la piel sucia y la ropa desarreglada, dándole el aspecto de alguien que no se había bañado en mucho tiempo. La sonrisa podrida que le mostró hizo que retrocediera un paso, y cuando él habló, el aliento que le llegó a la cara casi la hizo vomitar.

—Vaya, qué ricura de muchacha —gruñó con voz ronca y áspera.

El hombre extendió su dedo grueso y sucio para acariciarle la barbilla, mostrando de nuevo esa sonrisa lasciva, con los ojos brillando de manera siniestra. ¿Dónde estaba Adam?

Beatrice intentó girar el cuello para verlo, pero el hombre se movió para bloquearle la vista. Tragó saliva de nuevo, sintiendo la garganta seca y el corazón latiéndole a mil por hora.

—Gracias —dijo con voz débil—. Me gustaría regresar con mi hermano, si no le importa.

La mirada del hombre recorrió su cuerpo de arriba a abajo, haciéndola estremecer.

—¿Su hermano? —La risa del hombre resonó en todo el pub—. Si él es su hermano, entonces yo soy el Papa. He visto cómo la mira.

Beatrice frunció el ceño, tratando de entender las palabras de aquel hombre desagradable. Miró alrededor una vez más, preguntándose si acaso se había confundido de persona.

—Pero no tiene de qué preocuparse, preciosura. Esta noche se viene a casa conmigo.

Beatrice dio un paso hacia atrás, recordando lo que Adam le había dicho sobre los hombres que elegían a la mujer que querían al final de la noche, y estuvo a punto de pisar las botas de otro hombre detrás de ella.

—Con cuidado, bonita —gruñó el hombre, apartando la vista un segundo antes de volver a mirarla con una sonrisa lujuriosa—. Mira qué pajarito tan lindo. Puedes pisarme los zapatos toda la noche, si quieres.

Otra mano grande se posó en su hombro, trayendo consigo ese hedor familiar y desagradable.

—Esta es mía —gruñó el hombre.

Hubo un leve revuelo detrás de Beatrice, pero no se atrevió a mirar. Temblaba en sus modestas zapatillas y deseaba estar en su casa, leyendo un libro, en lugar de en ese pub.

—¡Disculpe! —La voz calmada y refinada de Adam fue como música para los oídos de Beatrice. El hombre desagradable fue empujado a un lado, y Adam se colocó entre él y Beatrice.

¡Por fin!

—Vámonos —dijo Adam, tomándola firmemente del brazo y obligándola a avanzar.

No habían dado ni un par de pasos cuando Adam se detuvo. Beatrice miró hacia atrás con horror, solo para ver cómo el hombre le agarraba la manga a Adam, sin apartar la mirada de ella.

—Eh, la fulana es mía.

—Le sugiero que cuide sus palabras sobre mi hermana —gruñó Adam.

La risa estalló en todo el pub.

—¿Hermana? ¿Así es como suben ahora los precios las alcahuetas? Muy bien, ¿cuánto cuesta su hermana, la fulana?

Adam soltó a Beatrice y se irguió en toda su altura, que superaba los seis pies. Aunque el otro hombre había parecido grande y amenazante antes, ahora quedaba empequeñecido ante la presencia imponente de Adam, con su porte elegante y refinado.

—Exijo que se disculpe —gruñó Adam entre dientes.

El hombre soltó una carcajada desagradable.

—Oiga esa vocecita fina. Suena como un señorito —dijo con voz ronca y luego se rio con burla. Mirando a sus compañeros, añadió, imitando el acento de Adam—: Nunca había conocido a un alcahuete refinado.

El pub estalló en carcajadas, y ahora todas las miradas estaban sobre ellos. Beatrice tragó saliva con fuerza.

—Tiene una sola oportunidad para disculparse con la señorita —murmuró Adam mientras comenzaba a arremangarse despacio, con una calma inquietante. Sus antebrazos bronceados brillaban a la luz de las velas, cubiertos por un sutil vello que resaltaba las líneas de sus músculos y venas, dándoles una forma atractiva.

Por alguna razón, Beatrice encontró hipnótico observarlo. O tal vez solo quería evitar mirar a ningún otro lado mientras la gente lanzaba miradas curiosas en su dirección y ella se esforzaba por evitar el contacto visual.

De repente, comprendió por qué Adam se había sentado de espaldas al pub, protegiéndola de las miradas. Pero, ¿qué pretendía hacer ahora?

No quería una disculpa del hombre desagradable. Ya había tenido suficiente de ese pub. Estaba lista para volver a casa. De hecho, si se fueran en ese instante, olvidaría la lista por completo, se rendiría y regresaría a su pequeño pueblo.

Pero no se atrevió a decírselo a Adam. No quería distraerlo.

—Claro que sí —respondió el hombre desagradable—. Primero me la llevo a la cama, y luego le pido disculpas.

# Capítulo 6

Para Beatrice, el siguiente momento pareció extenderse eternamente y, al mismo tiempo, desaparecer en un segundo. Vio, como si fuera en cámara lenta, cómo la mano de Adam se alzaba, retrocedía y luego lanzaba un puñetazo directo a la mandíbula del hombre. Pero lo único que ella alcanzó a hacer en ese tiempo fue llevarse las manos a la cara mientras dejaba escapar un jadeo horrorizado.

Entonces, el tiempo volvió a su ritmo habitual justo cuando un segundo golpe se dirigía a Adam.

Adam tambaleó hacia atrás, con los brazos abiertos en busca de equilibrio, y casi la arrolla en el proceso. En lugar de eso, la sujetó de los hombros y, con suavidad, pero firmeza, la empujó contra la pared. El frío de la madera en su espalda contrastaba con la intensidad del momento. Beatrice contuvo la respiración cuando Adam la miró profundamente a los ojos, y, con una voz grave y urgente, dijo:

—No. Se. Mueva.

Acto seguido, se giró hacia sus atacantes, cubriéndola con su amplia espalda una vez más.

El corazón de Beatrice latía desbocado mientras el caos estallaba a su alrededor.

A su alrededor, más peleas comenzaban a estallar; cualquier hombre parecía dispuesto a golpear al que tuviera más cerca. Las risas estruendosas se convirtieron en gritos furiosos, y el sonido de las jarras brindando dio paso a cristales y madera chocando contra el suelo.

Beatrice no podía apartar la vista de Adam, que se alejaba poco a poco, enfrascado en la pelea con el hombre corpulento y otros desconocidos que se unían al enfrentamiento.

La multitud pronto lo rodeó, impidiéndole verla. Beatrice miraba a su alrededor desesperada, buscando cómo ayudarlo. Él le había pedido que no se moviera, pero ¿cómo podía quedarse quieta y dejar que se perdiera entre aquella turba enfurecida? Apenas lograba distinguir su cabeza entre el gentío.

Con determinación, Beatrice tomó un taburete de madera, levantó la falda y se subió en él, logrando así una mejor perspectiva de toda la escena.

Observó, horrorizada, cómo Adam se encontraba en el centro de la pelea, rodeado de un grupo de hombres ebrios. Sus ojos ardían de rabia, y su aspecto desaliñado y sucio les daba un aire amenazante, casi salvaje. Como si hubiera leído sus pensamientos, uno de los hombres gruñó, mostrando los dientes podridos. Extendió los brazos y algo brilló en su mano.

¡Un cuchillo!

El hombre se lanzó hacia Adam, cortando el aire con movimientos violentos. Adam esquivó el ataque con rapidez, desplazándose de un lado a otro, y contraatacó con un golpe certero al abdomen del hombre, haciéndolo retroceder tambaleante.

—¡Cuidado detrás de usted! —gritó Beatrice, pero Adam ya había girado para bloquear el siguiente ataque. Se movía con agilidad y precisión, como si estuviera bailando, aunque con un

toque mortal en cada movimiento. Por un momento, Beatrice no pudo evitar quedarse absorta viendo cómo aquel hombre elegante y de aspecto sereno rechazaba golpe tras golpe y respondía con rapidez y fuerza. Un puñetazo en la nariz hizo retroceder a uno de los atacantes, la sangre manándole del rostro. Tras un par de golpes al torso, otro hombre se dobló de dolor. Adam remató al tercer asaltante con una patada en la rodilla, que lo hizo caer al suelo.

En lugar de disuadir al resto, esto pareció enfurecer aún más a la multitud. La trifulca se intensificó y más hombres se unieron, lanzando puñetazos a Adam desde todas las direcciones.

Beatrice se estremecía con cada movimiento de Adam, impresionada por su habilidad en la pelea, algo que no había esperado de un caballero de su clase. Pero por habilidoso que fuera, seguía siendo solo un hombre. Si no hacía algo, pronto lo dejarían herido de gravedad, o algo peor.

¿Pero qué podía hacer ella? Nunca había peleado, y probablemente sería más un estorbo que una ayuda en esa situación. Sin embargo, Beatrice tenía una ventaja: su voz. Así que tomó aire y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Basta ya de esta locura!

Su voz resonó en el pub, pero sus palabras fueron rápidamente ahogadas por los gritos y maldiciones que llenaban el lugar. Frustrada y desesperada, Beatrice pisoteó el suelo. ¿No se suponía que esta pelea era por su causa? ¿No deberían, al menos, prestarle un poco de atención?

Con determinación, bajó del taburete, lo sujetó con firmeza y se abrió paso hacia donde estaba Adam. Con todas sus fuerzas, balanceó el taburete y lo estrelló contra el atacante más cercano, quien soltó un grito de dolor, aturdido. Aprovechando la oportunidad, Adam lo remató con un golpe rápido que lo envió al suelo.

Adam se giró hacia ella con las cejas alzadas.

—Nada mal.

—¡Cuidado! —chilló Beatrice, al ver a otro hombre a punto de golpear a Adam con un palo. Pero antes de que Adam pudiera reaccionar, el agresor se detuvo, con los ojos abiertos de par en par, y cayó al suelo. Detrás de él, una camarera sostenía una jarra de cerveza en alto.

—¿Qué están esperando? —exclamó la mujer—. ¡Salgan de aquí!

Adam asintió brevemente, tomó la mano de Beatrice y la arrastró rápidamente hacia la salida, abriéndose paso entre la multitud enloquecida. La pelea continuaba, los parroquianos se atacaban entre sí sin importar quiénes eran ni el motivo.

Ambos salieron corriendo del pub, respirando agitadamente, y no se detuvieron hasta que solo se escuchaban los sonidos lejanos de la gresca.

Adam soltó la mano de Beatrice, se inclinó con las manos en las rodillas y respiró con dificultad. Los sonidos roncos que salían de su boca no parecían propios de una respiración normal.

—¿Está herido? —Beatrice se acercó, extendiendo una mano hacia él.

Adam temblaba ligeramente, y esos sonidos roncos se hicieron más fuertes hasta que levantó la cabeza, mostrando sus ojos llenos de alegría y una sonrisa triunfante.

Con suavidad, apretó la mano de Beatrice.

—Estoy golpeado, pero no vencido. Y tengo que admitir que lo disfruté bastante.

—¡Está usted loco! —lo acusó Beatrice—. Mientras yo estaba muerta de nervios, usted estaba pasándolo en grande.

Él solo rio más fuerte.

—Sea honesta, usted también lo disfrutó.

Beatrice intentó fruncir el ceño, pero una sonrisa se abrió paso.

—No diría que lo odié del todo. Sin embargo… —una mancha oscura en el costado de su camisa captó su atención—. ¿Eso es…?

Adam se enderezó y miró hacia donde ella señalaba. Frunció el ceño y presionó con la mano su costado.

—Ay.

—¡Está herido! —Beatrice se acercó aún más, extendiendo la mano—. Déjeme ver.

—No es más que un rasguño —replicó Adam, atrapando su mano y llevándola a sus labios.

Beatrice entornó los ojos.

—¿Está usted ebrio?

La sonrisa de Adam se ensanchó.

—Posiblemente.

—¿Con una jarra de cerveza?

—Con dos —dijo encogiéndose de hombros—. Y tal vez le pedí a la camarera que añadiera un toque de whisky.

Beatrice no estaba segura de si debía mostrarse horrorizada. Al menos, eso explicaba su comportamiento temerario.

—Bueno, eso tal vez adormeció su dolor. Leí que el alcohol tiene ese efecto en las personas.

—¿Leyó sobre el alcohol? —Levantó una ceja—. Vamos, volvamos al coche. No quiero desangrarme en la calle.

Beatrice soltó un jadeo.

—¡Le dije que…!

—Es una forma de hablar. Venga ya.

La tomó del brazo y la condujo de regreso al coche.

Beatrice comenzaba a acostumbrarse al tacto reconfortante de sus dedos en su brazo, la calidez, la fuerza, el leve apretón en su piel.

—¿Está seguro de que no es profundo? Permítame revisarlo; he atendido tanto a animales como a personas en mi pueblo. Puedo ocuparme de cualquier herida.

Bueno, tal vez no de cualquier herida, pero estaba segura de que podría arreglárselas con un corte superficial… si es que era superficial.

Él hizo un gesto para que ella no se preocupara y la ayudó a subir al coche.

—Debo decir que estoy impresionada por la manera en que peleó ahí dentro —dijo Beatrice una vez que se acomodaron.

—No esperaba que un caballero supiera lanzar golpes, ¿cierto? —Parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—Bueno, su físico es bastante atlético, así que no dudaba de que no se desmoronaría en una pelea…

—¿Así que ha estado admirando mi físico? —Él arqueó las cejas, divertido.

Quizás estaba ebrio, el descarado. ¡Estaba coqueteando con ella! Beatrice se llevó las manos a las mejillas, sintiendo el calor que subía a su rostro.

—Sin embargo, no pensé que pudiera enfrentarse solo a tantos tipos corpulentos. Ellos hacen trabajos manuales; tengo entendido que eso les da fuerza bruta.

Adam soltó una carcajada.

—Yo también trabajo con las cosechas de mi hermano. Administrar la tierra no es solo firmar papeles y beber whisky.

Ahora ella lo imaginaba sin camisa, arando el campo, con el sudor resbalando por su pecho musculoso… ¿Pero qué estaba pensando? Sacudió la cabeza y se humedeció los labios repentinamente secos. ¿De qué estaban hablando? Ah, sí, del trabajo en el campo. Carraspeó para volver al tema.

—No me refería a eso, claro. Sin embargo, los marineros de esa taberna probablemente han trabajado con sus manos desde que eran niños.

Adam se encogió de hombros.

—Y han bebido ron desde la misma época. Podría decir que los vencí por astucia y fuerza, pero en realidad apenas podían mantenerse en pie.

—Eso no es cierto. —Beatrice se sintió ofendida por cómo minimizaba el peligro que habían corrido—. Observé toda la pelea y usted fue, de hecho, bastante valiente, fuerte y astuto.

Una sonrisa relajada, con un brillo travieso, adornó los labios de Adam. Estaba encantado de que ella lo considerara valiente y fuerte. Y tenía motivos. Beatrice no iba a fingir lo contrario.

—Siempre he amado el pugilismo desde joven —comentó él con una ligera mueca, mientras se movía incómodo en su asiento.

¿Lo molestaría alguna herida? Tal vez debería haber insistido en revisarlo. Todavía podía hacerlo; se lo propondría en cuanto llegaran a su casa. Así podría examinar mejor el corte, aplicar un ungüento y una venda.

—A veces, la técnica supera a la fuerza bruta —continuó Adam—. Practiqué en Eton y he seguido con el deporte desde entonces.

A medida que la mueca de dolor se desvanecía y él se enderezaba en su asiento, Beatrice se sintió más tranquila. También le resultaba alentador que él compartiera algo más personal con ella.

—Bueno, estoy bastante impresionada con su habilidad —admitió Beatrice.

—Gracias —respondió Adam, esbozando una sonrisa que pronto se tornó en una mueca cuando su dedo tocó una herida en la comisura de sus labios. Al parecer, más de un corte lo estaba incomodando—. Aunque no soy el mejor luchador de mi familia.

—¿El vizconde es quien lo supera? —preguntó Beatrice, y se sorprendió al notar un deje de incredulidad en su voz. Había un tiempo en que creía que el vizconde Gage era el más apuesto y capaz de los caballeros. Claro, eso fue cuando aún estaba comprometida con él.

Adam soltó una risita.

—No. No me malinterprete; él sabe defenderse, pero es mejor en esgrima. El que nos superaba a todos, en combate cuerpo a cuerpo, en armas de fuego y en esgrima, era nuestro hermano Benedict.

Un tono de tristeza tiñó su voz, y su expresión se tornó sombría.

—El soldado —susurró Beatrice.

—Sí, el soldado —repitió Adam, con la voz ronca, y sacudió la cabeza para despejar la melancolía—. De hecho, él…

Adam se detuvo de pronto, sus ojos se abrieron de par en par mientras palpaba el bolsillo de su chaqueta. Pronto empezó a revisar sus bolsillos de arriba abajo, soltando maldiciones. Golpeó con el puño el techo del coche y gritó:

—¡De vuelta a la taberna!

—¿Qué sucede? —Beatrice extendió la mano de forma instintiva hacia él, pero Adam se alejó, su pierna moviéndose nerviosamente al compás de los golpes de su pie.

—El reloj de bolsillo —gruñó él entre dientes—. ¡He perdido el maldito reloj en la taberna!

# Capítulo 7

El carruaje patinaba por las calles de Londres, zarandeando a los pasajeros de un lado a otro en cada giro cerrado. Adam sentía un dolor punzante en el costado con cada movimiento brusco, pero la furia que le quemaba por dentro superaba cualquier molestia física.

Maldita Beatrice por insistir en que la llevara a la taberna. Y maldito él mismo por haber elegido uno de los locales más sórdidos para satisfacer la curiosidad de ella. Además, las dos jarras de cerveza le habían nublado el juicio, llevándolo directo a una pelea.

Adam no era un hombre impulsivo, así que la única explicación para la rabia que había sentido al ver al marinero abofetear a Beatrice e insultar su honor era el efecto del alcohol. Su pecho se había llenado de ira, y solo vio rojo hasta que le plantó un puñetazo al hombre en la cara. La pelea sirvió para descargar su rabia, además de ser una advertencia para cualquiera que pensara en faltarle el respeto a la joven.

Antes de que el coche se detuviera por completo, Adam ya había abierto la puerta y saltado al suelo.

—Espere aquí. —Sin mirarla siquiera, avanzó hacia la taberna.

Dentro, solo quedaban algunos empleados recogiendo los destrozos de la trifulca: sillas rotas, jarras volcadas y hasta jirones de ropa esparcidos por el suelo. La camarera que los había ayudado antes lo miró con el ceño fruncido.

—Creí que ya se había ido. —Volvió a limpiar las mesas.

—Así era, pero he perdido mi reloj de bolsillo y quería recuperarlo.

La mujer soltó una carcajada seca.

—¿Un reloj de bolsillo? Mire alrededor. No encontraría ni a una persona aquí, mucho menos un reloj.

—Es muy importante para mí —insistió Adam, firme.

—¿De veras quiere buscar entre este desastre? —lo desafió ella, levantando una ceja.

Claro que lo haría. Si esa era su única oportunidad de recuperar el preciado reloj, revisaría cada rincón de ese lugar, aunque tuviera que arrastrarse. Excepto que Beatrice lo esperaba en el coche y debía llevarla a casa.

—Lo haría, si no fuera porque…

—Por supuesto que vamos a buscarlo —dijo una voz desde la puerta.

Lentamente, como si fuera un sueño, Adam se volvió y vio a Beatrice de pie en el umbral. La luz de las velas hacía que su cabello castaño adquiriera un tono rojizo, y algunas hebras sueltas flotaban en el aire, dándole el aspecto de un ángel vengador. Hasta que, claro, se subió las gafas por el puente de la nariz, rompiendo la ilusión.

—Le dije que esperara en el coche. —Adam la miró con el ceño fruncido.

—Vi a través de la ventana que la taberna estaba vacía —empezó ella, pero Adam avanzó hacia ella con el ceño fruncido.

—¿No ha tenido ya suficiente aventura por una noche?

—Sí, pero ahora quiero ayudarle a encontrar su reloj.

—No, usted va a volver al coche y me va a esperar allí —le espetó, mientras un agudo dolor le atravesaba el costado.

Ella lo ignoró y, dirigiéndose a la camarera, pidió con toda tranquilidad:

—¿Podría traernos un trago de su whisky más fuerte? Mi hermano está herido. —La palabra «hermano» la pronunció con intención, mirándolo directamente a los ojos.

—¿No escuchó lo que le dije? —protestó Adam.

—¿Qué tiene de malo que me quede? —insistió Beatrice—. Necesita atender su herida, y debemos encontrar su reloj. Ya no hay clientes en la taberna; no corro peligro, ¿verdad?

—Parece que no le hace mucho caso a usted —comentó uno de los hombres que recogía las sillas caídas.

—No, para nada —murmuró Adam con resignación.

—Aquí tiene. —La camarera dejó un vaso de whisky junto al codo de Adam—. ¿Necesitan algo más? ¿Quizás destruir algo más del local?

—Nos haremos cargo de todos los daños —aseguró Beatrice rápidamente mientras se acercaba a Adam—. Mi hermano es… un comerciante muy exitoso. Su amabilidad no quedará sin recompensa.

—¿Comerciante? —murmuró Adam sin emitir sonido alguno, y Beatrice simplemente se encogió de hombros.

—No parece ningún comerciante —dijo la camarera, con una risa burlona.

—Habla como un aristócrata —apuntó otro hombre, que seguía barriendo la taberna.

—Adoptamos el acento para el negocio —Beatrice sonrió con amabilidad—. ¿Verdad, hermano?

Adam casi puso los ojos en blanco. Fue él quien le sugirió que se hiciera pasar por una plebeya, así que solo podía culparse a sí mismo. Y aunque revelar que era hermano de un vizconde podría ayudarles, Adam prefirió no arriesgarse a provocar la antipatía de los presentes, que claramente no simpatizaban con la nobleza.

—Sí, y mi hermana tiene razón. Nos haremos cargo de los daños —aceptó finalmente.

—Entonces, ¿dónde está la herida, amor? —la camarera cambió a un tono más suave.

—Yo me encargaré —respondió Beatrice, tomando el vaso de whisky—. ¿Tienen por casualidad algún paño limpio?

—Puede que haya algo en la parte de atrás —respondió la camarera, lanzándole una mirada desconfiada.

—¿Está segura de que sabe lo que hace, querida?

—Sí. —Adam añadió con sarcasmo—. Lo ha leído todo al respecto.

—Claro que lo he leído todo —replicó Beatrice con firmeza, y comenzó a tirar de su camisa para sacarla de la cintura.

Adam tuvo que morderse la lengua para no reír. Más que ayudarlo, la visión de sus pequeñas manos aferrándose a su camisa mientras se inclinaba hacia él le provocaba pensamientos nada apropiados para la situación.

—Déjeme a mí. —Adam cubrió sus manos con las suyas, y ella lo miró a los ojos.

—Soy perfectamente capaz de hacerlo sola.

—Lo sé, pero… —La apartó suavemente—. No tiene que discutir cada cosa.

Tiró de la camisa y la sacó de la cintura de un tirón, rasgando la tela en el proceso.

—Yo lo habría hecho con más cuidado —Beatrice no pudo evitar decir, con tono de reproche.

—Claro que sí —concedió Adam, ocultando una sonrisa mientras se sentaba en una de las mesas y examinaba la herida. No era profunda, como había imaginado, y ya empezaba a cicatrizar.

—Déjeme ver —Beatrice apartó sus manos y tocó la piel alrededor de la herida.

Adam sintió que los músculos se le tensaban.

—¿Le duele?

—No —respondió, con la voz extrañamente ronca—. Solo me hace cosquillas.

La camarera regresó con un trozo de paño limpio, y Beatrice lo humedeció en el whisky antes de limpiar la herida. Adam siseó al contacto y todo su cuerpo se tensó. Beatrice lo miró fijamente, como para advertirle, y le dijo:

—Esto sí que va a doler.

—¿Qué va a…? ¡Argh! —Adam apretó los dientes cuando ella vertió el resto del whisky sobre la herida, sosteniendo el paño para que no se manchara la ropa—. ¡Maldita sea, pirata…!

Un destello de sorpresa apareció en el rostro de Beatrice, antes de romper a reír sin una pizca de remordimiento.

Adam apretó los dientes, pero no pudo evitar unirse a su risa.

—¿Pirata? —preguntó ella, aún divertida.

—¡Sí, una pirata despiadada para tratarme así! —respondió Adam, sin dejar de reír.

Beatrice le dio una palmadita en la rodilla.

—Entonces, siéntese aquí mientras yo busco el tesoro.

—¿Tesoro? —uno de los hombres que limpiaba la taberna se interesó de inmediato.

—Se refiere a mi reloj —explicó Adam.

—Ah… —El hombre se rascó la barbilla—. ¿Y cómo es ese reloj?

—Oh, es hermoso —respondió Beatrice antes de que Adam pudiera decir algo—. Es de plata, con una tapa grabada con patrones delicados que parecen enredaderas o hojas.

Adam no pudo evitar sentirse impresionado. Ella lo había visto solo unos segundos y, aun así, recordaba cada detalle.

—Es una obra de orfebrería del siglo XVI —añadió él—. Tiene una pequeña rosa finamente tallada en la tapa. Parece muy valioso, aunque en realidad es solo una reliquia familiar. —Adam intentó restarle importancia, omitiendo el detalle de las incrustaciones de diamantes, ya que mencionarlo solo tentaría a esos hombres a quedarse con el reloj si llegaban a encontrarlo.

—¿Dice que parece valioso? ¿Tan valioso como para que alguien lo quiera robar? —insistió el hombre tras la barra.

«Invaluable», pensó Adam.

—Para un ojo inexperto, muchísimo —respondió este.

—Ah, de esos relojes hablamos —comentó la camarera, con un tono que denotaba comprensión—. Créame, ese reloj seguro que ya se lo ha llevado alguien con dedos ligeros.

—Entonces, ¿dónde lo habrán llevado? —preguntó Beatrice.

—Es difícil saberlo. A una casa de empeño en Petticoat Lane, si el ladrón es un borracho sin muchas luces. A cualquier otra, si es solo un tonto. Pero si el ladrón no es ningún tonto, buscará alguien que le pague bien —respondió la camarera con un encogimiento de hombros.

—Y si realmente cree que vale tanto como usted dice, entonces solo hay un lugar donde terminará. —Los empleados de la taberna intercambiaron miradas de complicidad.

—¿Dónde? —preguntó Beatrice con los ojos bien abiertos.

—En una subasta clandestina. Quizás ha oído hablar de ella. Se va moviendo por toda la ciudad, y solo pueden entrar ladrones y gente de mala reputación. Ahora que lo pienso, hoy estuvieron aquí los hombres del señor Smoke.

Maldita sea. Adam temía saber exactamente lo que había pasado con su reloj. El señor Smoke era un ladrón que últimamente se había vuelto famoso, robando a los aristócratas con tal destreza que casi nadie notaba su presencia. De ahí su apodo: señor Smoke, como el humo, que desaparece sin dejar rastro.

—¿Y quién es ese tal Smoke? —preguntó Beatrice acercándose.

—El señor Smoke es el ladrón más famoso de Londres —explicó el hombre tras la barra—. Puede robar cualquier cosa, y su red de ladrones recorre la ciudad cada noche. Luego venden todo en esa subasta y se dan la buena vida.

—¿Cómo podemos llegar a esa subasta? —preguntó Beatrice, con los ojos brillantes de emoción.

—No, no, no. —Adam intervino de inmediato—. No vamos a ir a ningún sitio.

—¿Por qué no? Si allí puede estar su reloj. —Los ojos de Beatrice chispeaban de entusiasmo.

—¡Ni siquiera sabemos si está ahí!

—Sin ofender —interrumpió el hombre tras la barra—, pero no les dejarían entrar. Son demasiado… formales. Solo entran criminales y gente del «otro lado». Nada de aristócratas, a menos que también sean ladrones, claro. Y mucho menos alguien como… —El hombre recorrió a Beatrice de arriba abajo con la mirada—. Alguien como usted.

Pronto quedó claro que esa noche no iban a encontrar el reloj. Aun así, lo intentaron, y de paso ayudaron a la camarera y a los otros hombres a limpiar el desastre después de la pelea. Adam había prometido ayudar a reemplazar el mobiliario roto, y lo decía en serio; pediría a su abogado que se ocupara del asunto, y ya se imaginaba la cara de sorpresa del hombre al enterarse.

Al final, Adam ayudó a Beatrice a subir al carruaje y se acomodó frente a ella mientras se dirigían de regreso a casa. De vez en cuando soltaba un leve quejido cuando algún bache le hacía doler el costado.

—Debería entrar a la casa y dejarme curarle la herida como corresponde —le dijo Beatrice.

Adam hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Voy a sobrevivir.

—He leído bastantes tratados médicos, y es bien sabido que las heridas mal limpiadas y mal vendadas pueden infectarse, lo que trae consecuencias terribles.

—¿Y en esos tratados médicos advierten de las consecuencias de ayudar a jóvenes e inocentes lectoras testarudas? —respondió él con un toque irónico.

Ella abrió la boca para replicar, pero luego entrecerró los ojos.

—¡Yo no le pedí que me ayudara!

—No podía dejarla sola en el baile de máscaras, ¿o sí? —gruñó él, aunque ya estaba cansado de tener la misma discusión una y otra vez. Y, aun así, parecía incapaz de dejarlo pasar.

—Eso es algo entre usted y su conciencia. Y aunque estoy agradecida —y no me malinterprete, de veras lo estoy— de que me haya ayudado, el lío de hoy no fue culpa mía.

—Por favor, ilumíneme. —Adam se echó hacia atrás, preparado para el razonamiento meticuloso de Beatrice. La mujer, si algo tenía, era meticulosa. Y aunque ya sabía que la pérdida de su reloj había sido consecuencia de errores de ambos, prefería escucharla a seguir discutiendo.

—Usted se ofreció a ayudarme con tres cosas de mi lista —dijo ella, enumerando con los dedos —. Usted escogió el primer ítem. Y hay opciones mucho más benignas en esa lista que ir a un pub, que fue la que usted eligió, por cierto. Y aunque no soy una dama sofisticada que haya recorrido todos los rincones de Londres, incluso yo puedo darme cuenta de que podría haberme llevado a un sitio mucho más respetable que un tugurio lleno de criminales, ladrones y borrachos.

Su voz temblaba y empezaba a trabarse, pero eso no la detuvo en su airada exposición:

—Después se emborrachó y se metió en una pelea que no solo pudo haberle lastimado a usted, sino también haberme puesto en peligro a mí. Así que dígame, ¿de cuál de estos errores soy responsable?

Adam cruzó los brazos en un gesto defensivo. Ella tenía razón.

Los había puesto a ambos en tanto peligro como ella misma, si no más. Se había sentido seguro de su fuerza y de su capacidad para protegerla en el pub, pero quizá había sido demasiado confiado, tanto que ni siquiera se dio cuenta cuando perdió el reloj. Él había terminado herido, y fue ella quien acabó salvándolos a los dos al final de la noche. Pero no pensaba admitir nada de eso.

—El hecho sigue siendo que, al insistir en que recorrería Londres sola, me obligó a ayudarla con esa maldita lista.

—¡Y podría haberme llevado a tomar un helado! —le contestó ella sin dudarlo—. No lo niegue, sé lo que está haciendo, y lo supe desde que me llevó a ese pub. Solo quería asustarme para que desistiera de mi lista. Pues bien, se ha equivocado, porque esto no me ha desanimado ni un poco.

Adam negó con la cabeza.

—Está completamente loca.

Ella levantó la barbilla.

—Parece que ha encontrado a su pareja perfecta.

Una pequeña sonrisa asomó en los labios de Adam, aunque no se atrevía a mostrarle que, de hecho, empezaba a sentirse cautivado. La verdad era que ella le intrigaba profundamente. Era intrépida y, sí, un tanto ingenua. Pero tenía un espíritu aventurero que Adam deseaba haber tenido. Él siempre había sido el prudente, el que se limitaba a cumplir con su deber. Cuando la guerra estaba en su apogeo, él se mantenía al margen jugando al diplomático. Cuando Gage heredó el título de vizconde, él se puso a su lado para ayudarle. Nunca había emprendido nada por su cuenta. Mientras Benedict iba a la guerra y Gage se ganaba la fama del mayor libertino del país al cargar con el peso de una cuantiosa herencia, y hasta Alan deambulaba por todo el continente, Adam simplemente... existía. Jugaba sobre seguro y hacía solo lo que se esperaba de él. Y mientras podía culpar de esto a todos los demás, diciendo que él era el responsable, el que recogía los pedazos después de sus hermanos, la verdad era que... nunca había sido lo bastante audaz como para arriesgarse.

Y ahí estaba esa joven, inocente, que solo había leído sobre aventuras en sus libros. Y aun así no temía salir de su pequeña cabaña de campo y buscar lo que de verdad quería. Adam admiraba aquello de la fogosa mujer, aunque también lo dejaba perplejo.

Eso no cambiaba el hecho de que el mundo era demasiado peligroso para ella. Tampoco cambiaba que Adam había estado a punto de intentar descubrir qué quería hacer con su vida antes de que ella se interpusiera en su camino.

—De acuerdo —gruñó, con la garganta seca y áspera—. Podemos compartir la culpa.

Los ojos de Beatrice se iluminaron al mirarlo desde detrás de esas grandes gafas suyas.

—Si acordamos compartir la culpa, entonces tal vez también deberíamos compartir la tarea de recuperar el reloj.
Adam la miró con frialdad.
—Usted solo quiere ir a la subasta.
—Cierto —admitió sin vacilar—. Pero puedo ser de ayuda.
Adam soltó una carcajada ronca.
—¿Cómo? No tiene dinero.
—Eso es cierto —dijo, doblando las manos en su regazo como si fuera una institutriz formal—. Pero tengo ingenio.
—¿Y eso qué significa?
—Puedo distraer a otros compradores. Podría inventar alguna mentira sobre el reloj para desanimarlos a pujar.
Adam frunció el ceño. No era la peor idea que había escuchado. Las subastas clandestinas solían ser bastante caras. Aunque la verdad era que ni siquiera estaba seguro de si el reloj aparecería ahí. Y no había forma de averiguarlo sin asistir.
—No creo que valga la pena el riesgo —dijo despacio—. Y sé que la única razón por la que propone esto es porque quiere pujar en una subasta. Está en su lista.
—Aun así, eso no significa que no pueda ser útil.
—Quizá sea algo útil, pero los riesgos superan el beneficio en este caso. No solo no tenemos forma de saber si mi reloj robado aparecerá en la subasta, sino que tampoco sabemos cuál será el precio de salida. Es probable que no pueda comprarlo.
—Quizá no —coincidió ella, con un brillo extraño en los ojos.
—¿Qué está tramando?
—Bueno, hay un libro que leí…
—Dios, no otra vez. —Adam se cubrió los ojos con las manos.
—En este libro —continuó ella con obstinación— los protagonistas roban varios artículos en un baile concurrido. No es exactamente lo mismo que una subasta, pero el autor describe el evento con todo detalle. Estoy segura de que puedo usar lo que aprendí del libro para idear un plan.
—¿Quiere…? —Adam se detuvo mientras dejaba escapar una risa amarga. No podía creer que estuviera teniendo esta conversación con una joven debutante. Es más, ni siquiera lo era oficialmente. Nunca había debutado en sociedad—. A ver si lo he entendido. Quiere robar mi reloj.
—Exactamente. —Su tono era firme, y su expresión, seria.
La risa que brotó de su pecho fue cualquier cosa menos natural.
—Yo no voy a robar mi propio reloj.
—No, pero yo sí.
En ese momento el carruaje se detuvo, y Adam agradeció a su buena estrella.
—No habrá ninguna subasta, ningún robo y ninguna discusión más. —Alargó la mano hacia la puerta, pero Beatrice la atrapó, deteniéndolo. El calor de sus dedos recorrió su cuerpo, despertando algo profundo en él.
—Déjeme hacerle una propuesta más atractiva entonces.
Adam retiró la mano y se acomodó en el asiento.
—¿Adelante?
—Está claro que no pienso irme sin terminar mi lista. Si no me desanimó la noche en el pub, nada lo hará.

—Lo del pub fue simplemente lo más fácil de tachar —mintió él.
Ella puso los ojos en blanco.
—Pero si me lleva a esa subasta, aunque no logremos recuperar el reloj, o incluso si ni siquiera está ahí, renunciaré a completar el resto de la lista. Ganará la apuesta, regresaré a casa y ambos volveremos a nuestras vidas habituales. Luego me casaré con un anciano, y mi nueva vida comenzará —agregó con tono sombrío.
Adam lo pensó un momento y luego asintió con firmeza.
—Lo consideraré.
No iba a darle importancia a una idea tan absurda. Pero era tarde, estaba herido y un poco borracho. Si seguían en el carruaje, estaba seguro de que acabaría haciendo alguna tontería.
—Pasaré a visitarla en los próximos días. Pero debe prometerme no hacer nada arriesgado, peligroso ni escandaloso mientras tanto.
Beatrice le dedicó una sonrisa irónica.
—Por supuesto.

# Capítulo 8

Era una apuesta total, pero, al fin y al cabo, Adam era un hombre que disfrutaba arriesgándose. Había pensado mucho en el dilema en el que estaba respecto a la señorita Beatrice Fowley. Consideró llevarla a la subasta clandestina, de verdad lo hizo, pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que era una mala idea.

Primero, ni siquiera sabía cómo obtener acceso a un lugar así. Conocía a algunas personas que sí podrían, pero evitaba pedirles ayuda a menos que fuera absolutamente necesario. Así que, en su lugar, pasó cada día visitando todas las casas de empeño de la ciudad sin éxito, buscando su reloj mientras pensaba en el siguiente punto de la lista de Beatrice Fowley.

Se dio cuenta de que la única manera de llevar a cabo su apuesta era seguir adelante con ella, lo que significaba que necesitaba elegir un elemento que la obligara a abandonar la lista por completo. Y cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que lo estaba haciendo todo mal.

A la mujer parecía gustarle los ambientes peligrosos y desordenados. Ella había disfrutado del baile de máscaras, aunque solo fuera por un rato, a pesar de que dos hombres la abordaron. Además, parecía haber quedado más que satisfecha tras la experiencia en el pub, ¡aun cuando estalló una pelea y él acabó herido!

Adam soportó sus heridas sin quejarse, pero la peligrosa naturaleza de aquella salida solo había logrado que ella quisiera visitar otro antro de perdición lleno de ladrones y delincuentes. Esa mujer estaba tan loca como una cabra.

Una parte de él sospechaba que, al haber sido una joven protegida, todo aquello le parecía una gran y divertida aventura, especialmente cuando Adam siempre intervenía para mantenerla a salvo. Pero no podía seguir lanzándola al peligro solo para que reconsiderara su absurda lista. No, definitivamente lo estaba planteando todo al revés.

Ella no temía el peligro, a los ladrones ni a los truhanes. Había leído demasiadas historias sobre ellos, romantizando la idea hasta el absurdo. Sin embargo, a lo que sí temía era a lo mundano. Lo que significaba que el próximo punto que él eligiera debía ser terriblemente aburrido. Profundamente anodino.

Y solo había un lugar que provocaba tales sentimientos en él. Un baile.

Por suerte, se estaba preparando un baile justo a la vuelta de la esquina, y dado que su hermana Isabel era la anfitriona, podía asegurarse de que la señorita Fowley recibiera una invitación. Además, uno de los puntos de la lista de la señorita Fowley ya estaba listo para ser tachado: bailar todas las piezas en un baile. Esto, por sí solo, a Adam le sonaba bastante tedioso, pero había ideado un plan para que esta experiencia fuera aún más agotadora para la erudita aventurera.

Cuando llegó la noche del baile, Adam sintió una extraña inquietud en el estómago. Nunca antes se había sentido nervioso o ansioso por un baile, y esa nueva sensación era bastante desconcertante. Quizás, solo estaba deseando librarse de Beatrice, o quizás le hacía gracia la idea

de ganarle en su propio juego.

Así que se vistió, se perfumó y se dirigió a la casa de su hermana. La señorita Fowley se reuniría con él allí, con suerte, esta vez acompañada de su carabina. Mientras tanto, pasó el tiempo charlando con sus amigos, comentando sus recientes aventuras.

—¿Y dónde ha estado, Adam? —preguntó el vizconde Thornton, después de otra historia sobre sus últimas juergas.

—He estado... manteniéndome ocupado.

—¿Algo que ver con la dama con la que se escabulló durante el baile de máscaras de Hades? —intervino Lucien Drake, con una chispa de curiosidad en la mirada.

—No —mintió Adam, consciente de que cualquier confesión atraería una atención no deseada esa noche—. En realidad, me han robado el reloj.

—¿Su reloj de plata con incrustaciones de diamantes? —Thornton dejó escapar un silbido.

—Exactamente. Lo he buscado por todas partes, y algunos contactos me han dicho que podría acabar en una subasta clandestina. —Se volvió hacia Lucien, quien tenía conexiones en los bajos fondos—. ¿Sabe usted algo sobre eso?

Lucien se encogió de hombros.

—No tengo acceso al catálogo de objetos que exhibirán. Pero puedo conseguirle una invitación exclusiva.

—Sería perfecto. —Adam suspiró, aliviado. Aún no estaba seguro de que el reloj realmente fuera a estar allí, pero se sentiría mejor sabiendo que había agotado todas las posibilidades antes de rendirse.

—Un consejo —añadió Lucien—: no aparezca allí solo. Necesita una mujer deslumbrante a su lado.

Adam frunció el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Porque querrá dar la impresión de que pertenece al lugar. Y como nadie le conoce en ese entorno, examinarán cada uno de sus gestos. Pero si lleva a una mujer atractiva con un vestido atrevido... Nadie le prestará atención a usted.

Justo entonces, Beatrice entró en el salón de baile, y la atención de Adam se dirigió inmediatamente hacia ella.

No llevaba un vestido atrevido. De hecho, estaba cubierta de pies a cabeza, con un escote inusualmente alto y un chal envuelto alrededor de los hombros. Y, aunque Adam no la describiría como deslumbrante, sí la encontraba encantadora. Tenía una belleza discreta, de esas que no resultan evidentes a primera vista, pero que, cuanto más la conoces, más se hace notar. Su sonrisa encendía un fuego en sus venas y tenía unos grandes ojos marrones en los que uno podría perderse, aunque los ocultara detrás de sus gafas redondas. Pero había algo de verdad en las palabras de Lucien: una vez que ella entró en la sala, Adam dejó de prestar atención a los demás.

Se disculpó con sus amigos y caminó hacia ella con pasos medidos. Beatrice parecía nerviosa, parada junto a su tía y jugueteando con sus guantes. Al llegar hasta ella, su rostro se iluminó con una hermosa sonrisa.

—Señorita Fowley. —Se inclinó sobre su mano—. Un placer encontrarla aquí.

—Igualmente. —Ella hizo una reverencia, y sus ojos brillaban de emoción. Por un momento, Adam se sintió tentado a reconsiderar su plan.

Pero solo por un instante. Tenía que hacerlo, o pasaría las próximas semanas persiguiéndola y sacándola de una situación peligrosa tras otra. Ya había perdido su reloj y estaba

desperdiciando tiempo buscándolo. Aunque no fuera culpa de ella, todo había sido el resultado de su descuidada lista. La próxima vez podría ocurrir algo peor. Se convenció de que lo hacía por su propio bien.

—Señora Merriglow. —Adam besó el aire sobre los nudillos de la dama—. Espero que disfrute de esta velada.

—Muy amable —dijo ella, en un tono que sugería lo contrario.

—¿Le importaría si secuestro a la señorita Fowley para dar una vuelta por el salón? —preguntó.

La tía observó a su sobrina y asintió.

—Disfruta de la noche. Yo estaré en la mesa de los refrescos.

Adam le ofreció su brazo a Beatrice.

—¿Vamos?

—Gracias. —Beatrice colocó sus dedos sobre su brazo y comenzaron a pasear por la sala—. Así que ha decidido continuar con nuestra apuesta —comentó después de una breve pausa—. Habría pensado que optaría por la vía fácil.

—Esto es la vía fácil —insistió Adam—. No la voy a llevar a la subasta.

—A menos que pierda esta apuesta —señaló ella.

Él le lanzó una mirada astuta.

—No la perderé.

—Hum… ¿Y qué ha planeado para esta noche?

Adam la condujo lentamente alrededor de la sala, observando a la multitud.

—Nada.

La mirada escéptica que le lanzó, con una sonrisa juguetona en sus labios, le hizo gracia.

—De algún modo, dudo mucho de eso.

Chica lista.

—Está bien, lo admito. Mi plan es cumplir su deseo de bailar todas las piezas de esta noche. Le aseguro que después de semejante experiencia, reconsiderará toda esta charada.

—¿Qué le hace pensar eso? —En su cara había una expresión de incredulidad, y a Adam apenas le costó reprimir una carcajada.

—¡Lord Hexley! —Adam se detuvo junto al hombrecillo, un conocido de su padre. Era un hombre agradable y generalmente una compañía placentera. Excepto, tal vez, en un salón de baile lleno de gente.

—¡Adam! —El anciano le dio una familiar palmada en el hombro—. ¿Y quién es esta encantadora joven?

—Señorita Beatrice Fowley, permítame presentarle a lord Huxley, un viejo amigo de la familia —dijo Adam.

—Sin duda —murmuró Beatrice en voz baja, tan despacio que Adam apenas pudo oírla. Luego hizo una reverencia perfecta y añadió en voz alta—: Encantada de conocerle, milord.

—¿¿Señora Fowley?! —exclamó lord Hexley, sorprendido.

El rostro de Beatrice se volvió del color de un tomate.

—¡Señorita Beatrice Fowley! —corrigió Adam entre risas.

—Oh, disculpen, no oigo bien con el oído izquierdo —aclaró el hombre—. Y con el derecho no oigo nada.

—No tiene que disculparse —respondió Beatrice en voz alta, acercándose un poco más.

Lord Hexley asintió y se volvió hacia Adam.

—Una velada encantadora, ¿no le parece? Su hermana tiene un alma maravillosa. No solo organiza un evento social de forma impecable, sino que se acuerda de reliquias como yo. —Soltó una carcajada.

—Dudo que alguien pueda olvidarle, milord. Sin usted, este salón habría estado vacío.

—¿Lleno? Claro, habría muchos invitados sin mi presencia —asintió Hexley.

—No, milord —dijo Adam en voz alta, inclinándose hacia el anciano—. Dije vacío.

—¡Ah! Guarde los halagos para la dama que lo acompaña, muchacho. —Lord Hexley rio—. O podría robársela para un baile.

Beatrice lanzó una mirada preocupada a Adam mientras sus dedos se apretaban en su antebrazo.

—Estábamos hablando precisamente de eso, ¿verdad? —Adam arqueó una ceja hacia Beatrice con una suave sonrisa y luego se dirigió de nuevo a Hexley—. La señorita Fowley tiene libre el próximo baile. Si de verdad desea robármela, sería el momento perfecto.

—¿Un baile perfecto? Oh, no sé. Apenas puedo mover los pies al ritmo de la música. Pero no puedo rechazar a tan maravillosa pareja de baile.

Adam sabía que lanzar una invitación así prácticamente obligaría a lord Hexley a solicitarle a Beatrice el próximo baile, y ella no podría rehusar. Viendo cómo la pareja avanzaba hacia la pista, Adam sonrió satisfecho mientras Beatrice le lanzaba miradas asesinas.

«Una cosa menos».

Adam sacó un papel del bolsillo de su chaqueta —la lista de invitados que el ama de llaves de Isabel le había proporcionado— y repasó los nombres de los caballeros presentes. Solo tenía que encontrar a once candidatos más, incómodos o poco agradables, para que Beatrice bailara con ellos y así dar por cumplida su misión.

¿Que ella quería bailar todos los bailes de la velada? Pues él se encargaría de que terminara agotada y aburrida por completo.

Y así lo hizo, eligiendo para Beatrice los peores compañeros posibles para los siguientes bailes.

Poco antes de la cena, Isabel se le acercó con una expresión seria.

—¿Por qué estás empeñado en arruinarle la noche a la señorita Fowley? —le preguntó ella sin rodeos.

¿Beatrice? ¿Desde cuándo su hermana llamaba a la joven por su nombre de pila? Aunque no debería sorprenderse. Isabel era capaz de entablar amistad con cualquier persona… y seguramente lo haría también con objetos inanimados si estos pudieran responderle.

Isabel era, además, una de las personas más educadas y refinadas que él conocía. Era la primera vez que Adam la veía abordar un tema directamente, sin iniciar una conversación cortés, lo cual dejaba claro su enfado.

—Encantado de verte también, querida hermana. Está siendo una fiesta espléndida, ¿no te parece? Y pensar que, tras todos los escándalos en los que se ha visto envuelta nuestra familia, creímos que no vendría nadie...

—Ser marquesa ayuda —respondió Isabel con calma, alisando su falda—. Y tener amigos influyentes. La gente tiende a olvidar los deslices si uno está bien relacionado.

—Ah, claro. Supongo que contar con la duquesa de Somerset como invitada aligera la carga.

—Así es —dijo Isabel, con tono cortante—. Pero sigues evitando responderme.

Adam fingió inocencia.

—No estoy evitando nada.

—Sí que lo haces —insistió Isabel—. Y, además, estás arruinando la noche de la señorita Fowley. ¿Por qué?

—Esa es una acusación absurda —protestó él con vehemencia, aunque sabía muy bien que ella tenía razón—. ¿Y de dónde has sacado esa maravillosa teoría?

—De observarte mientras la emparejabas con los peores compañeros de baile de todos los presentes.

Adam se encogió de hombros.

—Cumplo con mi deber como hermano de la anfitriona, asegurándome de que todos tengan con quién bailar.

—Hay una fila de damas sin pareja —dijo Isabel señalándolas con un gesto—. Y de no ser porque veo que eres pésimo para esa tarea, te habría pedido que te ocuparas de ellas.

—Mira —Adam suspiró—, no sabes de lo que hablas.

—Entonces, ilumíname. Por favor.

—La señorita Fowley quiere bailar todos los bailes de la velada. Yo solo la estoy ayudando a cumplir su deseo.

Isabel frunció el ceño.

—¿Adjudicándole los hombres con los que nadie quiere bailar?

—No seas tan dura.

—Si me equivoco, entonces, ¿por qué no bailas tú con ella?

—Ya he bailado con ella bastantes veces —dijo él, con rigidez.

—¡Una vez! —lo corrigió Isabel—. Y no ha sido esta noche. Fue en el baile de compromiso de Gage, el cual fue un desastre para ella, y esta noche no va mucho mejor. ¿No puedes mostrar un poco de amabilidad y compasión por la muchacha?

Él tenía compasión de sobra, pero no cuando se la imponían.

—Estoy haciendo lo correcto. No te inmiscuyas.

Isabel le dirigió una mirada como él nunca había visto, una mezcla de sorpresa y quizá de traición. O peor aún, de decepción. Parecía que lo miraba sin reconocer al hombre que tenía enfrente. Y, curiosamente, esa mirada le dolió a Adam más que cualquier palabra.

—Estás tramando algo —le acusó Isabel—. Y, sea lo que sea, no me gusta.

Ella se dio la vuelta y se marchó.

Para Adam, esta fiesta era un auténtico suplicio.

El primer error de Beatrice había sido pensar que bailar todos los bailes de la noche sería algo fácil. No lo era.

No es que Beatrice tuviera una constitución delicada. Era fuerte y ágil; algunos días caminaba kilómetros para ir al mercado del pueblo y regresar, cuidaba de la casa y de sus hermanos. Pero hacía todo eso con un calzado adecuado, y las zapatillas que llevaba ahora le destrozaban los pies.

Y luego vino el segundo error.

Había subestimado a su oponente.

Adam se movía por la alta sociedad con soltura. Conocía a todos y, en consecuencia, había seleccionado para ella las peores parejas de baile posibles. Lord Hexley era, quizás, el mejor de los seis con los que Adam la había obligado a bailar hasta el momento.

Lord Hexley estaba parcialmente sordo, así que no solo no oía bien lo que decía Beatrice, sino que apenas seguía el ritmo de la música. Como resultado, el baile había sido algo caótico, y

Beatrice tuvo que gritar durante todo el tiempo para poder comunicarse con el anciano, dejándola con la voz ronca. Pero él era un hombre dulce y encantador, y Beatrice se alegraba de haberlo conocido.

Justo cuando pensaba que la noche no sería tan terrible como había temido, su segundo compañero le arruinó la ilusión.

El caballero no apartó los ojos de su escote durante todo el baile y ¡casi parecía salivar mientras la miraba! Beatrice había sentido el impulso de tomar un baño largo y relajante después de ese baile, pero, lamentablemente, debía seguir adelante.

El tercer hombre era tan mal bailarín que seguía pisándole los pies, ya doloridos. Adam no cedía, y los siguientes tres compañeros tampoco mejoraron mucho, ya fuera aburriéndola hasta la muerte, tropezando con ella o provocándole sobresaltos.

Y justo cuando Beatrice estaba a punto de llorar, sonó la campanilla que anunciaba la cena. Había pensado que sería un alivio, pero le tocó sentarse junto a una de las personas más vanidosas y, por ende, más aburridas que había tenido la desgracia de conocer, o más bien, de escuchar, porque no la dejó hablar. Al menos, Beatrice tuvo la oportunidad de descansar la voz y comer tranquila.

Cuando terminó la cena, Beatrice estaba lista para retirarse y regresar a casa.

Pero Beatrice no estaba dispuesta a dejar que Adam ganara tan fácilmente. Tampoco seguiría soportando su tortura. Así que se escabulló a la sala de descanso y pasó una eternidad sentada en un rincón, fingiendo que algo iba mal con su vestido, una zapatilla o una media cada vez que alguna doncella preocupada se acercaba a preguntarle si necesitaba ayuda.

Sin embargo, en algún momento tendría que salir, así que reunió fuerzas, respiró hondo y se aventuró fuera.

Nada más salir de la sala, Adam apareció frente a ella como por arte de magia. Beatrice dio un respingo y murmuró una maldición en voz baja. ¿La estaba siguiendo? ¿Tenía tanto empeño en hacerle la noche miserable que la había perseguido hasta la sala de descanso y esperado a que saliera? Casi esperaba encontrar a otro compañero de baile incómodo tras él, listo para llevarla de nuevo a la pista.

En lugar de eso, Adam la tomó por los hombros y la apartó ligeramente del camino.

—¿Le ocurre algo?

Beatrice levantó la vista, sorprendida al ver una expresión de preocupación genuina en el rostro de Adam: las cejas fruncidas y los ojos fijos en su cara, estudiándola con atención.

—No, ¿por qué iba a ocurrirme algo?

Adam soltó sus hombros y suspiró.

—Llevo un buen rato buscándola. Ha desaparecido del salón de baile… y se ha perdido dos bailes.

—Oh, lo siento. ¿Arruiné su plan de emparejarme con los peores bailarines que Londres ha visto jamás?

La expresión de Adam pasó de preocupación a enfado y finalmente a una especie de orgullo satisfecho que intentó disimular, aunque ya era demasiado tarde. Ella lo había visto. No es que fuera a cambiar nada si no lo hubiera hecho. Ella sabía perfectamente cuáles eran sus intenciones. Al menos, él no lo negaba.

—Pensaba que quería bailar todas las piezas de la noche. El hecho de que haya decidido saltarse dos no significa que yo haya perdido nuestra apuesta.

«Claro, estaba preocupado solo por sí mismo, no por mí en absoluto», pensó Beatrice.

—No se preocupe —dijo ella—. No contaré esos bailes. Además, aún quedan dos tandas completas. Y estoy segura de que ha elegido cuidadosamente a los compañeros perfectos para mí.

Adam levantó una ceja y dijo, irónico:

—Siempre puede decidir abandonar esto. A decir verdad, debería contar esos bailes perdidos como abandono.

Beatrice se quedó boquiabierta.

—Desde luego que no debería. Tengo derecho a tomarme un descanso. Y además, son mis puntos los que estamos tachando; puedo ajustarlos como me plazca. Sin mencionar que así le facilito el trabajo.

—No creo que acordáramos nada de eso. Usted anotó los puntos y yo soy quien decide cómo los vamos tachando de la lista.

—Perfecto —suspiró ella—. Ya que hemos revisado las reglas, ¡empecemos desde cero entonces! «Por favor, que diga que no… No podría soportar otra noche como esta», rogó Beatrice para sí.

—Dios, no. —Adam casi se estremeció—. Seguimos como estamos. Pero se acabó esconderse en la sala de descanso o en cualquier otro sitio. Le quedan siete bailes más.

Beatrice deseó poder soltar un gemido en voz alta.

—¡Aquí está! —exclamó de pronto Isabel, la marquesa de Vane, acercándose a ellos con una sonrisa—. Justo la persona a la que buscaba.

Isabel se interpuso entre Adam y Beatrice y tomó a esta última de la mano.

—¿Me buscaba? —preguntó Beatrice, tan sorprendida que no supo responder de otro modo.

—Así es. De hecho, era mi marido quien la buscaba. Le encantaría que le concediera el próximo baile, si está libre.

—No está libre —protestó Adam.

—Ah, ¿no? —Isabel tomó la tarjeta de baile de Beatrice y la giró de un lado a otro—. No veo ningún nombre aquí. Vamos a solucionar esto ahora mismo. Conozco a algunos caballeros que estarían encantados de llenar su tarjeta.

«Encantada». Sí, justo así es como se sentía Beatrice.

—Isabel —advirtió Adam, con un gruñido apenas disimulado en la voz.

Ella lo miró, parpadeando con aire ingenuo.

—Oh, ¿querías apuntar tu nombre? Ella puede reservarte un vals. ¿Verdad, Beatrice? —Entonces, Isabel tomó un lápiz y escribió el nombre de Adam en el último vals de la noche—. Listo. Ahora nos vamos.

Isabel enlazó su brazo con el de Beatrice y la llevó con ella, dejando a Adam allí plantado.

# Capítulo 9

Durante las siguientes horas, Adam observó a Beatrice reír y bailar hasta quedar completamente satisfecha. Las gafas de ella se empañaban con frecuencia, su sonrisa permanecía fija y sus mejillas brillaban sonrosadas. Beatrice estaba feliz, maldita sea. Y Adam tenía que reconocer que la felicidad le sentaba bien.

Adam intervino un par de veces eligiendo compañeros de baile para ella, pero como sus elecciones estaban dispersas entre las muchas opciones que Isabel había escogido, Beatrice parecía no molestarse. Incluso se divertía mientras bailaba con el joven y torpe señor Porden, heredero del vizconde Porden, cuya madre lo había obligado a asistir al baile con la esperanza de introducirlo en el mercado matrimonial.

El pobre muchacho agradeció a Adam profusamente por haberle conseguido un baile con la señorita Fowley, ya que estaba demasiado nervioso y ansioso como para invitar a otra dama. Y, dado que Beatrice ya estaba comprometida, al joven le resultaba menos intimidante hablar con ella, aunque el sudor le perlaba la frente solo de pensarlo.

Isabel, por su parte, había comenzado asignándole a Beatrice a las personas más cercanas: primero a su marido, luego a su cuñado y finalmente al vizconde St. Clare, esposo de su amiga, la duquesa de Somerset. Isabel había evitado a Gage, probablemente porque él era el antiguo prometido de Beatrice, o quizás porque no lograba dar con él, ya que parecía haberse esfumado con su esposa.

Por suerte, Alan, el hermano menor de Adam, no asistía a la velada; de haber estado allí, también le habría tocado bailar con Beatrice, y eso provocaba en Adam una extraña sensación en el estómago que él mismo no lograba explicar. No cabía duda de que Alan habría encontrado encantadora a Beatrice, y juntos habrían formado una pareja espléndida en la pista. Pero solo imaginarlo le provocaba un leve malestar.

Cuando Isabel se quedó sin familiares y amigos que ofrecerle a Beatrice, reclutó a jóvenes solteros. Como anfitriona, Isabel no tuvo reparo en presentarle a la señorita Fowley a los caballeros más codiciados y en fulminarlos con la mirada hasta que la invitaran a bailar. Al finalizar la tercera tanda, la tarjeta de baile de Beatrice estaba llena, y Adam ya no soportaba seguir viéndola sonreír y sonrojarse con sus compañeros, así que se escabulló hacia la terraza en busca de aire fresco.

Adam encontró un rincón cómodo, apoyado contra una columna de mármol fresco, y sacó un cigarro finamente enrollado. Lo observó un momento, agradecido por aquel respiro de paz y soledad, antes de cortar la punta y encenderlo.

Dio una lenta y deliberada calada, disfrutando del humo que llenaba su boca.

—Lo veo bastante cansado para alguien que ni ha bailado ni se ha molestado en conversar con jóvenes damas en busca de marido —comentó el conde de Sutton, un antiguo amigo de Adam, al entrar en la terraza.

Adam, sin decir nada, se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta, sacó otro cigarro y se lo ofreció.

—Gracias —dijo Sutton, aceptando el cigarro mientras se tomaba su tiempo en medir y cortar la punta—. También debo decir que se esfumó de la fiesta de máscaras de Hades sin decir palabra, mucho antes de los fuegos artificiales.

Adam gruñó en respuesta.

—¿Perdón? —preguntó Adam.

Sutton encendió el cigarro y lo presionó entre sus labios.

—¿Le he hecho una pregunta?

Sutton soltó una carcajada, y el humo salió de su boca en una nube.

—Supongo que no. Aunque estaba implícito. ¿En qué está tan concentrado estos días?

Una ratona de biblioteca obstinada, pensó Adam. «En muchas cosas».

—Ilumíneme —dijo Sutton, sonriendo.

Adam soltó una bocanada de humo.

—¿Por qué tanto interés en mis asuntos de repente? —preguntó Adam—. ¿Las viudas de la alta sociedad ya no lo entretienen?

—¿Alguna vez lo han hecho? —replicó Sutton secamente, y la respuesta hizo que Adam alzara las cejas. Sutton estaba casado, pero nunca aparecía en sociedad junto a su esposa. O, más bien, ella apenas se dejaba ver en eventos sociales. Durante años habían circulado rumores sobre la pareja, aunque nadie, ni siquiera sus amigos más cercanos, conocía el verdadero estado de su matrimonio. La mayoría suponía que los rumores sobre las infidelidades de Sutton eran ciertos, pero ahora sus palabras hicieron que Adam se detuviera a pensarlo.

—Recibí una nota de Blackwood, o, mejor dicho, de Tyrone, ¿no debería decir ahora? —Sutton cambió rápidamente de tema.

—¿Va a reclamar su herencia, entonces? —preguntó Adam—. No pensé que llegaría a verlo pisar suelo inglés de nuevo.

—Ahora es duque. Supongo que querrá cosechar los beneficios, si no esparcir un poco de caos.

—Si fuera él, me quedaría lejos —dijo Adam—. No hay nada que no pueda hacer desde el extranjero. Y tengo entendido que se ha metido en bastantes aventuras.

—¿Eso es un toque de envidia lo que escucho? —Sutton arqueó una ceja.

—Quizá. —Adam se encogió de hombros—. Estoy cansado de pasarme la vida en Inglaterra.

—Hace tiempo que parece impaciente. Me pregunto por qué sigue aquí. ¿Qué es lo que lo retiene?

Adam meditó un momento, dando otra calada al cigarro.

—Mis hermanos, supongo. Primero Gage necesitaba ayuda con su recién adquirido título, y mis hermanas necesitaban apoyo y un chaperón hasta casarse. Gage sigue diciendo que necesita mi ayuda con sus tierras, pero ahora que Alan está de vuelta, siento que por fin puedo volar del nido. Aunque, a diferencia de Alan, no me interesa recorrer el continente bebiendo vino y estudiando arte.

Sería mentira decir que no lo había considerado. Claro que sí. Incluso había querido hacer su propio Grand Tour. Pero, después de pensarlo un tiempo, decidió que no era para él. ¿Qué era, entonces, lo que quería? Eso no lo tenía claro.

—Y entonces, ¿qué es lo que quiere? —Sutton parecía verdaderamente interesado. O estaba aburrido y las divagaciones de Adam le resultaban mejor que las paredes vacías de su mansión o

las concurridas del salón de baile.

Adam suspiró, soltando una bocanada de humo que impregnó el aire.

—Un propósito.

Sutton agitó la mano con desdén.

—Si quiere un propósito, cásese con una jovencita, tenga un par de hijos y que su hermano le ceda una parcela que pueda administrar.

Adam se rio.

—Habla como mi hermano. ¿Todos los nobles son así de simplistas? Hay más en la vida que engendrar hijos, o al menos debería haberlo. Además, no lo veo por ahí, encantado de la vida, cumpliendo su propósito.

Sutton hizo una mueca y se removió incómodo en la silla.

—Mi trabajo está hecho a medias —admitió Sutton.

—Bueno, tal vez para usted eso sea suficiente. Pero casarme con una mujer que no me importe y luego abandonarla en una de mis propiedades mientras continúo con mis ocios en Londres no es lo que quiero.

Sutton apartó la mirada, sin decir nada, sin contradecirlo. Adam se dio cuenta de que quizá había sido demasiado duro en su juicio.

—Mis padres se casaron por amor. Así que, si alguna vez me caso, quiero eso.

Sutton esbozó una sonrisa nostálgica.

—¿No lo queremos todos?

Adam miró a Sutton con suspicacia. Si quería un matrimonio por amor, ¿por qué entonces casarse con una mujer a la que no soportaba? Esa era la única explicación que Adam encontraba para el tipo de relación que Sutton parecía mantener con su esposa. Aunque Adam no estuvo presente durante el cortejo, ahora era evidente que el matrimonio de Sutton no era una unión por amor.

—Pero volvamos a su asunto —dijo Sutton, hábilmente desviando la conversación, como siempre hacía—. Quizá conozca un propósito digno para usted.

—Ah, ¿sí? —Adam alzó una ceja.

—¿Le suena de algo el nombre de sir Franklin Richardson?

Adam soltó un resoplido.

—Por supuesto. Oficial naval en las guerras napoleónicas, héroe, explorador.

—Pues está reuniendo un equipo para su próxima expedición a Canadá. Hablé con él hace unos días, y me dijo que buscaba a un joven fuerte, preferiblemente con algo de habilidad lingüística o, al menos, un poco de diplomacia. ¿Le suena?

Adam se quedó desconcertado. Justo había estado hablando de su sueño de explorar el mundo. ¿Y ahora le surgía esta oportunidad? Qué coincidencia tan oportuna. No conocía los detalles, y quizá ni siquiera lo contrataran, pero ya tenía unas ganas enormes de compartir la noticia.

Convertirse en explorador cumpliría todos sus sueños infantiles… aunque, ¿a quién quería engañar? Eran sus sueños de adulto.

—¿Y en qué consiste exactamente el trabajo? —preguntó Adam con cautela, tratando de no mostrar demasiado entusiasmo—. Me refiero a qué tipo de hombre busca. No tengo experiencia naval; no sé si encajaría en el puesto.

Sutton se encogió de hombros.

—No tengo los detalles, pero puede reunirse con él y preguntarle. Lo que sé es que su

presupuesto es limitado, así que solo puede contratar a cuatro oficiales navales; el resto deben ser civiles. Usted encajaría ahí. En cualquier caso, sería un cambio de escenario, una oportunidad de dejar su huella en el mundo.

La idea de dejar una marca en el mundo le resultaba intensamente tentadora.

—Creo que la expedición empieza en un mes y que durará unos años. Pero tiene tiempo, ¿no? Puedo organizarle una reunión con sir Richardson la próxima semana. Con su experiencia bajo las órdenes del Secretario de Guerra, usted podría ser de gran ayuda.

Unos años… En un mes partiría y estaría fuera varios años si lo seleccionaban. La emoción y la duda se mezclaron en su interior, pero Adam no iba a dejar pasar esta oportunidad.

—Por supuesto. —Forzándose a concentrarse, Adam afirmó—: Dígale que me sentiría honrado si considerara mi candidatura.

El sonido de la música volvió a llegar hasta él. El segundo vals estaba terminando, lo cual significaba que era su turno de bailar con Beatrice. Y también que el baile estaba casi a punto de concluir… Gracias a Dios.

—Avíseme si necesita algo más de mi parte. Estaré disponible para reunirme con sir Richardson cuando él lo indique. —Le dio una palmada a Sutton en el hombro y se alejó, dejándolo solo en la terraza.

Adam regresó al salón de baile justo cuando la música terminaba, y un caballero dejaba a una Beatrice agitada y sonrojada junto a Isabel, su hermana. No junto a su chaperona, la señora Merriglow, sino junto a Isabel.

Al parecer, Isabel había tomado a la ratona de biblioteca bajo su protección, asumiendo el papel de su chaperona y defensora… ¿quizá hasta de madre gallina?

Adam avanzó hacia las dos y le ofreció su brazo a Beatrice, dedicándole a Isabel una mirada fulminante. Su hermana, en respuesta, solo le regaló una sonrisa triunfal.

—Dígame, señorita Fowley, ¿está disfrutando de la velada? —preguntó Adam mientras la conducía a la pista.

—Mucho. Gracias por preguntar.

—Ya veo. —Adam tomó su mano y colocó la otra en su espalda, manteniendo una distancia respetuosa—. ¿Y ha encontrado a su príncipe? O, mejor dicho, ¿a su canalla que la aleje de Lansdowne?

Beatrice deslizó la mano por su brazo hasta su hombro, dejando un rastro de calor como si fuera lava fundida. Los enormes ojos de ella, amplificados por sus gafas, se clavaron en él con una mirada inocente, mientras inclinaba la cabeza para mirarlo.

—Quizá —respondió ella.

Adam sintió que su mano se tensaba en la espalda de Beatrice, acercándola ligeramente al comenzar la música, y ambos se movieron juntos en la danza.

—¿De verdad? —preguntó él, susurrando, mientras sus pasos los guiaban—. ¿Y quién sería ese afortunado caballero?

—Todavía no lo sé —susurró Beatrice, y Adam aflojó el contacto, relajando su postura.

—Tiene muchas opciones después de esta noche, según veo —dijo Adam con brusquedad.

—¿Y por qué habría de importarle a usted? —Beatrice desvió la mirada, atrayendo la atención de Adam hacia su cuello delicado y pálido.

¿Por qué le importaba? No debería tener interés en quién sería su marido, siempre y cuando ella desapareciera pronto de su vida.

—No me importa —replicó él.

Los ojos de Beatrice volvieron rápidamente a los suyos.

—Por la elección de mis compañeros de baile, yo diría que sí.

Adam la hizo girar con elegancia antes de responderle.

—Mi interés en escoger a sus compañeros fue simplemente para ganar la apuesta. Solo quería tachar ese punto de su lista de la manera más rápida y eficiente.

Ella le lanzó una mirada incrédula mientras él la guiaba hábilmente entre dos parejas.

—Para asegurar que la pasara tan mal que decidiera abandonar la lista, ¿verdad?

Adam evitó su mirada fija, tragando saliva.

—Quizá.

—Pues su táctica no funcionó.

—Gracias a mi hermana —murmuró él.

—Su hermana fue amable y servicial —replicó Beatrice, dedicándole una mirada significativa—, a diferencia de algunas personas que dicen querer ayudarme y luego intentan sabotearme en cada paso.

Adam le apretó la cintura, acercándola más mientras se balanceaban en la danza, haciendo que sus cuerpos estuvieran peligrosamente próximos.

—¿Por qué no le pide a mi hermana que la ayude a terminar su lista, entonces? Sería una combinación perfecta para ambas —dijo él, apretando su mano en la espalda de Beatrice, acercándola otro par de centímetros.

—Oh, no. —Beatrice frunció el ceño, con los labios apretados, mirándolo como una institutriz ofendida—. No voy a dejarlo escapar tan fácilmente. Hicimos una apuesta y usted la perdió. Así que debe cumplir su parte del trato y ayudarme a terminar toda la lista.

—No he perdido —resopló Adam.

—Sí ha perdido.

—Solo le ayudé con dos puntos. El pub y el baile —insistió Adam, girándola con destreza entre las demás parejas.

—Y la pelea —replicó Beatrice, alzando la barbilla con un aire desafiante.

—Eso no fue intencional —dijo Adam, llevándola de vuelta a la línea de bailarines con un giro.

—¡No importa! —exclamó ella, sacudiendo la cabeza y haciendo rebotar sus rizos—. Sabía que existía la posibilidad de que ocurriera una pelea. Usted mismo lo dijo. Mencionó que sería como matar dos pájaros de un tiro.

Pero Adam no estaba dispuesto a ceder.

—Aún tengo una oportunidad más.

Beatrice bufó, un mechón rebelde cubrió su rostro y empañó sus gafas por un breve instante.

—Pensé que era usted un caballero honorable.

—Y yo pensé que era una dama honesta —respondió él, acercándola aún más, casi levantándola del suelo mientras giraban en el aire.

Ella se quedó sin aliento, aferrándose a sus hombros para mantener el equilibrio.

—¿Está cuestionando mi honor?

—¿Cuestiona el mío?

—Solo si intenta escabullirse de nuestra apuesta.

—¿Escabullirme? —Adam retrocedió levemente, como si la palabra misma ofendiera sus principios.

—Sí, como un animal astuto y resbaladizo —replicó Beatrice, arrugando la nariz con

disgusto.

—Tengo una oportunidad más —insistió él, mientras Beatrice elevaba la mirada al techo con exasperación.

—Está bien. Si insiste en ser tan rematadamente quisquilloso, se lo concedo. Sin embargo, le recuerdo que no hay nada que pueda hacer para ganar la apuesta, por muchas oportunidades que se tome. Le ofrecí un trato. Le dije que me llevara a la —Beatrice miró a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba— «subasta secreta», y eso habría acabado con su supuesto sufrimiento y me habría librado de su compañía para siempre. Pero lo rechazó. Y ahora recurre a excusas para salirse con la suya. Solo que se ha topado con la persona equivocada, señor Lewis, porque no pienso rendirme, pase lo que pase.

La música se detuvo justo en ese momento, como si subrayara su declaración.

Ambos se quedaron inmóviles, respirando con dificultad.

En algún momento durante el baile, habían terminado peligrosamente cerca. Tan cerca que Adam sostenía a Beatrice sin espacio alguno entre ellos, hasta que solo sus ropas impedían que sus cuerpos se tocaran directamente.

Adam la soltó de inmediato y dio un paso atrás. Pero sus pechos seguían alzándose y bajando a causa del agotamiento del baile y, quizá, de la discusión, y ahora la imagen de Beatrice, con el cabello alborotado y el rostro sonrojado, le hacía imaginar escenas indecorosas.

Adam la visualizó así, con las mejillas encendidas, el pecho subiendo y bajando con intensidad, los ojos brillantes, pero no en un salón de baile… sino en su habitación.

En su cama.

Sacudió la cabeza. ¿Qué le ocurría?

—Le aseguro, señorita Fowley, que espero con ansias que nuestro próximo encuentro sea el último —dijo él, inclinándose en una reverencia cortante. Y sin ofrecerle el brazo ni escoltarla de regreso junto a su hermana, Adam se dio media vuelta y se alejó con paso firme.

Necesitaba apartar a esa testaruda ratona de biblioteca de su mente.

# Capítulo 10

Había pasado una semana sin noticias de Adam.

Al principio, Beatrice se sintió aliviada de que él le hubiera dado un par de días de descanso. Después del baile, aún le dolían los pies, y lo único que deseaba era quedarse en casa con un libro entre las manos.

¿Y quién no disfrutaría de una tarde en la biblioteca, leyendo hasta saciarse? En esa casa, no tenía obligaciones. No necesitaba cuidar de sus hermanas ni dirigir el hogar de su padre. En realidad, no tenía nada que hacer.

Y eso la estaba volviendo loca.

Claro, la vida en su pequeño pueblo era monótona, pero estaba llena de actividad. Beatrice extrañaba leer en voz alta para su padre, peinar a sus hermanas mientras discutían o dar largos paseos por el campo solo para obtener un poco de tranquilidad.

Extrañaba cada detalle de su vida sencilla, y ahora entendía que no volvería a ella. El corazón se le encogió al comprenderlo.

¿La dejaría siquiera lord Lansdowne visitar a su familia después de casarse?

Beatrice había pensado que este mes en Londres estaría lleno de aventuras y marcaría un cambio en su vida. Ahora, ni siquiera estaba segura de que eso fuera a ocurrir.

Adam parecía querer desentenderse por completo. Él le había prometido llevarla a, al menos, un lugar más y tachar otro de los puntos de la lista, pero parecía haberse olvidado de todo. Quizá se había equivocado respecto a él. Tal vez sí era el canalla deshonesto que tanto se empeñaba en negar.

Ahora, Adam prácticamente la había dejado encerrada en casa con su promesa de no intentar nada sin él, mientras él no cumplía con su parte del trato. ¿Y si ese había sido su plan desde el principio? Sentarse, no hacer nada y dejar que el tiempo corriera hasta que la lista expirara.

Indignada y confusa, Beatrice decidió que no iba a quedarse de brazos cruzados. No era de las que se rendían fácilmente ni de las que esperaban a que las cosas sucedieran solas. O, al menos, ya no. Su vida entera estaba en juego.

Tomó una hoja de papel y escribió una carta firme a Adam, dejándole claro que, si no se presentaba antes de que acabara la semana para cumplir lo prometido, ella misma terminaría la lista.

Entregó la nota al lacayo y, sintiéndose más ligera, como si se hubiera quitado un peso de encima, tomó un libro y se acomodó en el sillón de cuero junto al fuego en la biblioteca.

Sin embargo, apenas habían pasado un par de minutos cuando el mayordomo apareció en la puerta y llamó con discreción.

—Hay un caballero que desea verla, señorita Fowley.

Beatrice miró el reloj sobre la repisa y luego de nuevo al mayordomo. ¡Acababa de enviar la nota!

El rostro se le encendió al darse cuenta de que Adam encontraría la carta en su casa, escrita deprisa y en un arrebato de enojo. Ahora tendría que pedirle que la quemara sin leerla. Pero, por supuesto, él no lo haría.

Beatrice suspiró, frustrada, y saltó del sillón, dejando caer el libro al suelo.

—¡Enseguida estaré ahí! —dijo, recogiendo el libro y dejándolo en el sillón—. Dígale que lo espero en el salón.

Acomodándose el peinado con una mano, Beatrice se dirigió a la puerta, pero se detuvo al notar que unos mechones se escapaban de su moño. Corrió tras el mayordomo, que ya estaba saliendo de la biblioteca.

—¡Espere! Dígale que bajaré en quince minutos —rectificó, y mientras iba hacia su habitación se detuvo de nuevo para examinar su sencillo vestido de día—. No, dígale que estaré en media hora. —«¡A él no le importa tu vestido, Beatrice!», pensó después—. Olvídelo, bajaré en quince minutos.

—Como desee, señorita —respondió el mayordomo, sin mostrar molestia ni diversión ante sus cambios de opinión.

Beatrice, en cambio, sentía el corazón acelerado y la emoción revolviéndole el estómago. Se detuvo frente al espejo y respiró hondo antes de hacer cualquier otra cosa.

Finalmente, volvió a sujetarse el moño, alisó sus faldas y se dio unos golpecitos en las mejillas antes de dirigirse con la mayor dignidad posible hacia el salón, aunque por dentro se sentía a punto de estallar de nerviosismo.

Moderó su paso al bajar las escaleras, pero con cada peldaño aumentaba la velocidad, hasta que prácticamente irrumpió en el salón y se detuvo de golpe.

En lugar de la figura familiar y, aunque irritante, siempre reconfortante de Adam, Beatrice se encontró frente a un hombre bajo y regordete, con los dedos entrelazados sobre su prominente barriga y una peluca empolvada. Él dio un paso adelante e hizo una leve reverencia antes de soltar su voz ronca y desgastada:

—Buenas tardes, querida.

Beatrice se congeló, incrédula, al reconocer al hombre frente a ella: era su prometido.

Había visto a lord Lansdowne solo un par de veces antes. La última había sido después de anunciar, con un acto temerario, su compromiso con él ante toda Londres.

Lansdowne había negociado un contrato justo con su padre, y esa fue la primera vez que Beatrice vio llorar a su padre.

De alegría.

Ella lo comprendía bien. La familia había estado en la ruina durante años. Con solo hijas casaderas y sin dotes para ofrecer, él se preocupaba profundamente por el futuro de todas ellas. Ahora, en lugar de pagar una dote, lord Lansdowne había prometido liquidar todas las deudas de su padre y ofrecerle una pensión a Beatrice después del matrimonio. Poco importaba que Lansdowne fuera el hombre más desagradable que ella había conocido y que tuviera más de veinte años que su propio padre.

Pero Beatrice no podía culpar a su padre por estar contento. Al margen de todo, ahora Beatrice y sus hermanas estarían bien cuidadas. Y ella había elegido casarse con ese hombre; nadie la había obligado. Aunque había esperado, incluso rezado, no volver a verlo hasta el día de su boda.

Ahora, mientras avanzaba en la habitación, todo su instinto le gritaba que saliera corriendo, aunque sus modales le instaban a quedarse. Sabía lo que debía hacer, así que, después de un

breve y tenso silencio, Beatrice hizo una reverencia.

—Qué sorpresa tan… encantadora —dijo.

—¿No es así? —Lansdowne dio un paso más, y Beatrice sofocó el impulso de retroceder—. Estaba de paso en Londres, camino a Northumberland desde Surrey, cuando recordé que su padre mencionó que usted estaba en Londres con su tía, preparando su ajuar.

«Mi tía… ¿dónde está?»

—En efecto. —Beatrice intentó esbozar una sonrisa—. Permítame pedirle a mi tía que nos acompañe. ¿Le gustaría tomar un té? —dijo, avanzando hacia la campanilla, pero él le cortó el paso, interponiendo su considerable cuerpo.

—Oh, no es necesario molestar a su tía. Al fin y al cabo, estamos prometidos, querida. Podemos estar solos —replicó él, acercándose aún más.

Beatrice abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Miró frenéticamente alrededor de la habitación, tratando de encontrar una salida.

—¡Pero debemos tomar té! —exclamó al fin, e intentó de nuevo alcanzar la campanilla, pero Lansdowne volvió a interponerse.

—No creo que eso sea necesario.

Beatrice tragó saliva.

—La última vez que nos vimos no tuvimos oportunidad de conocernos mejor.

Lansdowne soltó un suspiro de hastío.

—Por supuesto. Me encantaría conocernos más. Y si no desea té, quizá un paseo por los jardines sea de su agrado —sugirió Beatrice con la voz temblorosa.

Él avanzó, acortando aún más la distancia entre ambos.

—No, lo que quiero es un… conocimiento más íntimo.

—¿Íntimo? —La voz de Beatrice salió ahogada.

—Cuando compro caballos, me gusta inspeccionarlos bien —dijo él, con un tono desagradable—. Y puesto que pagué mucho más por su compañía que por la de un caballo, creo que estoy en todo derecho de hacer una revisión exhaustiva.

«¡¿Un caballo!?»

—Si se refiere a mi linaje, debo advertirle que disto mucho de ser de pura raza —respondió Beatrice con frialdad, dando un par de pasos atrás.

Lansdowne hizo una mueca de desprecio.

—Vaya, tiene una lengua afilada. Pero no, no me refería a eso.

—Entonces, ¿a qué se refiere? —preguntó Beatrice, retrocediendo un par de pasos, aunque él se acercaba con cada uno de ellos.

—Usted comprende bien las razones de este matrimonio, ¿verdad? —Beatrice abrió la boca para responder, pero él la interrumpió, dejando claro que no esperaba su opinión—. La continuación del linaje de los Lansdowne. Me he casado varias veces, y ninguna de mis esposas ha logrado darme un heredero. No puedo asegurar que usted lo haga tampoco, aunque no tengo opción, ya que el contrato está firmado. Pero lo mínimo que puedo hacer es probar el calor de su piel y el sabor de sus labios antes de compartir el lecho matrimonial.

Un pequeño gemido escapó de los labios de Beatrice ante aquella imagen aterradora.

—P-pero eso es totalmente inapropiado, milord —balbuceó ella.

—Estamos prometidos —replicó él, avanzando otro paso.

—Pero aún no estamos casados. ¡Aún faltan unas semanas!

—¿Qué importa una pequeña indiscreción entre futuros esposos?

Beatrice sintió la pared fría contra su espalda; ya no tenía a dónde escapar.

—Insisto en que no es correcto.

—Yo insisto… más.

Con su peso considerable, Lansdowne la aprisionó contra la pared, su aliento fétido invadiendo sus sentidos. Beatrice sintió cómo las náuseas le subían a la garganta, y por primera vez en su vida deseó vomitar allí mismo, aunque su cuerpo quedó paralizado. Solo sus dedos se crispaban en puños a sus costados.

—Es tan suave… —murmuró Lansdowne, mientras un dedo grueso y húmedo le rozaba la mejilla.

Beatrice, aunque era una mujer alta, apenas tenía fuerza para compararse con el tamaño y la corpulencia de su futuro esposo. La mera presencia de él era intimidante, y ahora, acorralada, no pudo hacer otra cosa que permanecer inmóvil.

Su respiración se tornó entrecortada, con el pulso desbocado. Y entonces, los labios de Lansdowne tocaron los suyos. Beatrice cerró los ojos con fuerza, su cuerpo entero tenso, ardiendo de humillación. Él presionó su lengua contra los labios de ella, buscando abrirlos, mojándolos y empujando sin pudor.

Beatrice apretó la mandíbula y apretó aún más los labios. Entonces él le agarró el cuello con una mano rechoncha, inclinándole la cabeza hacia adelante.

Las gafas se deslizaron por la nariz de Beatrice, golpeando el rostro de Lansdowne con un leve sonido. Molesto, él las arrancó de su cara, sin importarle si le hacía daño, y las lanzó al suelo.

Beatrice dejó escapar un jadeo de horror. Fue un error. Él presionó de nuevo sus labios contra los de ella, y esta vez su lengua logró invadir su boca.

Beatrice soltó un débil gemido mientras una lágrima solitaria rodaba por su mejilla.

Lansdowne se apartó, sus ojos vidriosos aún fijos en los labios de ella.

—No puedo esperar a tenerla en mi cama.

A Beatrice le recorrió un escalofrío desagradable mientras su cuerpo temblaba, con el hedor de Lansdowne impregnándole el rostro. Las palabras de él le atravesaron el corazón como un puñal.

Lansdowne se inclinó aún más, presionando su muslo contra las piernas de Beatrice y obligándola a separarlas.

—Por favor —susurró ella, colocando los brazos entre ambos para crear algo de espacio—. No estamos casados todavía.

Intentó empujarlo para ganar algo de distancia y escapar, pero él le atrapó ambas muñecas y las aprisionó contra la pared, a cada lado de su cuerpo.

—Muy pronto la tendré solo para mí —murmuró Lansdowne antes de volver a besarla.

Esta vez, Beatrice no se quedó paralizada. Intentó zafarse, moviéndose con fuerza, pero fue en vano. Él era demasiado fuerte para ella. Con cada segundo, Beatrice comprendía que, una vez casada, esta sería su vida. O tal vez algo peor. Mucho peor.

Las muñecas de Beatrice ardían bajo la presión, y ella se concentró en ese dolor, intentando tirar de sus brazos para liberarse. Pensar en cualquier otra cosa en ese momento solo lograría quebrarla.

De repente, Lansdowne le soltó una muñeca, pero Beatrice ya no tenía fuerzas para seguir luchando. Él la aplastaba con su peso contra la pared. Ella apartó su mente del contacto de aquella mano repulsiva que se movía por su cuerpo con libertad, apretándole dolorosamente el

pecho, y trató de ignorar los húmedos y blandos labios de él, el sabor y el olor que la rodeaban, mientras rogaba en silencio que todo aquello terminara pronto.

De repente, Lansdowne la soltó por completo, con tanta brusquedad que Beatrice tropezó y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Los ojos de él brillaron con satisfacción al ver su aspecto desaliñado, y se relamió los labios. Los dedos de Beatrice temblaban mientras intentaba acomodarse el escote de su vestido. No sabía por qué él la había liberado, pero agradecía su suerte.

Escuchó unos pasos al otro lado de la puerta y, un segundo después, la tía Agnes entró en la habitación. «¡Gracias a Dios!», pensó Beatrice.

—Lord Lansdowne —dijo su tía en tono seco, sin molestarse en hacer una reverencia.

Él ni siquiera la miró. Se inclinó hacia Beatrice y le susurró al oído:

—Aprenderá a complacerme.

Solo entonces Lansdowne dirigió una mirada a la tía Agnes.

—Un placer. Espero verlas en la boda. —Se enderezó el cuello de la chaqueta y lanzó una última mirada lasciva a Beatrice antes de retirarse con calma.

Beatrice se dejó caer contra la pared, sintiéndose finalmente aliviada.

—¿Qué quería ese hombre? —preguntó su tía con voz cortante, más severa de lo que Beatrice le había oído nunca.

Beatrice entrecerró los ojos, intentando descifrar el rostro de su tía, aunque sin sus gafas apenas lograba ver con claridad. Tragó saliva, con el sabor y el olor de Lansdowne aún atrincherados en su garganta y pulmones. Pasándose la mano por los labios temblorosos, contuvo el impulso de vomitar.

—Quería… mi obediencia.

—Ay, querida… —La tía Agnes se acercó y la envolvió en un cálido abrazo. Las lágrimas cayeron libres por el rostro de Beatrice, mientras sus hombros temblaban en los brazos de su querida tía—. Cómo me gustaría que no tuvieras que casarte con él. Eres demasiado joven y tienes un futuro brillante por delante.

Beatrice se apartó y se enjugó las lágrimas.

—Yo también lo desearía.

La tía Agnes frunció el ceño y le acarició la mejilla.

—¿Dónde están tus gafas?

Beatrice miró a su alrededor. Un borrón indefinido y metálico descansaba a sus pies. Se agachó, palpando hasta encontrarlas, y soltó un suspiro de alivio al comprobar que no estaban rotas. Se las puso y permitió que su tía la ayudara a levantarse.

—Ven, siéntate. —La tía Agnes la guio hasta una silla junto a la ventana. Beatrice, agotada, se hundió en ella.

Su tía caminó hacia una mesita y le sirvió un vaso de vino.

—Y, ¿qué me dices de ese joven? —Chasqueó los dedos un par de veces, mientras su rostro mostraba una mueca de concentración—. ¿El señor Lansdowne? No, no, el asqueroso marqués no. Me refiero al otro, el joven. ¿No podría él casarse contigo?

Beatrice, sosteniendo el vaso, la miró confundida.

—¿Qué joven?

Su tía le dio una palmadita en el brazo antes de acomodarse en la silla frente a ella.

—Sabes bien de quién hablo. Alto, apuesto, joven. —Al ver que Beatrice negaba con la cabeza, la tía añadió—: El que bailó contigo anoche.

—Anoche bailé con varios caballeros, tía.

—El que vino a visitarte hace unos días y se coló en la casa una noche —dijo la dama, con un gesto significativo.

Beatrice escupió el sorbo que acababa de beber y se atragantó en un ataque de tos.

La tía Agnes levantó la vista al cielo y, tras ponerse en pie, dio unas palmadas en la espalda de Beatrice.

—Creías que no me había dado cuenta, ¿verdad?

Beatrice sacó su pañuelo y se limpió la cara y el corpiño del vestido.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó, con un tono agudo de sorpresa.

La tía Agnes agitó la mano mientras volvía a sentarse.

—Sé muchas más cosas de las que crees. Puede que esté mayor, pero ni estoy ciega ni sorda.

—¿Por qué no dijo nada? ¿Por qué no protestó? —La cabeza de Beatrice comenzó a dolerle y sintió cómo se le encendían las mejillas.

La tía Agnes miró hacia la puerta del salón, aún abierta, y entrecerró los ojos.

—Ese hombre es la razón.

Beatrice siguió su mirada hacia la puerta y sintió un vuelco en el estómago.

—¿Lansdowne?

La tía Agnes asintió.

—No entiendo por qué aceptaste casarte con él. Pero puedo comprender que quieras vivir un poco antes de acabar unida a ese viejo monstruo. Y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarte a conseguirlo. O, quizá, algo más.

Beatrice se inclinó hacia ella, intrigada.

—¿Algo más?

La tía Agnes asintió.

—Ese joven que se coló en la casa hace unas noches… No está casado, ¿verdad?

Beatrice se humedeció los labios, de repente resecos.

—No, no lo está.

—Entonces quizás puedas… conquistarlo para que se case contigo.

—¿Conquistarlo? —Beatrice dio un sorbo de vino, y esta vez la tía Agnes tuvo la cortesía de esperar a que tragara antes de soltar algo aún más chocante—. ¿Engañarlo?

Beatrice sintió un nudo en la garganta. Y no porque pensara que era una idea despreciable —aunque lo era—, sino porque llevaba días dándole vueltas a esa misma posibilidad, desde que se reencontró con Adam en el club clandestino. Quizás incluso desde antes.

—¿No le parece algo inmoral? —preguntó Beatrice, mirándola con desconcierto—. Pensé que diría que es algo indebido y…

La tía Agnes agitó la mano, restándole importancia.

—Inmoral es que las mujeres deban depender de los hombres para su seguridad y bienestar. Inmoral es vender a una hija al mejor postor. Quiero a mi hermano, pero hay que reconocer que es un insensato.

Beatrice negó con la cabeza.

—Papá no eligió esto por mí, fui yo.

—Y él no movió un dedo para evitar que ocurriera esta barbaridad. Jamás debería haberte dejado seguir adelante. Tendría que haberte llevado a casa, y que el mundo se las arreglara solo.

Beatrice se levantó y empezó a pasear por la habitación.

—Cuando el vizconde Gage decidió casarse con otra, si me quedaba sin compromiso, estaría

arruinada. Y mis hermanas también.

—¡Bah! —La tía Agnes se enderezó en su silla—. Eres una chica lista. Podrías haber encontrado trabajo, y tus hermanas también. Ese tal vizconde podría haberte ayudado. No, tu padre se sintió aliviado cuando ese viejo lascivo y rico aceptó casarse contigo, quitándote de sus manos y ayudándole a saldar sus deudas. Los hombres siempre han intentado hacernos parecer impotentes en este mundo, pero somos más fuertes de lo que ellos creen.

Beatrice miró sus manos, que aún temblaban. En ese momento dudaba tener fuerza alguna. La tía Agnes las cubrió con las suyas, apretándolas hasta que dejaron de temblar.

—Te prometo que, aunque nos falte fuerza bruta, lo compensamos con ingenio y astucia.

Beatrice negó con la cabeza.

—Yo no tengo astucia.

—Pero tienes ingenio —replicó su tía—. Así que sal ahí fuera y lucha por tu felicidad, de la forma que sea, porque nadie te la va a entregar en bandeja. A nosotras nunca nos han dado nada en esta vida; todo lo que tenemos, lo hemos ganado.

—Pero Adam…

—¿Se llama Adam? —preguntó la tía Agnes, con una expresión curiosa.

Beatrice tragó saliva.

—Sí. Y es un buen hombre —añadió, aunque solo en su mayor parte.

La tía Agnes ladeó la cabeza con interés.

—Disfrutas de su compañía.

—Sí. —Luego añadió con una sonrisa—. Pero a él no le gusta la mía.

—No me lo creo.

Beatrice negó con la cabeza.

—Es cierto. Y merece casarse con una mujer a la que considere agradable, quizás hasta a la que ame.

La tía Agnes tomó las manos de Beatrice con calma y le apretó los dedos hasta que ella la miró.

—¿Y tú? ¿Qué crees que mereces?

Beatrice bajó la mirada a sus manos entrelazadas y vio las marcas rojas en sus muñecas, asomando bajo las mangas. Las marcas que le había dejado su futuro esposo al besarla por la fuerza.

«¿Qué es lo que merezco?» Y, fuera lo que fuera, ¿tenía derecho a anteponer sus deseos a los de los demás?

—No lo sé… —Sacudió la cabeza—. Aunque decidiera hacer esto, no sabría por dónde empezar. ¿Cómo haría para que alguien quisiera casarse conmigo?

—No se trata de que quiera —dijo su tía, apretándole los dedos de nuevo—, sino de que se vea obligado a hacerlo.

—N-no estoy segura de entender lo que quiere decir.

—Hay formas de hacer que un caballero se sienta obligado a casarse contigo. —La tía Agnes carraspeó—. La primera es que os descubran en una situación comprometida.

El corazón de Beatrice comenzó a latirle con fuerza en los oídos. Retiró las manos de las de su tía y se abrazó a sí misma, cubriéndose el abdomen con los brazos. Había leído sobre esos escándalos en los periódicos. La hermana de Adam, lady Vane, se había casado con su esposo precisamente por un escándalo de ese tipo. Beatrice no podía imaginar la vergüenza y la humillación que algo así traería a ambas partes.

—Suena horrible. Además, ya estoy comprometida, y Lansdowne no me dejaría libre solo por un escándalo. Así que dudo que algo así obligara a nadie a casarse conmigo.

La tía Agnes asintió, pensativa.

—La otra forma es quedar embarazada.

Los ojos de Beatrice se abrieron de par en par. No podía creer que su querida tía le estuviera sugiriendo semejante cosa.

—¡Tía Agnes!

—Estoy mayor, querida —dijo ella, con un gesto desdeñoso—. No tengo tiempo para sermones vacíos, y tú tampoco. Recuerda que, en menos de dos meses, vas a casarte con Lansdowne, y quieras o no, él te dejará embarazada. ¡Y será ese viejo lascivo quien te lo dé! ¿De quién preferirías tener un hijo? ¿Con quién preferirías compartir la cama por primera vez?

—¡Tía Agnes! —Beatrice se quedó sin palabras, con el cuerpo ardiendo de vergüenza.

—No me llames «tía Agnes» para hacerme callar. En seis semanas, vas a ser la esposa de un hombre decrépito.

A Beatrice se le erizó la piel y el estómago se le revolvió. Lansdowne no le había parecido un anciano cuando la aprisionó contra la pared.

—Ya no hay tiempo para la modestia virginal. Deberías saber sobre estas cosas y experimentarlas… con alguien que no sea un anciano decrepito. —La tía Agnes hizo una pausa y luego tragó saliva, su compostura tambaleándose—. Me habría gustado haberlo hecho yo.

Beatrice abrió los ojos de par en par y miles de pensamientos comenzaron a dar vueltas en su mente. Sin embargo, no tuvo la oportunidad de formular ninguna pregunta, porque su tía se levantó.

—Ahora piensa en esto, que yo voy a acostarme. Toda esta emoción me ha provocado dolor de cabeza. —Se alejó con calma, dejando a Beatrice más confundida que nunca.

Beatrice no pudo conciliar el sueño esa noche. Dio vueltas en la cama, su mente atascada en un problema sin solución. La habitación no estaba calurosa, y normalmente se arropaba hasta el cuello, pero aquella noche apartó la manta mientras sentía cómo la piel le ardía.

No podía quitarse de la cabeza las palabras de su querida tía Agnes.

La tía Agnes se había casado siendo más joven que ella. Apenas tenía diecisiete años. Y, aunque su esposo no era tan mayor como Lansdowne, le llevaba casi treinta años. Vivieron en armonía y tuvieron cinco hijos, de los cuales dos murieron siendo aún pequeños. Eso era todo lo que Beatrice sabía de aquel matrimonio.

Nunca se le había ocurrido pensar que la vida de la tía Agnes pudiera haber sido poco satisfactoria. Claro que no; Beatrice apenas había conocido al señor Merriglow, quien murió cuando ella era todavía una niña. En aquel momento, su tía tenía prácticamente la misma edad que él cuando se casaron...

Aunque un hombre podía casarse de nuevo a cualquier edad, todos asumían que la vida de una viuda de más de cuarenta estaba prácticamente acabada. Lansdowne tenía setenta y siete años; podía morir y dejarla viuda en cualquier momento, o dentro de veinte años. Beatrice sabía que él gozaba de una vitalidad sorprendente, mayor que la de muchos hombres jóvenes, y estaba convencida de que viviría todo lo que le fuera posible. Si llegaba a cumplir cien años, ella tendría cuarenta y cinco... la edad de su tía cuando quedó viuda.

Empezaba a dolerle la cabeza. Se sentó en la cama y dejó colgar las piernas al borde. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y agarró el escote del camisón, agitándolo un poco para dejar que le llegara el aire.

«Deberías experimentar estas cosas. Con alguien que no sea un anciano decrépito.»

Ella podría tener cuarenta y cinco años antes de verse liberada de Lansdowne. Beatrice estaba convencida de ello ahora. Sabía que aquel viejo terco viviría todo lo que pudiera.

¿Y tendría ella la oportunidad de sentir alguna emoción a esa edad? Cuando el marido de la tía Agnes murió, ella vendió casi todas sus pertenencias, salvo las que había dejado a sus hijos, y se fue a vivir junto al mar. Ahora disfrutaba de una vida tranquila y, solo de vez en cuando, cedía a los caprichos de sus nietos o, en este caso, de su sobrina, acompañándola a Londres. Pero eso no era vivir plenamente en los veinte, ¿verdad?

¿Podría Beatrice sentir alguna vez algo parecido a la pasión?

«Ojalá lo hubiera hecho», había dicho su tía. Las palabras de Agnes la atormentaban. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, abriéndola para dejar que una ráfaga de aire fresco invadiera la habitación.

—¿Qué harías tú, mamá? —preguntó Beatrice al cielo encapotado.

No era una pregunta justa. Su madre amaba al hombre con quien se había casado. Sí, habían pasado penurias económicas, y eso hacía que Beatrice también sufriera ahora las consecuencias, pero su madre jamás pareció arrepentirse. Tampoco se le habría ocurrido engañar a nadie para casarse.

Beatrice miró las marcas amoratadas de sus muñecas y dejó escapar un suspiro. Su madre nunca estuvo prometida a un anciano que se tomaba libertades y la hacía daño. Recordó la lengua húmeda de Lansdowne contra sus labios, su olor, y sintió una arcada. Cerrando los ojos, sacó la cara por la ventana y respiró el aire fresco de la noche. ¿Cómo sería su vida dentro de un mes?

Tarareando una nana que su madre le cantaba de niña, Beatrice se acercó a la mesilla, donde descansaba una nota que Adam le había enviado hacía apenas unas horas. Al parecer, había recibido el mensaje que ella le había mandado exigiéndole que cumpliera su palabra, y ahora la invitaba a unirse a él y a toda su familia para ir al teatro la noche siguiente. Otro punto más para tachar de su lista.

Alisó las arrugas del papel y lo leyó una y otra vez. Había conseguido que el vizconde financiara su estancia de un mes en Londres. Había logrado convencer a Adam de que la acompañara en esta pequeña aventura. Y, con un poco de suerte, también lograría convencerlo de que se casara con ella. O, al menos, de que le ayudara a encontrar a alguien que lo hiciera.

# Capítulo 11

Beatrice —la siempre animada y vivaz Beatrice— estaba inusualmente apagada aquella noche. Cualquiera podría haber pensado que estaba absorta en la atmósfera del teatro, sumergida en la tragedia de la obra. Y sería una suposición razonable, porque le encantaban las historias y, especialmente, las de amor. Sin embargo, su mirada estaba perdida, como si mirara a través del escenario y no al escenario mismo, sin reaccionar a lo que ocurría, fuera triste o cómico, mientras el resto del público suspiraba o reía.

Lady Gage, que insistía en contar a todos cómo sería su nuevo teatro, lanzaba preguntas a Beatrice, quien respondía de forma distraída y con monosílabos. Durante el intermedio, Beatrice intentó sonreír y charlar con las hermanas de Adam, pero su sonrisa era tensa y forzada. Adam sabía cómo era su verdadera sonrisa: sus ojos brillaban de felicidad, como si reflejaran mil estrellas, y se arrugaban en las comisuras mucho antes de que sus labios siquiera se movieran.

Lo que más le gustaba de su sonrisa era ese pequeño hoyuelo de alegría en la comisura de su boca. Pero esa noche no aparecía. Adam, a su lado, se removía inquieto, tratando sin éxito de hacerla sonreír de verdad. Tenía buenas noticias que deseaba contarle, pero pronto se olvidó de todo eso, porque su mente estaba completamente ocupada con la mujer sentada junto a él.

Mientras avanzaba la obra y ella permanecía con aquella mirada ausente, Adam deseó poder tomarle la mano. Sentía la calidez de su cuerpo tan cerca, el aroma que desprendía, y le hacía cosquillear cada parte de su piel. Pero cuando se inclinó hacia ella y le preguntó si algo iba mal, Beatrice solo esbozó una sonrisa forzada y dijo que todo estaba bien.

Al terminar la obra, Adam soltó un suspiro de alivio; no habría soportado un minuto más de esa tensión. Se despidieron del resto del grupo y se dirigieron hacia el carruaje de los Vane, que los llevaría a casa.

El trayecto fue silencioso, pero lleno de una extraña tensión. Isabel descansaba la cabeza en el hombro de su marido, que le acariciaba la mano enguantada. Adam sintió un impulso extraño de sostener la mano de Beatrice de la misma forma, de manera protectora, para averiguar qué le tenía tan apagada. Porque en las últimas semanas, se habían convertido de compañeros reticentes a verdaderos amigos, y él no podía soportar no saber qué le ocurría.

Al llegar a la casa de Beatrice, Adam saltó del carruaje con soltura y le ofreció la mano para ayudarla a bajar. Colocó su mano en el pliegue de su brazo y la acompañó hasta la entrada.

—Pasaré a verle en unos minutos —murmuró mientras caminaban.

—No hace falta que lo haga... —Beatrice comenzó a protestar, pero Adam le tomó la mano suavemente y, sin decir nada más, depositó un beso en sus nudillos.

—Despida a su doncella cuanto antes —susurró con suavidad.

Le dedicó una mirada que duró un instante más de lo habitual antes de regresar al carruaje. Contó el número de casas que pasaban para no parecer demasiado ansioso. Al pasar la séptima casa, golpeó el techo del carruaje con su bastón.

—¿Ocurre algo? —preguntó Isabel, enderezándose y mirando hacia la ventana.

—No, nada. Solo pensé que sería bueno dejaros un poco de privacidad. Además, he decidido ir a pie.

—No tienes que hacer esto, estamos a punto de llegar —protestó ella.

—Sí, lo sé. Pero es cerca y hace una noche agradable; me apetece caminar.

Isabel observó la calle lluviosa y asintió lentamente.

—Sí, la lluvia puede ser bonita.

—Sin duda —coincidió Vane.

—Bueno, buenas noches —Adam saltó del carruaje y esperó a que se alejara antes de regresar con sigilo hacia la casa de Beatrice. Entró por la puerta de servicio sin ser visto y subió las escaleras en silencio hasta la planta superior.

Escuchó pasos que se dirigían rápidamente en su dirección. Se escondió en un rincón oscuro justo a tiempo para ver a la doncella de Beatrice pasar de largo. Beatrice había hecho lo que le pidió y había despedido a la doncella antes de lo habitual. Bien. Cuando los pasos se desvanecieron, salió de su escondite y se apresuró hacia la habitación de Beatrice.

Abrió la puerta y frunció el ceño al ver la habitación vacía.

—¿Beatrice?

La puerta a la izquierda se abrió, y Beatrice apareció llevando una bata de casa sobre el voluminoso camisón. No llevaba gafas y algunos mechones mojados le caían por el rostro, rizándose. Había terminado de asearse para la noche.

Se detuvo al verlo y parpadeó con sorpresa. Luego caminó lentamente hacia la cama, tomó sus gafas de la mesilla y se las puso.

—¿Quería hablar de algo? Estoy bastante cansada.

Su tono era plano, casi molesto. Quizás decía la verdad y estaba simplemente agotada. Adam lo habría creído si no hubiera notado su mal humor durante toda la velada en el teatro.

Él se acercó.

—¿Ha pasado algo?

Beatrice frunció el ceño.

—Ocurren cosas todos los días. Tendrá que ser más específico.

Adam sintió que la frustración le invadía.

—Sabe a lo que me refiero, Beatrice. No parece usted misma. Ha estado callada y apagada toda la noche.

—¿No puedo estar de mal humor? —replicó ella.

Adam se detuvo y se obligó a respirar profundamente para calmarse.

—Claro que puede —contestó finalmente—. Pero también tengo derecho a preocuparme por mi amiga.

—¿Amiga? —murmuró Beatrice, y fue a sentarse al borde de la cama—. ¿Somos amigos?

—Eso creo. —Adam dio unos pasos más, evitando parecer confrontativo. En lugar de acercarse directamente, rodeó la cama en un círculo amplio—. ¿No está de acuerdo?

Ella se frotó la frente con una mano, dejando al descubierto su muñeca. La piel mostraba marcas rojizas y moradas.

—¿Qué es eso? —Adam olvidó su aproximación pausada y avanzó de un salto.

Beatrice cruzó los brazos sobre el pecho, escondiendo sus muñecas.

—No es nada.

—Beatrice, le advierto…

—¡¿Y qué hará, Adam?! —le gritó ella—. ¿Qué hará?

Adam frunció el ceño.

—Dejaré de ayudarle con esa estúpida lista.

—Perfecto —dijo ella con desdén.

—Beatrice… —gruñó él, al ver que ella ni le respondía ni le miraba siquiera. Con cuidado, le rodeó el antebrazo con los dedos y ella no se resistió mientras él le levantaba la manga. Las marcas oscuras rodeaban su muñeca, como si alguien se la hubiera apretado con fuerza. Tomó su otra mano y descubrió las mismas señales—. ¿Quién le ha hecho esto? ¿Qué demonios ha pasado?

Beatrice le apartó las manos y volvió a colocarse las mangas hasta cubrir sus muñecas.

—Nadie.

—Beatrice, dígamelo. ¿Ha sido su tía?

Por primera vez, Beatrice levantó la mirada. Tenía el ceño fruncido, pero sus ojos mostraban un destello divertido.

—Por supuesto que no. La tía Agnes es una mujer encantadora.

—Entonces, ¿quién? —Adam cruzó los brazos y le dejó claro que no pensaba irse hasta que le dijera la verdad.

Beatrice hizo una mueca y desvió la mirada.

—Lansdowne vino a visitarme ayer.

—¿Qué? ¿Ese cerdo le ha hecho esto? —La voz de Adam salió más fuerte y brusca de lo que pretendía.

Beatrice le hizo un gesto para que bajara la voz y fue a cerrar la puerta con el pestillo. Adam se frotó el rostro, mientras la sangre le hervía de furia.

—¿Qué le hizo pensar que…? ¿Por qué?

Beatrice volvió a sentarse al borde de la cama, cabizbaja.

—¿Acaso importa?

En realidad, no. Pero si ella seguía hablando, quizá él podría controlar el impulso de buscar a ese viejo y darle una paliza.

—Quiso besarme —susurró Beatrice.

No. No funcionó. Adam se giró, pasándose las manos por el cabello, cuando lo que quería era golpear la pared con el puño.

—No quería permitírselo —continuó Beatrice en voz baja—, pero es mi prometido. Tiene derechos.

—¡No tiene derecho a hacerle daño! —exclamó Adam, volviéndose hacia Beatrice con el rostro encendido de ira.

Beatrice soltó una risa amarga.

—No se engañe ni me engañe a mí —respondió ella, con la voz quebrada—. Muy pronto me casaré con él, y entonces podrá hacer conmigo lo que le venga en gana.

Adam permaneció en silencio. Sabía que ella tenía razón, y que él no podía hacer nada. Beatrice no era suya. Intervenir solo provocaría un escándalo que acabaría con ambos.

¿Y qué? Una parte de él rugía internamente, queriendo saltar de su pecho.

—¿Sigue en Londres? —preguntó Adam, tratando de controlar su voz.

Beatrice alzó la vista hacia él, frunciendo el ceño. No parecía ni enfadada ni triste, solo confusa.

—No. Regresó a Northumberland para preparar la boda. ¿Por qué?

Adam apretó los puños contra sus costados.

—Porque me gustaría tener unas palabras con él.

—No puede hacerlo —replicó Beatrice, apartándose de la cama y acercándose a Adam lentamente.

Claro que podía. Adam ya estaba planeando cómo alcanzarle en su camino a Northumberland cuando la voz de Beatrice le devolvió a la realidad.

—Y no quiero que lo haga —dijo ella en voz baja, con una firmeza que lo desconcertó. Beatrice estaba ahora a apenas un paso de él, sin mirarle directamente, como si temiera cruzar su mirada con la de él—. Ambos sabemos que eso no cambiará nada para mí. Es más, podría empeorar las cosas.

Adam respiró hondo, tratando de calmar la furia que le quemaba por dentro. Sabía que ella tenía razón. Enfrentarse a Lansdowne no solo no serviría de nada, sino que empeoraría su situación una vez casada. Sin embargo, todo le indicaba que su vida iba a ser un infierno de cualquier manera.

Intentó controlar su respiración, pero las siguientes palabras de Beatrice lo sacaron de su equilibrio.

—Ha sido mi primer beso —murmuró ella con un hilo de voz.

Adam la miró, incrédulo, mientras veía cómo las lágrimas le caían por las mejillas.

Fue en ese instante cuando Adam comprendió que había estado actuando de la manera equivocada. Estaba furioso con un hombre a cientos de kilómetros de distancia, cuando debería haber estado consolando a la mujer que tenía delante.

Recordó la lista que ella le había mostrado, esa absurda y encantadora lista.

Número seis: «Experimentar un primer beso como es debido».

Él recordó cómo se había burlado de la ingenuidad de Beatrice al leer aquel punto por primera vez. Recordó lo ferviente que había sido ella al defenderlo, protegiéndose de alguien tan insensible como él. Beatrice era una soñadora. Una romántica.

Adam sintió un nudo en el pecho al comprender por qué ese punto era tan importante para ella. Beatrice quería que su primer beso fuera con alguien joven, atractivo, alguien que despertara en ella la chispa de la juventud. No con un anciano degenerado y lascivo. Pero Lansdowne ya le había arrebatado ese sueño antes siquiera de casarse, sometiéndola a sus sucias y repulsivas manos…

Adam sintió de nuevo la rabia bulliciosa y cerró los puños, respirando hondo.

Recordó su propio primer beso, con una chica del pueblo que le gustaba. Recordaba cómo había sentido mariposas en el estómago y lo feliz que se fue a la cama aquella noche. En contraste, Beatrice siempre recordaría su primer beso como algo horrible. Y, después de la boda, el horror solo empeoraría.

Adam se obligó a apartar esos pensamientos. No quería pensar en ello, ni tampoco quería que Beatrice lo hiciera. Dio un paso hacia ella y, sin decir palabra, la atrajo hacia su pecho en un abrazo.

Beatrice no se resistió. Apoyó la cabeza en el pecho de Adam y se aferró a él, temblando, mientras los sollozos le sacudían el cuerpo.

Adam le acarició la espalda, apoyando su barbilla en la parte superior de su cabeza, tratando de consolar a esa ingenua soñadora que solo deseaba experimentar el lado bello de la vida antes de que todo se volviera… insoportable.

Levantó el rostro de Beatrice con delicadeza, enmarcó sus mejillas entre sus manos y le

limpió las lágrimas con los pulgares.

—Déjeme ayudarle a borrar ese recuerdo —murmuró él.

—¿Cómo podría hacerlo? —susurró ella, casi sin voz.

—Sustituyéndolo por uno mejor.

Beatrice negó con la cabeza, no rechazando sus palabras, sino como si no entendiera lo que él decía.

Adam deslizó un mechón de su cabello detrás de la oreja y susurró:

—Como esto.

Se inclinó y presionó sus labios contra los de ella.

No fue un beso apasionado. Apenas un leve roce. Pero después de lo que aquel monstruo había hecho, y Adam no quería saber exactamente qué, ya había visto y oído suficiente, todo lo que deseaba ofrecerle era gentileza. Quería que fuera Beatrice quien decidiera si deseaba más. Y ella lo hizo.

Los labios de Beatrice se entreabrieron, y Adam los besó con suavidad, tomando sus labios uno tras otro. Deslizó su lengua, probando las lágrimas saladas de Beatrice. En lugar de apartarse, ella suspiró dulcemente y entrelazó los brazos alrededor de su cuello.

Sintió cómo el cuerpo de Beatrice se rendía al abrazo, con sus pechos presionando contra su pecho, sin corsé ni ballenas de por medio, solo una fina tela entre ambos. Adam deslizó un brazo alrededor de su cintura, atrayéndola más cerca aún, mientras la otra mano acariciaba su nuca, enredándose en los mechones sueltos de su cabello.

Se apartó un poco y ella dejó escapar un suspiro de descontento, abrazándose a él con más fuerza. Adam soltó una risa suave y pasó el pulgar por los labios hinchados y húmedos de Beatrice.

—¿Cómo se siente? —preguntó Adam.

Ella asintió sin decir palabra, respirando agitadamente, mientras el vapor empañaba sus gafas y le ocultaba esos preciosos ojos.

Adam deseaba ver sus ojos. Esos ojos castaños que solían brillar con picardía; ahora quería verlos oscurecerse con pasión.

Llevó la mano a las gafas de Beatrice y se las quitó con suavidad. Las dobló y las guardó en el bolsillo delantero de su chaqueta.

—¿Mejor? —preguntó él, acariciando la leve marca que las gafas habían dejado en el puente de su nariz.

—Sí —susurró ella, humedeciéndose los labios. Dios. Todo el cuerpo de Adam se tensó, y sintió cómo su erección le apretaba en las estrechas telas de sus pantalones. Sus manos se crisparon, agarrando la tela de la bata de Beatrice. Ella se puso de puntillas y rozó su nariz con la de él antes de mirarle con una expresión vulnerable.

—Beatrice… —gimió Adam. Aquello debía haber sido solo un beso. Un consuelo. Una distracción. Algo para aliviarle el dolor. Pero Beatrice volvió a acercar sus labios a los de él, y Adam no pudo resistirse.

La besó de nuevo. Con más audacia. Probando sus labios, trazando el contorno de su boca con la lengua. Las manos de Beatrice se enredaron en el cabello de Adam, acercándolo más, sus dedos arañando suavemente su piel, y esa sensación era pura felicidad. Que Beatrice le tocara por deseo, por necesidad, era una dulce tortura.

—Adam —murmuró ella en un suspiro, y Adam se detuvo un instante, sus respiraciones entremezclándose.

—¿Quiere que pare? —preguntó él.

Beatrice negó con la cabeza, y eso fue todo el ánimo que Adam necesitaba para continuar con su delicado asedio. Ella abrió sus labios, y él deslizó su lengua dentro, explorándola, devorándola. Beatrice gimió, sus caderas se presionaron contra las de él, su suave vientre frotándose contra la dureza que él ya no podía disimular.

Adam sabía que tenía que parar.

Aquel beso inocente se había convertido en una llama arrolladora, dispuesta a arrasar con todo a su paso. Pero no parecía capaz de detenerse. Y tampoco quería.

Deslizó la mano desde la cintura de Beatrice hasta la curva inferior de su pecho, subiendo más…

Beatrice dio un respingo y se apartó con un ligero chillido.

Adam alzó las manos de inmediato.

—Perdón. Me he excedido.

Beatrice se cubrió los labios con el dorso de la mano, mirándolo con una mezcla de desconcierto y timidez.

—No, por favor, no se disculpe. No por esto.

Adam dio un paso hacia ella bajo su mirada cautelosa. Lentamente, con un gesto de duda, le tomó la mano. Al ver que Beatrice no se apartaba, él le besó los nudillos con delicadeza. Después le subió la manga y besó la parte interior de su muñeca, justo donde se dibujaba el moratón oscuro.

Beatrice dejó escapar un suave jadeo, sus ojos oscureciéndose al contacto. A Adam le costó toda su voluntad no volver a estrecharla entre sus brazos. En lugar de eso, sacó las gafas de su bolsillo y se las colocó de nuevo sobre el puente de la nariz.

—Buenas noches —dijo él, con voz ronca.

Beatrice asintió, sin pronunciar palabra. Quizá era lo mejor. Adam dudó un instante y, tras hacer una ligera reverencia, se dio la vuelta y se marchó.

Beatrice se quedó inmóvil, plantada en el mismo sitio donde Adam la había dejado, observando la puerta cerrada. Miró sus propias manos y se dio cuenta de que temblaban. Pero esta vez no era de miedo o asco, como le había sucedido con el beso de Lansdowne. Esta vez temblaba de pura emoción.

Adam la había besado. ¡Dios mío, Adam la había besado! Y había sido el beso más increíble que ella jamás hubiera imaginado. Se llevó los dedos a los labios, que aún palpitaban con el recuerdo de él. La firmeza de sus labios, el sabor de su boca, el modo en que su lengua se deslizó con habilidad y dulzura entre sus labios… ¡Oh, Dios! Aquel beso y todo lo que le había despertado la hicieron estremecerse.

Sentía su cuerpo vibrar de la cabeza a los pies; las puntas de sus pechos rozaban incómodas y dolorosamente contra la tela fina de su camisón. Además, había una extraña sensación de latido, de calor entre las piernas. Su mundo se había puesto patas arriba con aquel beso, y ahora no entendía las reacciones de su propio cuerpo. Estaba húmeda, agitada, sin aliento.

Cuando por fin consiguió salir de su ensoñación, corrió hacia la ventana y vio cómo Adam se alejaba bajo la lluvia. Soltó un largo suspiro, intentando calmar sus nervios alterados.

¿Era siempre así? No, claro que no. Beatrice tenía pruebas recientes. Dos hombres la habían besado en dos días, y las emociones que le causaron no podían ser más opuestas.

Pero… ¿era siempre así con Adam? ¿Besaba a todas las mujeres con tanta dulzura y ternura? ¿Sentían todas esa exaltación, esa entrega absoluta cuando él las abrazaba y las besaba?

Un gemido escapó de sus labios, y apoyó la cabeza en el frío cristal de la ventana. Deseaba ser la única en el mundo que probara sus besos. La única en despertar ese deseo.

Beatrice se irguió de repente y se colocó las gafas, que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz en su apresurado movimiento. Adam la había besado. Por iniciativa propia, sin que ella lo hubiera forzado. Y no solo eso: había seguido besándola.

Adam también lo había disfrutado, tanto como ella, si esos murmullos de placer que escapaban de su garganta eran alguna pista, si sus labios insistentes y sus manos exploradoras reflejaban algo de sus pensamientos.

Adam la había besado. Y más aún: él había querido seguir haciéndolo. Si ella no se hubiera apartado, quizás él habría hecho algo más.

Ojalá ella no hubiera reaccionado así. Pero el desagradable recuerdo de las manos de Lansdowne apretándole los pechos le había venido de repente a la mente, y su cuerpo había retrocedido instintivamente. Sabía que no habría sido igual con Adam. Y quizás… quizás habría llevado a algo más.

Todavía podría.

Si él había querido besarla una vez, podría persuadirlo para que la besara de nuevo.

Beatrice respiró hondo y fue hacia su diario. Pasó las páginas y se detuvo en una que había arrancado y guardado cuidadosamente. Acarició con el dedo los bordes desgarrados y recorrió con suavidad el último punto de su lista, ese que no se había atrevido a mostrarle a él:

«Enamorarse».

Le quedaban dos semanas para completar todos los puntos de la lista. Y aunque dudaba de que pudiera enamorarse en tan corto espacio de tiempo, sabía que aún podía encontrar otra manera de evitar casarse con Lansdowne.

Tomó la pluma, la mojó en el tintero y, después de un momento de duda, escribió, añadiendo con pulso firme un nuevo objetivo al final de la lista:

«Seducir a Adam para que se case conmigo».

# Capítulo 12

Cuando el coche de Adam se detuvo frente a la casa de Beatrice al día siguiente, ella era un manojo de nervios. Había pasado toda la noche ideando cómo podría seducirlo, pero sus pensamientos siempre acababan en recuerdos de sus besos, imaginando lo que sentiría volver a estar entre sus brazos. Obviamente, no había dormido bien ni tenía un plan claro.

Sin embargo, estaba segura de una cosa: si lograba pasar más tiempo en su compañía, quizá… Quizá ni siquiera tendría que hacer nada. Tal vez él acabaría enamorándose de su carácter alegre, de su amor por la lectura, de su curiosidad por la vida… de todo lo que en ella parecía disgustarle.

Apretó los puños, y bajó las escaleras rápidamente, sin detenerse. Cuanto más lo pensaba, más nerviosa se sentía. Y cuanto más nerviosa, más probable era que hiciera alguna tontería.

Tan absorta iba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que ya estaba ante la puerta. Se acomodó el vestido, respiró hondo y esbozó una sonrisa para recibir a su visitante. Pero esta se congeló en su rostro al ver a quien tenía delante.

No era Adam, sino su hermana, la marquesa de Vane. Unos escalones más abajo, junto a ella, estaba su hija Millie con un perro enorme que Beatrice recordaba haber visto en la casa de la marquesa.

—Milady… —musitó Beatrice tras unos segundos de sorpresa—. No esperaba… Ah… Disculpe. —Se apresuró a hacer una reverencia, algo torpe por la sorpresa.

—Buenos días, Beatrice. Ya te dije que me llamaras Isabel. —Lady Vane sonrió y miró a su hija, quien inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Por favor, pasen dentro —dijo Beatrice, recuperando la compostura. Miró en todas direcciones, incluso dio un paso fuera de la casa mientras sus invitadas entraban, intentando ver si Adam podría estar en algún lugar cercano o dentro del coche, pero no había rastro de él. Fastidiada, aunque disimulando su decepción, cerró la puerta y se volvió hacia sus invitadas—. Permítanme mostrarles el salón.

—Lamento venir sin previo aviso —comentó lady Vane mientras la seguían hasta una sala pequeña pero acogedora.

—No hace falta disculparse —respondió Beatrice, justo cuando el enorme perro pasó a su lado como un vendaval, casi derribándola.

Isabel la sostuvo con una sonrisa, mientras Beatrice, algo nerviosa, se acomodaba las gafas que le habían quedado torcidas. Se las ajustó en el puente de la nariz mientras el perro se plantaba frente a la ventana, ladrando a los carruajes que pasaban.

—¡Button, siéntate! —ordenó Millie con firmeza, y el animal obedeció al instante, moviendo la cola de forma entusiasta.

Beatrice aplaudió, impresionada.

—¡Bravo! No habría imaginado que un perro tan grande obedecería a una niña.

Millie levantó la barbilla, orgullosa.

—Sabe hacer trucos también —añadió, aunque luego hizo una mueca—. A veces.

Beatrice sonrió y se volvió hacia lady Vane.

—¿Les apetece un poco de té? —preguntó, y ya se acercaba al tirador de la campanilla cuando la marquesa la detuvo.

—En realidad, esperábamos que nos acompañaras.

Beatrice levantó la mirada, confundida.

—¿Acompañarlas?

Por supuesto, le encantaría acompañar a la marquesa y a su hija a donde fuera que pensaran ir. Le intimidaba un poco el perro, pero parecía manso, y si Millie podía controlarlo, ella no tenía nada que temer. Sin embargo, un pensamiento la retenía: ¿y si Adam venía a visitarla mientras ella no estaba? No quería perdérselo. ¿Y si llegaba mientras su hermana estaba en su salón? ¿Qué pensaría lady Vane al ver a su hermano visitando a una joven soltera, aunque estuviera comprometida?

—Sí, íbamos a dar un paseo y pensé que tal vez te apetecería acompañarnos. Dijiste anoche que no tienes muchas amistades aquí. Nuestras familias siempre han sido cercanas, y me encantaría retomar esa amistad, si te parece.

¡Qué amable!

—¡Y tomar helados! —exclamó Millie, entusiasmada.

Beatrice miró a la niña, contagiada de su alegría, aunque recordando que los helados eran una de las cosas que había planeado probar junto a Adam. Era solo uno de los puntos de su lista, pero cuanto más tiempo pasara con él, más oportunidad tendría de conquistarlo… o al menos de acercarse a él.

—Sí, justo —añadió lady Vane con una sonrisa—. Adam mencionó que nunca habías probado helados.

—¿Adam…? ¿El señor Lewis habló de esto? —preguntó Beatrice, atónita.

Lady Vane asintió.

—Sí, pasó por casa esta mañana, y cuando le dije que íbamos a tomar helados, comentó que siempre habías querido probarlos y sugirió que te buscáramos.

A Beatrice se le cayó el alma a los pies, y su rostro debió delatarla porque lady Vane se apresuró a añadir:

—No quiero decir que hayamos venido solo porque él lo sugirió. Lo que dije antes es cierto: me gustaría recuperar nuestra amistad.

Beatrice forzó una sonrisa y asintió. Se sentía desolada, aunque no por las razones que la marquesa podría imaginar. Ella había pensado—o, mejor dicho, había esperado—que Adam sería quien la llevaría a cumplir cada uno de los puntos de su lista. Pero el muy cobarde había pedido a su hermana que lo hiciera en su lugar, tratándola como si fuera una simple tarea.

—Estaré encantada de acompañarlas —respondió con la mayor ilusión que pudo fingir, mientras por dentro deseaba llorar.

Le hacía ilusión pasar tiempo con lady Vane y su hija; le encantaría tener amigas en Londres. Pero el hecho de que Adam hubiera orquestado esta salida solo para no tener que ocuparse de ella personalmente le dolía profundamente.

—Voy a cambiarme para salir. ¿Seguro que no desean tomar un té mientras esperan? —preguntó Beatrice con una sonrisa.

—No, gracias. Acabamos de tomar el té con Adam antes de venir.

«Adam, Adam, Adam…».

No solo la había tratado como una tarea a delegar, sino que ahora iba a pasar toda la tarde en compañía de su hermana escuchando hablar de él. Este día no podía ir peor.

«¡Zas!».

La cabeza de Adam se giró bruscamente bajo el potente golpe en la mandíbula. Sangre y saliva brotaron de su boca y salpicaron el suelo. Dio dos pasos atrás, tambaleándose hasta encontrar estabilidad, aunque aún veía destellos en lugar de la clara y soleada sala de su hermano, que lo miraba con una sonrisa satisfecha.

—¡Ahí te tengo! —gritó Gage, lanzando otro golpe.

Esta vez, Adam lo bloqueó y contraatacó. Los hermanos rompieron el contacto y permanecieron en guardia, respirando con dificultad mientras tomaban una breve pausa.

—Te estás ablandando, hermano —comentó Adam con una sonrisa burlona—. Tus golpes apenas se sienten.

Parpadeó un par de veces porque, aunque los golpes de Gage sí dolían, el sudor que le caía en los ojos era lo que más le molestaba en ese momento.

Gage soltó una carcajada ronca y lanzó otros dos puñetazos.

—Solo estoy siendo considerado —respondió cuando se separaron de nuevo—. No quiero que vayas por ahí con la cara llena de moratones.

Adam resopló.

—¿Desde cuándo te ha importado mi aspecto?

—No me importa en absoluto —Gage se encogió de hombros—. Pero si sir Franklin Richardson te ve así, puede que piense que eres un mal luchador y retire su oferta.

Adam se rio entre dientes.

—Y yo que pensaba que no querías que me marchara...

Adam había pasado toda la semana conversando con sir Richardson sobre su próxima expedición, un ambicioso proyecto para cartografiar el Paso del Noroeste. Algunos exploradores famosos se unirían a la expedición, pero sir Richardson necesitaba más hombres y contaba con recursos limitados de la Marina Real para contratarlos.

Por ello, buscaba a personas con espíritu aventurero que aceptaran una compensación nominal. Pero esos hombres debían estar en buena forma y ser útiles para la misión. Hablar varios idiomas y tener experiencia diplomática eran cualidades imprescindibles, ya que tendrían que buscar ayuda de los nativos al llegar a Canadá y asegurarse de no crear enemistades en el camino.

Con todo eso en mente, Adam era el candidato perfecto. No necesitaba dinero, y la idea de explorar lo desconocido encendía su espíritu aventurero. Había trabajado con el Secretario de Guerra en negociaciones y estrategias de paz, hablaba cinco idiomas y podía leer en siete. Estaba listo para embarcarse desde ayer, si hacía falta.

Y todo aquello sonaba excelente, excepto por una cosa…

Gage lanzó un par de golpes más, que Adam esquivó con facilidad.

—¿Ves? Te estás ablandando —bromeó Adam.

—Ni siquiera has conseguido darme un golpe y ya estás hablando —acusó Gage, lanzando otro par de puñetazos. Adam contraatacó, dejándose abrir lo justo para recibir un golpe en la cara.

Gage no se equivocaba. Adam lo estaba provocando y dejando pasar algunos golpes a propósito, porque algo le había estado molestando todo el día.

Solo quería quitarse de la cabeza a una testaruda ratona de biblioteca y, de paso, borrar el sabor de sus labios de su mente.

Gage le dio un puñetazo en la boca, y Adam saboreó un poco de sangre. ¡Al menos eso funcionaba!

Desde el beso de la noche anterior, Adam no podía dejar de pensar en Beatrice, un sentimiento peligroso del que no conseguía deshacerse. No quería complicarse la vida con sentimientos por una mujer, cuando justo ahora estaba en posición de evitar cualquier cortejo.

Por fin había encontrado un propósito digno de perseguir.

Este era el trabajo con el que no sabía que soñaba. Y, en el momento en que se lo ofrecieron, lo primero que quiso fue compartir la noticia con Beatrice. Pero, al instante siguiente, algo se retorció en su estómago ante la idea de dejarla.

Era libre de hacer lo que quisiera por primera vez en mucho tiempo. Quería viajar, encontrar su pasión y dejar su huella en el mundo. Una oportunidad increíble acababa de caer a sus pies, y esa joven, tan exasperante como inocente, parecía simplemente interponerse en su camino.

Solo que ahora ella era lo único que deseaba y lo único en lo que podía pensar.

—Y tienes razón —dijo Gage cuando Adam se sacudió el último golpe—. No quiero que te vayas. Pero tampoco puedo retenerte. Si quieres explorar el mundo, ampliar tus horizontes... no puedo impedírtelo.

Adam se detuvo y bajó los brazos.

—¿Hablas en serio?

Gage adoptó de nuevo una postura de lucha.

—Levanta los brazos, muchacho.

Adam obedeció y reanudaron el combate con un ritmo más ligero.

—¿De verdad me estás dando tu bendición para marcharme? —preguntó mientras giraban en círculos, midiéndose el uno al otro.

Gage encogió los hombros.

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Porque la última vez que hablamos de esto, me dijiste muy claramente que debía estar a tu disposición. Que me buscara una esposa, me asentara… y me callara.

Gage soltó una risa breve.

—Eso sigue siendo lo que quiero para ti. Y también que nuestra familia permanezca unida aquí, en Inglaterra. Pero tienes que hacer lo que sientas que es necesario. Yo ya he encontrado mi propósito en Londres. Espero que tú encuentres el tuyo.

Gage dio un toque ligero en el brazo de Adam y luego lanzó un golpe hacia su abdomen, pero Adam lo bloqueó sin esfuerzo.

—Hermano, te estás ablandando —dijo Adam con una sonrisa, y atacó a su hermano con un par de golpes potentes justo debajo del codo—. El matrimonio te está convirtiendo en alguien cálido y blando. Como no tengas cuidado, Jo acabará transformándote en un hombre decente.

—No te preocupes —replicó Gage, respondiendo con un contraataque—. Jo tiene trabajo para rato. Y ríete todo lo que quieras, pero llegará el día en que te tocará a ti también.

Adam resopló.

—Espero que ese día tarde en llegar —bromeó, lanzando un par de golpes ligeros para tantear un punto débil. Gage los esquivó con facilidad.

—¿Cuándo partes? —preguntó Gage mientras seguía rodeando a Adam.

Adam tragó saliva.

—Dejo Londres en quince días…

El barco zarparía desde Gravesend en tres semanas, y Adam tendría la oportunidad de poner a prueba su resistencia en el mar durante unos días, pues harían paradas en Norfolk y las islas Orcadas. Si fracasaba en la prueba, podría volver a Londres; de lo contrario, partirían rumbo al océano.

Gage se detuvo y bajó los brazos.

—Dos semanas, ¿eh? ¿Se lo has dicho a nuestras hermanas? ¿A Alan?

Adam se encogió de hombros.

—No. Fui a ver a Isabel esta mañana, pero no pude decírselo. Estaba ocupada correteando con Millie y Button. No era el momento. Se lo diré esta noche en la cena familiar.

—Buena suerte —dijo Gage con una sonrisa burlona, chocando su guante con el de Adam—. Vamos. Un asalto más.

Adam adoptó nuevamente una postura de combate, preparándose para otro asalto.

—Supongo que dos semanas son justo el tiempo necesario para recoger tus cosas y despedirte. También es una suerte que toda la familia esté aquí.

—Cierto —admitió Adam.

—Y el tiempo justo para despedirte de la señorita Fowley —añadió Gage con un tono extraño en su voz. O tal vez, Adam solo lo imaginó, y era su propio corazón reaccionando ante esas palabras.

Maldita sea. Justo cuando había logrado sacar a esa mujer de su mente un segundo, se colaba de nuevo en la conversación.

—¿Qué tal está? Espero que no te esté causando problemas.

Adam aclaró la garganta e intentó concentrarse en golpear a su hermano en el estómago en lugar de pensar en el recuerdo de sus labios dulces y suaves, de su inocente y vacilante contacto, y de la pasión en sus ojos.

«¡Paf!».

Un buen golpe le dio de lleno en la boca, y el dolor le hizo tambalearse hacia las cuerdas del ring. Adam agradeció la distracción. Y el dolor.

—Ay.

—Concéntrate —Gage apretó los puños—. Estás muy distraído.

Adam se limpió la sangre del labio.

—Bueno, tal vez deberíamos dejar de hablar.

—Bien —concedió Gage, rápidamente.

«¡Gracias a Dios!».

—Siempre y cuando me cuentes cómo te va con la señorita Fowley.

Adam reprimió un gruñido.

—Está bien. Le pedí a Isabel que la llevara hoy a Gunter’s a tomar helado.

—Bien —respondió Gage, satisfecho—. Es una chica sencilla que nunca ha estado en Londres. Estoy seguro de que puedes mantenerla entretenida sin problema.

Adam hizo una mueca.

—Es mucho más complicada que eso. Lee. Lo cual significa que tiene ideas.

—¿Qué tipo de ideas?

Adam se encogió de hombros, mientras una leve sonrisa asomaba en sus labios.

—Tiene una lista.

Gage soltó una carcajada ronca.

—Eso debe ser interesante. ¿Qué tiene en su lista?

Adam se sintió inmediatamente protector de su pequeña ratona de biblioteca. No quería que su hermano, con su actitud cínica, se riera de ella.

—Nada de lo que debas preocuparte. Como te dije, me las arreglo perfectamente.

—Tengo plena confianza en tus habilidades, hermano —replicó Gage, hundiendo su gancho derecho en la mandíbula de Adam.

# Capítulo 13

«Esté lista a las tres de la madrugada.
A.».

Beatrice releyó la nota por enésima vez y volvió a mirar el reloj. Las agujas ya marcaban las tres y unos minutos más, pero Adam seguía sin aparecer.

Ella se había puesto un vestido de día, ya que no tenía ni idea de para qué debía estar lista. ¿Acaso no podía él haber añadido unas palabras más? Fuera lo que fuera, Beatrice estaba emocionada ante la perspectiva de una salida nocturna. Para su sorpresa, Adam parecía haber renunciado a su apuesta y, con ello, a su plan de sabotear su estancia en Londres para, en su lugar, ayudarla con su lista. Pero no iba a cuestionar su suerte.

Tan solo tener de vuelta la lista y poder empezar a tachar cosas le daba alegría. ¡Esa era su parte favorita!

El reloj siguió avanzando. Tres y dos. Beatrice arrugó la nota y la lanzó al fuego. Solo unas horas antes, había pensado que Adam la había abandonado por completo. Y, aunque se había sentido un poco desilusionada, había disfrutado de su salida con Isabel —como la marquesa insistía en que la llamara— y su hija. Incluso se había acostumbrado a Button, el perro, quien le había robado el helado sin que Beatrice se molestara por ello.

Pero había razones de sobra para querer que Adam siguiera acompañándola en el resto de los puntos de su lista. La más importante era que él había perdido la apuesta y, por tanto, debía cumplir con su parte del trato.

El sonido de cascos de caballo resonó en la calle, haciendo que el corazón de Beatrice latiera desbocado.

«Maldito su tonto corazón...».

Se sentó en la cama y respiró hondo para calmarse. Quería que Adam la viera serena, tranquila y con una dignidad que él aún no había llegado a conocer. Así que se concentró en respirar pausadamente mientras observaba el avance de las agujas en el reloj.

Tres y cinco. Seis… Siete… Ocho.

Desde el pasillo, los pasos ligeros de unas botas anunciaron la llegada de Adam. La puerta se abrió, y él entró, cerrándola con llave detrás de sí.

Adam se giró hacia ella, y Beatrice exclamó horrorizada:

—¡Dios mío! —Saltó de la cama y corrió hacia él, tocándole la mandíbula y la mejilla amoratadas con delicadeza—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

—¿Es tan grave? —bromeó él, esbozando una mueca con sus labios partidos.

No era la misma herida que había recibido durante la pelea en la taberna hacía una semana. Esa ya había sanado; esta nueva parecía reciente y bastante peor.

—¡Tiene cortes y moratones por toda la cara! —Beatrice le acarició con suavidad el labio

inferior, evitando el corte, pero rozando el hematoma, mientras fruncía el ceño. Adam contuvo el aliento y permaneció quieto, dejándola inspeccionarlo a su antojo.

—Voy a buscar un ungüento —dijo ella de repente, girándose con tanta rapidez que Adam casi pierde el equilibrio al intentar seguirla. Beatrice puso una mano en su pecho, y él sintió el fuerte latido de su propio corazón contra su palma.

Adam cubrió la mano de ella con la suya brevemente, aunque enseguida la soltó.

—No hace falta. Sanará solo —murmuró Adam.

Beatrice desechó esa idea de inmediato.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó mientras se dirigía al tocador y rebuscaba entre los frascos pequeños—. ¿Se ha metido en otra pelea?

Adam soltó una risa seca.

—Sí, con mi hermano.

Beatrice levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Y eso?

—Por haberla dejado en el altar… por decirlo así —respondió él, con una sonrisa irónica.

Ella puso los ojos en blanco y continuó buscando entre los frascos.

—Sea serio.

—Lo soy. Bueno, no del todo —reconoció él—, pero como no pude seguir a Lansdowne y destrozarle la cara, me conformé con lo siguiente mejor.

—¿Su hermano es lo siguiente mejor? —preguntó Beatrice, alzando el frasco de ungüento curativo. Le tomó el brazo y lo guio hasta la cama. Adam se sentó sin protestar y le permitió aplicar el ungüento en los cortes.

—Tiene buen aroma —dijo él, sorprendido—. Y es agradable al tacto. Quizás funcione después de todo.

—¿Pensaba que iba a darle cualquier cosa?

Adam se encogió de hombros, fijando la mirada intensamente en su rostro. Beatrice soltó una risa nerviosa, a pesar de no tener ganas de reír. Su cara estaba tan cerca de la de él que, si se inclinaba un par de centímetros, sus narices se rozarían… sus labios se juntarían.

—Listo. Ya está —dijo, con voz apenas audible.

—¿Está segura? —preguntó Adam, con voz más grave que de costumbre.

Beatrice carraspeó.

—Debería sanar mucho más rápido ahora. —Se apartó, dejando el frasco en el tocador, y Adam soltó un suspiro fuerte.

—¿Va a contarme de qué iba su pelea? —preguntó Beatrice, girándose para mirarlo mientras apoyaba una cadera en el tocador.

Adam se encogió de hombros.

—Estábamos entrenando. Aclara la mente.

—¿Y por qué querría aclarar la mente? Yo prefiero la cabeza llena de pensamientos e ideas.

Adam sonrió.

—Lo sé.

No fue una sonrisa condescendiente; era cálida y genuina, y, sin embargo, Beatrice sintió la necesidad de justificarse.

—Sé que no le gusta eso de mí, pero…

—No me disgusta —dijo él, con tono firme y frunciendo el ceño sobre su rostro herido y, aun así, atractivo.

—¿No? —Beatrice bajó la vista hacia sus manos inquietas—. Porque parecía bastante convencido de que mis ideas eran inmaduras y molestas.

—Nunca dije eso —insistió él.

—Tal vez no exactamente con esas palabras, pero el mensaje estaba claro.

Adam frunció el ceño.

—Lamento si mis palabras le hicieron sentirse así. Debería haberlas escogido mejor. Quizás fui insensible e innecesariamente duro. Pero solo porque sus acciones eran imprudentes y precipitadas. La verdad es que… —Suspiró profundamente, flexionando los dedos contra la colcha de ella—. Nunca pensé que fuera ni inmadura ni molesta. Inocente, tal vez. ¿Ingenua? Sin duda.

—Gracias —respondió Beatrice, con ironía.

—Pero esas no son malas cualidades. —Negó con la cabeza y soltó una risita—. Créame, tiene toda la vida por delante para volverse experimentada y cínica, y espero que no lo haga.

—¿De veras? —Había en su voz tal ternura y afecto que Beatrice deseó prolongar la conversación para seguir escuchándolo.

—De veras —asintió Adam, añadiendo con un toque de nostalgia—. Y esas palabras que le dije surgieron sobre todo por celos.

—¿Celos? —preguntó Beatrice, completamente desconcertada.

—Sí, celos. Usted se atreve a soñar. Por muy pequeños o triviales que algunos de esos puntos de la lista me parecieran, eran importantes para usted. Y fue lo bastante valiente para perseguirlos. Yo… no tenía sueños.

Beatrice sintió un leve escalofrío recorrerle los brazos, a pesar del calor de la habitación, mientras su corazón latía con fuerza. Le gustaba que él reconociera finalmente sus verdaderos sentimientos sobre su lista. Admiraba la valentía de Adam al admitir sentimientos tan simples y humanos como los celos, especialmente hacia una ratona de biblioteca que soñaba con cosas que para él eran comunes. Y aun así…

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Beatrice.

Adam tragó saliva, su nuez de Adán se movió de forma tentadora, y luego sonrió.

—Que al fin he encontrado mi sueño también.

El corazón de Beatrice comenzó a latir tan fuerte que temió que fuera a saltársele del pecho. Él había encontrado su sueño. Justo después de besarla. «¿Podría ser posible?», se preguntó.

—¿Y cuál es su sueño?

—Puede que me tome por un insensato —dijo Adam con una sonrisa—, pero… es un trabajo.

La amplia sonrisa que había comenzado a dibujarse en el rostro de Beatrice se congeló. «¿Un trabajo?».

Adam continuó, sin advertir su desconcierto:

—Como le dije, llevaba mucho tiempo perdido, sin saber lo que quería. Pensé que deseaba viajar, pero deambular sin un propósito claro… sencillamente no era lo adecuado. Y entonces, se presentó esta oportunidad. El señor Richardson, un oficial naval y explorador, estaba buscando ampliar su equipo para la expedición que planea al norte. Necesita a alguien con experiencia diplomática. Tiene otros oficiales navales en el equipo, pero quería a alguien capaz de calmar posibles hostilidades y hacer amistad con los lugareños. A cambio, tendré la oportunidad de ayudarle a cumplir su sueño y, al mismo tiempo, realizar el mío. Por fin tendré mi propia misión, una ocasión de conocer el mundo y, tal vez, hacer una diferencia en el ámbito científico. ¿Quién

no querría eso?

«Yo no querría eso». No, rectificó Beatrice. En realidad, sonaba maravilloso.

—Es el propósito que he estado buscando toda mi vida —añadió Adam.

Beatrice se quedó sin palabras, incapaz de procesar lo que oía. Adam se marchaba de Londres. Justo cuando ella había empezado a pensar que él podría ser la respuesta a sus plegarias, la solución a todos sus problemas, él la iba a abandonar.

—¿Cuándo se va? —logró preguntar al fin.

Adam tragó saliva y, cuando habló, su voz sonó áspera.

—Dentro de dos semanas.

Dos semanas. Justo cuando expiraría su acuerdo con su hermano y cuando ella debería ir a Northumberland para unirse a su prometido en su finca y publicar los anuncios del domingo. Un mes antes de su boda.

Beatrice se quedó de pie, paralizada, con los labios entreabiertos y sin encontrar palabras. ¿Qué debía decir? «¿Felicidades?».

Él iba a cumplir su sueño de escapar de Inglaterra, y ella tendría que resignarse a ver morir su propia esperanza de escapar de su futuro esposo. Y ese noveno punto de su lista… jamás podría tacharlo.

¿O sí?

¿Sería capaz? ¿Podría ella seguir adelante con su plan y atrapar a Adam en un compromiso?

¿Era su propio sueño más importante que el de él?

Seguro que Adam encontraría otro trabajo, otro sueño, después de este.

Y si ella seguía adelante con su plan de pasar una noche apasionada con él y aun así la abandonaba, al menos podría atesorar sus recuerdos de él para siempre.

—¿Me ha escuchado? —preguntó Adam, mirándola con preocupación.

—Sí, sí —contestó Beatrice, aclarando su garganta, que de pronto parecía seca—. Enhorabuena. Estoy tan… tan contenta por usted.

—Gracias. Ha sido algo inesperado, y jamás habría imaginado que me sucedería tan pronto. Pero creo que, gracias a usted, estaba más preparado para aceptar esto.

Beatrice tragó saliva y apretó los labios, sorprendida de que Adam atribuyera este desafortunado giro de los acontecimientos… a ella.

—¿Gracias a mí? —preguntó.

—Sí. —Adam dio un paso hacia ella, lentamente—. Me ha inspirado a volver a soñar.

Beatrice sintió que iba a romper a llorar.

—Y por ese motivo… —Adam hizo una pausa, se metió la mano en el bolsillo y sacó algo que tendió hacia Beatrice.

Esta dio un paso cauteloso hacia adelante.

—¿Qué es?

Adam le hizo un gesto para que tomara el papel.

—Su lista. Cójala.

Beatrice extendió la mano con cuidado y tomó el papel entre los dedos.

—¿Me devuelve la lista porque…?

—Oh, no se preocupe —dijo Adam—. No voy a retractarme de nuestro acuerdo.

Beatrice dejó escapar un suspiro audible, relajando el cuerpo. Adam continuó:

—Solo pensé que le gustaría tenerla, ya que no necesito elegir qué puntos realizar. Vamos a completar todos.

—Oh.

Beatrice se quitó las gafas y se frotó los ojos; el agotamiento emocional del sube y baja de emociones le pasaba factura. Al ponerse de nuevo las gafas, miró el reloj. Las tres y cuarto. Luego, observó el rostro expectante de Adam.

—Me alegra mucho, gracias —dijo Beatrice, aunque ni siquiera ella misma creyó el tono desganado de sus palabras.

—Tenía pensado decírselo anoche, después del teatro, pero… las cosas se complicaron.

Ah, «el beso». El corazón de Beatrice latió dolorosamente al recordarlo.

—Sin embargo, le prometo que terminaremos toda la lista antes de que me vaya.

Beatrice se frotó la frente, sintiendo el inicio de un dolor de cabeza.

—Y cuando dice «nosotros», ¿se refiere a usted y a mí, o a usted y su familia?

Adam frunció el ceño.

—¿Disculpe?

—Me refiero a si va a delegar algún otro punto de la lista en su familia, como hizo con los helados.

Su tono era agrio de nuevo. Intentó sonreír para suavizar la intensidad de sus palabras.

Adam soltó un sonido entrecortado.

—Espero que no tenga objeción a que mi hermana…

—No, no, no. Me encanta estar con ella; y Millie es un encanto. Incluso he llegado a acostumbrarme al perro. Sin embargo, pensaba que esta apuesta era entre nosotros. No esperaba ser «transferida». Si el castigo por perder la apuesta era completar toda la lista, pensé que usted estaría allí para hacerlo conmigo. Y al decir esto, me doy cuenta de que nunca fue parte del acuerdo.

Beatrice frunció el ceño y apretó los labios.

Adam le dio un suave toque en la barbilla con los nudillos.

—De ahora en adelante, la acompañaré en cada punto. Tuve que pedirle ayuda a mi hermana hoy porque no creo que debamos dejarnos ver juntos de día… O dejarnos ver en absoluto, en realidad. Pero comprenderá mi prudencia, ¿verdad? En ocasiones, contar con el apoyo de mis hermanos es algo invaluable.

Beatrice aún parecía escéptica.

—¿Y me ayudará a cumplir todos los puntos de mi lista? ¿Incluida la subasta?

Él asintió.

—Incluida la subasta. Ya tengo la fecha y la hora gracias a un amigo. Aunque para eso necesitará un vestido un poco más… apropiado.

—¿Apropiado?

Adam se mordió el labio.

—Digamos que mi amigo, el que me indicó la localización de la subasta, lo describió como «revelador». Algo capaz de captar la atención de los reyes y reinas de los bajos fondos.

Beatrice parpadeó, sintiéndose desanimada.

—No tengo nada así.

Adam soltó una risa.

—No se preocupe. Yo me encargaré de eso. Ahora… —Señaló la hoja que Beatrice sostenía en la mano—. Vamos, ¿no quiere tachar los puntos que ya hemos cumplido?

Beatrice asintió, agradecida. Necesitaba ocuparse de algo concreto mientras ordenaba sus pensamientos, aún revueltos.

—Gracias. Me muero por hacerlo.

Beatrice cruzó la habitación hasta su escritorio, mojó la pluma en el tintero y comenzó a tachar algunos puntos de la lista:

«Tomar una bebida en una taberna. Presenciar una pelea. Ir a Gunter's y probar varios sabores de helado en un solo día. Ver una obra de teatro desde el palco».

Al llegar al siguiente punto, se quedó quieta, con la pluma suspendida en el aire. Adam se acercó sin que ella lo notara y leyó por encima de su hombro.

—«Experimentar un beso de verdad por primera vez». —Leyó él en voz alta—. Puede tacharlo. Me aseguré de eso, ¿no?

Beatrice suspiró y le sonrió, antes de tachar al fin ese punto de la lista. Extrañamente, hacerlo con él a su lado, recordándole que su primer beso de verdad había sido algo lleno de ternura, le hizo sentir una extraña paz. Dejó la pluma y se arregló las mangas del vestido, aunque los moretones ya no eran visibles.

—Eso hace cinco puntos —dijo, volviéndose hacia él.

Adam no se movió, y quedaron a escasos centímetros de distancia. Beatrice no tenía forma de retroceder, ya que el escritorio bloqueaba su retirada. Y, aunque pudiera, realmente no deseaba alejarse.

—Perfecto. Ya estamos a mitad de camino —dijo Adam, con la mirada fija en sus labios.

Beatrice se mordió el labio inferior, ligeramente nerviosa.

—No me ha dicho por qué necesitaba despejar la mente hoy… ni por qué dejó que le dieran semejante paliza.

—¿Paliza? —rio él, hallando divertida la elección de palabras.

—Bueno, lo supongo, a juzgar por su cara. Según recuerdo, usted era el mejor boxeador de su familia, ¿no? Solo por detrás de su hermano.

Adam asintió, con la mirada aún fija en sus labios.

—Lo soy. O al menos, lo era. Quizá necesitaba aclarar algunas ideas.

Beatrice tragó saliva, y su respiración se volvió más lenta y profunda.

—¿Le sirvió de algo?

Adam negó con la cabeza, sin apartar los ojos de su boca.

—No especialmente.

—¿Tiene que ver con lo de anoche? —preguntó Beatrice, buscando alguna señal en sus ojos.

Adam carraspeó y se acomodó el cuello de la camisa, un gesto nervioso que desentonaba con su compostura habitual.

—¿A qué parte de anoche se refiere exactamente?

Beatrice decidió ser directa, mantener la calma a pesar de la tensión que crecía entre ambos.

—A la parte en la que me besó. Quizá después se sintió culpable por su conducta poco caballerosa y decidió...

—Espere. Un momento. —Él retrocedió, frunciendo el ceño. Su mano fue al pecho, como si intentara calmar los latidos desbocados de su corazón.

Beatrice no había querido decirlo de esa forma, pero no iba a retractarse. Enderezó la postura y alzó el mentón, intentando aparentar tranquilidad a pesar de la agitación que sentía. Las manos se tensaron ligeramente a los lados, reflejando las emociones contradictorias que la embargaban.

—Verá, los caballeros no se cuelan en las habitaciones de las damas en plena noche para besarlas a oscuras.

—¡Usted no se comportó exactamente como una dama! —replicó Adam, señalándola con el

dedo, un leve rubor en sus mejillas.

—¡Estaba disgustada! —exclamó ella, levantando las manos en un gesto de exasperación.

—¡Y yo la consolé!

—¡Sí, lo hizo! —replicó Beatrice, sin querer alzar la voz.

—Y la ayudé a cumplir un punto de su lista. Hice todo lo que haría un caballero. —Adam cruzó los brazos sobre el pecho, en una postura desafiante.

Beatrice tragó saliva, intentando contener la oleada de emociones que se arremolinaban en su interior.

—¿Eso fue todo? ¿Un simple deber caballeresco? —susurró, con un tono cargado de duda.

Adam apenas contuvo un jadeo, y sus ojos se clavaron de nuevo en los labios de Beatrice, oscurecidos por una intensidad contenida. Se inclinó hacia ella, como sin ser consciente de sus propios movimientos, y Beatrice sintió el deseo en él, un anhelo que también la embargaba. Sin embargo, él se detuvo en seco, apretando los puños a los costados, como si intentara dominarse.

—Como buen caballero, creo que es momento de pasar al siguiente punto de su lista. —Su voz sonaba tensa, controlada a duras penas.

Beatrice cerró los ojos un instante. Sí, había arruinado completamente ese momento con su torpeza. Si hubiese mantenido la boca cerrada, quizá él la habría besado de nuevo. «Casi» lo deseaba.

—Por supuesto —dijo finalmente, aclarando la garganta.

Adam señaló su vestido.

—Tendrá que cambiarse de ropa.

—¿Para qué? —preguntó ella, mirando hacia la ventana—. Es plena noche. ¿Adónde vamos?

—Nos vamos a dar un paseo.

—¿A dar un paseo? —repitió Beatrice, algo atónita—. En plena noche. —Recordó de repente el punto de su lista: la carrera por el Serpentine antes del amanecer. Había estado tan confundida que casi lo había olvidado.

—Exactamente. Todos los caballeros y las damas estarán ya saliendo de los bailes y metiéndose en la cama. En treinta minutos, las calles estarán vacías por completo, y tendremos un par de horas antes de que amanezca. Es el momento perfecto para cabalgar por el Serpentine.

—Claro —respondió Beatrice, aunque frunció el ceño, pensando en lo complicado que sería montar una escapada así a las cuatro de la madrugada sin despertar a nadie.

—Pensé que le alegraría la idea.

—Bueno, no sé si seré capaz de ensillar un caballo sin que nadie se entere, y...

Adam rio.

—¿No confía en que ya me haya encargado de todo eso?

Beatrice se encogió de hombros, con una sonrisa leve.

—Después de su «ejercicio mental» de hoy… —Señaló el rostro de Adam con un gesto humorístico—, no estoy muy segura.

Adam sacudió la cabeza con una risa ligera.

—Vístase. Por favor.

Pero él no se movió de su sitio. Se quedó de pie en el centro de la habitación, observándola. Beatrice también permaneció quieta y le devolvió la mirada.

—¿Y bien? —preguntó él, alzando una ceja con expectación.

—¿Va a mirarme mientras me cambio? —preguntó ella con gesto desafiante.

Adam miró a su alrededor antes de caminar hacia la cama y dejarse caer sobre ella, estirando

las largas piernas y apoyando la cabeza en una mano.

—Quizá.

Beatrice soltó una risa suave.

—¿Y acaso piensa ayudarme a desvestirme también?

Adam la miró de arriba abajo lentamente, con esos ojos suyos, entrecerrados, que parecían observarlo todo.

—Si lo pide con cortesía…

Beatrice contuvo la respiración. ¿De veras había oído lo que creía haber oído? Sí, habían coqueteado antes, pero esto iba mucho más allá. Se acercó a él, inclinándose para acercar su rostro al suyo.

—¿Está… borracho otra vez? —preguntó, en tono de broma.

Él se echó a reír, y un ligero olor a alcohol llegó a su nariz. O quizá lo percibía ahora por primera vez.

—Tal vez me he tomado una o dos copas de vino en el club mientras esperaba a que pasara el tiempo.

Beatrice puso cara de desaprobación.

—Y quiere cabalgar alrededor del Serpentine. Borracho.

Adam le dio una palmadita en la mejilla con una sonrisa juguetona.

—Le prometo que estoy mucho más sobrio que la noche de la pelea. Además, si quiere ganarme en la carrera, será mejor que yo esté con unas copas de más. Soy muy competitivo y no dejo ganar a nadie. Ni siquiera a mis hermanas.

Beatrice retrocedió, permitiéndole deslizarse fuera de la cama mientras él se arreglaba la ropa antes de dirigirse a la puerta.

—Bueno, entonces es una suerte que yo no sea su hermana, ¿no? —dijo ella mientras él salía de la habitación—. Porque yo nunca he necesitado que me dejen ganar. Siempre he conseguido mis victorias por mí misma.

Al recordar de repente las palabras de su tía, Beatrice sintió una oleada de determinación:

«Agarra tu felicidad como puedas. Nadie te la ofrecerá en bandeja de plata».

Quizá era bueno que Adam estuviera en un estado juguetón y receptivo. Porque ella estaba dispuesta a agarrar su felicidad, de la forma que fuera.

# Capítulo 14

El lago Serpentine relucía bajo el cielo iluminado por la luna, mientras el viento creaba pequeñas ondas en el agua. Las nubes comenzaban a acumularse, amenazando con cubrir la luna y dejar el sendero alrededor del lago en penumbra. Adam y Beatrice estaban junto a la orilla, con sus caballos inquietos que pateaban el suelo.

Beatrice ajustó sus guantes de montar, se recolocó el sombrero y lanzó a Adam una mirada desafiante. Él le devolvió la mirada, con una sonrisa despreocupada en los labios. Beatrice contuvo la respiración; sentía su corazón palpitar con fuerza en el pecho. ¿Qué le estaba ocurriendo?

La luz plateada de la luna delineaba su rostro a la perfección, y a pesar de los moretones, podía ver con claridad sus marcados pómulos, su mandíbula cuadrada y su nariz aristocrática. Sus labios se veían firmes, aunque ella sabía que eran suaves y tentadores. Y en sus ojos brillaba una chispa de travesura.

—¿Está segura de que no quiere que le deje ganar? —le provocó Adam.

Beatrice imitó su tono juguetón, con una confianza que se notaba en su voz.

—A mí no me «dejan» ganar —respondió, irónica—. Hago que las cosas sucedan. Prepárese para quedarse en el polvo.

—Esas son palabras atrevidas —replicó Adam, divertido.

—Y también ciertas.

La risa de Adam le provocó un cálido cosquilleo en el estómago.

—No debería emocionarse tanto, porque soy un jinete excepcional.

—¿De veras? Pues, señor Lewis, sepa que soy una dama bien educada que creció en un pequeño pueblo donde lo único que podía hacer era leer y montar. Mientras usted estaba en Eton estudiando y luego sentado en un despacho, yo me pasé años cabalgando.

—Eso no significa que sea mejor que yo —replicó, arqueando una ceja en señal de reto.

Beatrice entrecerró los ojos, mientras una idea le cruzaba la mente.

—¿Le gustaría apostar?

—¿Otra apuesta? ¿No fue suficiente con la última? —respondió él.

—Sí, y la perdió —le recordó Beatrice.

Adam se rascó la mandíbula con una sonrisa encantadora.

—De acuerdo, pero le advierto que tal vez mi castigo no sea de su agrado.

«Ojalá el mío le agrade a usted». Beatrice sonrió, segura.

—No me preocuparé por eso, porque no pienso perder.

Adam soltó otra carcajada.

—¿Lista?

La expectación crepitaba en el aire entre ellos mientras se posicionaban en lo que sería la línea de salida, junto a unos arbustos que hacían las veces de señal.

Con un gesto de asentimiento compartido, dieron la señal, y los caballos se lanzaron al galope, con ambos jinetes galopando en perfecta sincronía. El retumbar de los cascos contra el suelo y el viento que les silbaba en los oídos añadían a Beatrice una sensación de euforia. La noche parecía cobrar vida mientras competían codo a codo, con la determinación grabada en sus rostros.

—No está nada mal para un caballero de ciudad —exclamó Beatrice, divertida.

Adam sonrió, con un tono desafiante en la voz.

—Necesitará algo más que ingenio y encanto para dejarme atrás, Beatrice. Pero inténtelo si quiere.

Sus caballos avanzaban velozmente por el sinuoso camino junto al Serpentine, y ambos esquivaban los recovecos con destreza. Beatrice tomó la delantera, aunque apenas un poco, y la sonrisa de Adam le hizo saber que él no estaba esforzándose al máximo para ganar. Las miradas que le lanzaba, su posición apenas a un pie de distancia, le daban la impresión de que lo hacía a propósito.

Parecía que Adam estaba vigilándola, pendiente de que no tropezara o cayera.

¿No había dicho que no la dejaría ganar? Beatrice sintió una leve frustración; le molestaba que él no lo intentara en serio. Así que decidió provocarle para avivar su espíritu competitivo y hacer que olvidara toda caballerosidad.

—No se está esforzando, señor mío. ¿Es esto lo mejor que puede hacer?

Los ojos de Adam brillaron, y su voz adoptó un tono de sorpresa fingida.

—Querida Beatrice, solo le estoy dando una ventaja para hacerlo más interesante. Le hará falta.

Al acercarse al tramo final, Beatrice espoleó a su caballo, y Adam hizo lo propio. Galoparon codo a codo durante unos instantes. Justo antes de cruzar la meta, Adam incitó a su caballo con un leve toque, y él ganó por la nariz de su caballo.

Ambos frenaron a sus monturas, con el pecho agitado y el sudor brillando en sus frentes. Adam alzó un puño en el aire, con un destello de triunfo en sus ojos.

—¿Qué le dije?

Beatrice sintió una mezcla de emoción y decepción. La carrera había sido inolvidable, y no podía evitar admirar la integridad de Adam al no dejarla ganar. Sabía que podría haberla superado mucho antes, pero él había cabalgado a su lado, asegurándose de que ella no se lesionara en ese terreno desconocido de noche.

Al mismo tiempo, había querido ganar de verdad. Y una de las razones era porque su «castigo» iba a ser un beso. Ese beso que los habría acercado… o al menos, eso era lo que ella esperaba.

—No fue una carrera justa —se quejó, intentando disimular su decepción—. Este no es mi caballo, y usted conoce mejor el camino. Si estuviéramos en el campo donde suelo montar, lo habría dejado en el polvo.

—Quizá, algún día, podamos probar esa teoría —respondió él con tono juguetón, hasta que, al darse cuenta de la imposibilidad de ese «algún día», se trabó en sus palabras.

Beatrice tragó saliva, y la sonrisa desapareció de su rostro. Tras tomar aire para serenarse, se volvió hacia Adam.

—Bien, ¿cuál es su castigo?

Adam bajó de su caballo y extendió los brazos hacia ella. Beatrice desmontó y cayó justo en los brazos de Adam.

El contacto de sus cuerpos al deslizarse uno contra el otro le provocó una descarga de conciencia, una emoción palpitante que le recorrió los miembros. Alzó el rostro hacia él, echando la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

¿La besaría? ¿Era ese su castigo?

Un viento áspero sopló, despeinando a Beatrice y cubriéndole el rostro de mechones sueltos. Se vio obligada a apartar la vista y recoger su cabello cuando unas gotas cayeron sobre su sombrero.

¿Estaba lloviendo? No se había dado cuenta de que las nubes ya cubrían todo el cielo.

Miró hacia arriba, y un par de gotas le salpicaron las gafas. Negó con la cabeza y limpió los cristales contra su vestido antes de volver a ponérselas.

—Bueno, esto complica las cosas —gruñó Adam.

—¿Qué cosas? —Beatrice aferró su sombrero, que amenazaba con salir volando.

—Mi castigo.

¿Acaso no podrían besarse bajo la lluvia? ¿Cuál era el problema?

—¿Qué pasa con su castigo?

—Pues que mi castigo requiere que nos quedemos aquí un poco más.

—¿Y... hacer qué exactamente? —preguntó ella, tragando saliva y reprimiendo la esperanza, mientras la lluvia arreciaba.

Adam la tomó de la mano y la condujo hasta la relativa protección de un árbol cercano. Entonces miró al lago, tomando aire con decisión.

—Darnos un baño en el Serpentine.

—¿Ahora? —preguntó Beatrice, horrorizada, al ver el lago—. ¡Hace frío! ¡Y está lloviendo!

Adam soltó una carcajada.

—Mucho mejor así, ¿no? Si alguien nos descubre mojados, no tendrán motivos para preguntar por qué.

Beatrice lo miró y luego miró al lago, sacudiendo la cabeza.

—Debo admitir que había cosas bastante insensatas en mi lista, pero esto ya supera cualquier ridiculez.

—Pensé que quería ser valiente y aventurera.

—Soy valiente y aventurera, pero eso no significa que esté dispuesta a empaparme y probablemente… enfermarme.

Adam frunció los labios, divertido.

—Me debe su castigo, señorita. Si se niega, me negaré a ayudarla a tachar el resto de los puntos de su lista.

Beatrice abrió la boca, indignada.

—¡Qué atrevimiento! Un caballero habría pedido un favor, no una tortura.

—No sea dramática. —Adam reía mientras se quitaba la chaqueta y comenzaba a desabotonarse el chaleco—. Es solo un chapuzón rápido. Entramos y salimos del agua enseguida.

Beatrice alzó una ceja.

—¿Va a entrar conmigo?

—Por supuesto. ¿Qué clase de caballero sería si la dejara entrar sola? —Adam se quitó las botas y las medias, quedándose descalzo frente a ella, con la camisa pegada a la piel por las gotas de lluvia y los pantalones mojados—. Vamos, ¿dónde está su espíritu aventurero?

Beatrice apretó los labios, se quitó el sombrero y miró al cielo. Unas gotas le cayeron en la cabeza, y se agachó ligeramente, como si eso fuera a protegerla. Muy bien, pensó, si quería

espíritu aventurero, se lo iba a mostrar.

Levantó su falda y comenzó a bajarse una de las medias despacio, sabiendo bien que él la observaba. La enrolló hasta el tobillo, se quitó el zapato y, al tratar de mantener el equilibrio en un solo pie, estuvo a punto de caer. Adam se acercó y la sostuvo firmemente por el brazo.

—Gracias —murmuró Beatrice, levantando la cabeza para mirarle y frunciendo el ceño al sentir la lluvia que le caía por la cara.

Con la media en la mano, apoyó el pie descalzo en el suelo mojado, reprimiendo un escalofrío. «No seas tonta», se dijo a sí misma. No era la primera vez que estaba descalza en suelo húmedo; de pequeña corría bajo la lluvia junto al arroyo en su pueblo. Pero ahora, inexplicablemente, parecía algo totalmente distinto.

Tras quitarse la otra media y el segundo zapato, Beatrice dejó sus prendas bajo el árbol y se giró hacia Adam.

—Estoy lista.

Él la miró detenidamente, observando cómo mantenía la falda levantada apenas hasta los tobillos y la expresión de aparente determinación en su rostro.

—¿Va a entrar al agua así? —preguntó Adam, escéptico.

—¿Y por qué no?

—¿Y piensa regresar a casa con un vestido empapado de agua del Serpentine?

—Sus pantalones y su camisa también se van a empapar —replicó Beatrice, encogiéndose de hombros.

—Sí, pero no mi chaqueta ni mi chaleco.

Beatrice levantó la barbilla, intentando mostrarse firme a pesar de la falta de confianza que sentía.

—No voy a quedarme en mis… prendas íntimas. ¿Vamos o no?

—Muy bien, como desee.

Adam envolvió sus dedos con delicadeza alrededor de la mano de Beatrice, y ambos avanzaron con cautela hacia el lago. El suelo estaba resbaladizo, y tuvieron que medir sus pasos y apoyarse el uno en el otro para no perder el equilibrio.

Cuando los pies de Beatrice tocaron el agua, soltó un pequeño grito.

—¡Está helada!

Adam soltó una carcajada.

—Venga, cuanto antes nos zambullimos, antes saldremos.

Con un gruñido frustrado, Beatrice soltó la mano de Adam y se lanzó corriendo hacia el agua. Apenas llegó a la altura de la cintura, se sentó de golpe, sumergiéndose hasta el cuello. En cuanto pudo, intentó regresar rápidamente sujetando sus gafas en su lugar.

Bueno, «rápidamente» no describía muy bien su torpe intento de escapar del lago. Avanzaba como podía, sus faldas empapadas tiraban de ella hacia atrás, y sus pies apenas encontraban apoyo. Adam pasó a su lado, lanzándose al agua como si fuera un cisne o alguna criatura mitológica. El agua le caía en cascada por el cabello, bajando por sus anchos hombros.

—¡No nadaba en el lago por la noche desde que era un niño! —exclamó él con una sonrisa infantil y encantadora, que hipnotizó a Beatrice. Ella olvidó por un momento el peso de sus faldas.

Se dio la vuelta y se zambulló otra vez, nadando hacia él.

—¡No vaya más lejos! —la llamó Adam, avanzando hacia ella—. Hay mucha profundidad.

—¡Lo logré! —exclamó Beatrice.

—Es usted una mujer valiente —dijo él con una sonrisa.

Adam estaba sumergido hasta el pecho, mientras que Beatrice casi no asomaba más que la cabeza y el cuello. Le castañeteaban los dientes y su cuerpo entero temblaba de frío.

—Tenía razón. Ha sido una buena idea incluir esto en la lista y tacharlo. Un buen castigo, sin duda —dijo ella, tratando de que la voz no le temblara.

Adam sonrió, dejando que su mirada se posara en los labios de Beatrice. A pesar del frío y la lluvia, ella sintió un calor que se extendía por su cuerpo.

—¿Mejor que un privilegio? —susurró él.

Beatrice humedeció sus labios entumecidos.

—Quizá.

—¿Quizá? —Adam fingió ofenderse.

—Bueno… —Beatrice fingió pensarlo, aunque en realidad no había nada que pensar. El recuerdo del beso de Adam era la mejor sensación que había tenido, y solo pensar en él la hacía sentirse cálida desde dentro—. No estaría ni fría ni empapada.

Los ojos de Adam descendieron hasta su boca mientras susurraba:

—No tiene toda la razón ahí.

Los ojos de ella se abrieron de par en par al encontrarse con los de Adam, y su respiración se volvió entrecortada. Ni siquiera sabía a qué se refería él, pero ese tono ronco en su voz la dejaba sin aliento.

—Deberíamos regresar —dijo finalmente él, y Beatrice asintió rápidamente, aún sin comprender del todo lo que acababa de pasar.

Adam parecía no verse afectado mientras recogía sus faldas y la ayudaba a salir del agua. Beatrice tropezó con una piedra y casi cayó de cara en el lago helado, pero un brazo firme y fuerte la sujetó por la cintura y la pegó contra su pecho. No pudo evitar recordar la vez que él la salvó de los caballeros borrachos en Hades' Hell.

Adam seguía salvándola.

Y Beatrice no podía imaginar un lugar más seguro que su espalda apoyada en el pecho de él, con sus brazos rodeándola.

—Tenga cuidado —murmuró él junto a su oído, mientras se inclinaba para alzarla en sus brazos.

Quizá había hablado demasiado pronto.

Adam la sujetaba con fuerza contra su pecho, y el agua se deslizaba por sus cuerpos de vuelta al lago. Beatrice apoyó la cabeza en su hombro, dejando que su mejilla descansara sobre la camisa mojada de él. Tenía el cabello pegado a la cara, el cuerpo entero empapado y aterido de frío. Estaba en Hyde Park, tras un chapuzón en la Serpentine a medianoche. Y, aun así, no recordaba haber sentido más seguridad que en ese instante, entre los brazos de Adam.

Adam la depositó con cuidado en tierra firme, y en cuanto estuvo de pie, Beatrice se giró y dejó escapar un estornudo que sacudió todo su cuerpo.

—Oh, Dios, lo siento tanto… —murmuró, avergonzada.

Adam rio mientras se alejaba unos pasos y regresaba con su chaqueta. Se la puso sobre los hombros y, aunque fue un gesto dulce, a Beatrice no le serviría de mucho, ya que estaba completamente empapada.

—Y ahora no tengo ni idea de cómo voy a volver con estas faldas tan pesadas —dijo ella.

Adam sonrió.

—¿No se lo advertí antes?

—Sí, y lamento no haberle hecho caso —gruñó Beatrice—. Pero, ¿qué hago ahora?

Sin decir palabra, Adam se arrodilló junto a ella y comenzó a escurrir las faldas. Beatrice intentó ayudar, pero temblaba tanto que sus dedos rígidos no le obedecían. Él consiguió sacar una buena cantidad de agua de las faldas, y luego se irguió, temblando.

—Q-quizá usted necesite su chaqueta más que yo —sugirió Beatrice, titiritando.

—No, quédese con él. Pero, ¿qué tal una carrera hasta su casa? —propuso él, sonriendo.

Beatrice asintió e intentó sonreír, pero estaba segura de que solo logró una mueca, porque él la miró con preocupación.

—¿Se siente bien?

—C-c-claro que sí —mintió ella.

Adam negó con la cabeza y la rodeó con sus brazos, frotando suavemente su cuerpo.

—¿Cree que podrá montar?

—Por supuesto. —Beatrice intentó responder con tono ofendido, aunque no estaba segura de que lograra sonar convincente.

—Muy bien —dijo Adam, con una nota de escepticismo en la voz. Aun así, se acercó al caballo de Beatrice, recogió sus pertenencias secas—o algo secas—y se las entregó.

Beatrice, con los dedos temblorosos, se apoyó en un árbol, levantó las pesadas faldas e intentó ponerse una media. No lo consiguió. Los dedos no le respondían, y sus pies mojados se negaban a deslizarse dentro de la prenda seca.

—Déjeme ayudarla. —Adam, viendo la dificultad que tenía, tomó con suavidad la media.

—¿Cómo va a...? ¡Oh! —Beatrice no terminó la pregunta, ya que él se arrodilló ante ella y le colocó las manos sobre los hombros.

—Agárrese —dijo Adam, inclinando una rodilla en el barro mientras elevaba su pie derecho y lo colocaba con cuidado sobre su muslo.

Él enrolló la media a lo largo de su pierna, cubriendo su piel centímetro a centímetro, alejando el frío, pero haciéndola sentir más expuesta que nunca. Cuando llegó a su muslo, la leve caricia de sus dedos sobre la piel desnuda casi la hizo gemir. Adam se detuvo, con la respiración entrecortada, y de su boca surgieron nubes de aire blanco. Beatrice olvidó por completo el frío. Su piel ardía, y un calor punzante recorría su cuerpo, deteniéndose justo en el lugar donde los dedos de Adam la sujetaban.

Después de lo que le pareció una eternidad, Adam ató su liga y apartó las manos. Le ayudó a ponerse el zapato y bajó el pie con suavidad, repitiendo el mismo gesto con su otra pierna.

No dijo ni una palabra durante todo el proceso, y Beatrice tampoco habría sido capaz de formar un pensamiento coherente. Los dedos de Adam se deslizaban por su piel, su aliento cálido la rozaba, y su pecho se agitaba de una manera que le hacía difícil respirar.

El ver a Adam arrodillado frente a ella, la cabeza inclinada, las manos en sus piernas, provocó un estremecimiento en Beatrice, acelerándole el corazón. Cuando él colocó su segundo pie en el suelo y sacudió sus faldas, cubriendo ya sus piernas, seguía arrodillado, su cabeza baja. Beatrice le ofreció una mano.

Adam la tomó y, con una profunda inspiración, se levantó.

—Espero que se sienta más abrigada —dijo, con la voz algo ronca.

Beatrice tenía la garganta seca y lo único que consiguió fue asentir y parpadear.

—¿Necesita ayuda para montar? —preguntó él.

Beatrice apenas podía hablar, mucho menos caminar, así que volvió a asentir.

Adam la tomó entre sus brazos y la subió al caballo. Ella sujetó las riendas, pero sus manos

temblaban, y para colmo, el vestido mojado resbalaba en la silla.

—No creo que pueda montar —admitió Beatrice—. Mi traje de montar está empapado y...

Adam no la dejó terminar; en cambio, acercó su caballo al suyo, montó, y con un rápido movimiento la alzó, sentándola en su regazo. Beatrice soltó un leve grito de sorpresa y rodeó su cuello con los brazos para no caer. Adam la acomodó, deslizando su cuerpo hasta que quedó apoyada contra su pecho, sus muslos flanqueando sus caderas.

—Sujétese a mí —murmuró junto a su oído.

Ella asintió, y ambos cabalgaron de regreso al parque sombrío.

Adam mantenía un brazo rodeando el cuerpo de Beatrice, y podía sentir el latido de su corazón a través de las capas de ropa. Era una sensación calmante. Al principio, ella había estado temblando, pero ahora parecía completamente relajada contra su pecho, con la cabeza apoyada en su clavícula. Su mano seguía aferrada a su antebrazo, y las faldas mojadas presionaban contra sus pantalones.

La posición en el caballo, y el paseo bajo la lluvia, no eran precisamente cómodos, pero Adam podría haber cabalgado así para siempre. Algo en sostener a Beatrice entre sus brazos le resultaba… correcto. Intentó apartar esa idea, y cuando finalmente lo logró, otros pensamientos más íntimos le invadieron.

Ya estaba al borde de perder el control. Desde que ella había levantado sus faldas para quitarse las medias, se encontraba terriblemente excitado. Se suponía que el agua helada del lago calmaría su deseo, o al menos eso había esperado.

No fue así.

El deseo solo aumentó al sostenerla en el agua, con la ropa empapada adherida a sus curvas femeninas, y cuando le colocó el pie en el muslo, estuvo al borde de perder la compostura. Jamás le habría avergonzado tanto admitir que una caricia tan sencilla lo descolocaba por completo.

Había desvestido a algunas mujeres en su vida, pero nunca habría imaginado que vestir a una podría llegar a excitarlo aún más. Ahora, Beatrice estaba acurrucada contra él, completamente ajena al efecto que tenía sobre su cuerpo.

Llegaron a la casa de ella en poco tiempo y subieron por la escalera de servicio, dejando un rastro de agua a su paso.

—¿Cómo voy a explicar esto a las doncellas mañana? —murmuró Beatrice mientras recorrían el pasillo hasta su dormitorio.

—¿Por qué iba a darles una explicación? —le susurró Adam.

—Porque seguramente se lo preguntarán.

Adam abrió la puerta de su habitación y se rio.

—Entre. Puede decir simplemente que no sabe lo que ha pasado.

—¿Y dejar que especulen? Sabe que la mayoría de los chismes provienen de los criados, ¿verdad?

Adam cerró la puerta tras ellos y la aseguró con el pestillo.

—No los criados de Gage. Ellos no cotillean.

—Todo el mundo cotillea —replicó Beatrice, volviéndose hacia él con una ceja levantada.

Adam se acercó y le quitó la chaqueta de los hombros.

—¿Se ve capaz de desvestirse sola?

Ella asintió.

—Lleva botones delante —comenzó a decir, pero se interrumpió, frunciendo el ceño.

Beatrice se quitó las gafas, las frotó contra el vestido y se las volvió a poner, solo para

quitárselas de nuevo con frustración. Estaban mojadas por completo y llenas de manchas de agua. Las dejó a un lado y empezó a desabrochar su vestido, aunque sus dedos temblorosos resbalaban y le costaba mucho hacerlo. Se mordió el labio, su mirada reflejando preocupación.

—Puedo ayudarla con eso, si quiere —se ofreció Adam.

Beatrice tragó saliva.

—Sí, en realidad creo que necesito su ayuda.

Adam se sorprendió de que aceptara tan fácilmente; pensó que ella se resistiría más, en nombre de su modestia.

—Solo la ayudaré a desabrocharlo —le aseguró él—. No se preocupe.

Ella asintió, observándolo con una expresión extraña mientras respiraba profundamente. Con manos ágiles, Adam desabrochó el vestido de montar y la ayudó a quitarse la prenda pesada, que dejó sobre la silla junto a la chimenea. Se volvió hacia Beatrice para despedirse. La misión del día había terminado. Había cumplido con su parte y era momento de marcharse.

Pero se quedó paralizado al ver a Beatrice de pie, cubierta solo por una fina camisola que se adhería a su figura como una segunda piel. Estaba tan mojada que casi era como si no llevara nada. Adam pudo ver todas sus curvas, sus muslos redondeados, incluso la sombra oscura entre sus piernas… Sabía que debía apartar la vista, que no tenía derecho a mirarla así.

Sin embargo, su mirada ascendió desde su ombligo hasta su abdomen redondeado y suave, como el de una diosa renacentista, y luego a sus hermosos pechos, donde los picos endurecidos sobresalían bajo la tela húmeda.

Adam sintió la garganta seca y se dio la vuelta, aunque ya era tarde: la imagen de su cuerpo estaba grabada en su mente.

—Debo… —Carraspeó—. Tengo que irme.

Pero justo entonces, oyó pasos a su espalda, y luego sintió la mano de Beatrice en su brazo.

—Siento mucho pedírselo, pero… —murmuró ella, con la voz temblorosa—, tengo las manos tan frías que apenas puedo moverlas. ¿Podría ayudarme… a secarme?

Adam tragó saliva, notando cómo la nuez de su garganta subía y bajaba mientras intentaba mantener la compostura. Su mente era un caos completo, pero no podía negarse a ayudar a una dama en apuros, especialmente si él era el responsable de su estado actual. Sin mirarla, asintió y se dirigió hacia su tocador en busca de toallas.

Al regresar, la cubrió con una de las toallas secas, limpiando su rostro y alborotándole el cabello en un gesto juguetón. Beatrice soltó una risita y le sujetó los brazos para no perder el equilibrio.

Ella apartó la toalla de su cabeza y se la lanzó, con una sonrisa amplia en el rostro. Su cabello, ligeramente rizado y desordenado, le caía en mechones sobre la cara, dándole un aire aún más encantador.

Adam no pudo evitar mirarla mientras colocaba un mechón rebelde detrás de su oreja. Ella cerró los ojos, inclinando suavemente la cabeza hacia su mano como si buscara su afecto.

Así quedaron, inmóviles, hasta que Adam no pudo contenerse más. Con los nudillos le levantó la barbilla y bajó la cabeza para besarla.

Beatrice se acercó también, poniéndose de puntillas y rodeándole el cuello con los brazos. Adam probó sus labios con suavidad, sus brazos deslizándose por su cintura para atraerla hacia él. Luego, la soltó abruptamente y dio un paso atrás.

—No deberíamos estar haciendo esto —dijo él, respirando con dificultad.

—¿No deberíamos? —respondió Beatrice, con un toque de sorpresa.

—Bea… usted es una dama joven e inocente…

—Y estoy a punto de casarme.

—Exactamente.

—Voy a casarme con un hombre mayor. ¿Por qué no podría yo…? —Beatrice se detuvo, mordiéndose el labio y tomando una respiración profunda antes de continuar—. ¿Por qué no podría disfrutar de algo de pasión antes de ese momento?

Adam cerró los ojos. «Porque está mal, aunque parezca lo contrario».

—Claro que puede… solo que… no creo que deba compartir esa pasión conmigo.

Beatrice parpadeó sorprendida y apartó la mirada.

—Lamento si mis besos no fueron de su agrado.

—¡No es eso! —respondió Adam enseguida, sintiendo cómo sus palabras no reflejaban ni de cerca la verdad.

Ella lo miró, con decepción y un rastro de dolor en los ojos.

—Prometió ayudarme a cumplir todo lo que quisiera antes de mi matrimonio —dijo ella.

—Todo lo que estuviera en la lista —aclaró Adam.

Su rostro mostró una breve tensión mientras sus manos se cerraban en puños a los costados.

—¿Y si esto estuviera en la lista? ¿Lo haría?

—Bea…

—Contésteme. Si estuviera en la lista, si pidiera experimentar una verdadera pasión antes de mi inevitable matrimonio, ¿lo haría?

Adam la miró, desarmado.

—Y-yo… no lo sé.

Deseaba estar con ella, la quería con una intensidad que no podía explicar. Pero no era solo el hecho de no querer desflorar a la futura esposa de otro. Lo que le preocupaba eran sus propios sentimientos. Sabía que si llegaba a probarla, si tenía un momento de felicidad en sus brazos, no estaba seguro de que después pudiera dejarla marchar.

Pero tendría que hacerlo. Por primera vez en su vida, había encontrado un propósito, una dirección.

Y ahora Beatrice se interponía entre él y ese propósito.

Casi no le importaba. La necesidad que sentía por ella eclipsaba cualquier otra resolución que hubiera tenido. En ese momento, toda su racionalidad se evaporaba. ¿Y si abandonaba su sueño, su propósito… por la mujer que tenía enfrente?

Beatrice asintió lentamente, mirándolo con el ceño fruncido.

—Entonces, ayúdeme a encontrar algún otro hombre dispuesto a hacer eso.

—¿Qué? —Adam se sorprendió por la fuerza con la que respondió. La idea anterior se esfumó de inmediato ante su petición.

Ella retrocedió un poco, asustada.

—¿Cómo dice?

Adam se pasó una mano por el cabello, frustrado.

—¿Quiere que le busque algún hombre para que la bese? ¿Puede besar a otro hombre de la misma manera que me besa a mí? ¿Permitirá que otro hombre tome esas libertades?

Beatrice apartó sus manos de los brazos de Adam y le empujó el pecho con una mano, como queriendo mantenerlo a raya, aunque el calor que desprendía parecía atraerlo.

—Voy a compartir la cama con un hombre de más de setenta años. ¿Qué más da quién sea la persona con la que esté antes de ese momento?

Debería darle igual, pero no era así. La sola idea de verla en brazos de otro hombre lo enfurecía.

—Entonces no le importa con quién viva esa pasión, siempre que sea alguien más joven que Lansdowne.

—Y atractivo a la vista —añadió Beatrice, con serenidad.

Adam frunció el ceño.

—¿Eso es todo lo que necesita?

Ella cruzó los brazos bajo el pecho, elevándolo, lo cual no ayudaba a que él pudiera concentrarse.

—Por el momento, sí.

Así que él era solo un hombre que no era su prometido. Uno que cumplía con la edad y el atractivo. Mientras él se debatía, considerando renunciar a sus sueños por ella, Beatrice solo quería una distracción antes de su boda.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere experimentar con ese hombre? —preguntó Adam, con una dureza en la voz que ni él esperaba.

—Sé que la pasión va más allá de los besos. Hay más cosas que suceden entre un hombre y una mujer… He leído sobre esas cosas, pero no… no sé realmente cómo son, y quisiera que un caballero me las enseñara.

Adam resopló, incrédulo.

Beatrice apretó los puños y se inclinó hacia él, el rostro enrojecido.

—Desde que nos conocimos, no ha hecho otra cosa que reírse de mí. Y quizá esto le parezca divertido, pero para mí no lo es. Esta es mi única oportunidad de disfrutar de lo que debería ser el lecho matrimonial. Porque sé que no lo disfrutaré con mi marido.

Adam la miró, mordiéndose la lengua mientras la idea de ella en los brazos de Lansdowne le provocaba un escalofrío.

—Está bien —dijo, finalmente. Si eso era lo que ella quería, se lo daría. Si podía pasar una noche con él y luego olvidarlo, él también podría.

—¿Está bien?

—Sí, la enseñaré.

—¿Y de verdad lo hará? —Para alguien que había sido tan atrevida, parecía sorprendida de que él aceptara.

—Sí —respondió Adam, entre dientes—. Lo haré. No voy a buscar a otros hombres para llevarla a su cama. De lo contrario, acabaré siendo lo que ese matón del pub pensaba que era.

Beatrice levantó la barbilla con un aire desafiante, aunque sus labios temblaban.

—Entonces, estamos de acuerdo. Usted será quien me enseñe… esas cosas.

—Esas… cosas, sí. —Jamás había pensado que algún día tendría esta conversación.

—Entiendo que hacer esto podría… intensificar nuestros sentimientos. Pero este acuerdo es temporal, y terminará antes de que tache el último punto de mi lista.

—Lo comprendo —dijo él, con la mandíbula apretada.

Ella sonrió, con un brillo coqueto en la mirada.

—Y bajo ninguna circunstancia debe enamorarse de mí. Estoy prometida a otro, ¿recuerda?

Adam deseó no oír más razones por las que ella pensaba que él era prescindible, ni escuchar una vez más que ella se casaría con ese anciano.

—No será un problema.

Beatrice retrocedió un instante, pero enseguida se recompuso y le ofreció la mano.

—¿Deberíamos sellarlo con un apretón?

Adam tomó su mano y la atrajo hacia él. Beatrice dejó escapar un suave jadeo, y él inclinó la cabeza para besarla, intenso y sin reservas.

—No —susurró Adam contra sus labios—. Empezamos ahora.

# Capítulo 15

El mundo giró en su eje, la habitación se oscureció y las rodillas de Beatrice cedieron al contacto de los labios de Adam. El sabor a lluvia y su propio aliento la envolvieron, nublándole la mente. Mil pensamientos pasaron fugaces por su cabeza, sin llegar a asentarse.

Solo él, y solo su beso.

Sus labios eran firmes, aplicando una presión constante hasta que ella inclinó la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda, casi cayendo. Y habría caído de no ser porque aferraba sus hombros, clavando sus dedos en la camisa empapada de Adam.

Él la atrajo más hacia sí, su lengua invadiendo su boca y luego retirándose, en un movimiento que imitaba el vaivén de las olas rompiendo contra la orilla. Pero no había orilla, solo estaba él, solo estaba su beso.

Los picos de sus pechos se endurecieron, punzantes y latentes de necesidad. Presionó su pecho contra el cuerpo de Adam, soltando un leve gemido al notar cómo ese roce solo aumentaba su ansia, su deseo.

Rodeando su cintura con el brazo, Adam la acercó aún más hasta que sus cuerpos se encontraron de pies a cabeza. La necesidad en su entrepierna se intensificó, un vacío punzante creciendo allí. Había sentido algo parecido antes, una ligera sensación en su centro, pero nunca esa humedad acumulada, esa presión que, hasta ahora, nunca había comprendido realmente.

Lo deseaba. Allí.

Quería sentirlo llenándola desde dentro, y, en ese momento, no le importaba qué parte de él fuera.

Subió una pierna, rodeando con el pie la rodilla de Adam, acercando sus caderas a su muslo, y se frotó contra él.

Adam emitió un gruñido; su mano descendió para sujetarle las caderas, alzándola hasta que Beatrice enredó las piernas alrededor de su cintura. Él apartó la boca de la suya y ella soltó un quejido, pero Adam avanzó unos pasos, aunque ella no le prestó atención a dónde iban ni por qué. Solo le importaba recuperar su sabor, así que bajó sus labios al cuello de Adam y luego los deslizó hacia el lugar donde su cuello se unía con el hombro.

Mordió esa zona, degustando la carne firme antes de succionar suavemente, maravillándose de su sabor.

Adam dejó escapar una carcajada y le dio una palmada juguetona en el trasero.

—Qué pícara tan apasionada —gruñó—. Debí haberlo sospechado.

La espalda de Beatrice chocó contra una superficie fría y dura, y levantó la cabeza para descubrir que él la tenía arrinconada contra la pared.

No le dio tiempo de mirar a su alrededor, de evaluar la situación o de detenerse a contemplar el placer de verlo. No, sus labios volvieron a cubrir los suyos, continuando con su asedio

incesante.

Dios… Este beso era lo mejor que había experimentado en toda su vida, y no se cansaba de él. Hundió sus dedos en su cabello, atrayéndolo hacia ella, envolviéndolo con su lengua, reclamándolo como él la reclamaba a ella.

Estaba hambrienta de él. No había otra forma de describirlo. Lo quería, entero, y quería que él llenara cada rincón de su ser.

Adam bajó la boca, besando su mentón, recorriendo con la lengua su garganta, y Beatrice soltó un gemido ante la sensación. Su espalda se arqueó mientras frotaba sus caderas contra él, ansiando el contacto.

Adam besó el borde de su camisón y lamió la parte superior de sus pechos, mordisqueándolos con suavidad.

Se detuvo, sus ojos fijos en sus oscuros pezones, que se marcaban contra la tela mojada y, por tanto, transparente de su camisón. Luego se movió, alzándola más alrededor de su cintura, rozándola en el centro con su cuerpo al hacerlo. El dulce contacto de sus cuerpos deslizándose el uno contra el otro la hizo gemir.

Esto pareció romper la última resistencia de Adam. Puso las manos sobre el camisón y lo desgarró en dos.

Beatrice emitió un pequeño chillido y miró su carne desnuda al sentir cómo la tela se deslizaba por su piel y se amontonaba a los pies de Adam en el suelo. Su instinto fue cubrirse ante su mirada. Sus manos volaron hacia su pecho para hacer justo eso, pero Adam chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Pon las manos sobre mis hombros.

Las manos de Beatrice temblaron al obedecer, exponiéndose completamente para su escrutinio.

No, no completamente. Aún llevaba las medias… aunque parecían irrelevantes. Todas las partes que deberían estar ocultas ahora estaban a la vista, y Adam devoraba cada centímetro de su piel con la mirada.

El corazón de Beatrice latía tan rápido que temía que fuera a salir disparado de su pecho. La sangre que corría por sus venas parecía lava fundida. Y, sin embargo, un escalofrío le recorría la piel.

Adam la miró a los ojos y, sin romper el contacto visual, le cubrió los pechos con las manos, con suavidad, con ternura.

Beatrice gimió, su cuerpo entero retorciéndose de necesidad. La necesidad de que él la tocara más. En todas partes.

Sabía que sería gentil con ella. Que su toque sería de adoración, no de posesión. Y estaba lista para ser poseída.

Él deslizó los pulgares sobre sus pezones, y Beatrice jadeó. Sus pezones se endurecieron, dolorosos, pero llenos de placer con cada roce. Todo su cuerpo era un nervio expuesto. No importaba dónde la tocara, el efecto recorría todo su ser.

Él bajó las manos por los costados de su cuerpo y se detuvo justo debajo de sus nalgas. Apretando sus glúteos, la levantó aún más, hasta que ella quedaba por encima de él. Entonces, aún mirándola a los ojos, se inclinó y cubrió su pezón con los labios.

Con un suspiro de rendición, la cabeza de Beatrice cayó hacia atrás y cerró los ojos. Sintió su lengua trazando un círculo alrededor de su pezón, y lo único que pudo hacer fue presionar su pelvis más cerca de su cuerpo.

Sus manos se movieron de sus hombros y se enredaron nuevamente en su cabello, acercando su cabeza a su pecho anhelante. Y si antes había pensado que el beso en sus labios era lo mejor, esta sensación lo superaba rápidamente.

No, esto era demasiado—

Gritó su nombre cuando él succionó más de su pecho dentro de su boca. Este era un placer que jamás había imaginado.

Había leído sobre los actos maritales en libros de anatomía; había leído sobre ellos en ficción prohibida. Pero las descripciones clínicas en las enciclopedias nunca explicaron lo que estaba sintiendo ahora. Y la prosa florida de los libros de ficción escondía el verdadero significado de este hermoso acto bajo metáforas indescifrables.

Indescifrables hasta ahora.

Ahora entendía a todos esos poetas y escritores, y lo que intentaban expresar al hablar de las flores que florecen en la heroína, liberando oleadas de pasión.

Literalmente.

Pero no tenía tiempo para palabras floridas, ni para palabras en absoluto. Todo lo que podía hacer era gemir y sollozar mientras la boca de Adam le traía más placer del que había creído posible. Mientras tanto, su mano jugaba, pellizcaba y rodeaba su otro pezón, sin detener la exploración cuidadosa de su cuerpo.

Él trazó su lengua hasta su otro pecho y continuó volviéndola loca con sus hábiles dedos y boca hasta que ella ya no pudo soportarlo.

Beatrice tiró de su cabello hasta que él levantó la vista, aturdido, con los ojos oscuros y entrecerrados, los labios húmedos y enrojecidos.

—¿Qué pasa, amor mío? —susurró, presionando un beso ardiente en su garganta que subió hasta reclamar su boca.

Ella abrió los labios con gusto, invitando a su lengua, mientras se retorcía contra él. Su piel era demasiado sensible al tacto; un leve roce podía prenderla en llamas. Y todo ese fuego se dirigía hacia su centro, suplicante y anhelante por ser llenado.

—Dímelo —insistió contra sus labios—. Dime lo que quieres.

—Quiero… —Su garganta se secó de nuevo cuando él se inclinó para besar su cuello, luego mordisqueó suavemente su oreja—. Quiero algo.

Él se rio suavemente y la miró a los ojos.

—Dímelo.

No podía decírselo. No sabía cómo. Lo único que pudo hacer fue arquear la espalda y presionar su pelvis aún más firmemente contra su cuerpo. Se frotó contra él y gimió cuando la camisa de Adam rozó una parte especialmente sensible de ella, más sensible que cualquier otra.

Adam tocó el centro de su pecho con la yema de un dedo y trazó un camino ardiente hacia abajo hasta llegar a su ombligo.

—¿Aquí?

Beatrice se estremeció. ¿Cómo podía su toque despertar partes de ella que no sabía que podían sentir? Algo floreció en su vientre y se extendió por todo su cuerpo. Pero una gran punzada se asentó en su centro, donde necesitaba su toque.

—No —jadeó.

Y su dedo continuó, trazando otro camino de fuego por su cuerpo. Se detuvo justo encima de los rizos húmedos que ocultaban lo que los libros eróticos que había leído llamarían un jardín prohibido de placer y los textos científicos llamarían vulva. Como quiera que se llamara,

palpitaba y dolía, y Beatrice estaba cansada de esperar.

Clavó las uñas en sus hombros, buscando sostenerse, y levantó las caderas, forzando el dedo de Adam a deslizarse hasta tocarla justo donde ella lo deseaba. Sus ojos se cerraron, su cabeza se echó hacia atrás y un gemido gutural escapó de sus labios. Entonces él abrió la mano y presionó, sus dedos sumergiéndose en la humedad acumulada allí, la base de su palma rozando el pequeño botón que lanzaba haces de placer por todo su cuerpo.

Sí.

Puede que hubiese gritado la afirmación en voz alta; Beatrice no estaba segura. Pero Adam emitió un sonido de aprobación en lo profundo de su garganta. Luego la empujó contra la pared de nuevo, ajustándola en el proceso.

Con una de sus piernas rodeando su cintura, Adam deslizó el brazo izquierdo bajo su rodilla y la tomó por las nalgas. Ahora su rodilla casi descansaba en su hombro, abrazando su brazo superior, manteniéndola completamente abierta para él.

Y debería haberse sentido avergonzada, lo sabía, y cohibida. Pero no le importaba nada de eso. Ya se preocuparía después. Ahora no quería pensar, solo sentir. Fue entonces cuando él presionó más fuerte contra ella, atrapando su mano entre sus cuerpos, y tomó su pecho en la boca.

Ahora Beatrice estaba segura de haber gritado. Su cabeza golpeó la pared, y agradeció la leve punzada, porque sentía que moriría de placer si no. La base de la palma de Adam continuaba rozándola, sus dedos separaban sus labios femeninos, y su boca estaba haciendo cosas perversas con su pecho.

Todo lo que él estaba haciendo era perverso.

Y era tan… tan bueno.

—Dios, tienes un sabor tan delicioso —murmuró Adam antes de capturar la boca de Beatrice en un beso húmedo y breve, para luego moverse hacia su otro pecho—. Y te sientes mágica.

Adam chupó su otro pecho y, al mismo tiempo, uno de sus dedos astutos se adentró en su interior.

—¡Adam! —jadeó Beatrice, con una sensación desconocida en su centro que le ardía y le hacía cosquillas a la vez.

Él retiró el dedo y volvió a entrar, justo cuando su lengua pasaba por el pezón de ella. Luego, el pulgar de Adam trazó círculos alrededor de su clítoris.

Las caderas de Beatrice se unieron al ritmo, disfrutando de la lenta invasión de su dedo. La sensación de que él rozaba las paredes internas de su centro hizo que sonidos involuntarios surgieran del fondo de su garganta.

—Sí, amor mío, así… —murmuró Adam, añadiendo otro dedo al dulce asalto sobre los sentidos de Beatrice.

Lo que sucedió a continuación escapaba a la comprensión de Beatrice. Su mente se negó a realizar cualquier otra función que no fuera sentir. Y eso hizo. Su cuerpo convulsionó y palpitó alrededor de los dedos de Adam, sus caderas aún mantenían el ritmo sensual, mientras el placer se expandía desde su centro hasta el resto de su cuerpo, recorriendo cada fibra, desde los dedos de los pies hasta las puntas de los dedos de las manos. No supo si duró una eternidad o solo un breve instante.

Pero cuando abrió los ojos, Adam la estaba mirando, sus profundos ojos azules llenos de asombro y admiración. Como si Beatrice se hubiera transformado en un unicornio o alguna otra criatura mágica que él nunca había creído que existiera.

Beatrice le devolvió la mirada mientras sus respiraciones volvían a su ritmo habitual. Entonces, él la bajó ligeramente y la presionó contra la pared una vez más. Esta vez, la parte dura y ardiente de él, su erección, su excitación, su miembro que sobresalía orgulloso, empujó contra el centro de ella a través de la áspera tela de sus pantalones, y luego Adam reclamó su boca en un beso urgente, desesperado, rudo y… tan maravilloso.

Adam nunca había conocido un alma más apasionada que la de Beatrice. Había tenido algunas amantes, y era muy agradable compartir el lecho con ellas. Pero la fuerza con la que ella se había desmoronado en sus brazos, la confianza con la que se había entregado a él, tiraban de cada fibra de su corazón, alma y cuerpo.

Su piel estaba tensa, su miembro ardía con la necesidad de liberarse.

Adam había estado a punto de llegar al clímax al mismo tiempo que ella.

Estaba listo para dejarse llevar, desabrocharse los pantalones, entrar en ella de una sola estocada y derramarse en su interior.

No le llevaría mucho tiempo que eso sucediera. Ya estaba a medio camino.

Pero sabía que no podía hacerlo. Beatrice quería pasión, pero no lo quería a él. Y Adam no podía atarla a él para siempre. Atarse a ella. Por muy tentador que fuera.

Pero era tan tentador. Casi demasiado tentador como para resistirse.

En su lugar, besó la boca de ella, deslizando su lengua en su interior y probando cada rincón mientras su miembro latía contra su centro. Adam imaginó entrar en ella, y movió las caderas con cada embestida de su lengua. Imitaba el acto lascivo, pues era lo más cerca que llegaría a llenarla. A poseerla.

Pero eso no era suficiente. Había pensado que llevarla al placer le daría a Beatrice lo que ella quería —lo que ansiaba— y que a él le facilitaría una despedida.

No fue así.

Solo lo impulsó aún más. Lo volvió loco de deseo por ella. El aroma de la excitación de Beatrice llegaba a sus fosas nasales, y él se sentía como un animal hambriento que quería devorarla.

Ella lo había hechizado con sus gemidos, sus suspiros necesitados y los sutiles movimientos de su cuerpo que le confirmaban que quería más. Y él también lo deseaba.

Las uñas de Beatrice rozaban el cuero cabelludo de Adam, sus dedos se entrelazaban en sus mechones húmedos, mientras su cuerpo desnudo se apretaba contra él, dándole la bienvenida, abrazándole, moldeándose a él perfectamente, como si estuviera hecha para sus brazos.

Ella se frotaba contra su miembro con su pelvis, moviéndose en su necesidad de alcanzar el clímax nuevamente. Estaba encendida por su orgasmo de tal forma que ahora cada pequeño toque la hacía estremecerse de placer. No le sorprendió a Adam cuando, después de unos minutos, ella lo alcanzó de nuevo.

Era un milagro.

Su milagro.

Sacudió la cabeza para disipar ese pensamiento, pero no sirvió de nada.

Porque con cada latido de su corazón, el suave staccato deletreaba su nombre.

B-E-A-T-R-I-C-E.

Quisiera o no, ella era suya.

Ella abrió sus cálidos ojos marrones, su mirada desenfocada, y sonrió lánguidamente.

—¡Vaya…! —exclamó Beatrice en un suspiro de asombro. Era como si no pudiera articular palabra.

Él tampoco podía. Por una razón completamente distinta, sin embargo.

Porque, si bien ella había encontrado su dicha —dos veces— él estaba dolorido en sus partes, que le ardían de necesidad y frustración. La bajó con suavidad hasta que los pies de Beatrice tocaron el suelo, con sus manos en la cintura de ella mientras Beatrice reaprendía a equilibrarse por sí misma.

—Eso fue… —Beatrice se interrumpió, abriendo y cerrando la boca, pero no emitió sonido alguno.

—Sí —asintió él, dando un paso hacia atrás.

Con un gesto de dolor, Adam se ajustó los pantalones mojados —ahora húmedos por dos razones distintas, ambas agradables. Aún no podía apartar la vista de ella. Su cuerpo brillaba ahora bajo la luz rojiza de la mañana, haciéndola parecer más una diosa de lo que ya era.

«Un momento…».

Adam giró la cabeza hacia la ventana y vio los rayos del sol naciente.

—Maldita sea. Ya ha amanecido.

Los ojos de Beatrice se abrieron al entender la implicación.

—Los sirvientes.

Adam asintió frenéticamente y le dio un beso en la comisura de los labios.

—Tengo que irme.

Se dirigió hacia la puerta, pero Beatrice le llamó:

—¡Tu chaqueta!

Adam se pasó los dedos por el cabello, tratando de reunir sus pensamientos dispersos. Claro, su chaqueta debía de estar en algún lugar. Beatrice entrecerró los ojos, intentando encontrarla en la penumbra de la habitación, aunque no veía más allá de la punta de su nariz. Beatrice se acercó a la silla para coger la prenda, luego fue a su mesilla y tomó las gafas. Cruzó de vuelta la habitación y se las colocó con suavidad las gafas sobre el puente de su nariz, dándoles un pequeño empujón para ajustarlas cómodamente.

—Gracias. —Beatrice le sonrió y se inclinó para otro beso.

La muy provocadora...

Mientras Adam la besaba una vez más, su mano rozando la piel suave y cálida de Beatrice, deseó poder quedarse con ella y maldecir las consecuencias. Pero ella le dio un suave empujón en el pecho.

—Ahora vete.

Y se fue.

Adam salió maldiciéndose a sí mismo todo el camino hasta su montura. Su miembro aún palpitaba, sus dedos y pantalones todavía llevaban el aroma de la dulce liberación de Beatrice, y su lengua conservaba el sabor de ella, que probablemente nunca desaparecería.

¿Qué demonios acababa de hacer?

Él le había enseñado lo que es la pasión, tal como ella le había pedido. Había evitado entrar en ella, dejar su semilla dentro, tal como debía hacer. Ambos lo habían deseado, ambos lo habían ansiado, y no estaba hiriendo a nadie.

¿O sí?

Porque el dolor que él sentía en sus ingles y también en el pecho decían lo contrario.

¿De veras iba a explorar la pasión con Beatrice solo para entregarla al anciano? No. No sería posible. De algún modo, ella había erosionado su helado exterior y hundido sus dedos en su corazón.

Ya dudaba de si sería capaz de dejarla ir alguna vez.

Sí, sus sueños y aspiraciones seguían ahí, pero delante de todos ellos estaba esa inocente ratita de biblioteca, con un espíritu capaz de quebrar la voluntad de cualquier hombre.

Y, sin embargo, ella no le quería. No realmente.

Lo que Beatrice quería era experimentar la vida lo máximo posible. Estaba dispuesta a dejar que cualquier otro hombre la tocara… ¡la besara! Probablemente, incluso más, si eso significaba recibir sus lecciones de pasión.

Y eso no tenía nada de halagador.

Ahí estaba Adam, dispuesto a poner su propia vida en segundo plano una vez más, y todo por una mujer que ni siquiera sentía algo por él.

Podría salvarla fácilmente. Podría regresar a esa habitación y pedirle matrimonio en ese mismo instante. Y probablemente ella le diría que sí, además.

Pero ahí estaba el problema. Beatrice estaba tan desesperada por agarrarse a cualquier cosa que le permitiera librarse del compromiso con Lansdowne, que seguramente diría que sí a cualquiera que se lo ofreciera.

Una parte de él gritaba que no importaba. Porque en realidad, no importaba. Beatrice sería suya.

Oficialmente.

Otra parte, una parte racional, insistía en que ninguno de los dos sería feliz en esa unión. Él acabaría enamorándose de su esposa, eso era inevitable. Ya estaba cayendo bajo su encanto poco a poco, aunque a veces le frustrara hasta el límite. O quizás, precisamente porque le frustraba tanto.

Ella, por otro lado, se sentiría en deuda con él durante el resto de su vida. Y o bien jamás le revelaría sus verdaderos sentimientos, o peor aún… Se enamoraría de otro y le dejaría a un lado.

¿Y qué pasaría con su sueño? Estaba tan cerca de encontrar un propósito en aquello que realmente quería hacer. Tan cerca de ver el mundo y, tal vez, marcar alguna diferencia. ¿Estaba dispuesto a renunciar a todo eso por una mujer que ni siquiera sentía algo por él?

Adam hizo una mueca y se subió a su caballo. No había necesidad de torturarse con esos problemas ahora.

Ella le había pedido que le enseñara lo que era la pasión. Así lo haría.

Le había pedido que no se enamorara de ella. Y él haría todo lo posible por cumplir sus deseos.

# Capítulo 16

Cuando la puerta se cerró tras Adam, Beatrice soltó un suspiro profundo. Pero no había tiempo para relajarse ni para pensar en lo que acababa de suceder. La doncella entraría pronto en su habitación, y no debía haber ni rastro de lo que había pasado allí.

Se dirigió hacia su camisón rasgado y lo hizo pedazos, colgando los trozos aún húmedos junto al hogar. Diría que había pisado el borde y se le había rasgado. Explicaría que lo había destrozado para usarlo durante su menstruación, después de que la doncella lo lavara.

Luego fue a su tocador y se limpió con un paño y el agua fría de la jarra. La mayor parte la usó para limpiar el residuo —no conocía otra forma de describirlo— entre sus piernas. Fue entonces cuando empezó a asimilar lo que acababa de suceder.

No solo había convencido a Adam de enseñarle el placer, sino que él se lo había mostrado allí mismo.

Y, ¡oh, cuánto placer fue…!

Se lavó las manos y la cara, aún respirando agitadamente, y regresó a su cuarto. Cogió el otro camisón que tenía y se lo puso. En teoría, estaba en Londres para hacer las compras de su ajuar, o al menos, esa era su excusa. Pero no tenía dinero para gastar en tales cosas.

La verdad era que llegaría a la casa de Lansdowne con apenas lo puesto. Eso, claro, si no lograba engatusar a Adam para que se casara con ella.

Beatrice fue hasta su escritorio y abrió su diario. Pasó la página rasgada y tomó el trozo que Adam le había traído antes, uniendo las dos partes y alisando los bordes.

—Más cosas que tachar —murmuró mientras tomaba la pluma mojada en el tintero y la sostenía sobre la página antes de tachar «Correr por el Serpentine antes del amanecer». Luego, más abajo en la página, añadió otro elemento —«Bañarse en el Serpentine»— y de inmediato lo tachó.

Era muy gratificante tener tantas cosas que tachar. Quizá, cuando fuera vieja y estuviera arrugada, encontraría su diario, lo hojearía y sonreiría, recordando estos días.

Sin embargo, en ese momento, una ola de tristeza la invadió.

Desde luego, estaba feliz de haber hecho tantas cosas. Pero la satisfacción no era tan grande como había pensado.

Miró los elementos sin tachar.

«Fumar un cigarro en un club de caballeros». «Pujar en una subasta».

Le habían parecido cosas intrigantes y emocionantes cuando ideó la lista, pero ahora… Todo lo que deseaba era ver a Adam de nuevo. Era tan confuso, ese sentimiento de necesitarle cuando no estaba cerca, de pensar en él constantemente, de recordar sus dulces besos.

Se estremeció al recordar. Cada. Maldita. Vez.

Sin embargo, debía preguntarse. ¿Soñaba con él y esperaba sus visitas solo porque era su única oportunidad de escapar de Lansdowne? ¿O estaba realmente enamorándose de él?

Sus padres no estaban enamorados cuando se casaron. Eso lo sabía bien. Su madre era hija del párroco local, y su padre, el tercer hijo de un barón. Y, según contaban, su abuelo —el padre de su madre— necesitaba casar a sus hijas antes de morir, igual que su propio padre necesitaba casarla a ella ahora. El padre de Beatrice parecía un joven capaz, ansioso de casarse y formar una familia.

Sin embargo, acabaron enamorándose. Beatrice no sabía cómo ocurrió ni por qué, ni siquiera cuándo, pero recordaba haberlos visto bailar en su pequeño salón, jugar con sus hijos y reír juntos. Después de la muerte de su madre, a menudo encontraba a su padre mirando el relicario con su miniatura, hablándole como si aún estuviera viva.

Así que, tal vez no importaba si ella amaba a Adam o no. Al menos, con él tendría la oportunidad de experimentar el amor y envejecer juntos.

Adam era amable y encantador, y, bueno, a veces un poco brusco, pero también le gustaba esa parte de él. Era apuesto y bondadoso. Era un hábil jinete y boxeador. Protector y fuerte. Inteligente y con ingenio. Sus besos la debilitaban, y esa noche, había conseguido debilitarla en otros lugares también.

¿Qué pensaría él de ella, se preguntaba?

¿Pensaría en ella en absoluto? Más allá de ser una molestia, una piedra en su camino despreocupado. Después de esa noche, estaba claro que la deseaba. Pero no sabía qué significaba eso. Sabía que algunos hombres tenían varias amantes. Mantenían relaciones con personas por las que no sentían nada. Así que, tal vez Adam solo estaba pasando el tiempo con ella, como una distracción antes de que su carrera lo llevara a otra parte.

Eso era exactamente lo que estaba haciendo, ¿no? Quisiera ella saber sus pensamientos y secretos. Golpeó los dedos contra el escritorio. Había complicado todo aún más de lo que ya estaba.

Ella misma había querido que ocurriera esta aventura. Quería atarlo a ella, y en lugar de eso, ella era la que estaba atrapada.

Quizá podría ofrecerle otro trato. Podrían ayudarse mutuamente. Quizá ella también podría ayudarle con lo que él deseara. No tenía por qué ser una unión de un solo lado.

Ella podría darle… ¿qué?

Hizo una mueca y se mordió el labio. Adam ya había encontrado su sueño, y no parecía que fuera a renunciar a él. ¿Cómo podía Beatrice ayudarle con eso? Solo podría arruinarlo.

Suspiró profundamente, miró su lista y fijó la vista en el elemento que parecía casi imposible.

«Enamorarse».

¿Qué pasaría si realmente se enamoraba de Adam?

Quizás, entonces, el último punto de la lista, el más despreciable, resultaría innecesario.

Se levantó y se alejó de su escritorio. La única forma de que el último punto de la lista fuera innecesario era que él se enamorara de ella, no al revés. Y él había dejado claro, sin lugar a dudas, que eso no iba a ocurrir.

Le había pedido en broma que no se enamorara de ella, mientras su corazón se encogía y esperaba que él no dijera nada.

¿Por qué tenía que hacer esa pregunta? Para ser una ratita de biblioteca, a veces actuaba de forma bastante tonta.

Ahora tenía la ardua tarea de intercambiar besos y caricias con el hombre más encantador que había conocido, y no enamorarse de él al mismo tiempo.

Se acercó de nuevo a la mesa y cerró su diario con brusquedad. Continuaría con su plan.

Seduciría a Adam para completar el acto que habían comenzado esa noche, y como caballero, estaría obligado a casarse con ella.

Un golpe en la puerta despertó a Beatrice. Se incorporó, mirando a su alrededor en la habitación borrosa, antes de ponerse las gafas.

—¿Quién es?

La doncella asomó la cabeza y sonrió, disculpándose.

—Dos damas desean verla, señorita.

—¿Damas? —Eso sí que era una sorpresa. ¿Dos? ¿Acaso Adam había enviado a sus dos hermanas esta vez?

Solo le quedaban dos elementos por tachar en su lista, en lo que respectaba a Adam. Y ambos requerirían su ayuda, no la de sus hermanas.

Sin embargo, lo que más preocupaba a Beatrice era el hecho de que la hubieran despertado sus visitas. Se enorgullecía de madrugar, pero después de los… eh… desvaríos de anoche con Adam, no debería sorprenderse de que no estuviera en pie antes del mediodía.

Y ahora tenía que enfrentarse a sus hermanas. Oh, Dios. ¿Sería capaz de mirarlas a los ojos?

—También hay una nota para usted, señorita.

Beatrice se levantó de la cama de un salto y tomó la nota.

—¿Necesita ayuda para vestirse?

—No, no, gracias —respondió Beatrice mientras abría la nota. Solo necesitaba la ayuda de su doncella con los vestidos de noche y los peinados, ya que su modesta colección de vestidos de día era fácil de alcanzar y podía vestirse sola—. Pero, por favor, pide a la ama de llaves que prepare té.

La doncella se retiró en silencio, y Beatrice leyó el contenido de la nota.

«Queridísima Beatrice:

Como hemos hablado antes, antes de llevar a cabo la última tarea de tu lista, debes estar adecuadamente vestida. Por eso, he pedido a mi querida hermana que te ayude a elegir un vestido apropiado para tu ajuar. Estoy seguro de que su buen gusto y sensatez te guiarán hacia un atuendo que sea agradable a la vista y adecuado para tu posición.

A.»

Beatrice leyó la carta un par de veces, dándole vueltas, pero no había más. Ese era todo el mensaje. Entendía el significado oculto de la nota: Adam no hablaba realmente de su ajuar ni de un vestido adecuado a su posición, sino de uno apropiado para la salida que tenían planeada.

Quería que su hermana ayudara a Beatrice a elegir un vestido para la subasta. Y ese vestido debía ser digno de una reina del inframundo. Quizá, en lugar de Isabel, debería haber reclutado a su cuñada Jo, quien sabría perfectamente cómo sería un vestido así.

Quizá la segunda persona en el salón fuera Jo.

Lo que Beatrice no entendía, sin embargo, era por qué Adam no mencionaba nada sobre la noche anterior en su carta. Ni siquiera preguntaba por su bienestar o por si había dormido bien…

Beatrice sacudió la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Adam no tenía ninguna obligación de preocuparse por esas cosas. Ella se estaba encariñando. Y lo peor era que ansiaba que él también se encariñara con ella. Un sentimiento bastante peligroso.

Aunque deseaba que él se enamorara de ella, ¿verdad?

Con un suspiro, Beatrice fue a hacer sus abluciones matutinas y a vestirse.

Era raro en esa casa que Beatrice bajara las escaleras y se encontrara con visitas que esperaba ver. Quizá se debía a que los habitantes de esa casa eran jóvenes e inexpertos. Después de todo,

solo se trataba de un arreglo temporal.

Aun así, ese hecho debería haber preparado a Beatrice para no sorprenderse al ver a quién encontró en su salón.

Pero se sorprendió.

—¡Su Gracia! —Beatrice hizo una profunda reverencia—. Lady Ashbury.

—Disculpa por la visita tan temprana —dijo lady Ashbury—. Y, por favor, llámame Sam. Casi fuimos familia en algún momento, ¿no?

—Sí —añadió la duquesa—. Por favor, llámame Evie.

—Oh, no podría —protestó Beatrice.

—Claro que puedes, y además insistimos. —Sam sonrió mientras las tres se acomodaban en el salón. La ama de llaves trajo té y pasteles, y Beatrice comenzó a servir.

Le entregó una taza de té a Sam.

—Tu familia ha sido increíblemente solidaria, a pesar de que mi compromiso con el vizconde fue bastante breve.

—No es solo Gage y sus errores lo que nos une. Tus padres y los nuestros eran amigos. Y aunque no pasamos mucho tiempo juntas mientras crecíamos, estoy convencida de que debemos compensar el tiempo perdido. Y toda la familia lo siente así —explicó Sam.

—Y los amigos de la familia —añadió la duquesa.

—Aunque me alegra que Gage esté asumiendo la responsabilidad por la deplorable manera en que te trató. —Sam sonrió con picardía—. Aunque no lo haga directamente, sino a través de Adam.

Beatrice se atragantó con el té.

—Oh, perdón. —Se golpeó el pecho, pues la mención de Adam le había afectado de forma inesperada—. Te aseguro que no guardo rencor hacia el vizconde. No ha hecho nada malo. Se enamoró. Y yo estuve encantada de liberarlo de nuestro compromiso.

—Tal vez no haya hecho nada malo, pero se ha manejado de la manera equivocada. Y me alegra que esté dispuesto a rectificar su error. Lo cual me lleva a la razón por la que estamos aquí.

—¿Sí? —Beatrice acercó la taza a sus labios.

—Adam nos pidió a Isabel y a mí que te ayudáramos a preparar un ajuar. Gage será quien financie este esfuerzo, ya que se siente culpable —con razón—, pero actuaremos como si fuera un regalo de nuestra parte para evitar habladurías. Sin embargo, pensé que la mejor persona para ayudar en esta tarea era, sin duda, Evie.

—Me pregunto por qué pensaste eso. —Evie lanzó una mirada divertida a Sam.

Era evidente que Beatrice se estaba perdiendo algún contexto en la broma entre las dos amigas.

Sam tomó un sorbo de su té y aclaró:

—Cuando la prima de Evie se casó en contra de su voluntad, Evie la ayudó a protestar confeccionando el vestido de luto más horrendo para la boda.

Beatrice abrió los ojos, asombrada.

—¿Tu prima llevó un vestido de luto en su boda?

—Así es. —La duquesa parecía bastante orgullosa de sí misma—. Y podríamos protestar tu boda de la misma forma. Quizás incluso mejor. Ya tengo algunas ideas.

—Oh, no, no, por favor —se apresuró a interrumpir Beatrice. No necesitaba un vestido horrible; todo lo contrario—. No quiero protestar la boda. Y preferiría tener un vestido que

pudiera usar después. A diferencia de tu prima, yo fui quien eligió a su prometido.

—¡No es como si tuvieras otra opción! —exclamó Sam.

—Sí la tenía. No tenía muchas opciones, pero sí tenía una —admitió Beatrice. Porque era verdad. Nadie la había obligado a casarse con Lansdowne. La presión venía de las circunstancias de su familia. Y si Gage no se hubiera ofrecido antes, el resultado habría sido el mismo. Habría terminado casándose con Lansdowne. Pero nunca habría conocido a Adam…

Sin embargo, tenía otras opciones. Podía haber optado por trabajar. Eso habría llevado a su familia a la pobreza. Ella habría quedado arruinada. Y sus hermanas habrían sufrido las consecuencias. Pero, aun así, era una opción.

Y, por supuesto, había una opción más.

La que esperaba aún poder aprovechar. Y para eso, necesitaba un vestido que llamara la atención.

—Sin embargo, ya que estás dispuesta a ayudarme, tal vez, en lugar de un vestido de novia modesto, podrías ayudarme a encargar uno que se considere escandaloso. Uno que pueda usar en los eventos sociales después de mi boda.

—¿Un vestido escandaloso? —Los ojos de Evie brillaron con un destello calculado—. Eso es algo que podemos arreglar.

—¡Maravilloso! —exclamó Sam, tomando otro pastel—. Sabía que serías una cómplice a la altura.

Partieron hacia la modista media hora después. Evie y Sam continuaron conversando en la carroza. Era evidente que esas mujeres habían compartido años de amistad y pasado por muchas dificultades juntas.

La duquesa estaba visiblemente en una condición delicada, y la forma en que Sam se preocupaba por su amiga y velaba por ella era conmovedora.

En la tienda, Beatrice dejó que la duquesa y Sam describieran el vestido perfecto, ya que ella no estaba en absoluto interesada en la moda y no tenía idea de qué tipo de vestido se consideraría seductor.

La modista esbozó el diseño con rapidez, y Beatrice se quedó mirándolo, hipnotizada. Nunca en su vida había imaginado tener un vestido así. Pero mientras estaba entre el shock y la emoción, la duquesa pasó a ordenar ropa interior y zapatillas.

—La señorita Fowley es una amiga de la familia desde hace tiempo, y asumiremos todos los gastos de este pedido. —La duquesa esbozó una leve sonrisa—. Pero agradeceríamos mucho la discreción. Ya sabe cómo las lenguas viperinas pueden tergiversar hasta el gesto más inocente, ¿verdad, madame?

—Jamás murmuraría. —La modista sonrió, ofendida—. No sobre mis clientes más valiosos.

Beatrice contuvo una risa. La duquesa debía de ser, sin duda, su clienta más valiosa, aparte de la familia real.

—¿Vas a encargar algo para ti? —preguntó Sam a Evie, mientras la modista se dirigía al fondo de la tienda y Beatrice estaba de pie sobre el pedestal, vestida solo con sus enaguas.

—Sí —respondió Evie, acomodándose en el asiento junto a su amiga—. Gabriel insiste en que compre más ropa. Yo le digo que no hace falta, ya que todos mis vestidos son ajustables, pero él quiere que tenga ropa específica para esta etapa.

—¿Para esta etapa?

Evie miró su vientre.

—Le gusta… No quiere que oculte mi barriga creciente. Al menos cuando estamos en casa

—sus mejillas se ruborizaron intensamente, visiblemente avergonzada.

—¡Oh! —Un destello de comprensión apareció en el rostro de Sam—. Sí, a John también le encantaba verme embarazada. Se sentía bastante orgulloso de sí mismo.

Evie soltó una carcajada.

—Como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

—Bueno… —Sam hizo una mueca, y ambas rompieron en carcajadas.

Beatrice escuchaba la conversación con una sonrisa. Ambas mujeres parecían tan felices en sus matrimonios, y sus maridos parecían adorarlas.

De repente, la tristeza la invadió, amenazando con ahogar todas las demás emociones. ¿Cómo era posible que algunas personas tuvieran tanta suerte mientras otras…? Bueno, mientras otras tuvieran que luchar y pelear por cada pequeño logro.

Nunca se habría imaginado enfrentarse a semejante dilema: casarse con un hombre mayor y aterrador o engañar a un hombre joven y encantador, un hombre que merecía algo mejor, para forzarlo a un matrimonio no deseado.

Dejó escapar un suspiro abatido.

Si alguien le hubiera preguntado un año atrás si consideraría algo así, lo habría rechazado sin pensarlo. Se estaba convirtiendo en una persona despreciable, y lo odiaba.

Pero, por otro lado, estaban las palabras de su tía: ¿el sueño de una persona pesaba más que el de otra? Especialmente si su sueño era escapar de una vida horrible, mientras que el de él era solo un paso hacia una vida aún mejor que su existencia actual.

Quizás, si no hubiera conocido a Adam, si solo hubiera planeado atraparlo sin importarle nada de él, podría haberlo hecho sin remordimientos ni conciencia.

Tenía que recordarse a sí misma que a Adam parecía importarle ella también. Quizás se enamorarían después de casarse. Quizás, tener un hijo afianzaría su relación.

Se aclaró la garganta.

—Tu prima, aquella para quien diseñaste ese horrible vestido de novia…

—¿Sí? —Evie levantó la vista del catálogo que estaba hojeando.

—¿Se casó por conveniencia?

—Sí —Evie asintió—. Estaba enamorada de otro hombre.

—De mi marido —dijo Sam riendo.

—¿Estaba enamorada de tu marido? —Los ojos de Beatrice se agrandaron, incapaz de moderar el tono de sorpresa.

Ambas, Sam y Evie, rieron con ganas.

—Sí, mi prima Julie y el ahora esposo de Sam, John, incluso estaban planeando fugarse —explicó Evie—. Y unos años después, él me estaba cortejando a mí.

Sam le dio un golpecito.

—¡Haces que parezca un completo libertino!

Evie soltó una risa.

—No, los libertinos no cortejan ni se comprometen. Él es lo opuesto a un vividor.

—Tú lo sabrías —murmuró Sam.

—Pero, ¿te imaginas? —dijo Evie, cerrando el catálogo y dejándolo a un lado—. ¿Y si me hubiera casado con John?

—¡Oh, no! —Sam hizo una mueca—. ¡Estarías esperando un hijo suyo ahora!

Evie se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—Eso es horrible.

Sam le dio un toque en el brazo.

—No, pero imagina que te hubieras casado y yo me hubiera enamorado de él después de tu boda.

Evie se cubrió la cara con las manos.

—No puedo ni imaginarlo. —Pero al descubrirse el rostro, ya no reía, aunque aún había un brillo de humor en sus ojos—. Bueno, supongo que las cosas habrían resultado igual que ahora.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sam.

—Esperaría que hubieras sido honesta al respecto.

—¿Cómo podría ser honesta con algo así?

Evie se encogió de hombros.

—Dirías: «Perdón, querida, pero amo a tu marido».

Todas rieron ante la idea ridícula.

—O yo lo habría notado —siguió conjeturando Evie.

—¿Y luego qué?

—Entonces lo habría dejado. Me habría convertido en una divorciada escandalosa y probablemente aún habría terminado casándome con Gabe, solo que… de otra manera.

—¿Y con otra excusa para atraparlo? —Sam levantó una ceja.

Beatrice escuchaba con atención al llegar la conversación a este punto.

—¿Atrapaste a tu marido para casarte con él?

Evie arrugó la nariz.

—Bueno, no exactamente. Le ofrecí un trato que no podía rechazar. Pero si no hubiera tenido ese trato, le habría ofrecido otra cosa. Verás, estaba desesperadamente enamorada de él, y él ni siquiera me miraba.

Beatrice negó con incredulidad.

—Me cuesta creerlo.

—Te lo aseguro, no lo hacía. O al menos, no estaba interesado en el matrimonio, y por eso ni miraba a las debutantes.

Beatrice reflexionó antes de preguntar:

—¿Pero vosotras… engañaríais a vuestros maridos para casaros si no tuvierais otra opción?

Las mujeres intercambiaron una mirada, y luego Sam miró a Beatrice con una leve inclinación de cabeza y una expresión curiosa.

—No creo que pudiera.

Pero Evie estaba absorta en sus pensamientos.

—¿Ni siquiera para asegurar al hombre que amas?

Sam la miró con incredulidad.

—Especialmente si fuera el hombre al que amo. Si afirmo quererlo, ¿cómo iba a atraparlo?

Evie se encogió de hombros.

—Creo que no deberías rechazar la idea tan rápido. Piensa en cuando conociste a John y te enamoraste. ¿No habrías hecho todo lo posible para conservarlo?

—¿Y tú? —replicó Sam—. ¿Habrías engañado a Gabriel, quitándole su elección y actuando de forma egoísta?

Evie volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. No he estado en una situación así. Si lo hubiera estado, tal vez lo habría hecho.

Sam negó con la cabeza, rechazando la idea.

—Te conozco, Evie, tal vez mejor que tú misma. Eres demasiado honorable para engañar a

alguien a quien dices amar solo para obtener algo que necesitas.

—Para salvar el ducado de mi abuelo… —Evie negó con la cabeza, pensativa—. No sé si actuaría honorablemente. Creo que depende de la situación y de cuánto esté perdiendo esa persona por tus traiciones. No lastimaría a alguien que amo. No sería la causa de su sufrimiento. Pero, en un momento de desesperación, ¿habría mentido y usado cada truco a mi disposición? Quizás.

Bueno, eso no ayudaba a Beatrice en absoluto. Y tal vez no debía ayudar. Estaba buscando afirmación en personas a las que admiraba, quizás incluso respetaba. Pero las personas que respetaba no actuarían deshonestamente. Y, por tanto, ella tampoco debía hacerlo.

—Además —exclamó de repente la duquesa—, nunca acaba bien. Conozco a una mujer que salió en sociedad más o menos cuando nosotras. ¡Engañó a su ahora marido para casarse con ella, fingiendo enamorarse mientras tenía motivos ocultos!

—¡Oh! —Sam hizo una mueca y se abanicó—. ¿lady Sutton?

Evie asintió.

—Y ahora su marido es el mayor sinvergüenza, se acuesta con todo lo que se mueve. O al menos, eso dicen los rumores.

Beatrice de repente imaginó a Adam acostándose con otras mujeres mientras estaba casado con ella, y sintió una punzada en el estómago.

«Dios, ¿qué estoy haciendo?».

# Capítulo 17

El aire era denso en la húmeda noche. La lluvia acababa de pasar, y el sonido de las botas se mezclaba con el salpicar de los pequeños charcos. El cielo cubierto amenazaba con más precipitaciones, pero la lluvia era lo último que ocupaba la mente de las dos figuras sombrías que avanzaban sigilosamente hacia la imponente fachada del Boodle's Gentlemen's Club, un establecimiento conocido por su exclusividad y reuniones clandestinas.

Parecían dos ladrones, o tal vez algún otro tipo de criminales, caminando de puntillas hacia el refugio de sus víctimas. Sin embargo, por dentro, ellos eran los que temblaban en sus botas. O al menos, uno de ellos.

—Recuerda no hablar —murmuró la figura más alta y robusta de las dos, mientras se acercaban.

—¿Por qué no? —preguntó la segunda figura, con una voz aguda y femenina que contrastaba con su aspecto masculino y la espesa barba postiza.

—Porque tu voz te delatará. —Adam avanzó hacia la luz de los faroles y miró a Beatrice, quien ocultaba su belleza femenina bajo ropa de hombre, un sombrero alto y una barba postiza.

—Puedo disfrazar la voz —replicó Beatrice con un tono bajo y grave. Adam soltó un sonido entre risa y bufido.

—Por favor, arruinarás todo el plan. Ahora, como miembro, tengo derecho a traer a un invitado, así que tú serás…

—Mi primo, Bertram Lewis, ya me lo has dicho —lo interrumpió ella, impaciente.

—Perdona que lo repita, pero necesito hacerlo para no olvidarlo —dijo Adam, frotándose la frente. Toda esta situación podía costarle la expulsión del club y convertirlo en el hazmerreír durante décadas—. Y eres sordo y mudo, Bertram Lewis, así que no quiero oír ni un solo sonido de tu parte. ¿Entendido?

Beatrice gruñó algo ininteligible y se acarició la barba.

—No hagas eso. Se te va a caer.

—¡Es que estoy nerviosa!

—Shh. Por el amor de Dios, mujer, cállate —pidió Adam con desesperación.

Beatrice masculló algo entre dientes.

—Bien. Ahora, cuando entremos, firmas tu nombre… tu nombre ficticio, sin quitarte los guantes. Espero que entiendas lo que me estoy jugando aquí.

Beatrice lo miró en silencio.

—¿Bueno?

—¡Dijiste que no hablara! —le susurró furiosa.

—Está bien, está bien. Vamos a terminar con esto de una vez —dijo Adam, tomando su mano y luego soltándola bruscamente. Quizás él era quien necesitaba recordar que Beatrice no era Beatrice esa noche. Pero, a pesar del disfraz masculino, Adam no podía dejar de ver a la

encantadora mujer que había debajo.

Golpeó la puerta y, de inmediato, les permitieron entrar en el club. Sentía un ligero sudor en la frente y se ajustó el sombrero para ocultarlo.

—Estoy con mi primo, Bertram Lewis. Y requerimos una habitación privada, si hay alguna disponible.

—Por supuesto —respondió el guardia, acercando el libro de registro a Bertram, alias Beatrice.

—Estamos aquí para tratar asuntos familiares, así que, por favor, no informe a nadie de mi presencia, aparte de mis hermanos, quienes son bienvenidos a unirse a nosotros en la habitación privada —dijo Adam, con la esperanza de distraer al guardia para que no mirara de cerca a Beatrice.

Sabía que ninguno de sus hermanos estaría en Boodle's esa noche, así que la petición de restringir sus acompañantes solo a miembros de su familia era segura y menos sospechosa que quedarse a solas con un primo al que los guardias nunca habían visto antes.

Aunque, ¿quién sospecharía algo así? Adam estaba seguro de que nadie en la historia del club se había atrevido a intentar colar a una mujer allí.

Beatrice firmó el nombre falso y deslizó el libro hacia Adam.

Con los trámites completados, Adam se dirigió a una de las habitaciones privadas. Entraron, y Adam cerró con llave detrás de ellos.

Se apoyó en la puerta mientras Beatrice se quitaba el sombrero y observaba el interior de la habitación.

Adam siguió su mirada y, por primera vez, reparó de verdad en los detalles del club al que había asistido desde joven.

La habitación era pequeña, la más pequeña que tenían, pero de un tamaño decente en comparación con las habitaciones de la casa que Beatrice alquilaba. Y, supuso, más grande que la mayoría de las habitaciones en la casa de Beatrice.

También estaba ricamente decorada, con paneles de caoba que cubrían la mitad de las paredes y molduras intrincadas en el techo que añadían un toque de grandeza al espacio.

En el centro de la habitación se encontraba un escritorio de caoba pulido, cuya superficie limpia solo albergaba unos pocos objetos meticulosamente dispuestos: un diario de cuero, un tintero de cristal y una pluma en un soporte de plata.

Una silla de cuero acolchonada se ubicaba tras el escritorio, y frente a la chimenea había un par de butacas. Junto a ellas, una mesita sostenía una bandeja con puros, whisky y un par de vasos.

—¿Nos sentamos? —Adam hizo un gesto hacia las butacas.

Beatrice asintió, pero antes de sentarse, se quitó la barba con descuido.

—¿Qué haces? —Adam dio un salto para detenerla, pero ya era demasiado tarde.

—¡Pica! ¿O prefieres que la queme con el puro?

—Te tomó una eternidad ponértela bien.

—Sí, pero ahora que tengo práctica, tardaré menos —insistió, dejándose caer en la silla. Se quitó los guantes y pasó las manos por los brazos de cuero de la butaca, cerrando los ojos y disfrutando de la sensación—. Esto es maravilloso. ¿Por qué excluyen a las mujeres de este lugar?

Adam se acomodó en la butaca frente a ella.

—¿Qué tal si hacemos lo que vinimos a hacer y dejamos la cuestión de los derechos de la

mujer para otro momento? —dijo, inclinándose para tomar un par de puros de la bandeja y ofreciéndole uno. Ella lo tomó con una mueca, pero lo aceptó, llevándolo a la boca para imitar el gesto de fumar.

Adam soltó una carcajada.

—No te apresures. Encender un puro tiene su arte.

—Oh, estoy segura de que lo tiene. ¿Acaso crees que no sé usar una caja de yesca?

Adam negó con una sonrisa.

—Encender un puro es más complicado que simplemente prenderlo. Es como la seducción. Requiere tiempo. Cuidado.

Beatrice mordió su labio inferior.

—¿Una seducción, eh?

—Ven aquí —Adam la llamó con los dedos.

—No —dijo ella, removiéndose en su asiento—. Quiero hacerlo sola.

—Y lo harás. Pero con esta luz tenue y tus problemas de visión, incluso con gafas, dudo que puedas ver bien. —Palmoteó su rodilla—. Ven, siéntate aquí.

Beatrice miró su rodilla con desconfianza antes de levantarse y hacer lo que él pedía. Su cuerpo se acomodó con cuidado en su regazo, y Adam la rodeó por la cintura, acercándola más a él.

Sacó su cortador de puros y se lo mostró a Beatrice.

—Primero, cortamos la capa del puro.

—La capa —murmuró ella, observando su propio puro con atención.

—Aquí —le indicó Adam suavemente al oído, y cortó la capa del puro.

Ella tomó el cortador de puros de Adam, rozando sus dedos al hacerlo, y aplicó sus instrucciones a su propio cigarro.

—Ahora, calentamos el pie. —Adam sacó la caja de yesca y encendió la llama—. Sostén el puro en un ángulo de cuarenta y cinco grados, a un centímetro de la llama, y gíralo suavemente para tostar el pie. Lentamente, con cuidado. No lo enciendas aún. No toques el puro con la llama. Eso vendrá después —su voz se hizo más grave al hablar, y Beatrice se quedó inmóvil, escuchándole con absoluta atención.

Adam aclaró su garganta.

—Quieres que la llama consuma todo el pie del puro, dejando las brasas rojas y calentándolo.

Beatrice asintió, observándolo mientras él demostraba cada paso.

—Después lo llevas a la boca, manteniendo la llama justo encima del pie del puro, e inhalas suavemente. Sigue girando el cigarro, pues quieres que el fuego consuma cada parte del pie. Debe estar listo… caliente.

Beatrice tragó saliva.

—Y después, ¿qué… qué más?

—Una vez que el puro está encendido, inspecciona el extremo. —Le mostró la punta de su cigarro—. Todo el borde debe brillar en rojo de manera uniforme. —Si alguna zona no ha prendido, sopla suavemente sobre las partes apagadas mientras giras el cigarro. Así… —Adam sopló con delicadeza, alentando el fuego en la punta del puro.

Había encendido docenas, si no cientos, de puros en su vida, pero en esa atmósfera íntima, con Beatrice sentada en su regazo, todo se sentía distinto.

Adam se llevó el puro a la boca. La mirada de Beatrice siguió el movimiento, y luego ella se humedeció los labios. Maldición.

El cuerpo de Adam se tensó, despertándose en él un calor que lo tomó por sorpresa. Una simple lección sobre cómo encender un puro, una mirada íntima… y era todo lo que necesitaba para reaccionar así.

No le ocurría algo semejante desde que era un joven inexperto. Ridículo.

—Tu turno —murmuró con una voz más ronca de lo que esperaba, y exhaló una nube de humo, intentando disipar su repentina reacción.

—Entonces… ¿sostengo la llama a un centímetro? —preguntó Beatrice, mirándolo con el cigarro en una mano y la caja de yesca en la otra.

—Sí. —Adam tomó el cigarro de su mano—. Enciende la llama. —Cuando ella lo hizo, él le devolvió el cigarro, inclinándolo a cuarenta y cinco grados. El calor de sus dedos y la suavidad de su piel le hicieron pensar que tal vez tocarla no había sido la mejor idea—. Sostenlo así.

O quizá sí había sido buena idea. Beatrice había insistido en experimentar la pasión; tal vez podrían revivirla una vez más.

—Ahora ponlo entre tus labios.

Beatrice obedeció, rodeando el puro con sus labios rosados, provocando que Adam imaginara otros usos en los que esos labios podrían estar.

Pero en lugar de tostar la punta suavemente, Beatrice la quemó. Cuando inhaló, comenzó a toser sin parar. Por suerte, una distracción de los pensamientos lujuriosos de Adam.

Adam rio mientras apartaba el cigarro.

—Prueba el mío mejor —sugirió cuando ella terminó de toser.

Beatrice hizo una mueca.

—No creo que quiera.

—¿No quieres tachar esto de tu lista? —preguntó él, alzando una ceja.

Ella frunció la nariz de una forma adorable.

—Lo intenté y no me gustó.

—¿Y si hacemos esto? —Adam inhaló el humo, se inclinó hacia ella y presionó sus labios sobre los suyos, exhalando suavemente el humo en su boca.

Cuando él se apartó, Beatrice se quedó quieta antes de volver a toser.

—Eso no ayudó —dijo, con voz entrecortada mientras continuaba tosiendo.

Adam sonrió y guardó su propio cigarro.

—Lo intentaste, que es lo importante.

Beatrice lo miró con los ojos enrojecidos de tanto toser.

—Estoy de acuerdo.

La mirada de Beatrice ahora tenía un brillo distinto.

—¿Y ahora?

Adam mantuvo sus ojos en los de ella. Había estado dándole vueltas a su situación sin parar en los últimos días. Especialmente desde la noche de la carrera… la noche que había terminado en pasión.

Desde entonces, había llegado a varias conclusiones.

Primero, que no podía, bajo ninguna circunstancia, dejar que Beatrice se casara con Lansdowne. Eso simplemente no iba a suceder. Lansdowne no solo era un viejo lascivo y un inútil; ya la había lastimado. ¿Quién sabe qué haría con ella si lograba atraparla para siempre?

Después de enterarse de los moretones en las muñecas de Beatrice, Adam había decidido hacerle la vida imposible a Lansdowne. Pero no podía hacer eso y, al mismo tiempo, resignar a Beatrice a la suerte de ser su esposa.

No.

Primero, se aseguraría de que Beatrice no se casara con él. Segundo, se encargaría de que nadie más en su vida deseara casarse jamás con ese hombre.

No pensaba matarlo, aunque la idea le resultaba tentadora, sobre todo cuando recordaba los moretones en las muñecas de Beatrice. Pero podía arruinarlo, incluso si necesitaba la ayuda de sus hermanos para llevar a cabo su venganza.

Lo que lo llevaba a la pregunta inevitable: ¿cómo lograría que Beatrice no se casara con Lansdowne?

La solución más obvia era encontrarle otro esposo.

Adam conocía a muchos hombres. Sutton había mencionado que el Marqués Loco —o, mejor dicho, el Duque Loco, ahora que su padre había muerto— estaba de regreso. Y ahora que era duque, sin duda necesitaría una esposa. Tyrone no era precisamente conocido por tratar bien a las mujeres. Era un borracho libertino que había arruinado a más de una joven, dejando un rastro de escándalo allá por donde iba. Pero era un duque. Un duque rico y poderoso. Y, sobre todo, joven.

Adam desechó la idea con rapidez.

No, Tyrone apagaría esa luz inocente que aún brillaba en Beatrice, y Adam no quería eso para ella.

Había otros hombres elegibles en el país. Y cuando fue a recoger a Beatrice para su aventura en Boodle's, tenía la intención de sugerirle esa opción.

Sin embargo, ahora, con Beatrice acurrucada en sus brazos, su suave cuerpo presionando contra él, Adam no podía imaginarla en los brazos de otro hombre.

Lo que dejaba solo una opción.

Él mismo tendría que casarse con ella.

Y de repente, todo encajó como un rompecabezas, y una cálida certeza se instaló en su interior, diciéndole que estaba tomando la decisión correcta.

Todas las reservas que había tenido sobre su futuro eran solo eso… reservas. No necesitaba renunciar a su propio sueño. Podía salvar a Beatrice de Lansdowne y luego cumplir con su deber y perseguir su pasión. Y cuando regresara, ella estaría esperándolo.

Decidido a ofrecerle una salida, Adam abrió la boca, pero su garganta se secó y ninguna palabra salió.

¿Cómo iba a proponerle algo así?

Carraspeó, notando que había pasado demasiado tiempo perdido en sus pensamientos.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —preguntó.

La mirada de Beatrice bajó hasta sus labios, y respiró profundamente.

—¿Qué tal otra lección?

Sintiendo más confianza ahora que había decidido pedirle su mano, Adam se inclinó y capturó sus labios en un beso ardiente.

Beatrice sintió la presión de algo duro y firme, cálido e insistente, clavándose en su espalda mientras lo besaba.

Adam la deseaba. Eso, al menos, lo tenía claro.

Y ella también lo deseaba a él.

Entonces, ¿a qué venían las palabras innecesarias? ¿Por qué perder el tiempo que tenían para estar juntos?

Los besos eran infinitamente más placenteros que las palabras. Y eso viniendo de una mujer

que amaba las palabras.

Nada se comparaba con los labios de Adam presionando los suyos, su lengua acariciando la de ella con ternura. Beatrice rodeó su cuello con los brazos y se acomodó a horcajadas sobre sus caderas. Las manos de Adam se deslizaron de inmediato por debajo de su chaqueta y chaleco, sus dedos rozando su piel, encendiendo sus sentidos.

Beatrice se removió en sus brazos.

—Ayúdame a quitarme esto —susurró contra sus labios. Adam se rio entre dientes, pero la ayudó.

En cuestión de segundos, las chaquetas, chalecos y los pañuelos de cuello de ambos yacían desordenados en el suelo. Adam la recorrió con la mirada, admirando su cuerpo.

—No puedo creer que una camisa de hombre te quede tan bien. Y esos muslos dentro de unos pantalones masculinos... Lo único mejor sería verte sin nada.

Beatrice soltó una risa.

—Vaya, qué romántico.

Adam la atrajo hacia él, besó la comisura de sus labios y mordió su labio inferior.

—Perdona mi falta de modales. Pero mi cerebro deja de funcionar cuando te veo así… o cuando te veo, punto.

—Oh. —Eso sí le sonaba romántico. No las palabras de novela a las que estaba acostumbrada, sino algo auténtico. Y eso sonaba mejor que cualquier verso.

Se inclinó y volvió a besarlo.

La lengua caliente de Adam invadió su boca solo para retirarse y regresar con renovada fuerza. Sus caderas se movían al ritmo de cada embestida de su lengua.

Adam desabrochó los botones de su camisa, apartando la tela para dejar sus pechos desnudos. Enseguida, sus manos la rodearon, acariciando con los pulgares sus pezones, sosteniéndola y explorando cada curva.

Beatrice arqueó la espalda, deseando aún más el roce de su piel y rozándose contra él con cada centímetro de su cuerpo.

—Bésame —suspiró.

Adam tomó su boca y la reclamó con ferocidad. Beatrice ladeó la cabeza, ofreciéndole el cuello, luego se echó hacia atrás, dejándolo deslizar su lengua por su pecho.

—Más abajo —pidió ella, hundiendo los dedos en su cabello y guiándolo hasta su pecho.

Adam la besó con fuerza, trazando círculos con la lengua sobre su areola hasta hacerla gemir. Continuó besando, lamiendo y succionando sus senos, volviéndola loca, mientras sus caderas se movían contra las de ella, frotándose sin descanso.

—Te deseo, Beatrice —murmuró Adam, sus ojos ardiendo de pasión.

—Entonces tómame —susurró ella, con cada palabra llena de sinceridad.

Con un movimiento rápido, Adam la apretó contra su cuerpo y se giró, sentándola en la silla y quedando encima de ella. Sus nudillos se pusieron blancos al aferrarse a los brazos de la silla, su rostro a solo unos centímetros del suyo, pero sin que ninguna otra parte de su cuerpo la tocara.

—Deberías tener cuidado con lo que dices —susurró.

—¿Q-qué dije?

—Pedirme que te tome. —Su mirada recorrió su cuerpo, cada centímetro.

—Pero lo deseo.

Chasqueó la lengua.

—No tienes idea de lo que estás pidiendo. No puedes imaginar cuántas noches me he

quedado despierto, soñando contigo. Pensando en todas las cosas que quiero hacerte.

Beatrice se quedó sin palabras. ¿Soñaba con ella?

Adam tomó su mano y la presionó contra la abultada tela de sus pantalones, el calor de su erección quemándole la palma incluso a través de la tela.

—La cantidad de noches que me acaricio imaginándote.

Beatrice jadeó y sintió su piel enrojecer al instante.

—¿Q-qué imaginas… cuando lo haces? —preguntó ella, sorprendida de sus propias palabras. Pero necesitaba saberlo.

Necesitaba confirmar que sus sueños y deseos eran los mismos. Deseaba saber que él también se entregaba a sus pensamientos por la noche, alcanzando el placer en soledad. Y, curiosamente, deseaba poder verlo.

Los ojos de Adam, llenos de hambre, se encontraron con los suyos.

—Imagino tu cuerpo desnudo frente a mí. Tus senos suaves en mis manos mientras acaricio tus pezones duros.

Beatrice gimió, arqueando la espalda, sus pezones endurecidos rozándose contra la tela de la camisa. Ni siquiera la había tocado aún. Solo sus palabras la estaban volviendo loca.

Entonces, Adam comenzó a desabrochar los pantalones de Beatrice, con movimientos lentos y cuidadosos. Apenas la rozaba, pero cada vez que el tejido rozaba su piel, un estremecimiento la recorría.

Deslizó los pantalones y la ropa interior que ella llevaba debajo, dejándola en medias y camisa. Después, retrocedió, observándola con una mirada depredadora que evaluaba cada parte de ella.

—¿Sabes lo que imagino cuando me acaricio? —preguntó, llevando su mano a la protuberancia en sus pantalones.

Beatrice negó lentamente, deseando que él se desnudara y le dejara ver todo. Había visto ilustraciones en libros, pero de alguna manera sabía que la realidad sería distinta. Mejor. Y mucho más excitante.

—Esto —continuó Adam, con voz ronca—. Tú, abierta ante mí. Cálida y húmeda… ofrecida ante mis ojos. —Levantó una ceja, como si esperara que ella hiciera algo, pero su mente estaba completamente en blanco—. Ábrete para mí, cariño.

El susurro grave de Adam le provocó un escalofrío, mientras un fuego ardía en sus venas.

Beatrice se recostó un poco más contra el respaldo de la silla y separó las rodillas. Su corazón latía con fuerza y sus dedos temblaban, pero la mirada de Adam, de completa adoración, le dio valor.

—Coloca tus rodillas sobre los brazos de la silla —ordenó él, con voz rasposa.

Beatrice se humedeció los labios y lentamente obedeció. Con las piernas extendidas sobre los brazos de aquella vieja silla de cuero, en una habitación donde ninguna mujer había sido admitida jamás, sintió una fuerza nueva.

Estaba expuesta ante él como una descarada. Como una cortesana.

Y le gustaba esa sensación.

Adam tragó saliva, su garganta tensándose y relajándose mientras su respiración se entrecortaba.

—Eres hermosa —murmuró, aunque su mirada no estaba en su rostro. Estaba centrada en su centro—. Estás tan húmeda… y así es como te imagino en mi cama cada noche.

—¿Y luego qué? —susurró Beatrice—. ¿Qué haces en tus sueños?

Adam sacudió la cabeza, como si disipara la neblina.

—No querrías saberlo.

—Sí quiero. Por favor.

Él tragó, los músculos de su cuello tensándose.

—Te poseo por completo —murmuró con voz ronca—. Te hago el amor tan fuerte que gritas mi nombre, mientras tu humedad íntima cubre cada centímetro de mí.

Beatrice gimió, su cuerpo estremeciéndose, deseando desesperadamente sentirlo dentro de ella.

—Hazlo —dijo, más atrevida que nunca, pero a la vez sintiéndose vulnerable y necesitada.

—No. —Él negó con la cabeza—. Aún no.

Adam levantó la mirada, sus ojos encendidos de deseo, y Beatrice no pudo evitar soltar un gemido. ¿Cómo lograba reducirla a una masa de deseo solo con su mirada, sus palabras?

Pero debía de tener el mismo efecto sobre él, porque solo con verla medio desnuda lo hizo caer de rodillas. Literalmente.

Adam se arrodilló frente a ella, sin dudar, con el rostro al nivel de sus caderas y una mirada de hambre y determinación en los ojos. Ver a ese hombre grande y fuerte de rodillas frente a ella encendió todos sus sentidos.

¿Qué iba a hacer?

Entonces él posó sus manos en sus muslos, abriéndole aún más las piernas. ¿La reclamaría? ¿Sería por fin suya?

Su respiración se volvió entrecortada mientras lo miraba desde arriba.

—Hoy estoy aquí para complacerte —murmuró él.

Sus labios estaban a un suspiro de distancia de donde más lo deseaba.

—Ahora, dime qué quieres que haga, amor —dijo él, en un susurro áspero.

Beatrice tragó saliva.

—Quiero que me beses.

Adam deslizó las manos por sus piernas, deteniéndolas sobre sus rodillas, y besó el interior de su muslo.

Trazó una línea con sus labios hasta llegar a su centro, y luego subió para besar el otro muslo de la misma manera.

Beatrice se removió en la silla.

—Ahí no...

Los ojos de Adam brillaron con malicia mientras levantaba la cabeza y la miraba.

—Enséñame dónde.

Avergonzada, pero demasiado excitada como para detenerse, Beatrice llevó sus dedos entre sus piernas y trazó la línea de sus labios femeninos, gimiendo al sentir la oleada de placer que ese toque despertaba en su interior.

Adam esbozó una sonrisa, inclinándose hacia ella hasta hundir la nariz en sus rizos, inhalando su aroma.

—Dios, hueles divino. Me pregunto a qué sabrás.

La cabeza de Beatrice cayó hacia atrás, sus ojos cerrados, su ser entero concentrado en los dedos de Adam que la abrían, exponiéndola aún más a su mirada.

Y luego sintió su boca sobre ella.

Sus labios la tocaron con una suavidad casi irreal.

Beatrice se estremeció, y Adam la besó de nuevo, haciéndose más audaz, su beso

volviéndose más ardiente. Sus labios presionaron sus pliegues, y su lengua comenzó a trazar la forma de su deseo.

Beatrice miró hacia abajo y fue recompensada con la visión de la cabeza de Adam enterrada entre sus piernas, mientras él continuaba besándola allí, su lengua probándola con pequeños toques que la hacían enloquecer. Entonces, él apartó sus pliegues y volvió a lamerla, hundiendo su lengua en su entrada. Beatrice gimió, su cabeza golpeando el respaldo de la silla de cuero.

Había leído sobre este acto. Había leído sobre las sensaciones que despertaba. Pero ninguna descripción poética la había preparado para esta experiencia. Porque, aunque él la besaba y la lamía en un solo lugar, era como si todo su cuerpo despertara. Se movía y retorcía en su asiento, sus pechos se tensaban, y un nudo en su vientre empezaba a deshacerse, extendiéndose hasta la punta de sus dedos.

Y aún así, no era suficiente. Quería más. Esto sentía como un delicioso tormento, un juego que su cuerpo no quería soportar mucho más.

Beatrice hundió los dedos en el cabello de Adam, sosteniéndolo contra ella, mientras sus caderas se alzaban, buscando más de su boca.

Adam dejó escapar un pequeño suspiro cálido contra su centro, riendo con suavidad, pero entendiendo lo que ella necesitaba. En el siguiente momento, su lengua recorrió toda su hendidura femenina.

—Sabes tan malditamente bien… —gruñó Adam sobre ella, antes envolver con su boca su carne sensible y comenzando a succionarla con suavidad.

Beatrice gritó su nombre mientras la lengua de Adam la acariciaba y jugueteaba con una ternura deliciosa, haciéndola estremecerse.

Adam siguió asaltando cada rincón de su cuerpo, haciéndola perder la cabeza de placer. Cuando sus dedos encontraron su camino hacia la entrada íntima, todo el cuerpo de Beatrice se sacudió, y un gemido salió de su garganta sin que pudiera evitarlo.

Ahora, los dedos de Adam entraban y salían de ella al compás de su lengua. Pequeños jadeos escapaban de los labios de Beatrice mientras sus caderas seguían el ritmo de Adam en una danza de deseo.

Ella enterró los dedos en el cabello de él, mientras el placer crecía y crecía, como si estuviera lista para volar hacia el cielo en el instante de aquella explosión de éxtasis.

La boca y las manos de Adam continuaron su tarea, mientras Beatrice se derretía en los últimos vestigios de placer.

Al fin, ella abrió los ojos, respirando con dificultad mientras trataba de recuperar el aliento.

Adam se echó hacia atrás y se lamió los labios.

—Deliciosa —gruñó él, con sus ojos aún brillando de deseo. Y de alguna manera, ese simple gesto hizo que ella volviera a estremecerse en la silla.

Beatrice había visto cumplido su deseo, pero las brasas que habían ardido en su interior volvieron a encenderse de nuevo.

Entonces, Adam llevó la mano a su miembro erecto, y ella se dio cuenta de que él aún no había experimentado el mismo placer.

Ella había alcanzado la dicha, y ahora quería ofrecérsela a él.

Quería tocarlo. Ni siquiera lo había visto desnudo aún. Y la idea de no tener nunca el placer de hacerlo le despertó un anhelo desesperado.

Adam se puso de pie y extendió las manos hacia ella. Beatrice dejó que él la ayudara a levantarse, y ahora ambos estaban frente a frente, mirándose a los ojos. Adam le apartó un

mechón de cabello que se había pegado a su frente húmeda. Luego, se inclinó y la besó con hambre en los labios.

Con un suspiro de rendición, Beatrice abrió la boca para recibirlo, el sabor de su propio deseo aún presente en los labios de Adam.

Sus manos recorrieron su cuerpo, desesperadas por tocar cada rincón de la piel desnuda de él. Después de explorar su cuello, comenzó a desabotonarle la camisa.

Adam la ayudó a deshacerse de la prenda, y Beatrice se detuvo para admirar su torso, amplio y definido, cubierto de un vello sedoso, y el abdomen plano y marcado. Con una mano temblorosa, trazó con sus dedos el pecho caliente y duro, y luego recorrió sus pezones, sonriendo al ver que él contenía la respiración.

Beatrice bajó la cabeza y rodeó uno de sus pezones con la lengua, justo como él había hecho con ella, y Adam dejó escapar un gemido. El vello en su pecho le hacía cosquillas a Beatrice en las yemas de los dedos, y ella deslizó la mano más abajo, deleitándose con la manera en que los músculos de Adam se tensaban y reaccionaban a su tacto.

Cuando su mano llegó a los pantalones, Adam gimió de nuevo.

Ella jugueteó con la cinturilla de los pantalones, pasando el dedo por debajo, y vio cómo el abdomen se agitaba con un suave estremecimiento.

—¿Puedo? —preguntó ella, mordiéndose el labio y levantando la vista para encontrarse con sus ojos.

Adam cerró los ojos brevemente.

—Vas a ser mi perdición.

Beatrice sonrió, recordando una frase de sus novelas.

—Solo una pequeña perdición.

Adam soltó una risa ronca, y Beatrice se concentró en su tarea, desabrochando sus pantalones y tirando de ellos hasta que cayeron a sus pies. Adam los apartó con un rápido movimiento hasta quedar completamente desnudo frente a ella.

Había estado en lo cierto. Su erección no se parecía en nada a las imágenes que había visto en los libros. Era larga, gruesa, y… fascinante. Ninguna descripción le hacía justicia.

Surgía orgullosa desde la base de un vello castaño oscuro, inclinándose ligeramente hacia la izquierda, como si el grosor de su extremo hiciera que se plegase el largo tronco. Cuando Beatrice rodeó esa calidez pulsante con sus dedos, Adam contuvo la respiración, y al mismo tiempo, la atrapó en un beso hambriento. Beatrice continuó su exploración, deslizando su mano arriba y abajo en ese miembro ardiente. Era realmente fascinante. Aunque era como una barra de acero, la piel que lo recubría era suave y sedosa. Movió la mano con lentitud, y Adam gimió contra su boca.

«Sí».

Eso era lo que ella quería. Quería hacerle sentir lo que él le había hecho sentir a ella minutos antes. Quería reducirlo a un hombre rendido a sus caricias. Y sabía cómo hacerlo. O, al menos, había leído sobre ello.

Beatrice apretó un poco más su mano, y Adam empujó sus caderas hacia adelante, frotando su erección contra la mano de Beatrice mientras su lengua invadía la boca de ella, robándole el aliento. Apretó de nuevo, acariciando su longitud, y Adam gimió contra sus labios. Sus caderas se movieron de nuevo, buscando alivio en su mano.

Con la otra mano, Beatrice sostuvo su rostro, besándolo con fuerza, tomando el control. Adam respondió con igual intensidad, besándola ferozmente.

Beatrice deslizó el pulgar sobre la cabeza de su miembro, y Adam se apartó, respirando con dificultad.

—Quiero saborearte —dijo ella, mirándolo fijamente a los ojos.

Adam pareció sorprendido. Pero solo por un instante.

Él hundió los dedos en el cabello de Beatrice, y le susurró, con voz entrecortada:

—Entonces, ponte de rodillas.

# Capítulo 18

Beatrice lamió sus labios y se arrodilló lentamente ante Adam.

¿Quién habría pensado que estar de rodillas ante un hombre podría hacerle sentir una oleada de poder? Pero ahora, sosteniéndolo entre sus manos, arrodillada frente a él, era ella quien tenía el control.

Jamás se había sentido tan salvaje, con el fuego recorriéndole las venas y una urgencia que la empujaba a seguir. Su boca salivaba, deseosa de probarlo.

Él la había llevado al éxtasis con su boca. ¿Podría ella hacer lo mismo?

Contempló la longitud de su miembro en su mano, notando una solitaria gota de placer en la punta. Llevó su boca hasta él y lo lamió.

—Joder... —Adam gimió, echando la cabeza hacia atrás—. Sí... —murmuró en un gruñido profundo—. Así, justo así...

Beatrice lo lamió y luego rodeó la corona de su miembro con sus labios, succionando. El sabor salado y dulce explotó en su boca, haciéndola gemir. Succionó con más fuerza, y Adam inclinó las caderas hacia adelante, hundiéndose más en su boca.

Beatrice era como una fiera en celo. No sabía muy bien qué hacía ni cómo, pero cuanto más Adam se movía y la alentaba, más lo deseaba. Lo introdujo más en su boca, mientras sus manos apretaban y bombeaban la base.

Levantó la mirada y se encontró con la suya, liberándolo de sus labios un instante.

Adam se mantenía de pie, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Esto. Esto era lo que ella había querido.

Al notar que había detenido sus caricias, Adam bajó la vista hacia ella con una chispa traviesa en sus ojos.

—¿Te gusta? —murmuró—. ¿Te gusta tener mi miembro en tu boca?

Beatrice asintió lentamente, contemplando su miembro húmedo en su mano. Sus palabras picaron algo en su interior. Lo deseaba dentro de ella, sí. Pero en ese instante, lo quería de nuevo en su boca. Con un gemido, lo tomó una vez más. El sabor de su piel y su esencia salada la llenaron mientras pasaba la lengua por su longitud, saboreándolo como si fuera un dulce.

—Dios, voy a correrme —gruñó Adam, apartándose ligeramente y mirándola—. Si no te detienes...

Pero Beatrice no quería detenerse. Colocó las manos en sus nalgas y lo atrajo más hacia ella, sumergiéndolo más profundo en su boca. Su miembro se endureció, más grueso, palpitante dentro de ella, mientras Adam enredaba sus dedos en su cabello.

—Sí, amor mío —murmuró él, moviendo las caderas más rápido, cada vez más cerca.

El deseo de Beatrice crecía. Estaba húmeda, rebosante de anhelo, desesperada por sentir su liberación.

Y justo cuando pensó que sucedería, cuando se preparaba para recibir su semilla, escucharon

un golpe en la puerta.

El sonido sacudió a Adam, devolviéndolo a la realidad, aunque sus sentidos todavía no lo alcanzaban. ¡Estuvo a punto de correrse en la boca de Beatrice!

¿Qué estaba haciendo? Ella era inocente, y él se aprovechaba de su vulnerabilidad, de su necesidad de experimentar pasión antes de casarse.

¿Si no fuera por esa urgencia, ella permitiría esas... indecencias?

Adam se apartó con un suspiro frustrado, y Beatrice gimió, luciendo perdida y confundida. Sus ojos aún brillaban de deseo, sus labios estaban hinchados y rojizos por sus besos y la devoción con la que lo había complacido. Él no deseaba nada más que voltearla y sumergirse en ella hasta que ambos quedaran exhaustos.

Adam gruñó.

Otro golpe.

—Adam, ¿estás ahí? —La voz de Gage resonó desde afuera.

—Maldita sea. Es Gage —murmuró Adam, buscando desesperadamente su ropa—. ¡Gage, vete!

—No. No pienso irme. Abre la puerta.

Saltando en un pie mientras se colocaba los pantalones, Adam gritó:

—No va a suceder.

Beatrice recogió sus pantalones del suelo y se paró frente a él, con los ojos abiertos de miedo, sujetando la prenda masculina con fuerza contra su pecho.

Adam se puso la camisa y la metió en la banda de los pantalones justo cuando sonó otro golpe, más fuerte ahora.

—No me obligues a llamar a los guardias para que abran la puerta.

Adam maldijo de nuevo, pasándose la mano por el cabello. Tomó a Beatrice por el brazo y la acomodó en la silla donde la había complacido minutos antes. La cubrió con su chaqueta y presionó un beso en su frente.

—Quédate aquí.

Beatrice dejó escapar una risita nerviosa.

—Como si pudiera ir a alguna parte.

Adam le acarició la mejilla y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes. Nadie te verá. Yo me encargaré de Gage.

Luego se dirigió a la puerta.

La desbloqueó y salió de inmediato, cerrando la puerta detrás de él y bloqueándola con su cuerpo.

Gage estaba frente a él, con el ceño fruncido y una expresión sombría.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—¿Qué haces aquí, hermano? —Adam intentó sonar despreocupado.

Gage cruzó los brazos sobre el pecho, sus ojos entrecerrados.

—¿Espiándome?

—Al parecer, no sin razón —replicó Gage, lanzando una mirada hacia la puerta que Adam bloqueaba—. Te comportabas de forma extraña. Saliendo en mitad de la noche sin ir a ninguno de tus sitios habituales. Así que cuando me enteré de que estabas en Boodle’s con un primo nuestro...

—¿Los guardias de Boodle’s ahora espían para ti? —«¿Es que todo el mundo trabajaba para él?», se preguntó.

Gage no consideró importante responder a esa pregunta.

—Quise averiguar qué sucedía. Si tienes a una mujer allí y solo estás divirtiéndote antes de partir, eso está bien. Pero si es la señorita Fowley la que está adentro...

Ahora fue Adam quien cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Y entonces qué?

Gage señaló con un dedo hacia Adam.

—Entonces lo dejarás. Inmediatamente.

Adam dio un paso hacia adelante.

—Esto no es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? —estalló Gage—. Confié en ti para mantenerla a salvo. Y en cambio, ¡tú eres quien se aprovecha de ella!

—¡No tienes idea de lo que estás diciendo!

—¿En serio? ¿Crees que soy ciego? Vi la manera en que la mirabas durante la función de teatro. Veo cómo se iluminan tus ojos cuando hablas de ella. Reconozco las señales, hermano. Yo también he pasado por eso.

—No sé de qué estás hablando —respondió Adam, alzando la barbilla.

—Solo quiero saber si planeas proponerle matrimonio. Porque si no es así, lo dejarás. Ahora.

Adam bajó la mirada, sintiendo cómo la rabia se disipaba al soltar un suspiro.

—Lo haré —admitió finalmente—. Voy a casarme con ella.

Gage no parecía sorprendido, solo levemente impresionado, tal vez.

—Bien. Entonces podrás continuar con tus comportamientos inapropiados después de que eso ocurra. Por ahora... llévala a casa.

Beatrice deseó no haber escuchado la conversación que ocurría justo afuera de la puerta. Apenas Adam salió, ella empezó a vestirse de inmediato, temiendo que el vizconde obligara la entrada. Pero Adam cumplió su palabra: nadie entró.

Sin embargo, afuera tuvo lugar una conversación que hizo que el corazón de Beatrice se encogiera a cada revelación.

El vizconde había notado las miradas de Adam hacia ella, había notado sus sentimientos. ¡Pero los sentimientos de Adam hacia ella no eran ninguna novedad, o sí?

Sabía que la deseaba. Lo había admitido hacía solo unos minutos.

Pero la gran revelación, la más desagradable, era el hecho de que Adam acababa de aceptar proponerle matrimonio.

No porque la amara. Ni siquiera porque la deseara. No. Había aceptado proponerle matrimonio porque lo habían atrapado, porque su hermano lo exigía.

Y lo peor de todo era que, si él entraba en ese momento y le ofrecía su mano en matrimonio como penitencia por sus pecados, Beatrice no estaba segura de poder rechazarlo.

¿Y acaso importaba? Conseguiría lo que había querido desde un principio.

Adam la deseaba.

Por ahora.

Pero no para siempre.

¡Dios! Ella había tramado atraparlo en esa propuesta y ahora, de repente, ¿tenía dudas al respecto?

Sí. Sí las tenía. Porque, a diferencia de él, ella se había enamorado.

Dios, ¡estaba enamorada de él!

¡Por supuesto que estaba enamorada de él! Adam era amable, inteligente y encantador.

Amaba sus bromas, amaba cómo él la hacía reír. Cuando él hablaba, ella se aferraba a cada palabra. Cuando estaba a su lado, lo único que quería era acurrucarse en su calor. Cuando bailaban, todo el mundo a su alrededor se desvanecía. Y cuando la besaba… Oh, cuando la besaba, ella deseaba llorar de felicidad.

Lo amaba.

Amaba la forma en que sonreía, con esos ojos chispeantes de picardía. Amaba la expresión aburrida en su rostro cuando la encontraba irritante. Amaba sus bromas y sus palabras apasionadas. Amaba sus sueños absurdos, esos que estaban destinados a separarlos.

Lo amaba.

Y la idea de que él se casara con ella solo por honor, mientras ella lo amaba con toda el alma, era algo que no estaba segura de poder soportar.

Sin embargo, tampoco tenía la fuerza suficiente para rechazarlo.

Él terminaría por enamorarse de ella, ¿no es cierto?

A menos, claro, que perdiera todo interés y buscara otros objetivos.

¿Qué importaba? Mejor Adam que Lansdowne.

—¡Ugh! —Beatrice deseó lanzar algo contra la pared. En su lugar, golpeó el suelo con el pie.

¿Cómo había llegado su vida a ser tan complicada?

La puerta crujió detrás de ella, y se giró rápidamente para ver a Adam deslizándose dentro. Su expresión era tensa y su cabello estaba aún más desordenado, como si hubiera pasado sus manos por él una y otra vez.

—Oh, bien, ya estás vestida —dijo él, asintiendo—. Tenemos que irnos.

—Sí, yo... —Beatrice miró alrededor de la habitación—. Solo necesito ponerme la barba.

Adam asintió en silencio y comenzó a colocarse su propia ropa. No hubo caricias, ni besos esta vez. Apenas si la miraba.

Todo había cambiado, y Beatrice estaba segura de que era por culpa de la absurda propuesta de matrimonio.

¿Así sería el matrimonio con él?

Beatrice cerró los ojos. No quería ni pensarlo.

Salieron del club en silencio, y ninguno rompió ese silencio hasta que estuvieron sentados frente a frente en el carruaje.

—Entonces —comenzó Beatrice, intentando sonar animada—, ¿qué quería el vizconde?

Adam se encogió de hombros.

—Controlar la vida de todos, como siempre.

—No tienes que escuchar lo que dice —comentó Beatrice con cautela.

—Lo sé. —Finalmente, una leve sonrisa apareció en sus labios—. Siendo que la mayoría del tiempo se equivoca, a pesar de su convicción de lo contrario, quizás debería ignorarlo.

Beatrice tragó saliva e intentó sonreír. No estaba segura de haberlo logrado.

—Beatrice —dijo Adam, mirándola directamente a los ojos por primera vez desde su conversación con el vizconde.

—¿Sí?

—Hay algo de lo que he querido hablar contigo todo el día. Algo en lo que he estado pensando desde hace un tiempo.

—¿Ah, sí? —Beatrice apenas logró pronunciar la pregunta con un tono curioso.

—Cuando empezamos este viaje, prometí ayudarte a cumplir esta lista antes de que te casaras. Pero… hay algo que creo que no has considerado. —Tiró de su pañuelo de cuello,

nervioso—. Bueno, tal vez sí, pero nunca lo hablamos. Y creo que deberíamos haberlo hecho. —Estaba divagando, y Adam nunca divagaba; esa era la especialidad de ella—. Puedo ayudarte con algo más que con la lista, ¿sabes?

Beatrice contuvo el aliento.

—¿Oh? —Parecía ser lo único que podía decir en ese momento.

—Sí, puedo… puedo detener todo esto y salvarte de tu futuro marido.

—¿Salvarme? —Beatrice tuvo que contener una mueca. Esto iba a ser un desastre.

—Sí. —Él extendió sus manos hacia ella, y Beatrice, a regañadientes, colocó las suyas en las de él—. No tienes que casarte con Lansdowne, ¿sabes? Puedes casarte conmigo.

Por un momento, el mundo entero dejó de girar. Ya no se oía el golpeteo de la lluvia sobre el techo del carruaje, ni el sonido de los cascos de los caballos ni el rodar de las ruedas. Incluso el vaivén del carruaje pareció detenerse. Él le había propuesto matrimonio. De verdad lo había hecho.

No era la propuesta con la que ella soñaba, sin embargo. Y aunque había estado pensando en esta situación exacta desde que salieron del club, aún no sabía cómo se sentía al respecto.

—No puedes estar hablando en serio —murmuró.

—Lo estoy —respondió él, y lucía realmente serio.

Beatrice retiró las manos de las de él.

—¿Y qué hay de tus metas, de tus sueños de viajar y ver el mundo? ¿De descubrir tus pasiones? ¿De encontrar tu propósito?

—Puedo hacer todas esas cosas teniendo una esposa —respondió él, echándose hacia atrás y abriendo los brazos—. Eso no importa. Puedo conseguirnos una licencia especial, y nos casaremos la próxima semana. Antes de que parta.

Beatrice se quedó inmóvil.

—¿Y qué haré yo mientras tú no estás?

—Lo que desees, ¿no es lo maravilloso de todo esto? Te asignaré una buena mensualidad. Tendrás tu propia casa, que podrás decorar como quieras. Podrás comprar todos los libros que desees. Podrás viajar, también.

Beatrice aclaró su garganta obstruida.

—¿Sola?

Adam se encogió de hombros.

—O con tus hermanas, amigas, quien tú quieras.

—¿Y mientras tanto, tú estarás…?

—Con suerte, explorando el mundo. La expedición actual me llevará entre dos y tres años, y no sé a dónde me llevará la vida después de eso.

Beatrice se frotó la cara, empujando sus lentes sin querer y volviéndoselos a acomodar.

—Lo siento, discúlpame, ¿me estás proponiendo un *mariage blanc*?

—No tiene por qué serlo. —Él se encogió de hombros—. No nos falta pasión, si no lo has notado. Puedo darte hijos, si eso es lo que quieres. Quizás no lo logremos ahora, pero volveré y…

—¿Pero no vivirías con nosotras, cierto? —lo interrumpió ella, con brusquedad.

—Bea... —Él extendió la mano hacia ella, pero Beatrice se inclinó hacia atrás, y Adam cerró el puño antes de retirarlo—. Disfruto mucho de tu compañía, y lo sabes. Te deseo, eso también lo sabes. Y quiero lo mejor para ti. Pero yo no… no puedo vivir mi vida por otra persona. Te lo dije desde el principio.

«Disfruto mucho de tu compañía». Jamás pensó que palabras tan dulces podrían romperle el corazón.

—Sí, lo escuché la primera vez —dijo Beatrice, descubriendo finalmente cómo se sentía respecto a esta propuesta—. Y he escuchado tu propuesta de matrimonio. Te lo agradezco, pero la rechazo.

—¿Qué? —Adam se enderezó en su asiento, sus ojos salvajes—. ¿Prefieres casarte con un viejo lascivo?

—Sí. —Asintió con énfasis—. Porque, aunque con él seré miserable durante algunos años, no es más que un hombre viejo. Pronto, en diez años o algo así, es probable que fallezca y me convierta en una viuda respetable. Mientras que contigo... sería una mujer solitaria para siempre.

Adam soltó un resoplido incrédulo.

—No puedes saber eso. Podría caer antes que él. Estas expediciones pueden ser peligrosas, ¿sabes?

—Eso no es a lo que me refiero, y lo sabes —gritó ella—. Te irás a explorar, te unirás a una expedición tras otra, y tal vez te asientes en algún otro país. Incluso podrías... —las palabras se atascaban en su garganta— enamorarte de otra mujer. ¿Entonces qué? ¿Tendrás una amante?

Él se encogió de hombros, su voz tensándose.

—Podrías tener un amante tú también.

Solo pensar en eso hizo que Beatrice se sintiera enferma. Y el hecho de que él no lo considerara un problema le rompió el corazón una vez más.

—No es la vida que quiero.

No podía creer sus propias palabras, pero el dolor en su interior le decía que estaba haciendo lo correcto.

—Gracias por todo —dijo en un tono más suave—. Nos queda una última cosa en mi lista por tachar. Y después de eso… —Negó con la cabeza, sintiendo cómo se acumulaban lágrimas en el fondo de sus ojos—. Después de eso, será mejor que tomemos caminos separados.

# Capítulo 19

Beatrice se puso los guantes y miró a su tía.

—¿Cómo me veo?

—Maravillosa. —La tía Agnes juntó las manos, radiante—. Simplemente maravillosa.

Era la última tarea de su lista. La última noche de escapadas con Adam. Y cuatro días después, ella partiría a Northumberland, mientras Adam saldría a explorar el mundo.

En esta ocasión, Beatrice había pedido ayuda a su tía en lugar de ambas pretender que ella dormía plácidamente en su cama. Beatrice necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir, además de mucho apoyo. Por dentro, se sentía temblar, y no solo de nervios.

Pero también era su última noche de libertad. No literalmente, claro. Pero sí la última noche en la que podría hacer algo audaz antes de que su vida real comenzara de nuevo.

—Gracias. —Beatrice, de repente algo cohibida, miró su reflejo.

El vestido que la duquesa había elegido para ella escandalizaría a cualquiera si lo usara en un baile convencional. La brillante tela dorada y las piedras preciosas centelleaban con cada movimiento, atrayendo todas las miradas. Se ceñía perfectamente a sus curvas, acentuando cada detalle. El escote bajo enmarcaba sus pechos de tal manera que, por un instante, Beatrice temió que un movimiento en falso los dejara al descubierto. Pero la modista era una verdadera maestra, y esa preocupación era infundada. Y luego estaba la larga y elaborada cola, cubierta de flores de gasa, que se deslizaba como una nube sobre el suelo.

Nunca había usado un vestido tan revelador, y la idea de presentarse así ante Adam le hacía cosquillas de nervios en el estómago. Algo curioso, considerando las situaciones en las que él ya la había visto… y las cosas que le había hecho.

Sintió cómo le ardían las mejillas y bajó la mirada.

—Si ese tal Adam no te propone matrimonio esta noche, me haré serias preguntas sobre su salud mental. Pareces un hada encantadora. —La tía Agnes juntó las manos bajo la barbilla y la miró con aire soñador.

Beatrice no le había contado nada a su tía sobre la propuesta de Adam. Tampoco le había dicho que la había rechazado. No quería decepcionarla. La tía Agnes estaba tan volcada en el futuro de su sobrina que Beatrice sentía que la estaba fallando.

Contárselo también significaría explicarle por qué había rechazado la oferta. Y, aparte de esa sensación profunda en el estómago que le decía que estaba haciendo lo correcto, Beatrice no sabía ni cómo explicárselo racionalmente a ella misma.

Amaba a Adam. Y por eso mismo, tenía que dejarlo ir.

Afortunadamente, no tuvo que decir nada, porque el mayordomo apareció en la puerta, anunciando que el señor Adam Lewis había venido a recoger a la señorita Fowley.

—Ahora debo irme —dijo Beatrice con una sonrisa nerviosa.

—¡No olvides la máscara! —La tía Agnes le tendió una sencilla máscara negra con diseño de

dominó.

Con su natural despiste, Beatrice había perdido la preciosa máscara de hojas y flores que había bordado pacientemente con hilo dorado y que usó en el baile de Hades. Hubiera quedado perfecta con este vestido brillante. En su lugar, había tenido que coser una sencilla máscara de dominó negra, que tendría que bastar. La guardó en su bolso y salió de la habitación.

Era su última salida antes de su inevitable matrimonio, y no permitiría que nada la arruinara.

Descendió las escaleras, sujetando las faldas y bajando con cuidado, paso a paso, para no tropezar.

Sería un final perfecto para el mes perfecto, ¿no?

La verdad es que había sido un mes perfecto.

Había reído tanto, había sentido tanta emoción, placer… Tendría que contentarse con guardar esos recuerdos en su corazón para el resto de su vida sin pedir más.

Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Adam. Él la observaba boquiabierto, con una expresión atónita en el rostro, inmóvil en medio del pasillo mientras ella descendía despacio.

Adam parpadeó, como si apartara el sueño de sus ojos, y carraspeó.

—Te ves... increíblemente hermosa.

Beatrice sonrió con amplitud.

—Mi tía dice que parezco un hada encantadora.

Adam inclinó la cabeza.

—Y no se equivoca.

La sonrisa de Beatrice se suavizó.

—Tú también te ves encantador.

Adam soltó una carcajada y la tensión entre ambos pareció disiparse.

La verdad era que él lucía encantador.

Vestido impecablemente con un conjunto totalmente negro, encarnaba la imagen misma de un caballero apuesto. La ropa le ceñía el cuerpo a la perfección, destacando su figura atlética.

La camisa blanca que asomaba bajo su chaleco negro ofrecía un contraste llamativo, y su pañuelo de cuello, cuidadosamente anudado, enfatizaba la línea fuerte de su mandíbula.

Mientras se acercaba a ella, el cabello ondulado de Adam caía con gracia sobre su frente. La luz de las velas captaba reflejos dorados y castaños, creando casi un halo etéreo alrededor de su rostro, como si hubiera salido de un cuadro romántico, una verdadera visión de elegancia y nobleza.

Pero fueron sus ojos, chispeantes de emoción, lo que verdaderamente cautivó a Beatrice. De un azul profundo, mostraban un destello de picardía y de la aventura que les aguardaba esa noche.

Adam caminó hacia ella y le ofreció su brazo justo cuando sus zapatos alcanzaron el suelo del corredor.

Beatrice puso su mano en el pliegue de su brazo, sintiendo cómo un cosquilleo de anticipación recorría su cuerpo y una oleada de mariposas le revoloteaba en el estómago.

—Dejé el carruaje en la entrada lateral. Aunque tu tía parece bastante tranquila respecto a nuestra salida de medianoche, no quiero que los chismosos nos vean y empiecen a susurrar. No sé si Lansdowne… —Se atragantó con las palabras y aclaró la garganta.

Beatrice no quería hablar de Lansdowne esa noche. Ni de nada que les trajera pensamientos desagradables, así que cubrió su brazo con la mano y le sonrió.

—Gracias.

Él se detuvo, su mirada recorriendo sus ojos y luego sus labios. Después dejó escapar un profundo suspiro, asintió y reanudó su camino hacia afuera.

Quizás era demasiado esperar que pudieran simplemente tachar esta última tarea de la lista sin conversaciones incómodas.

Su rechazo a la propuesta evidentemente lo había herido, aunque Beatrice no comprendía por qué. La propuesta que él había hecho no era precisamente halagadora. No le había ofrecido un verdadero matrimonio, sino un refugio.

Desde su punto de vista, Adam le había ofrecido todo: su nombre, su riqueza, su familia, y a cambio, ella no podía darle nada. Beatrice no creía poder vivir con una deuda así.

Aun así, estaba segura de que había herido su orgullo. Y para un caballero, quizás era la herida más grande.

Adam la ayudó a subir al carruaje y se sentó frente a ella, mirando por la ventana. No hubo bromas ni más sonrisas. Beatrice deseó poder retroceder en el tiempo hasta el momento en que decidió que quería experimentar la pasión. Si no se hubieran besado, si no hubieran compartido esos momentos de dicha, quizás…

No.

Sacudió la cabeza. Esos habían sido los momentos más preciados de su vida. Y jamás querría desear que no hubieran ocurrido. Las cosas eran incómodas entre Adam y ella, pero el daño era reparable. Todavía tenían toda la noche por delante.

Carraspeó.

—¿De verdad crees que tu reloj aparecerá en la subasta de esta noche?

Adam la miró bajo sus cejas fruncidas, pero luego su expresión se suavizó y negó con la cabeza.

—No. En realidad, ya he hecho las paces con la idea de no volver a verlo.

Beatrice hizo una mueca.

—Lo siento.

Su sonrisa se tornó nostálgica.

—No lo sientas. Solo es un objeto. El amor que sentí por mi hermano y por mi abuelo no desaparecerá solo porque no tenga ese reloj conmigo.

—Aun así, significaba mucho para ti.

Él asintió.

—Lo significaba. Pero perder ese reloj… me ha creado más recuerdos que ahora puedo atesorar.

El aire se atascó en el pecho de Beatrice, y no pudo decir nada ante eso. Se miraron durante un largo momento hasta que Adam rompió el contacto.

—Oh, casi lo olvidaba. Te he traído algo. —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó algo, aunque Beatrice no lograba distinguir qué era en la tenue luz del carruaje.

—¿Qué es? —Extendió la mano.

Él colocó el objeto en su palma, y ella lo acercó a su rostro.

—Es tu máscara —dijo él.

Beatrice desenvolvió el objeto con asombro. ¡Era su máscara de seda blanca con adornos de hilo dorado!

—¡Mi máscara! ¿Dónde la encontraste?

Hubo una breve pausa mientras Adam se removía en su asiento y aclaraba la garganta.

—La dejaste en el carruaje la noche del baile de máscaras. La encontré cuando volvía a casa.

—Y… —Beatrice frunció el ceño—. ¿Se te olvidó devolvérmela?

Adam cruzó los brazos sobre el pecho, su rodilla temblando de forma familiar.

—Al principio.

Algo se agitó y se expandió en el estómago de Beatrice, y una cálida sensación le recorrió el cuerpo. ¡Se la había quedado! ¡A propósito!

Adam detuvo el temblor de su rodilla y señaló la máscara.

—Sabía que la ibas a necesitar esta noche, así que hice una pequeña modificación en su diseño.

Beatrice lo miró.

—¿Modificación?

—Sí, fui a la costurera local, llevé unas monturas similares a tus gafas y le pedí que cosiera un par de lazos para que te fuera fácil atar esta máscara sobre tus gafas. —Él se movía nervioso en su asiento mientras hablaba. Era evidente que le costaba hacer aquella confesión.

¿Había hecho esto antes o después de su noche en el club Boodle’s? ¿Se había tomado la molestia de darle ese regalo tan considerado, a pesar de que ella rechazara su propuesta?

El gesto era demasiado dulce, independientemente de sus motivos.

¿Y cómo no se le había ocurrido a ella? Beatrice se quitó las gafas, intentando pasar las varillas de la máscara por las patillas de las mismas, solo que, sin sus gafas, todo a su alrededor era un borrón en la penumbra del carruaje.

—Déjame a mí.

Los dedos enguantados de Adam envolvieron sus manos con calidez, y él le quitó suavemente tanto la máscara como las gafas. Tras unos momentos, se inclinó hacia ella y le colocó las gafas de nuevo en el puente de la nariz.

No encajaban a la perfección, ya que su campo de visión no era el mismo—la máscara cubría parte de los cristales—, pero desde luego era mucho mejor que no llevarlas.

—¿Cómo me veo? —murmuró, mordiéndose el labio con un poco de nerviosismo.

Adam sonrió.

—Como una auténtica hechicera mágica.

El carruaje se detuvo unos instantes después, y ambos se lanzaron miradas emocionadas.

—¿Estás lista? —preguntó Adam, cuando la puerta se abrió ante ellos.

Beatrice asintió.

—Guíame.

No se había imaginado que la subasta clandestina estaría realmente bajo tierra. Sin embargo, era así. Cruzaron el piso vacío del edificio, acompañados por un hombre de librea dorada, un atuendo que desentonaba con el oscuro y sombrío vestíbulo. El eco de sus tacones resonaba en el espacio vacío, intensificando la sensación de inquietud que había comenzado a envolver a Beatrice desde el momento en que cruzaron la puerta.

La sensación se hizo aún más fuerte cuando el hombre de la librea abrió una trampilla, revelando unas escaleras que descendían a un nivel inferior.

Beatrice apretó los dedos alrededor del brazo de Adam, y él cubrió su mano con la suya, dándole unas palmaditas en un gesto tranquilizador.

—Vamos —la animó.

Beatrice respiró hondo, recogió sus pesadas faldas y comenzó a descender por la escalera en espiral.

El angosto pasillo de piedra aumentaba su creciente inquietud. Sin embargo, sabía que Adam estaba justo detrás de ella, y mientras él estuviera a su lado, nada más importaba.

Cuando sus pies tocaron el suelo, avanzó por el pasillo hacia una puerta bajo la cual se filtraba luz, pero antes de que pudiera alcanzarla, esta se abrió de golpe, revelando una escena digna de un cuento de misterio.

El espacio, tenuemente iluminado, estaba adornado con linternas parpadeantes y cubierto con ricos terciopelos que parecían absorber la luz en lugar de reflejarla. El aire estaba impregnado de un tenue y embriagador aroma a cuero envejecido y especias exóticas, dotando al ambiente de un aura enigmática.

La sala de subastas se desplegaba ante ellos, mostrando un hipnotizante despliegue de artículos valiosos y raros sobre pedestales ornamentados y mesas cubiertas de terciopelo. Antiguos artefactos, piedras preciosas y exquisitas obras de arte, de origen desconocido y envueltos en misterio, estaban dispuestos para tentar a los selectos compradores.

Beatrice se giró hacia Adam, con los ojos abiertos de par en par. Este lugar no dejaba de sorprenderla.

Adam colocó una mano protectora en la parte baja de su espalda y se inclinó hacia ella.

—Parece que encajamos bien aquí.

Y era cierto. Muchos de los lujosos asistentes iban ocultos bajo capas y máscaras de baile. En el fondo, sonaba una melodía inquietante, pero por más que Beatrice buscó el origen, no pudo divisar la orquesta, lo que le hizo pensar si, quizá, serían fantasmas quienes la interpretaran.

Por supuesto, estaba siendo fantasiosa. Y le encantaba cada momento.

Adam y Beatrice se unieron al bullicio, moviéndose con soltura de un artículo a otro, hipnotizados por la magnificencia de unos y sorprendidos por la mediocridad de otros.

Sin embargo, Beatrice carecía del gusto refinado y los conocimientos que le habrían ayudado a apreciar mejor aquellas piezas. Y los precios a los que serían vendidos probablemente superarían la suma que Lansdowne había acordado pagarle a su padre por su mano.

—La subasta comienza en quince minutos. Pasen, por favor, a la sala principal —anunció el subastador, vestido completamente de negro y con una media máscara también negra, desde una plataforma elevada. Luego se dirigió hacia una puerta a su derecha.

Los asistentes empezaron a avanzar hacia la sala principal, mientras algunos rezagados seguían admirando los objetos. Fue entonces cuando ella lo vio. ¡El reloj!

Allí estaba, descansando sobre un cojín rojo dentro de una caja de madera con tapa de cristal, asegurada con un gran candado de acero. Tiró del brazo de Adam, quien la miró con expresión interrogante.

Sin darle explicación, Beatrice lo guio hacia la caja que contenía su reloj. Al lado de esta había una nota describiendo las características del objeto.

«Impecable manufactura del siglo XVI. Incrustaciones de polvo de diamante. La delicada rosa en la corona de cuerda sugiere que perteneció a la Casa Tudor».

Adam arrugó la nariz.

—Bueno, eso último es una mentira descarada. Me pregunto cuántas de las cosas que se venden aquí son realmente auténticas.

Beatrice miró a su alrededor con cautela, asegurándose de que nadie la escuchara.

—Sospecho que pocas.

De repente, Adam se giró, completamente absorto por una mujer que acababa de entrar en la sala de subastas. Y, ¿quién podría culparle?

Esa mujer tenía el porte y la elegancia de una reina. Su vestido de un profundo azul medianoche, con un ribete dorado en el borde de la falda y el corpiño, resaltaba sus curvas pronunciadas. Su cabello negro como el azabache caía en suaves ondas sobre sus hombros y se deslizaba por su espalda. Mantenía la cabeza en alto, con una sonrisa en los labios. Beatrice apretó inconscientemente los dedos alrededor del antebrazo de Adam, hasta que él se volvió hacia ella.

—Es la mujer de tus sueños —dijo él con una sonrisa.

—¿Perdón?

Adam señaló con la cabeza hacia la imponente mujer.

—Es la nueva dueña del Hades' Hell.

—¡Oh! —Beatrice sofocó una risa, recordando su disparatada charla sobre su deseo de conocer al dueño del infame club y dejarse arrastrar por un romance con él, sin saber entonces que se trataba de una mujer—. Tengo que admitir que no me importaría bailar con ella. Aunque creo que me intimidaría demasiado.

Adam rio.

—¿Intimidada? No lo creo. —Él le dio unas palmaditas en la mano que descansaba en su brazo—. Vamos a la sala principal. La subasta está por empezar.

«Magnífica».

Si Adam tuviera que describir a Beatrice esa noche en una sola palabra, sería «magnífica». La verdad era que no creía que pudiera describirla de otra forma.

Su cabello castaño dorado, recogido con elegancia en lo alto, dejaba escapar unos rizos traviesos que enmarcaban su rostro encantador. Sus ojos, de un marrón chocolate hipnotizante, brillaban a la luz de las velas incluso a través de las gafas, insinuando una picardía particular. Sus labios, llenos y rosados, parecían invitar a ser besados.

Se mostraba serena y elegante, con su delicada mano en su antebrazo, su dulce y encantador aroma envolviéndolo y calmando sus nervios. Sin embargo, ninguna palabra que conociera sería suficiente para describirla. Ninguna podría capturar por completo su esencia.

Adam se consideraba un hombre elocuente. No hablaba en exceso, pero cuando lo hacía, sabía expresar sus pensamientos de manera diplomática, aunque concisa. Sin embargo, en presencia de Beatrice, las palabras parecían escapársele.

Quizás ella tenía razón. Debería haber leído alguna novela romántica, al menos una o dos, para poder dedicarle cumplidos y discursos apasionados. Si hubiese sido más florido en su forma de hablar, quizás ella no habría rechazado su propuesta.

Adam hizo una mueca, obligándose a apartar ese recuerdo.

Había arruinado la propuesta por completo. Convencido de que ella aceptaría casarse con cualquiera para librarse de Lansdowne, no se había molestado en pensarlo bien. ¿Quién podría haber imaginado que Beatrice quería un verdadero matrimonio?

Debería haberlo sabido…

Si él le hubiese prestado atención por un momento, habría notado que era una romántica empedernida. Soñaba con enamorarse y ser amada.

Eso era lo que él también había soñado, ¿verdad? Siempre había querido casarse por amor. Pero eso fue antes de que su nuevo sueño cayera a sus pies.

—¿Puedes creer que hayamos encontrado tu reloj? —Beatrice lo miró, sus dedos apretando su brazo para captar su atención. La emoción irradiaba de ella.

Adam agradeció que la incomodidad entre ellos se hubiera disipado fácilmente. Al menos, su

insensata propuesta no había logrado arruinar su amistad. Le sonrió, concentrando toda su fuerza de voluntad en no inclinarse y besar su rostro expectante.

—Honestamente, no puedo. Ya me había resignado a perderlo para siempre.

Ella sonrió con aire triunfante y lo provocó.

—Menos mal que no te dejé darte por vencido.

Adam rio.

—Eres insistente, sin duda.

La noche apenas comenzaba, y ninguno de los dos sabía que encontrar el reloj era solo la primera de las sorpresas que les aguardaban.

Mientras avanzaban hacia la sala principal, Adam vio una figura pasar junto a ellos y se detuvo al reconocer a su amigo.

—¡Lucien! —exclamó, dándole una palmada en el hombro.

—¡Ahí está! —replicó su amigo—. Temía que hubiese cambiado de opinión. —Se volvió hacia Beatrice y levantó una ceja—. Un placer, señorita. Cuando le dije a Adam que trajera a una mujer deslumbrante, jamás imaginé que aparecería con semejante belleza.

Adam apretó la mano de Beatrice con expresión seria y dio un paso adelante.

—Ella no está aquí para usted, Lucien.

Lucien alzó la mirada, atónito, con un destello de humor en sus ojos verdes.

—Vaya, vaya… qué interesante.

—Encantada de conocerle, señor —replicó Beatrice, esbozando una sonrisa—. Soy B…

—No, no me lo diga. Cuanto menos sepa, mejor. —Lucien tomó su mano con elegancia deliberada y depositó un beso en sus nudillos, demorándose con cierta picardía.

Adam retiró la mano de Beatrice con rapidez, mientras Lucien soltaba una carcajada ligera y Beatrice los miraba a ambos, con los ojos muy abiertos.

—¿Y la deslumbrante dama que debía acompañarle? —preguntó Adam, molesto—. Creí que dijo que no vendría solo.

—Oh, no he venido solo. —Lucien echó un vistazo alrededor antes de inclinar la cabeza en dirección a un hombre de cabello negro y ondulado que caía hasta los hombros, animado, mientras conversaba y agitaba su vaso de whisky en el aire.

—¿Es ese Tyrone? —Adam entornó los ojos, observando al hombre.

Lucien asintió con un gesto despreocupado.

—Así es, recién desembarcado.

Adam soltó una carcajada irónica.

—Una mujer deslumbrante, sin duda.

Lucien hizo un ademán con la mano.

—Con Tyrone aquí, nadie me prestará atención. Él es el responsable de la mitad de los artículos que ve hoy en exhibición.

—¿Y eso? —Adam dudaba que el acaudalado duque vendiera las propiedades de su familia.

—Está subastando las propiedades de su padre. Aquí se consiguen mejores pujas que en una subasta oficial.

—¿Alguna posibilidad de que él, o usted, puedan influir para retirar uno de los artículos en exhibición?

Lucien se inclinó hacia Adam, con una sonrisa irónica.

—¿El reloj? ¿Lo ha encontrado?

Adam asintió.

—Sí, está aquí.

—Impresionante. Pero dudo que se lo den fácilmente. Los subastadores no son los dueños; lo son los vendedores. Lo único que puede hacer es pujar.

El sonido del martillo resonó cuando el subastador anunció el inicio de la puja.

—Gracias —dijo Adam, haciendo una leve reverencia, y condujo a Beatrice hacia otro lugar.

El primer artículo en la subasta era una pintura, supuestamente de Bastian Devis, un famoso pintor francés del siglo XVIII. La puja comenzó en nada menos que dos mil libras.

Adam dejó caer los hombros. Si su reloj iba a alcanzar semejante cantidad, no merecía la pena pujar. Aunque tenía el dinero, había usos más útiles para él que gastarlo en recuperar lo que, en realidad, ya le pertenecía.

Beatrice le apretó el brazo, como si percibiera su inquietud. Adam le dio una palmadita en la mano y se inclinó hacia ella.

—Venga, haz tu puja; para eso estamos aquí.

Beatrice levantó su número, pero otra oferta superó la suya casi de inmediato, y ella dejó escapar una risa baja.

Adam la miró con cariño.

—¿Hemos terminado, entonces?

Beatrice alzó la mirada, frunciendo el ceño.

—¡Ni hablar! Vamos a recuperar tu reloj.

Adam negó con la cabeza y suspiró.

—No merece esas cantidades absurdas. Como dije, solo es un objeto. Su ausencia no cambia lo que siento por mi familia.

—Pero es una reliquia —murmuró Beatrice—, algo que podrás compartir con tus hijos. Es un objeto tangible que simboliza ese amor.

Adam alzó una ceja.

—¿Quieres pujar tú, entonces?

Beatrice bajó la voz, acercándose.

—No. No vamos a comprar tu reloj —dijo en voz baja—. Vamos a robarlo.

Los ojos de Adam se abrieron, alarmados.

—¿Qué estás diciendo? —murmuró.

—Ya me has oído —respondió ella, mirándolo con seguridad.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Confía en mí. —Beatrice echó una mirada rápida a su alrededor, antes de abanicarse con entusiasmo—. ¡Hace muchísimo calor aquí, ¿no os parece?!

Algunos asistentes cercanos asintieron, y otros simplemente se encogieron de hombros.

¿Qué está haciendo?

Entonces, Beatrice se tambaleó y se llevó una mano a la frente.

—¡Creo que me estoy mareando!

Adam rodeó su cintura con el brazo para sostenerla, dándose cuenta de su plan.

—Vamos, salgamos a tomar un poco de aire fresco.

La guio fuera del salón principal hacia el pasillo donde antes se exhibían los artículos. Sin embargo, ahora no estaban. Al final del pasillo, un guardia vigilaba una puerta arqueada, observándolos con recelo.

Beatrice siguió abanicándose, respirando de forma errática, el rostro enrojecido. Adam, de hecho, empezó a creer que podía estar realmente mareada.

—Han movido los artículos —murmuró Adam cerca de su oído—. Tenemos que averiguar dónde.

Beatrice asintió con un leve movimiento antes de tambalearse de nuevo y, un segundo después, colapsó en sus brazos con un suspiro suave.

Adam la sostuvo y, doblando las rodillas, la cargó en brazos con esfuerzo. Ya la había llevado así antes sin problema, pero aquel vestido pesaba casi tanto como ella. Se acercó al guardia y miró por encima de su hombro hacia el pasillo detrás de él.

—Un poco más —murmuró Adam a Beatrice, fingiendo calmar a su «esposa» enferma.

El guardia levantó la mano para detenerlos.

—¿Adónde van? La subasta es en la otra dirección.

Adam sonrió con cortesía.

—Lamento la molestia, pero la dama se encuentra mal y necesita un lugar tranquilo para descansar, lejos del ruido y el bullicio.

El guardia los observó detenidamente antes de hacer un gesto hacia el fondo del pasillo.

—Por ahí, segunda puerta a la derecha.

—Muchísimas gracias. —Adam ajustó su postura y llevó a Beatrice dentro de la habitación indicada.

El pasillo estaba oscuro, apenas iluminado por algunas velas que proyectaban sombras alargadas. Entraron en la habitación y Adam colocó a Beatrice en un banco de madera.

La estancia era pequeña y acogedora. Junto al banco había una chimenea, una mesa con dos sillas y un elegante jarrón.

Beatrice se enderezó en su asiento.

—Apuesto a que los artículos de la subasta están en alguna de estas habitaciones.

Adam la miró, alarmado.

—Esto es una locura. Creo que hemos llegado demasiado lejos y deberíamos volver.

Beatrice le devolvió la mirada con determinación.

—No. Vinimos aquí a recuperar tu reloj, y eso es lo que vamos a hacer.

Adam frunció el ceño.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Beatrice reflexionó por un momento.

—Necesitamos una distracción. Si logras alejar al guardia de la puerta, puedo revisar las otras habitaciones para ver si el reloj está en alguna de ellas. No tienes que hacer nada más.

Adam suspiró y negó con la cabeza.

—Solo estás buscando problemas, ¿verdad?

—Vamos, ¿qué es lo peor que puede pasar? No pueden encerrarnos. Esta es una subasta ilegal; no se atreverían a hacerte nada, eres noble. Además, estoy bastante segura de que podrías demostrar que el reloj es tuyo si nos pillan.

Adam no estaba tan convencido. Los artículos de la subasta venían con documentos falsificados.

La pregunta seguía en el aire: ¿qué problemas tendrían si los atrapaban robando? Tal vez podrían salir del apuro, como había dicho Beatrice, con ayuda de amigos influyentes. Nadie querría enfrentarse al Duque Loco, menos aún siendo uno de los principales contribuyentes de la subasta.

Se pasó una mano por la cara y suspiró.

—Voy a crear una distracción, pero no hagas nada hasta que regrese.

Beatrice asintió.

—Claro.

Adam salió de la habitación y volvió al pasillo.

—Por favor, no molesten a mi… eh… esposa. Necesita descansar y un poco de sales aromáticas. Regresaré enseguida.

El guardia asintió, y Adam regresó al salón principal, escudriñando la multitud hasta dar con sus amigos. Se acercó a Lucien.

—Necesito ayuda —dijo sin rodeos.

Lucien arqueó una ceja.

—No me gusta la expresión que lleva.

Adam puso los ojos en blanco.

—Y no creo que le guste lo que voy a pedirle.

Lucien le pasó un brazo por encima del hombro y lo condujo a un rincón apartado.

—Vaya, esto sí que es interesante. Pensaba que esta noche tendría que sacar de problemas al Duque Loco, con su fama y todo eso, pero resulta que es usted quien me preocupa, ¿no?

Adam esbozó una sonrisa irónica.

—De hecho, esperaba que me ayudara a causar un poco de alboroto.

La nariz de Lucien se contrajo, divertido.

—¿Seguro que quiero saber de qué se trata?

Adam negó con la cabeza.

—Solo necesito que usted y el Duque Loco monten un escándalo. Algo lo suficientemente grande como para distraer a los guardias.

Lucien se ajustó el pañuelo de cuello con una sonrisa.

—¿Quiere que nos demos un par de golpes?

—Yo mismo le aplicaré un filete fresco en los moretones cuando todo esto termine —bromeó Adam.

Lucien lo miró un instante antes de preguntar:

—Seamos sinceros. ¿Esto es por el reloj…? —lanzó una mirada hacia la puerta con gesto sugerente—. ¿O por la dama?

Adam se humedeció los labios.

—Por las dos cosas —Lucien arqueó una ceja, y Adam rio entre dientes—. Aunque, sobre todo, por la dama.

Con una sonrisa cómplice, Lucien le dio una palmada en el hombro.

—Entonces, denos un momento.

Se apartó, y en cuestión de segundos Adam vio cómo Lucien y el duque se enzarzaban en una disputa de pujas cada vez más ruidosa sobre un objeto que no necesitaban. Entre gritos, insultos y gestos exagerados, el duque se fue acalorando, y tras beber varias copas más, se lanzó furioso sobre Lucien.

Algo cayó al suelo con un estruendo, y el público comenzó a gritar en medio del caos.

Adam aprovechó la distracción y salió de la sala en silencio, viendo cómo el guardia se alejaba para intentar poner orden. Se dirigió rápidamente a la habitación donde había dejado a Beatrice, pero al llegar, la encontró vacía.

—¡Bea! —la llamó en un susurro urgente—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —respondió ella desde la habitación contigua—. ¡Lo he encontrado!

Adam fue hacia su voz y la encontró sosteniendo una caja de madera.

—¡Te dije que esperaras! —le reprochó en voz baja.

—No podíamos perder tiempo —susurró Beatrice, mirándolo con el reloj en las manos—. El guardia puede regresar en cualquier momento.

Adam observó el objeto de madera, que tenía una tapa de cristal y un candado a un lado.

—No podemos llevárnoslo así, sería demasiado obvio. Hay que sacar el reloj.

—¡Oh! —Beatrice, tras una pausa, pareció recordar algo y sacó una horquilla del cabello, tendiéndosela—. Ábrelo.

Adam cogió la horquilla y la miró con escepticismo.

—Has leído demasiados libros sobre ladrones, ¿a que sí? Pues, al contrario de lo que crees, no todo el mundo puede abrir un candado con una horquilla. Yo, desde luego, no puedo.

Era cierto que él no sabía abrir un candado… pero lo que sí podía hacer era…

«¡Crash!».

Adam golpeó la tapa de cristal contra el borde de la mesa, haciéndola añicos. Beatrice ahogó un grito, llevándose las manos a la boca.

—¿Crees que alguien habrá oído eso? —le preguntó a Beatrice mientras le devolvía la horquilla y cogía el reloj.

—¡Espera! —Ella lo agarró del brazo con los ojos muy abiertos—. No puedes llevarlo en la mano.

Beatrice, con la horquilla de nuevo en el cabello, se levantó la falda por encima de la rodilla.

—Dámelo —ordenó, con la palma extendida.

Adam le pasó el reloj, y ella lo sujetó justo por encima de la rodilla, como si fuera una liga.

Al bajar la falda y alisarla, el sonido de la conmoción en el salón continuaba, pero parecía que el orden se estaba restableciendo. El guardia volvería en cualquier momento.

Adam la tomó de la mano, la miró a los ojos y dijo:

—Ahora, corre.

# Capítulo 20

Salieron de la pequeña sala de la subasta como si el mismísimo diablo les estuviera pisando los talones. Beatrice sujetaba la cola de su vestido con una mano, mientras la otra permanecía firmemente entrelazada con los dedos de Adam.

Reduciendo el paso para no levantar sospechas, caminaron con cautela por el pasillo hasta llegar al vestíbulo. Justo cuando estaban a punto de cruzar frente a la entrada del salón principal, el guardia apareció en el umbral.

Beatrice se quedó paralizada, el pánico reflejado en su rostro.

«Compórtate con naturalidad; no sabe nada», pensó.

—¿Se encuentra mejor, señora? —preguntó el guardia.

Beatrice apenas pudo forzar una sonrisa y asintió, sintiendo que los nervios le bloqueaban las palabras.

—Sigue algo indispuesta —respondió Adam, dándole unas palmaditas en la mano—. Nos vamos ya.

—Permítanme acompañarlos a la salida —se ofreció el guardia.

—Muchísimas gracias —dijo Adam, mientras Beatrice seguía mostrando una sonrisa tensa y rígida.

«¡Dios mío, Dios mío, Dios mío!», pensaba Beatrice, cada vez más inquieta. ¿Y si el reloj se le caía de la pierna? ¿Y si alguien avisaba al guardia del robo mientras aún estaban dentro?

Al principio, le había parecido una gran aventura, algo que recordaría toda su vida, y probablemente lo haría, pero no precisamente por los momentos agradables. Tenía las palmas de las manos, el cuello y el pecho cubiertos de sudor, y sentía un cosquilleo de puro terror en todo el cuerpo.

El guardia les abrió la puerta que daba a la escalera de caracol y les hizo un gesto para que pasaran.

—Gracias —murmuró Beatrice.

Adam sacó una moneda del bolsillo y se la entregó al guardia.

—Gracias por cuidar de mi esposa mientras yo estaba ausente —dijo con una sonrisa cómplice, conduciendo a Beatrice hacia el pasillo.

«Mi esposa.»

El corazón de Beatrice latía tan fuerte que apenas podía oír sus pensamientos. Sabía que Adam solo estaba fingiendo; ¿qué otra cosa podía decir? ¿«Gracias por cuidar de mi amante»? No habían pensado en una historia para salir del paso, y llamarla «mi esposa» era lo más lógico en ese momento. Pero Beatrice no podía evitar que esas palabras sonaran… bien.

«Su esposa.»

—Vamos —la animó Adam, dándole un pequeño empujón hacia la escalera mientras recogía la cola de su vestido para facilitarle la subida—. Pronto se darán cuenta de que el reloj ha

desaparecido.

Ese recordatorio fue suficiente para que Beatrice apresurara el paso. Y, como suele suceder en situaciones de tensión, el tiempo parecía ralentizarse. La escalera, que habían bajado en cuestión de segundos, ahora parecía interminable, como si estuvieran subiendo la Torre de Londres.

El oscuro pasillo hacia la salida también parecía alargarse sin fin. Y cuando finalmente llegaron a la puerta, los guardias les pidieron a ambos que vaciaran sus bolsillos. Por suerte, era Beatrice quien llevaba el reloj.

Uno de los guardias también le pidió su bolso, y ella lo entregó con los dedos temblorosos. Sentía el reloj resbalando de su muslo.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó uno de los guardias, observándola con desconfianza.

Beatrice se llevó el dorso de la mano a la frente, intentando parecer indispuesta.

—Necesito aire fresco… Me siento mal. Por eso nos vamos antes de tiempo —balbuceó, intentando sonar convincente.

Los guardias intercambiaron una mirada, y finalmente uno de ellos abrió la puerta y les permitió salir.

Nada más cruzar la puerta, Beatrice inhaló profundamente, sujetando el reloj contra su muslo a través de la tela de su falda.

—¿Estás bien? —preguntó Adam, preocupado.

—Sí, pero… vámonos ya.

Adam le tomó del brazo, y ambos se apresuraron hacia el carruaje, que les esperaba a unos metros.

Justo cuando Adam abría la puerta del carruaje, se escucharon gritos y un silbido procedentes del interior de la subasta.

—¡Entra! —le apremió Adam, prácticamente empujándola dentro, antes de subir él mismo y golpear el techo del carruaje para indicar al cochero que partiera lo más rápido posible.

Durante unos largos segundos, ambos permanecieron tensos, escuchando en silencio, esperando oír los cascos de caballos acercándose o el ruido de los guardias alcanzándoles. Pero, a medida que el tiempo pasaba y no oían ninguna señal de persecución, empezaron a relajarse.

Una leve risa rompió el silencio en el interior del carruaje, y Beatrice se giró hacia Adam, que la miraba con una mezcla de asombro y diversión.

—¡No puedo creer que lo hayamos hecho! —exclamó Adam.

Beatrice dejó escapar una risa nerviosa, y pronto ambos estaban riendo juntos.

—¿En serio? ¡Yo tampoco puedo creerlo!

Beatrice se inclinó para intentar alcanzar el reloj bajo su falda, pero, al girar bruscamente el carruaje, perdió el equilibrio y cayó sobre Adam, quien la sujetó con rapidez.

—Así no lo vas a conseguir —murmuró Adam, con una sonrisa—. Anda, estira las piernas sobre mis rodillas.

Beatrice tragó saliva y obedeció. Se giró en el asiento, colocando las piernas sobre las de Adam, quien la sujetó con delicadeza. Lentamente, él deslizó la falda hacia arriba, sus manos recorriendo la pierna de Beatrice hasta llegar al reloj. Sus dedos rozaron la cadena plateada, provocándole un leve cosquilleo en la piel. Adam tragó saliva y levantó la mirada para encontrarse con sus ojos.

—Te queda bien.

Beatrice soltó una risa nerviosa.

—Entonces, quizás debería quedármelo.

Adam sonrió sin responder. Desabrochó la cadena, sosteniéndola en su mano mientras examinaba el reloj de cerca.

—Gracias por ayudarme a recuperarlo.

Beatrice asintió e intentó incorporarse, pero Adam la sujetó con suavidad y la atrajo hacia él, colocándola en su regazo. Con una mano apartó un mechón de su rostro y, despacio, colocó el reloj alrededor de su cuello, cerrando el broche.

—¿Qué…? —intentó preguntar, pero no terminó la frase al sentir cómo él aseguraba el reloj en su cuello.

—Quiero que lo tengas tú.

Con una mano sobre el reloj, Beatrice negó con la cabeza.

—No puedo aceptarlo.

—No lo habría recuperado si no fuera por ti. Quiero que sea tuyo.

—Pero es una reliquia familiar… —susurró Beatrice.

Adam no dijo nada. Sus ojos la miraban con una intensidad que parecía atravesarle el alma. Beatrice se humedeció los labios, y la mirada de Adam bajó hacia su boca. Su respiración se aceleró, y la tensión entre ambos se volvió palpable.

Como si una fuerza invisible la impulsara, Beatrice se inclinó y le besó en los labios. El beso empezó con suavidad, pero pronto se transformó en una pasión arrolladora.

No podía saciarse de su sabor, de su aroma, mientras exploraba cada rincón de su boca. Gimió, y Adam la acomodó en su regazo hasta que estuvo a horcajadas sobre sus muslos. Lentamente, él le quitó la máscara y las gafas, dejándolas a un lado.

Las manos de Adam recorrieron su cuerpo, tirando del vestido, y de repente Beatrice deseó no llevar tantas capas de tela ni aquellos adornos que cubrían su piel.

Ella movió las caderas, rozando su centro contra la dureza que se tensaba bajo la tela de los pantalones de él, y dejó escapar un gemido. Adam volvió a besarla y luego descendió por su mentón, su cuello y su pecho, hasta rodear con sus labios el reloj, mordisqueando la piel alrededor. Las cosquillas la volvían loca, haciéndola retorcerse de placer.

Adam dejó escapar un suspiro, y Beatrice le miró con preocupación.

—¿Te he hecho daño? —preguntó ella.

Adam soltó una risa grave antes de darle un beso apasionado.

—No, amor. Es que… te deseo tanto…

Él se inclinó para lamer la piel justo por encima del escote y luego mordisqueó con suavidad. Beatrice enredó los dedos en su pelo, atrayéndolo hacia sí.

Las manos de Adam ascendieron por el torso de Beatrice hasta enganchar los dedos bajo el borde de su corpiño y tirar hacia abajo, con firmeza.

Los pechos de ella se liberaron de inmediato de su prisión de seda, rebotando con cada sacudida del carruaje. El aire fresco le acarició la piel, llenándola de escalofríos y endureciendo sus pezones, que se convirtieron en puntas rígidas y sensibles.

Entonces, Adam posó sus labios en un seno de Beatrice, envolviéndolo con su aliento cálido, mientras su lengua rozaba los picos rosados.

Por fin.

Adam dirigió una mano al otro pecho de Beatrice, y ella solo pudo arquearse hacia atrás y gemir. Se acomodó sobre el sólido muslo de él, provocándole un placer que nunca imaginó.

Él gruñó y dejó de besar su pecho solo para brindarle el mismo cuidado al otro. Beatrice sintió cómo un deseo profundo se encendía dentro de sí.

Ahora entendía bien lo que significaba esa sensación. Quería más, mucho más. Lo deseaba en su interior. Ahora.

Y para siempre.

Beatrice tomó el rostro de Adam entre sus manos y lo atrajo hacia sí, tomando su boca en un beso profundo y hambriento.

Sus manos descendieron por el cuerpo de Adam hasta encontrar los broches de sus calzones. Comenzó a desabrocharlos con dedos temblorosos, gimiendo contra sus labios mientras lo hacía.

—Déjame a mí —murmuró Adam, pero ella apartó sus manos de un leve manotazo.

—Es mío —susurró Beatrice, acariciando el bulto que se alzaba bajo la tela—. Esto es mío.

Él la miró, y en sus ojos, tan intensos, apareció una sonrisa traviesa. Adam asintió antes de hundir la boca en el cuello de Beatrice y succionar con fuerza.

—¡Ah! —Por un instante, Beatrice dejó de pensar. Lo que él le hacía era salvaje, casi brutal. Y cada segundo le gustaba más.

Por fin, ella consiguió liberar su miembro del apretado encierro de su ropa y tomó su firme longitud en la mano.

Ambos gimieron al unísono, con sus miradas entrelazadas, ahora turbias, oscuras y llenas de deseo.

Sin romper el contacto visual, Beatrice comenzó a deslizar la mano a lo largo de su erección, observando cada cambio en el rostro de Adam. La mano de él, mientras tanto, encontró su camino hasta el centro de ella y, mientras Beatrice acariciaba su miembro, disfrutando de su tacto, él deslizó los dedos en su interior.

Ella se estremeció y dejó escapar un gemido.

—Agárrate a mí —susurró Adam, guiando la otra mano de ella para que también lo sujetara.

Con ambas manos trabajando sobre él, Beatrice lo miró a los ojos y distinguió un destello diabólico en su expresión.

—Veamos qué tan buena jinete eres —dijo Adam mientras hundía los dedos en su núcleo—. Ahora, móntame. Cabalga sobre mi mano y toma el placer que tanto anhelas.

Beatrice gimió, moviendo las caderas al ritmo de sus dedos, aunque sobre lo que realmente deseaba cabalgar era su erección.

Cuando deslizó el pulgar sobre la punta de su miembro, Adam echó la cabeza hacia atrás, y Beatrice ya no pudo contenerse.

Se arrodilló sobre él y situó el miembro de Adam justo debajo de ella. Luego, comenzó a mover la pelvis, sosteniéndolo en la mano, pasando la punta por su húmeda abertura.

Adam la agarró de las nalgas y la inmovilizó.

—Maldita sea, Bea, ¿qué estás haciendo?

—Te deseo —gimió ella, aún sobre él.

Él cerró los ojos y tragó saliva.

—Estás… húmeda.

Beatrice gimió de deseo y ansia. Era cierto, estaba húmeda, podía notarlo mientras sujetaba el hinchado miembro.

—Por favor —suplicó ella, moviendo de nuevo las caderas.

Con una maldición ahogada, Adam la atrajo hacia sí, girándola hasta dejarla recostada contra el lujoso asiento del carruaje. Le alzó las faldas hasta la cintura, con el rostro rojo y tenso, como

si soportara un placer irresistible. Sus antebrazos enmarcaron el rostro de Beatrice a ambos lados.

Luego se inclinó para capturar la boca de ella en un beso ardiente, mientras su erección se deslizaba entre las piernas de Beatrice. Ahora, su virilidad se movía con facilidad entre los labios femeninos, rozando el sensible botón un poco más arriba, para luego retroceder y repetir el juego.

Una oleada de placer recorrió a Beatrice, y ella lo rodeó con fuerza, moviendo las caderas para encontrarse con cada roce de su miembro contra su piel.

Era pura dicha.

Pero no era suficiente.

Ella quería más, y estaba claro que él también.

—Bea —gruñó Adam, con el sudor resbalando por su frente—. No puedo aguantar más.

Beatrice le acarició la mejilla con la palma.

—No lo hagas. No te contengas. Te quiero.

—Si hago esto...

—No me importa. Te quiero... —Beatrice se detuvo, mirando a los ojos de Adam. En la oscuridad del carruaje, sus ojos parecían casi negros—. Dentro.

Adam cerró los ojos y dejó escapar un gemido ahogado. Su mano bajó hasta el centro de ella, y sus dedos empezaron a acariciar despacio, separando sus labios y dibujando círculos.

—No —murmuró Beatrice, levantando las caderas en busca de esa dureza que la enardecía.

Adam se detuvo.

—¿No?

—Quiero... —gimió ella, con voz cargada de necesidad.

Adam la besó suavemente.

—Sé lo que quieres, amor. —A pesar de sus palabras, siguió jugando con sus dedos.

—No, Adam. Te deseo. Quiero más.

—Lo sé. —Él consiguió esbozar una sonrisa—. Créeme, yo también lo quiero. —Adam presionó un beso en los labios de ella—. Ten paciencia.

Beatrice gimió de nuevo, alzando las caderas una vez más en busca de su miembro. Finalmente, él le concedió lo que pedía, presionando su firme erección contra su muslo, quemándola con su calor. Adam hizo un movimiento de embestida, y Beatrice gritó su nombre.

Entonces, el pulgar de Adam encontró el clítoris de ella, y la espalda de Beatrice se arqueó en un estallido de placer.

—Dios, eres tan dulce —susurró Adam, besando el cuello y el pecho de Beatrice antes de volver a atrapar sus pechos entre sus labios. Mientras tanto, sus dedos continuaban con esa mágica danza en su centro, entrando y saliendo, girando y expandiéndose dentro de ella.

Justo cuando Beatrice creyó que no podría soportarlo más, Adam colocó la punta de su erección en el lugar exacto donde ella lo deseaba.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres? —le preguntó, respirando con dificultad, claramente conteniendo su propia necesidad. Beatrice sintió esa urgencia de él, esa ansia compartida.

—Sí, Adam, sí —gimió.

—Agárrate a mí —gruñó él. Antes de que ella lograra aferrar sus hombros, Adam se hundió en su centro.

Beatrice se quedó inmóvil al sentir cómo la llenaba, estirándola mientras avanzaba. Tenerlo en su interior al fin era pura satisfacción, aunque esa presión y el leve ardor la hicieron detenerse.

—Respira —dijo él con una risa suave, mientras la besaba en los labios, en la nariz y en las mejillas.

Beatrice obedeció, tomando aire profundamente. Al exhalar, él la penetró un poco más, adentrándose hasta que sus músculos internos lo abrazaron por completo, mientras los dedos de ella se apretaban en la tela de su chaqueta. La respiración agitada de Adam rozaba su rostro, y su expresión parecía marcada por la contención.

—¿Te duele? —le preguntó ella, intentando descifrar su expresión. Él dejó escapar una risa sofocada.

—No, amor. No es dolor… es que me cuesta ir despacio. ¿Te hago daño?

Beatrice se movió levemente, adaptándose para recibirlo aún más. No dolía. Era una sensación extraña e intensa, pero increíblemente placentera.

Negó con la cabeza.

—No, no me duele.

—Gracias a Dios —murmuró él, y se hundió más profundamente.

Beatrice soltó un gemido, sin saber si era de placer o simplemente de la intensidad; sintió un leve tirón, que desapareció casi de inmediato.

—¿Y ahora? —preguntó Adam al oído, su voz grave y rasposa.

—No, no duele —repitió ella.

—Perfecto —dijo él, mientras retrocedía un poco solo para embestir de nuevo. El contacto de sus cuerpos arrancó un gemido de sus labios. Repitió el movimiento, y de nuevo oyó el suspiro de Beatrice.

Pronto, ella empezó a disfrutar del ritmo, y sus caderas comenzaron a moverse en sintonía con las embestidas de Adam, encontrándose con él con entrega total. El vaivén del carruaje añadía un ritmo a su danza, y así continuaron, una y otra vez, el sonido de sus cuerpos fusionándose con los gemidos de placer que se escapaban de ambos.

Adam llevó su pulgar de nuevo hasta el hinchado punto de placer de ella, acariciándolo, presionándolo, mientras seguía profundizando dentro de su ser.

El cuerpo de Beatrice se tensó, y una corriente de placer puro se expandió por sus venas. Lanzó un grito mientras una oleada de éxtasis la arrasaba, incontrolable.

Adam siguió empujando contra ella, entrando y saliendo unas pocas veces más, hasta que también él dejó escapar un grito y se desplomó sobre su cuerpo. Exhausto.

Cuando Beatrice recobró la conciencia, el silencio se había adueñado del carruaje, roto solo por sus respiraciones agitadas. Tampoco sentía el movimiento del vehículo.

¿Cuándo se habrían detenido?

La manilla de la puerta del carruaje se movió y la puerta comenzó a abrirse, pero la mano de Adam se disparó hacia ella, manteniéndola cerrada mientras gruñía:

—¡Fuera!

Alguien se movió al otro lado, pero no intentó abrirla de nuevo.

Gracias a Dios.

Beatrice soltó una risita, encontrando la situación extrañamente absurda.

Adam se retiró de ella con lentitud, arrancándole un leve quejido. Se incorporó y se pasó una mano por el cabello, observando a su alrededor.

Recogió las gafas de ella, le quitó la máscara y le dio las lentes. Mientras Beatrice se las colocaba, él sacó un pañuelo y le posó una mano cálida en la rodilla.

—No te muevas.

—¿Qué? —Beatrice seguía tendida en el asiento, con las faldas en la cintura y las piernas abiertas, expuesta ante él por completo. No era la primera vez que se encontraba en esa posición, pero, una vez agotada la pasión, se sentía más vulnerable al permanecer así.

Y entonces, la incomodidad aumentó. Adam acercó el pañuelo y comenzó a limpiar los restos de su semilla entre sus piernas.

Beatrice se removió, inquieta.

—Adam…

—Quietecita —murmuró él con el ceño fruncido en señal de concentración.

—Puedo hacerlo yo —protestó ella, pero él le apartó la mano.

—No con todas esas faldas de por medio —rezongó Adam.

Beatrice se quedó rígida. Estaba sorprendentemente malhumorado para alguien que acababa de llevarla a un placer insospechado y que, con suerte, también había sentido lo mismo.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella, mordiéndose el labio inferior, en un intento de calmar el leve temblor de sus labios.

Él la miró, y su expresión se suavizó.

—No, amor —dijo Adam—. No pasa nada.

Beatrice dejó escapar el aliento, aliviada.

—Es solo que… —carraspeó Adam—. No era así como debía suceder.

—¿Cómo debía suceder, entonces? —preguntó ella, temerosa de escuchar algo que pudiera arruinar el momento.

Adam terminó de limpiarla, guardó el pañuelo y la ayudó a incorporarse. Luego, con suavidad, colocó un mechón de cabello de ella detrás de su oreja.

—En una cama —dijo, su voz apenas un susurro, mientras sus ojos recorrían el rostro de Beatrice—. Sobre un colchón blando. Los dos completamente desnudos. Con horas por delante, para prepararte como es debido.

Beatrice sonrió.

—Oh, yo siempre estoy preparada.

Adam rio y le besó la punta de la nariz. Luego miró hacia fuera y sus rasgos se endurecieron de nuevo. Beatrice alisó la arruga de su frente con un dedo. Él atrapó la mano de ella y la besó en los nudillos, después en cada dedo, y finalmente giró la mano para besar el interior de su muñeca.

—Tenemos que hablar —murmuró Adam con voz grave—. Pero no aquí. No en el carruaje.

Beatrice asintió.

—Aquí no. Mi doncella me espera en el dormitorio.

—Podría esperar a que termine de desvestirte… —vaciló él—. Aunque preferiría hacerlo yo mismo.

—No creo que eso se lo pueda explicar —rio ella—. No deberías esperar. Quitarse este vestido es una odisea… —Mordió su labio, y él se lo atrapó en un beso, soltándolo con suavidad.

—Vendré mañana, entonces.

Ella asintió.

—¿Por la mañana o…?

Adam frunció el ceño, pensativo.

—Tengo algunos asuntos que resolver durante el día…

—¡Oh! —exclamó Beatrice—. ¡No puedo creer que lo olvidara! Mi familia llega mañana.

—¿Tu familia? ¿Tu padre estará en la ciudad?

—Sí. Mi padre, mis hermanas, todos. Me acompañarán a… —Beatrice se detuvo, sin querer pensar en sus próximos esponsales. Tragó saliva—. A Northumberland. Partiremos en tres días para el anuncio y la boda.

Adam apartó la mirada, como rechazando la sola idea de ese enlace. En ese momento, Beatrice deseó poder rechazarlo también. Después de aquella noche, no podía imaginarse en la cama con nadie más que Adam.

¿A quién quería engañar?. Jamás había imaginado estar con nadie más. Solo él había desvelado sus deseos más secretos, y era el único con quien quería explorarlos.

Adam se frotó el puente de la nariz, como si luchara con alguna decisión. Beatrice le apartó la mano suavemente y lo besó en los labios.

—Mañana hablaremos con calma.

—Eso haremos —asintió él—. Iré por la noche. Y hablaremos.

# Capítulo 21

Beatrice había guardado todas sus pertenencias en el baúl, excepto algunas prendas íntimas y un par de vestidos para los días que le quedaban en Londres. Le gustaba estar preparada. Además, necesitaba hacer algo con toda aquella energía nerviosa.

La noche anterior había sido la más espectacular de su vida. Asistió a una subasta, recuperó el reloj de bolsillo de Adam, lo recibió como regalo y, después, perdió la virginidad con el hombre al que amaba... ¡y en un carruaje!

Cuando había hecho las maletas para venir a Londres, jamás habría imaginado un giro de los acontecimientos como aquel.

Claro, había soñado con enamorarse, pero en su mente era solo una idea romántica, borrosa como su visión sin gafas, porque, en realidad, no sabía lo que era el amor.

Ahora lo sabía.

Amaba a Adam. Quizá él no la amaba de la misma manera, pero la deseaba. Le importaba.

Esa noche él vendría a verla, y seguramente volvería a pedirle matrimonio.

Y esta vez, Beatrice no creía que pudiera decirle que no.

Quería decirle que sí. De hecho, quería gritarlo a los cuatro vientos.

Pero antes necesitaba confesarle cómo se sentía. Decirle que se había enamorado de él y que deseaba que la amara por quien era, no solo porque hubieran hecho el amor. Y tampoco porque tal vez ahora estuviera esperando un hijo suyo.

«¡Oh, Dios! ¡Podría estar esperando un hijo suyo!»

Beatrice se acercó a su escritorio y abrió el diario en la página de su lista de deseos. Mojó la pluma en el tintero y tachó con satisfacción el último punto.

«Pujar en una subasta».

La pluma se detuvo sobre otro de los puntos: Enamorarse. Pero aún no se atrevía a tacharlo. Primero, debía decírselo a Adam.

Y tenía que hacerlo esa misma noche. En menos de tres días, ella partiría hacia Northumberland, y él se embarcaría para recorrer el mundo.

Debería habérselo dicho antes, pero sus emociones estaban revueltas.

En los libros, cuando los héroes descubrían que se habían enamorado, todo se volvía claro. Sabían exactamente qué hacer y cómo hacerlo. Pero aquí estaba Beatrice, asustada y ansiosa por acertar, mientras los pensamientos más oscuros se arremolinaban en su mente.

¿Qué haría si él la rechazaba? ¿Si descubría sus sentimientos y aun así decidía abandonarla? ¿O, peor aún, si decidía que ya no quería casarse con ella?

¿Cómo lograba alguien pensar con claridad en una situación así?

El estruendo de un carruaje retumbó fuera de su ventana, y Beatrice se inclinó para ver cómo un viejo coche de alquiler se detenía frente a su residencia temporal.

La puerta del coche se abrió, y su padre bajó al empedrado.

—¡Papá! —Beatrice se levantó de un salto y corrió escaleras abajo.

Hasta entonces no se había dado cuenta de cuánto echaba de menos a su familia.

¡Por fin estaban allí! Y cuando se lanzó a los brazos de su padre, sintió cómo se desvanecía el peso de sus hombros.

De repente, todo iba a estar bien.

Sus hermanas pequeñas, Anna, Lizzie y Clara, de quince, doce y once años respectivamente, la rodearon y la abrazaron con fuerza antes de comenzar a saltar a su alrededor y reír felices.

—¿Es Londres tan maravilloso como dicen? —preguntó Clara.

—¿Has estado en los jardines de Vauxhall? —intervino Anna.

—¿Probaste los helados? —añadió Lizzie.

—Chicas, entremos y acomodaos antes de que agotéis a vuestra hermana con tantas preguntas —dijo el padre, empujándolas hacia dentro con suavidad. Sin embargo, no soltó a Beatrice. Le enmarcó el rostro entre las manos y la miró con los ojos llenos de emoción—. ¿Cómo estás, mi abejita?

Beatrice le tomó las manos y apretó sus dedos.

—Estoy tan feliz de verte, papá... Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Beatrice sonrió con los ojos húmedos y ladeó la cabeza.

—Vayamos dentro. Tomemos un té y pongámonos al día.

Se acomodaron en las habitaciones disponibles, con Lizzie y Clara compartiendo una de ellas. Beatrice las ayudó a desempacar algunas cosas y respondió a una lluvia de preguntas, a las que en su mayoría no podía dar respuesta.

Las cosas que había hecho en Londres no eran precisamente el tipo de experiencias que pudiera compartir con sus hermanas pequeñas. Les habló sobre el baile y el teatro, e incluso les confesó que se había colado en un baile de máscaras, aunque mantuvo los detalles vagos. Al menos, de momento.

Los recuerdos estaban aún demasiado vivos, y prefería guardarlos en su corazón sin dejarlos salir al mundo.

Después de un rato agradable con sus hermanas, su padre la llamó para hablar en la biblioteca. Tras descansar del viaje, quería discutir con ella el tema de la boda.

Beatrice se dirigió a reunirse con él, sin saber muy bien qué iba a decirle.

Toda la familia había venido para partir en unos días hacia Northumberland, donde se leerían las amonestaciones y, en última instancia, se celebraría su boda con lord Lansdowne. Pero después de lo que había pasado con Adam la noche anterior, no estaba segura de que esa boda fuera a celebrarse. O al menos, no en Northumberland.

No podía esquivar a su padre hasta el día siguiente, así que solo esperaba poder ser honesta sin revelarle demasiado.

Beatrice frunció el ceño. Sin explicarlo todo, ¿cómo podría decirle?: «No estoy segura de si me casaré con Lansdowne, papá. Quizá otro caballero se me declare esta noche. Ah, y, por cierto, vendrá después del anochecer y se colará en mi habitación sin que tú lo sepas».

Todo su cuerpo se encendió entre la vergüenza y la anticipación, mientras entraba en la pequeña biblioteca.

Su padre caminaba de un lado a otro sobre la alfombra, con un vaso de whisky en la mano y el ceño fruncido. Al verla entrar, levantó la cabeza, y su expresión se suavizó.

—Entra, querida. Siéntate.

Beatrice se acomodó en la butaca junto a la chimenea, y él se sentó frente a ella.

Hubo un breve silencio mientras ambos se observaban. No había visto a su padre en el último mes, y en ese tiempo él parecía haber envejecido. Unas cuantas arrugas más surcaban su frente y algunas canas plateaban sus sienes. ¿Sería ella la causa de sus preocupaciones?

—Te has convertido en una mujer hermosa y fuerte, hija mía —dijo él con voz entrecortada. Bebió un sorbo de whisky y dejó el vaso en el suelo junto a su butaca—. Cada día te pareces más a tu madre. Excepto por esas gafas; tu mala vista es cosa mía.

Beatrice soltó una risita.

—Ay, papá. La echo tanto de menos... Ojalá estuviera aquí.

Su padre negó con la cabeza.

—Parte de mí se alegra de que no esté aquí para verte casarte. Para ver cómo he fallado contigo.

Beatrice se quedó helada.

—¡Eso no es cierto!

—Sí —él asintió—. Lo es.

Beatrice negó con vehemencia.

—Has criado a cuatro hijas tú solo. Espero que puedas estar orgulloso de eso… y de mí.

Él le tomó las manos y las apretó.

—Siempre estoy orgulloso de ti, pequeña abeja. Tú cuidaste de mí cuando murió tu madre, cuando debería haber sido yo quien cuidara de ti.

—La querías tanto…

Su padre asintió.

—Era un hombre destrozado, y no sé qué habría hecho sin ti ni sin tus hermanas. Y ahora, para salvarnos de la ruina, te casas con un hombre rico y mayor.

—Fue decisión mía —replicó Beatrice.

Él se aclaró la garganta y asintió.

—Mi única esperanza es que logres encontrar la felicidad en esta situación. Sé que no es lo ideal casarse con un hombre mayor, pero quizás halles consuelo en tus hijos. Como lo hice yo tras la muerte de tu madre.

Él estaba tan preocupado y arrepentido, que Beatrice deseaba poder aliviarle el corazón. «Aún puedo ser feliz, papá», deseaba decirle. «Hay un hombre joven a quien amo, y él hará que todo esté bien, ya lo verás».

Pero no podía decírselo. No aún. No quería ilusionarlo solo para luego desilusionarlo si las cosas no salían bien.

—Ojalá hubiera podido darte una dote para que te casaras con un hombre de tu elección.

—Papá, no es culpa tuya —dijo Beatrice—. No quiero que te sientas culpable nunca…

—Pues debería —dijo tía Agnes desde el umbral. Entró sin invitación, lanzando miradas severas a su hermano—. Deberías sentirte culpable, Ernest. Podrías haber encontrado la manera de darle a esta chica una temporada en Londres. Con dote o sin ella, habría conseguido un buen hombre. —Se detuvo un momento—. Y pese a tus esfuerzos nulos, puede que ya lo haya encontrado.

El señor Fowley frunció el ceño, confundido.

—¿De qué estás hablando?

Tía Agnes desvió la mirada, y Beatrice dejó escapar un suspiro. Su tía solo quería torturar a su hermano porque consideraba que él había fallado con Beatrice. Y quizás, en cierto modo, lo

había hecho. Pero Beatrice no lo culpaba en absoluto. Nunca deseó que él se preocupara por ella. Así que finalmente decidió contar la verdad. O, al menos, parte de la verdad.

—Hay un caballero que… ha estado cortejándome. —«Eso es decirlo con suavidad ».

—¿Cortejándote? ¿Un caballero? —Su padre miró de Beatrice a su tía y luego de vuelta, aferrando los brazos de su butaca como si intentara contenerse para no ponerse en pie—. ¿Quién es ese caballero? ¿Va a pedir tu mano?

—No lo sé, papá…

—¡Claro que va a pedir su mano! —interrumpió tía Agnes con un gesto desdeñoso—. Mírala bien. Eres el único que subestima su belleza e ingenio.

—¡Tía Agnes! —exclamó Beatrice.

—No estoy subestimándola —replicó su padre, inclinándose hacia Beatrice con expresión intensa—. ¿Es cierto? ¿Ese caballero te pedirá matrimonio aunque no tengas dote?

Beatrice dejó caer todas sus defensas.

—Eso espero —murmuró.

Su padre se rascó la barbilla con aire pensativo.

—Pero firmé un contrato con Lansdowne. Habrá consecuencias —añadió, quitándose las gafas y frotándose el puente de la nariz.

Beatrice no había pensado en eso. ¿Sería Adam capaz de pagar la rescisión del contrato? ¿Era siquiera posible? Después de todo, él le había pedido matrimonio, ¿verdad? Seguramente sabría cómo liberarla de Lansdowne. Y ella haría lo que fuera necesario para ayudarle.

—¡Bah! —exclamó tía Agnes, haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Ese caballero es más rico que Lansdowne. No tienes de qué preocuparte.

—¡Oh, querida! —El padre de Beatrice se puso las gafas y la miró con lágrimas en los ojos. Luego se levantó y la rodeó en un abrazo—. Estoy tan feliz por ti… tan feliz —repetía, intercalando palabras de agradecimiento en voz baja.

—Yo también estoy feliz —respondió Beatrice, y esta vez lo sentía de verdad.

—Entonces, ¿a qué está esperando? —preguntó su padre, apartándose un poco para mirarla a los ojos, con el ceño fruncido—. ¡Espero que venga de camino ahora mismo!

---

Adam no se había sentido tan en paz en mucho tiempo. Quizá nunca.

Siempre había sido inquieto, nervioso, su mente absorta en un problema o en sus próximos pasos. Creía que todo se debía a una falta de propósito en su vida. Pero jamás habría imaginado que renunciar a aquel supuesto propósito, a la oportunidad de su vida, lo haría sentirse así.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba seguro de estar haciendo lo correcto.

Dejó su carruaje aparcado a unos metros de la casa de Beatrice y se dirigió a la escalera de servicio, con la esperanza de que esta fuera la última vez.

No más encuentros clandestinos. No más listas. No más secretos.

Subió la escalera que ya conocía tan bien, recorrió el pasillo familiar y se detuvo frente a la puerta de Beatrice, la misma a la que había acudido tantas veces en el último mes.

Golpeó suavemente y entró en la habitación, como de costumbre, sin esperar respuesta. No quería que lo sorprendieran afuera en mitad de la noche, y menos aún ahora que toda la familia de Beatrice estaba en casa.

Avanzó en la penumbra, pero ella no estaba allí. Se asomó al vestidor por si acaso, pero tampoco la encontró. Quizá estaba con sus hermanas, y eso lo entendía perfectamente. Decidió que esperaría.

Una sola vela ardía en la mesita, y unas brasas brillaban en la chimenea. Por lo demás, la habitación estaba en penumbra. Adam se dejó caer en la cama y se quedó mirando el techo, repasando todo lo que quería decirle. Pero el sueño empezaba a vencerlo, y no quería quedarse dormido allí. Si la vela se apagaba antes de que ella regresara, Beatrice no lo vería y probablemente despertaría a toda la casa si tropezaba con él en la oscuridad.

La idea lo hizo sonreír. Se imaginó explicándole a su familia que no era un ladrón o, peor aún, que tenía que salir por la ventana para escapar.

Para no quedarse dormido, Adam tomó la vela de la mesita y comenzó a pasear por la habitación, observando cada detalle.

Al acercarse al escritorio, vio que el diario de Beatrice estaba abierto en la página de su lista de deseos. Encendió un par de velas más sobre la mesa y se inclinó sobre el diario, sonriendo al ver los puntos tachados, recordando cada pequeño momento que los había hecho posible. Pero entonces, algo más llamó su atención.

La lista no terminaba en el trozo de papel que Beatrice había arrancado.

Adam recordaba cómo ella había rasgado esa página en el carruaje oscuro. Le había parecido extraño que no le diera la hoja completa, y ahora entendía por qué.

En el papel que quedaba en el diario, había dos puntos más, sin tachar:

Enamorarse y Engañar a Adam para que me pida matrimonio.

—¿Adam? —La voz de Beatrice sonó desde la puerta, y Adam se giró para mirarla.

Una mezcla de emociones le bullía en el pecho, y no sabía cómo sentirse al verla.

Beatrice estaba preciosa, como siempre, con su melena castaña dorada cayendo sobre los hombros, las gafas sobre el puente de la nariz y solo el camisón cubriendo su cuerpo.

Pero al mirarla, Adam vio algo más. Vio el engaño y las artimañas que había tejido para conseguir lo que quería.

Ella sonrió al principio, como si le alegrara verlo. Pero, a medida que avanzaba en la habitación, su expresión cambió.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Beatrice, viendo que él estaba junto a su diario.

Adam se apartó ligeramente, dejando el libro abierto a la vista. Señaló el diario para que no hubiera dudas.

—¿Era este tu plan desde el principio?

—¿Mi plan? —Beatrice frunció el ceño antes de que su mirada cayera sobre la lista abierta en la página—. ¿Has leído mi diario?

Adam se apoyó en la mesa y cruzó los brazos, intentando mantener la calma.

—Estaba abierto en tu mesa, así que sí, lo he leído. Ahora respóndeme.

—¿Qué plan?

—No te hagas la ingenua, Beatrice. El último punto de tu lista. ¿Era ese tu plan? ¿Engañarme para que te pidiera matrimonio?

Los ojos de Beatrice viajaron del diario a él, y su respiración se aceleró mientras se mordía los labios.

—Lo era… al principio.

Adam apretó la mandíbula y bajó la mirada. ¡Qué idiota había sido!

—Pero ya no —añadió ella rápidamente, tratando de acercarse, pero Adam dio un paso atrás.

Soltó una risa amarga.

—Claro, ya no. Porque ya te he pedido matrimonio.

—¡Y lo rechacé! —respondió ella en un susurro furioso—. ¿O es que lo has olvidado?

—Ya no importa, ¿verdad? —Adam extendió los brazos—. Podrías estar esperando un hijo. Mi hijo. Y si crees que voy a dejar que te vayas con mi hijo, estás muy equivocada. Me atrapaste, Beatrice. Conseguido lo que querías.

Ella negó con la cabeza, desesperada.

—No estoy embarazada. Me ha bajado hoy.

Adam soltó un resoplido de incredulidad.

—¿Y esperas que te crea después de esto?

Beatrice levantó la barbilla, decidida.

—¿Quieres pruebas? ¡Te las daré! —Su mirada centelleaba a la luz de las velas, ya fuera de rabia o de lágrimas contenidas. Su melena ondeaba con cada paso que daba hacia él—. ¿Quería atraparte en matrimonio? ¡Sí! ¡Sí, claro que sí! —levantó las manos y la cabeza para enfatizar cada palabra—. Iba a casarme con un hombre viejo y lascivo. Por supuesto que intentaría atrapar a un hombre de mi edad, que es guapo, atento y que ha sido tierno conmigo. ¡Claro que querría a un hombre que de verdad me guste, alguien cuyo toque disfruto y cuya risa hace que mi corazón lata más fuerte! ¡Claro! ¿Eso me convierte en una persona horrible?

Adam se quedó en silencio, mirándola fijamente.

—Lo que te convierte en una persona horrible —dijo por fin, con voz ronca, mientras daba un paso hacia ella, obligándola a retroceder— es el hecho de que te aprovechaste de mí para lograr lo que querías, manipulando mis sentimientos para conseguirlo. Te hiciste pasar por una inocente, y todo estaba calculado para que yo cayera en la trampa y me enamorara de ti.

—¡Eso no es cierto! —protestó Beatrice, dando un pisotón de frustración mientras se mordía el labio, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No es cierto?

Beatrice negó con la cabeza.

—Esperaba que sintieras algo por mí. Esperaba que, pasando tiempo juntos, llegaras a conocerme de verdad.

Adam soltó una risa sarcástica.

—Pues ahora sí te conozco.

—No me conviertas en una sirena ni en una tentadora —respondió ella, con la voz temblorosa—. No te obligué a nada de esto. Sabías lo que podía ocurrir si hacíamos el amor. Sabías lo que dictaría tu honor, ¡y aun así lo hiciste! No te engañé ni te tendí una trampa. Pudiste detener todo esto en cualquier momento. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque fui un ingenuo.

—O quizá estábamos destinados a encontrarnos. Cometí un error al escribir ese punto en la lista. ¿Qué más quieres que diga?

Adam guardó silencio, mirándola con decepción y rabia en los ojos.

Beatrice se obligó a continuar hablando.

—No voy a casarme contigo, Adam. No quiero que sientas que te he engañado. No estoy embarazada y me casaré con Lansdowne, como estaba previsto —declaró Beatrice, intentando sostenerle la mirada.

Adam avanzó hacia ella de forma amenazante y le rodeó los brazos con firmeza.

—Ni se te ocurra marcharte ahora.

—¿Por qué no? —Las lágrimas ya caían por sus mejillas, y sus labios temblaban—. Me odias.

Beatrice esperaba que él le dijese algo como: «No. No te odio. En absoluto. Estoy enfadado,

pero eso se me pasará. Me importas tanto que me duele».

Pero Adam no dijo nada de eso. En su lugar, sus palabras fueron:

—Me querías para ti, señorita Beatrice Fowley. Pues bien, ya me tienes. Eres mía. Y no pienso dejarte ir.

Adam presionó sus labios contra los de ella, pero no como un consuelo. No era un beso de pasión, ni siquiera de rabia. Tampoco intentaba castigarla.

Era un punto final. Un sello en una carta. Una firma en un contrato.

Adam quería que Beatrice supiera que él hablaba en serio. Que no habría más discusiones al respecto.

Ella era suya.

Y punto final.

# Capítulo 22

Al día siguiente, Adam seguía enfadado con Beatrice.

Curiosamente, lo que le rompía el corazón no era que ella hubiera intentado engañarlo. Sabía que lo que Beatrice le había dicho era cierto. Sabía que ella lo deseaba; aquella necesidad no podía fingirse. Entendía también su desesperación por no querer casarse con Lansdowne.

Incluso comprendía lo difícil que debió de haber sido decirle la verdad en lugar de guardar el secreto.

No, no era por eso que estaba enfadado.

Era por otra cosa. Por el hecho de que el penúltimo punto en su lista seguía sin tachar.

No estaba enamorada de él. Y esa era la parte que realmente dolía.

Aunque al final, daba igual. Ahora estaban unidos para siempre, y eso era todo.

Sin embargo, Adam sentía que necesitaba desahogarse en un lugar seguro, con personas de confianza. Así que, llegada la tarde, pidió que le prepararan el carruaje y se dirigió a la casa de su hermana Isabel.

Desde la muerte de sus padres, Isabel había asumido el papel de matriarca de la familia. Así que no le sorprendió encontrar a sus hermanas, Sam y Alan, tomando el té en el salón de Isabel.

Al parecer, sus cuñados habían llevado a Millie y al perro a pasear al parque, dejando la casa para los hermanos Lewis. Solo faltaba Gage para completar la reunión familiar, y Adam se alegró de su ausencia. Quería a su hermano, claro, pero en ese momento necesitaba apoyo, no juicios ni reproches. Y sabía que sus hermanas podrían ofrecerle toda la comprensión que buscaba; Alan probablemente solo se burlaría de la situación.

—Bueno, tienes una cara de lo más animada —comentó Isabel, arqueando una ceja con tono seco.

Adam soltó una risa amarga.

—Sí, bueno. Este último mes no ha sido precisamente amable conmigo.

—¿No? —preguntó Sam, sorprendida—. Parecías más feliz de lo que te había visto nunca.

Adam frunció el ceño.

—¿En serio?

—Oh, sin duda —confirmó Alan—. Es cierto que he pasado años lejos de nuestra adorada familia, pero no recuerdo haberte visto tan feliz como últimamente. Aunque hoy no pareces estarlo.

Isabel dejó la taza de té sobre la mesa y le lanzó a Adam una mirada maternal.

—¿Qué ha pasado?

Adam suspiró.

—Demasiadas cosas.

Isabel miró el reloj en la repisa y se encogió de hombros.

—Nuestros maridos no volverán hasta dentro de un par de horas, así que tenemos tiempo de sobra para escucharte.

Adam soltó una risa cansada y se acomodó en el asiento. Isabel le sirvió una taza de té, que Sam le pasó con una sonrisa.

—Está bien —dijo, soltando un largo suspiro—. Todo empezó la noche del baile de máscaras.

Los tres hermanos se inclinaron hacia adelante, atentos a su historia.

Adam les contó todo lo que había sucedido en el último mes, omitiendo algunos detalles comprometidos. Les habló de la lista de Beatrice y de cómo él se había ofrecido a ayudarla a completarla. Les contó cómo había intentado disuadirla de esas ideas y de cómo, a medida que iban tachando cada punto, empezó a disfrutar de aquellas pequeñas aventuras, por muy absurdas que le hubieran parecido al principio.

Todos necesitaban un poco de locura en sus vidas, y ese mes había estado lleno de eso. Pero también de risas y de una conexión sincera entre dos personas.

Mientras contaba la historia, una sonrisa constante iluminaba su rostro, incluso cuando recordaba los momentos en que Beatrice lo había sacado de sus casillas.

—Y después, cuando le propuse matrimonio, ¿podéis imaginarlo? ¡Me rechazó! —exclamó, aún frustrado.

—Pues… sí, puedo imaginármelo —dijo Isabel, con una mueca.

—¿Cómo podéis entenderlo, si el siguiente punto de su lista era atraparme? —replicó Adam, exasperado—. ¡Está completamente, absolutamente y sin duda alguna loca!

Isabel y Sam intercambiaron una mirada cómplice.

—¿Qué? —Adam alzó las manos en señal de desconcierto.

—Está enamorada de ti —le dijo Isabel, serena.

Adam bufó, incrédulo. Sabía que eso no era cierto; ese punto de la lista seguía sin tachar. ¿Y quién rechazaría una propuesta de matrimonio si realmente estuviera enamorada?

—No me miréis a mí —intervino Alan, encogiéndose de hombros—. No tengo ni idea de qué hablan.

—¿Ves? —Adam señaló a su hermano, satisfecho—. Gracias.

—Sin embargo, está claro que tú sí estás enamorado de ella —añadió Alan, y Adam dejó caer los brazos.

—Eso ni siquiera está en discusión —afirmó Isabel con una sonrisa divertida.

—Se te nota en la cara —corroboró Sam, despreocupada.

Adam arrugó la nariz.

—No estoy enamorado de ella. Habría que estar loco para enamorarse de alguien así.

Sam se mordió el labio, conteniendo la risa.

—Entonces, quizás estés loco.

—¡Los locos sois vosotros! —exclamó Adam, poniéndose de pie y empezando a pasear por la habitación—. ¿Disfruté pasando tiempo con ella? Sí. Es la persona más divertida con la que he estado. Es inteligente, ingeniosa, y cuando sonríe tiene esa adorable… —Se detuvo, al notar las miradas divertidas de sus hermanos—. Maldita sea. Estoy enamorado de ella.

—¡Sí! —gritaron los tres al unísono.

—Pero me engañó —protestó, dejándose caer en el sillón con frustración—. A propósito.

—Solo cometió un error —respondió Sam, intentando consolarlo.

—Y rechazó tu propuesta para enmendarlo —añadió Alan, dándole la razón.

—Puedes regañarla todo lo que quieras cuando la encuentres, pero no puedes dejar que se case con ese vejestorio de Lansdowne —sentenció Isabel—. Porque si lo haces… ese será el error que te perseguirá toda la vida.

Adam se quedó en silencio, reflexionando. No tenía intención de dejarla escapar. Estaba enfadado, sí, pero ni siquiera en su peor momento había contemplado abandonarla. Necesitaba tiempo para calmarse, y ese era el lugar perfecto para hacerlo, rodeado de las personas que más le importaban.

Y no se equivocaba. En menos de una hora, todo había cobrado sentido.

Había sido tan ciego, persiguiendo un sueño que creía desear, que no se dio cuenta de que su verdadero sueño había estado en sus brazos todo ese tiempo. Sabía lo que debía hacer ahora.

—Tengo que ir a verla. Tengo que decirle que la amo —anunció Adam, poniéndose de pie de golpe.

—¡Por fin! —exclamó Sam, dando una palmada.

—Voy a ir a su casa, pedir una audiencia con su padre y solicitar su mano.

—¿A quién vas a pedir en matrimonio? —preguntó Gage, entrando justo en ese momento.

—¡A Beatrice! —contestaron Isabel y Sam al unísono.

—¿Beatrice? ¿La señorita Fowley? —Gage miró a todos con sorpresa.

—Sí. Tengo que irme ya. Anoche salí de su casa hecho una furia, probablemente haciéndola creer que la odiaba, pero no es así. ¡La amo! Necesito ir con ella —explicó Adam, avanzando hacia la puerta, solo para ser detenido por la imponente figura de Gage.

—Gage, por favor, hazte a un lado. Te lo explicaré todo cuando vuelva.

—Nosotros te pondremos al tanto —ofreció Isabel.

Pero, en lugar de la confusión o la habitual autoridad que esperaba de su hermano, Adam se encontró con una expresión de... ¿compasión?

—¿Gage? —preguntó Adam, extrañado.

—No sé qué ha pasado entre vosotros, hermano, pero ella ya se ha ido.

Adam sintió que todo se paralizaba, incluso el latido de su corazón.

—¿De qué estás hablando?

—Recogió a su familia y partió hacia Northumberland esta misma mañana.

—¡No! —exclamó Adam, sintiendo que el corazón le latía con fuerza en el pecho. ¿Qué he hecho?

—Me pareció raro, ya que todavía les quedaban un par de días en Londres, pero supongo que sabes por qué, ¿verdad?

Adam se pasó una mano por el pelo y tiró de su pañuelo de cuello, desesperado por tomar aire.

—Ella dejó esta nota para ti —dijo Gage, sacando un papel del bolsillo de su chaqueta—. Y esto también.

Adam extendió la mano, y Gage dejó caer en su palma el reloj de bolsillo de Adam. Sintió una punzada dolorosa en el pecho. ¡Realmente se había marchado!

Cogió la nota y comenzó a leer.

«Querido Adam:

No existen palabras suficientes para expresar cuánto lamento lo que ha ocurrido entre nosotros. Nunca quise hacerte daño, y jamás me perdonaré por haberte causado dolor.

Cuando comencé esta lista, mi única intención era vivir un poco antes de quedar atrapada en una jaula, sin amor. Pero cuanto más tiempo pasaba contigo, más pensaba que tal vez tenía la

oportunidad de un futuro mejor. Un futuro contigo.

No tardé mucho en enamorarme de ti, y entonces todo se vino abajo.

Sí, te amo.

Y no puedo soportar vivir sabiendo que te hice daño. No puedo vivir sabiendo que te he atrapado en una relación que no deseas.

Te amo. Pero no puedo casarme contigo así. Esa es la razón por la que rechacé casarme contigo antes, y es el mismo motivo por el que no puedo casarme contigo ahora.

Así que me marcho.

Toda tu vida has vivido cumpliendo tu deber con los demás. No puedo soportar ser solo otra obligación en tu vida. No puedo soportar ser la persona que te haga infeliz.

Por eso, me voy a casar con lord Lansdowne, tal como estaba previsto. Te deseo la mejor vida posible y espero que algún día puedas perdonarme.

Gracias por los maravillosos recuerdos. Los guardaré en mi corazón para siempre.

Con cariño,

B».

—¿Qué dice? —preguntó Isabel en voz baja.

Adam tragó saliva, arrugando el papel entre sus dedos.

—Dice que me ama.

—¿Y algo más? —añadió Sam tras un breve silencio incómodo.

—Que no quiere atraparme en un matrimonio no deseado y que se ha ido a Northumberland —respondió Adam, lanzando el papel arrugado al fuego. Se apoyó en la piedra de la chimenea, con la cabeza baja, mientras procesaba lo que acababa de leer.

Entonces, se irguió de golpe, con una determinación renovada.

—Voy a ir tras ella.

—¡Por fin! —exclamó Isabel, poniéndose de pie rápidamente—. Yo me encargo de que preparen el carruaje.

—Y yo le pediré al cocinero que te haga unos bocadillos para el camino —añadió Sam, mientras corría hacia el pasillo.

Adam negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Iré a caballo; es mucho más rápido.

Isabel sonrió.

—Perfecto. De todos modos, mandaré el carruaje detrás de ti; de alguna forma tendrás que traerla de vuelta.

Adam asintió con determinación.

—Voy a traerla de vuelta —declaró.

Gage, observando cómo todos salían corriendo, miraba a su alrededor con una expresión desconcertada.

—Y yo… supongo que esperaré aquí —murmuró. Quizás dijo algo más, pero Adam ya no lo escuchaba. Estaba bajando las escaleras a toda prisa, decidido a ensillar su caballo cuanto antes.

¿Por qué había tenido que marcharse sin decirle nada? ¿No podía haber esperado al menos un día más, si no los tres que le quedaban en Londres? ¿Por qué irse de repente?

Lo sabía.

Beatrice creía que él estaba enfadado con ella, y tenía razón, en parte. Ella pensaba que nunca podría perdonarla… aquella chica insensata. Y eso, eso sí que no era cierto.

Lo que Beatrice no sabía era que, la noche anterior, Adam ya había cancelado su viaje y

rechazado el puesto en la expedición de Sir Richardson. Porque, aunque entonces aún no supiera que la amaba, ya sabía que no podría dejarla ir.

Montó en su caballo, le dio una palmada y salió al galope. El viento le azotaba el rostro, pero apenas lo sentía. Cada pensamiento estaba concentrado en una sola persona y en la necesidad de alcanzarla antes de que fuera demasiado tarde.

Las horas se hicieron eternas, y apenas se detuvo. Cada vez que el caballo disminuía el ritmo, Adam lo animaba a seguir. Llegaría a Northumberland y no descansaría hasta tenerla frente a él, hasta decirle lo que realmente sentía y desmentir esa absurda idea de que ella no era lo que él quería.

Finalmente, al caer la noche, divisó la finca de los Fowley a lo lejos. La luna brillaba alta cuando desmontó de un salto, entregó las riendas al primer criado que encontró y corrió hacia la entrada, sin preocuparse por formalidades ni protocolos. Solo tenía una cosa en mente.

Golpeó la puerta con firmeza. El criado que le abrió lo miró sorprendido.

—Necesito ver a la señorita Beatrice. Ahora —dijo, sin vacilar.

El criado dudó, pero la expresión decidida de Adam le hizo asentir, y le indicó que aguardara.

—Voy a avisar a la señorita Beatrice. Espere aquí, por favor.

Adam se quedó en el vestíbulo, inquieto, caminando de un lado a otro mientras el corazón le latía con fuerza.

# Capítulo 23

El viaje hasta Northumberland fue interminable para Adam. Y, para colmo, en varias paradas no pudo cambiar de caballo de inmediato, lo que le hizo perder aún más tiempo del que habría perdido viajando en carruaje. Además, estaba empapado por la lluvia, cubierto de barro y adolorido después de tantas horas a caballo.

Nada de eso le importaba mientras pudiera volver a ver a Beatrice. Mientras pudiera tenerla entre sus brazos y pedirle que se quedara con él para siempre.

La última noche antes de llegar, se hospedó en una posada a pocos kilómetros de la finca de Lansdowne, para lavarse y presentarse a la mañana siguiente con una apariencia decente, en lugar de irrumpir en mitad de la noche como un mendigo o un forajido. Aunque, conociendo el gusto de Beatrice por los personajes criminales y los granujas de sus novelas, quizá no debería haberse molestado tanto.

Sin embargo, cuando llegó a la finca al amanecer, un mal presentimiento lo invadió. La casa estaba extrañamente en silencio. Claro que, desde fuera, era difícil saber si su intuición estaba en lo cierto o si su propia ansiedad le hacía imaginar lo peor.

«Llegas tarde», le susurraba su mente, atormentándolo.

Por eso, cuando un mayordomo abrió la puerta y le preguntó en qué podía ayudarlo, Adam olvidó toda formalidad y soltó:

—¿Está la señorita Beatrice Fowley aquí? ¿Está en la casa con su familia?

El mayordomo se tensó al notar la falta de modales de Adam, pero respondió cortésmente:

—No hay nadie en casa, señor. Todos están en la iglesia.

—¿En la iglesia? —Los ojos de Adam se abrieron de golpe, y sintió como si todos sus miedos se volvieran realidad. «Es demasiado tarde; la boda ya se estará celebrando», pensó con desesperación.

—¿Dónde está la iglesia? —preguntó, ya alejándose del umbral.

El mayordomo le indicó cómo llegar, y Adam saltó sobre su caballo, espoleándolo para que corriera a toda velocidad. El suelo retumbaba bajo las patas del animal mientras se adentraban por los caminos sinuosos.

Encontrar la iglesia fue sencillo; las iglesias siempre destacaban por sus grandes fachadas blancas e inconfundibles. Al acercarse, Adam vio decenas de carruajes alrededor, con los caballos atados junto a la entrada. Había mucha gente, sin duda.

El corazón le latía con fuerza. Entró apresurado en el edificio, con el rostro perlado de sudor y la respiración entrecortada. Era como si estuviera viviendo su peor pesadilla.

La iglesia estaba abarrotada; los bancos, llenos, y algunos invitados se habían quedado de pie. Pero Adam solo vio a una persona: Beatrice, al final del pasillo, vestida con un sencillo traje verde claro.

—¡Detengan la ceremonia! —gritó Adam, y todas las miradas se volvieron hacia él.

Beatrice giró la cabeza, sorprendida, y al reconocerlo comenzó a caminar hacia Adam, encontrándose en el centro del pasillo.

—¿Qué haces aquí? —murmuró ella, incrédula.

Él se acercó con rapidez hasta que quedó a un paso de ella.

Los ojos marrones de Beatrice brillaban detrás de sus gafas y, aunque intentaba contener la sonrisa, él notó su alegría.

Adam tomó sus manos y al fin sonrió.

—He sido un necio —dijo con voz ronca—. Exageré. Cometí un error, pero no voy a dejar que nuestros errores arruinen nuestro futuro. No puedo permitir que te cases con ese hombre. No puedo. Eres mi vida, mi razón de ser. Eres mi luz, y sin ti, solo veo oscuridad. No me hagas vivir en las sombras.

Adam le apretó los dedos y sus ojos la miraron suplicantes.

—Aunque tal vez me lo merezca —continuó—, no puedes casarte con lord Lansdowne. No voy a permitirlo, aunque tenga que sacarte de esta iglesia por la fuerza.

Un murmullo de asombro recorrió a la multitud, pero Adam no apartó la mirada de Beatrice. Ella era la única persona que le importaba.

—Adam... —murmuró ella en tono de disculpa, pero él sacudió la cabeza.

—No me importa quién nos mire ni que al final del pasillo esté el hombre que iba a casarse contigo, porque yo debería ocupar ese lugar.

—Adam... —Beatrice intentó hablar de nuevo, pero él la interrumpió.

—Déjame terminar. Fui un idiota cuando vi ese punto en tu lista, pero ya no me importa. Te amo. Y sé que después de todo lo que hemos pasado juntos, estas palabras quizá no sean suficientes. Pero espero que lo sean para ti. —Adam respiró hondo—. Y para demostrarte que hablo en serio, he hecho mi propia lista mientras venía hacia aquí. Una lista de cosas que quiero hacer antes de morir. Tiene diez puntos.

Beatrice dejó de protestar y sonrió, expectante.

—Aquí va —continuó Adam—: Punto uno, hacerte sonreír cada día. Dos, pasear contigo a caballo al amanecer. Tres, besarte cada mañana cuando despiertes. Cuatro, besarte cada noche antes de dormir. Cinco, bailar contigo todos los bailes. Seis, comprarte todos los helados que quieras. Siete, proveerte de todos los libros que desees. Ocho, abrir una librería contigo. Nueve, enamorarme de ti un poco más cada día, aunque ya estoy enamorado por completo.

—¿Y el diez? —preguntó Beatrice con los ojos llenos de lágrimas.

Adam asintió.

—Para el último punto, tengo que arrodillarme. Y te aseguro que esta no será la última vez que lo haga… ni tampoco la primera.

Beatrice se sonrojó, y Adam, con una sonrisa, se arrodilló.

—Quiero casarme contigo, si me lo permites. Y si aceptas, dedicaré el resto de mi vida a hacerte feliz. Ese es el punto número diez de la lista: convencerte para que te cases conmigo. —Le apretó los dedos—. Solo tienes que salir conmigo de esta iglesia y casarte conmigo en lugar de con Lansdowne.

Beatrice se cubrió la boca con la mano para disimular una sonrisa.

—Por favor, levántate —susurró ella.

—No, hasta escuchar tu respuesta.

Beatrice tiró de su mano con suavidad.

—Adam, no voy a casarme hoy.

—¿No? —Adam miró alrededor y, solo entonces, notó que, aparte de las miradas atónitas y escandalizadas de toda la iglesia, no había ningún novio al final del pasillo. Ni en ninguna otra parte.

Beatrice negó con la cabeza y se mordió el labio.

—No voy a casarme con lord Lansdowne. Él falleció esta mañana.

Adam exhaló aliviado y se puso de pie.

—Oh, gracias a Dios.

Un murmullo de indignación recorrió los bancos, y Adam vio las miradas sorprendidas de los familiares de Lansdowne. Aclaró la garganta y trató de suavizar su expresión.

—Mis más sinceras condolencias. No me alegra que haya muerto; me alegra que ella no se case con él. Porque, verán… —Se interrumpió y sacudió la cabeza—. Bah, olvídenlo.

Beatrice soltó una risita.

—Hoy solo iban a leerse las amonestaciones —explicó.

—Ah, claro. Es domingo —dijo Adam, soltando una risa entrecortada—. Soy un idiota. No pensé en eso.

Beatrice asintió, divertida.

—¿Deberíamos hablar fuera?

Un carraspeo sonoro detrás de ellos los hizo volverse. Ambos miraron al pastor, que les lanzó una mirada severa.

—A pesar de esta interrupción del servicio dominical, o quizás debido a ella —dijo el clérigo —, les concedo una licencia especial para casarse aquí mismo y evitar futuras vergüenzas. Aunque, claro, deberán esperar siete días, como manda la costumbre.

—Escocia está a un paso —comentó una anciana, cansada del espectáculo—. Pueden casarse esta misma noche.

—Creo que no hemos oído su respuesta, jovencita —exclamó una dama desde los bancos.

—¡Esto es un escándalo! —añadió otra.

—Si escuchamos la propuesta, bien podemos oír la respuesta —insistió alguien más.

Adam se encogió de hombros y sonrió.

—¿Bien? Todos queremos escucharla —dijo.

Beatrice le respondió al fin con el rostro iluminado.

—Por supuesto que quiero casarme contigo. Te amo.

Y entonces él la besó, ante la indignación de casi todos los presentes, excepto de la familia de Beatrice, que rompió en vítores y aplausos.

—¿Listo para una boda improvisada? —le preguntó ella mientras el rubor coloreaba sus mejillas.

Adam negó con la cabeza.

—No. Quiero que sea una boda grandiosa, con amonestaciones y cientos de invitados. Quiero que mi familia esté conmigo al pronunciar mis votos. Lo haremos como corresponde. Tenemos que atesorar el recuerdo de ese momento durante toda una vida.

Entonces, Adam la tomó de la mano y salieron corriendo de la iglesia, dejando a la multitud murmurando y lanzando susurros indignados mientras ellos desaparecían juntos.

# Epílogo

*Seis meses después…*

El barco se balanceaba sobre las olas embravecidas, zarandeando a Beatrice de un lado a otro en su asiento. Miraba el cielo gris oscuro a través del pequeño ojo de buey de su camarote, deseando que el tiempo se despejara pronto.

Giraba una pluma entre sus dedos, imaginando la siguiente escena de su libro. Sin embargo, no estaba escribiendo; el vaivén del barco y las olas inquietas no eran precisamente el entorno ideal para ello. Su cuaderno ya mostraba varias páginas arruinadas por los borrones.

El trayecto hacia Calais, que se suponía duraría solo unas horas, ya llevaba más de un día de retraso, y Beatrice temía que, si la tormenta no amainaba, acabarían atrapados en el barco durante algún tiempo más.

Aunque la situación no le preocupaba demasiado, ya que siempre había disfrutado de los viajes por mar, incluso en condiciones difíciles, su esposo Adam no compartía la misma tranquilidad.

Un leve gemido detrás de ella captó su atención, y al girarse vio a Adam removiéndose, pálido y cubierto de sudor. Beatrice dejó a un lado su cuaderno y se arrodilló junto a él mientras Adam intentaba incorporarse, visiblemente debilitado, una imagen poco habitual para alguien tan fuerte y seguro de sí mismo.

—Con calma —lo tranquilizó Beatrice, deslizando un brazo bajo sus hombros y ayudándolo a sentarse. Adam se dejó caer contra los cojines, con una mano presionada sobre su revuelto estómago.

Beatrice vertió un poco de agua fresca en un vaso de latón y lo acercó a sus labios.

—Solo un par de sorbos —lo animó con suavidad mientras él bebía agradecido. Luego le pasó un paño húmedo por la frente, esperando aliviar su malestar.

—Siento ser una carga en nuestro viaje, Bea —murmuró Adam con voz ronca y la vergüenza reflejada en sus ojos azules.

Beatrice soltó una risa suave y le acarició el cabello oscuro, apartándolo de su rostro.

—Nunca podrías ser una carga para mí —le aseguró, tomándole la mano y dándole un apretón tranquilizador—. ¿Has podido descansar algo?

Adam asintió y cerró los ojos de nuevo.

—Me alegro —dijo Beatrice—. Solo nos quedan unas pocas horas antes de llegar a Calais. —O eso esperaba…

Él asintió otra vez.

—¿Quieres más agua? —le preguntó ella.

Adam hizo una mueca y negó con la cabeza.

—No, creo que lo mejor será mantener el estómago vacío —respondió, todavía con

expresión de malestar.

Beatrice vertió unas gotas de agua en el paño y se lo pasó por la frente.

—Lo que te haga sentir mejor —dijo en tono calmado.

Adam esbozó una media sonrisa, a pesar de su incomodidad.

—Parece que la vida en el mar no es tan romántica como había imaginado.

Beatrice se mordió el labio, conteniendo una sonrisa.

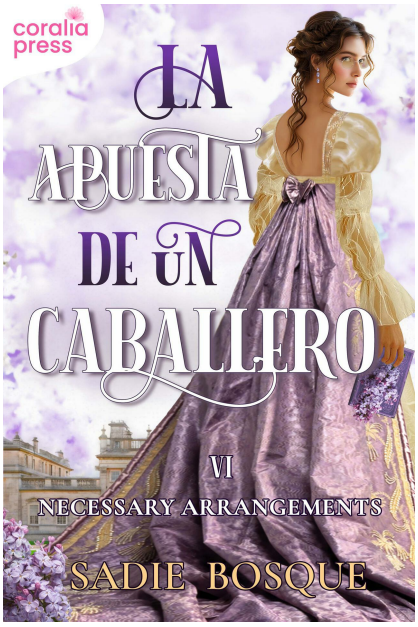
—Menos mal que te casaste conmigo, en lugar de lanzarte a una vida de explorador.

Adam soltó una risa áspera y forzada, pero sincera.

—Tienes razón. Debo estarte agradecido por ello. Si no hubiera sido por tu descabellada lista, habría sido un explorador bastante miserable. —Con los ojos aún cerrados, él acercó la mano de Beatrice a sus labios y depositó en el dorso un beso suave—. Además —dijo—, ¿para qué quiero conquistar el mundo, si ya tengo tu corazón?

FIN

# Sinopsis




**Una tímida ratona de biblioteca…**

Atrapada en su pequeña casa de campo con sus tres hermanas y su padre anciano, la señorita Beatrice Fowley nunca ha tenido la oportunidad de conocer el mundo real. Tras ser abandonada por un encantador vizconde, ahora tiene que casarse con un lord de setenta años decidido a engendrar un heredero.

Después de haber leído muchos libros —la mayoría novelas románticas—, Beatrice tiene una lista de cosas que quiere experimentar antes de que las campanas de la iglesia anuncien su condena. Por desgracia, el mundo exterior es mucho más peligroso de lo que ella había imaginado, y pronto se da cuenta de que necesita un guía y un protector.

**…Conoce a su malhumorado caballero.**

Adam Lewis ha vivido siempre a la sombra de su familia. Cuando se encuentra con la antigua prometida de su hermano en apuros, una vez más, el honor le dicta que debe intervenir para ayudarla y remediar el daño causado por su hermano. ¡Pero la dama no aceptará cualquier tipo de ayuda! La obstinada e ingenua muchacha insiste en que desea experimentar la «vida real» antes de permitir que él la acompañe a casa para casarse.

**Y la apuesta está servida.**

Obligado a ayudar a la señorita Fowley con su escandalosa lista, Adam decide que tiene que ser más astuto que ella si quiere sacarla de su vida cuanto antes. Pero, a medida que la pasión y el

deseo surgen entre los reacios cómplices, ambos se dan cuenta de que falta un importante elemento en la lista: ¿qué hacer con sus corazones salvajes y rebeldes cuando lleguen al final del camino…?

# Nota de la autora

*La expedición*

Me inspiré en un explorador y oficial de la Marina de la vida real, sir John Franklin, para crear el personaje de sir Franklin Richardson. En 1819, Franklin lideró una expedición conocida como la expedición Coppermine, con el objetivo de explorar y cartografiar la región desde la bahía de Hudson hasta la costa norte de Canadá, comenzando en la desembocadura del río Coppermine.

Pero esa expedición no salió de la forma que se esperaba. Estuvo lejos de ser un éxito, como menciono en mi novela. La Marina no destinó suficiente presupuesto para el proyecto, y eso complicó bastante las cosas para sir Franklin, ya que no pudo contratar el personal necesario para la travesía. Además, la planificación fue deficiente, y la mala suerte pareció seguirlos en cada paso del camino.

Es triste decir que once de los veintidós miembros del grupo no lograron sobrevivir. No voy a entrar en los detalles más macabros de lo sucedido, pero baste con decir que hubo acusaciones de asesinato y canibalismo. Fue una época realmente dura. Por suerte, los supervivientes fueron rescatados al fin por nativos de la Nación Yellowknife, quienes ya los daban por muertos.

Así que, sin duda, se podría decir que Beatrice no solo salvó a Adam de sus mareos en mitad del Atlántico, sino que también le evitó una muerte segura.

# Sobre la autora



Sadie Bosque es una autora de romances históricos llenos de magia. Apasionada viajera, nos traslada con sus historias de amor al encanto de otras épocas y escenarios, dándoles voz a sus personajes para que se comuniquen con los lectores a través de sus propias experiencias y emociones. Los héroes y heroínas de los libros de Sadie son seres imperfectos, con sus fallos y con un gran corazón. Sadie cree que el «Felices para siempre» tiene que ganarse a pulso. Las pruebas y tribulaciones por las que pasan sus protagonistas los hacen más fuertes, consiguiendo que el desenlace sea mucho más dulce.

Puedes contactar con ella en:

https://sadiebosque.wordpress.com/contact/
https://www.facebook.com/sadiebosqueauthor
https://www.instagram.com/sadiebosque/
https://twitter.com/sadiebosque
contacto@coraliapress.com

# Créditos

Edición en formato digital: noviembre de 2024
© 2024, Sadie Bosque
© 2024, Coralia Press

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright.

https://coraliapress.com/

# Índice


Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Sinopsis
Nota de la autora
Sobre la autora
Créditos
Índice


---

[1] El Infierno del Hades.

[2] Bolsito cerrado con cordones que usaban las damas para llevar el pañuelo y otras menudencias.